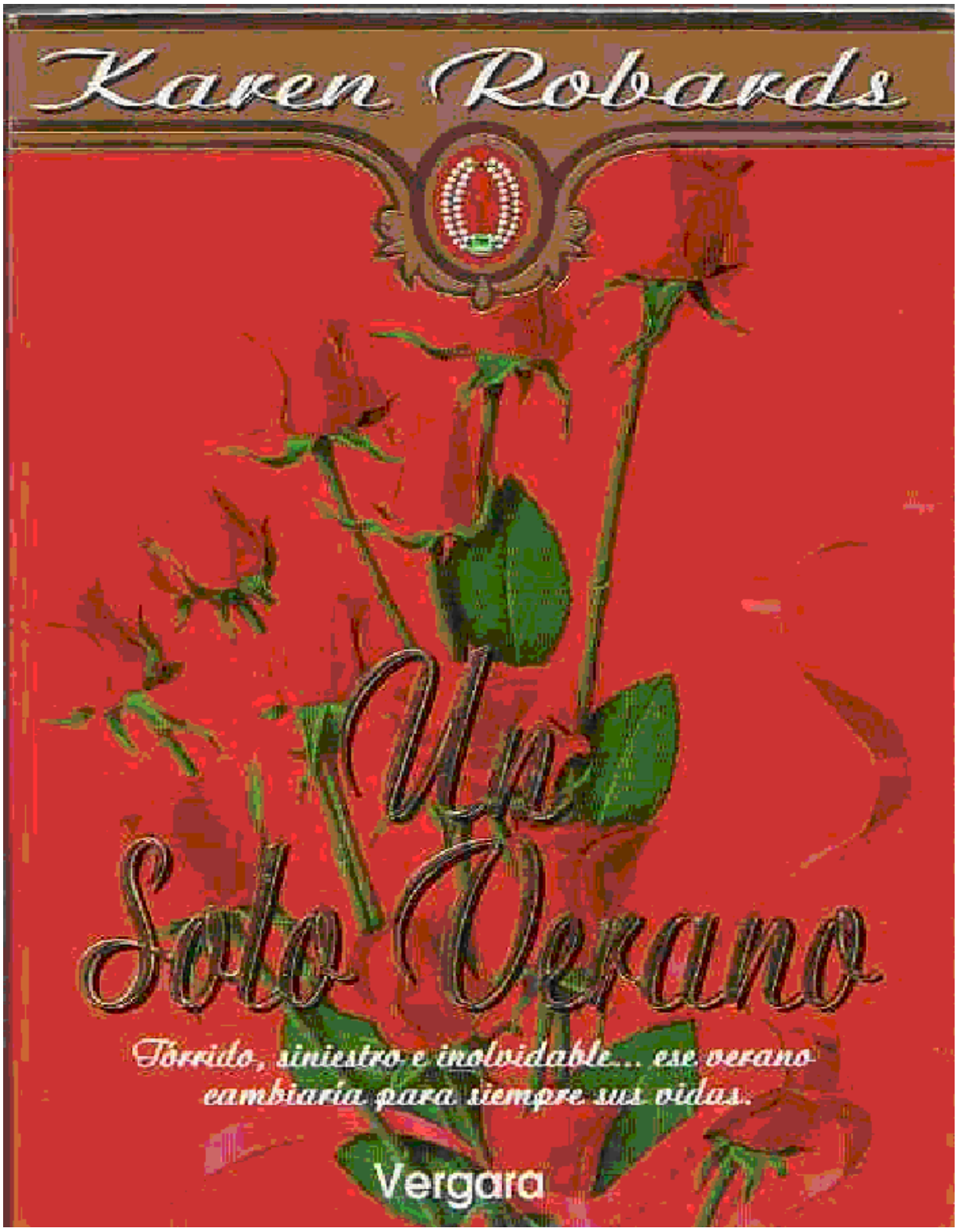
UN SOLO VERANO
Karen Robards



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Desde aquel amanecer de pesadilla, Rachel Grant no había po¬dido soportar la fragancia de alhucema. Era irónico que en ese preciso momento ese olor pareciera asfixiante.

Esperaba frente a la estación de autobuses Greyhound, inmóvil sobre el asfalto recalentado, para dar la bienvenida a Johnny Harris, el chico malo a quien ella había tratado de enseñar inglés en la escuela secundaria años atrás. Johnny Harris, el hijo jactancioso del inútil del pueblo. Todo el mundo esperaba que fuera igual a su papá, pero en realidad había resultado ser mucho peor.

Johnny Harris, once años atrás convicto de asesinar y acusado de violar a una animadora deportiva de la escuela secundaria que tenía diecisiete años.

Hoy, Johnny Harris volvía a casa gracias a Rachel. Percibió el so. nido del motor del autobús antes de que apareciese a la vista el propio vehículo. Rachel se puso tensa y miró nerviosamente en derredor pa¬ra ver quién podría estar observándola. Bob Gibson, el expendedor de pasajes, no era más que un borrón tras la ventana de vidrio que servía de fachada a la estación de servicio que oficiaba como parada de auto¬buses para Tylerville. Jeff Skaggs, que había egresado de la escuela se¬cundaria el mes de mayo anterior y ahora trabajaba en el 7 Eleven, de¬positaba monedas en la máquina de bebidas a un lado del edificio. Justo detrás de su camioneta estacionada, Rachel descubrió el arbusto con sus brillantes hojas verdes y sus espigas de flores blancas. Rachel se sintió algo mejor al localizar el origen del intenso olor. Sin embar¬go, la coincidencia era estremecedora. El cadáver ensangrentado de Marybeth Edwards había sido hallado junto a un arbusto de alhucema, once años atrás, en medio de una ola de calor muy parecida a la que ex¬perimentaba en ese momento Tylerville. Una lluvia de capullos, apa¬rentemente desprendidos por el forcejeo de Marybeth con su atacan¬te, había cubierto el cuerpo de la jovencita. El aroma dulzón de las flores había ocultado el olor de la sangre, más penetrante. Entonces, como ahora, era fin de agosto, y hacía tanto calor como dentro de un horno. Rachel se dirigía a la escuela secundaria de Tylerville a fin de ordenar su aula para el próximo año. Y había sido una de las primeras en llegar a la escena del crimen. Jamás olvidaría la horrible visión.

Estaba convencida de que Johnny Harris, sin duda enamorado de la bonita rubia, no la había matado. Se había estado viendo con Marybeth a hurtadillas, en contra de las órdenes de los padres de la muchacha, y cuando fue hallada muerta con el semen de Johnny den¬tro del cuerpo, el caso pareció quedar cerrado. Johnny Harris había si¬do arrestado a menos de una semana del asesinato, procesado y poste¬riormente convicto por asesinato, según la teoría de que Marybeth le había dicho esa noche que estaba decidida a dejar de verlo. La acusa¬ción de estupro fue desechada. Eran muchos los que, como Rachel, sabían exactamente qué clase de relación había mantenido Marybeth. con Johnny. Rachel tenía la certeza de que el muchacho que ella co¬nocía no habría podido cometer un crimen tan horrendo. Siempre había estado convencida de que el único delito del cual era culpable era simplemente ser Johnny Harris.

Ahora sólo rogaba por estar en lo cierto.

El autobús entró en la estación y se detuvo con un resuello de neumáticos y un chirrido de fienos. Se abrió la puerta. Rachel obser¬vaba el autobús y apretaba la correa de su bolso de verano. Los taco¬nes de sus impecables zapatos blancos se hundieron en el asfalto y su cuerpo se puso tenso de expectativa.

Entonces apareció Johnny Harris. Llevaba puestas unas gasta¬das botas de vaquero pardas, unos pantalones tejanos muy usados y una camisa blanca sin mangas. Sus hombros eran tan anchos que ten¬saban la tela de la camisa. Se marcaban sus bíceps y su piel estaba sor¬prendentemente tostada. Estaba flaco. No, esa no era la palabra jus¬ta... enjuto, eso es. Enjuto, duro y recio como el cuero. Su cabello conservaba el mismo color negro carbón como siempre lo había usado; aunque estaba más largo de lo habitual, casi tocándole los hombros y ondulado. Su cara estaba igual... Rachel lo habría reconocido en cual¬quier parte con sólo mirarlo una vez, aunque una barba de varios días desdibujaba las líneas de su mandíbula y su

barbilla. El muchacho rudo y guapo que ella recordaba todavía era hosco y atractivo, pero ya no era un muchacho. Había madurado hasta convertirse en un hombre de aspecto peligroso.

Con una sensación de sorpresa, se le ocurrió pensar que Johnny Harris ya tenía casi treinta años. Si alguna vez había sabido algo acer¬ca de él, ya no era así.

: Johnny había pasado los últimos diez años de su vida en una pri¬sion federal.

Bajó del autobús y miró alrededor. Rachel, que estaba inmóvil a un lado, reaccionó y se adelantó. Sus tacones se atrancaron en los di¬minutos cráteres que habían creado en el asfalto y tropezó. Cuando re¬cuperó el equilibrio, él la estaba mirando.

Señorita Grant dijo. No sonreía mientras la observaba de arri¬ba a abajo. La mirada fue casi ofensiva en su audaz evaluación de la fe¬mineidad de Rachel y la desconcertó. No era el tipo de mirada que ella, como maestra, esperaba recibir de un estudiante varón, o un ex estu¬diante. Era irrespetuosa.

Jo... Johnny. Bienvenido a casa.

Parecía absurdo dirigirse a ese hombre de duro rostro como se habría dirigido al joven estudiante secundario, pero el nombre le afloró automáticamente a los labios. El también parecía recordar la forma habitual de dirigirse a ella.

A casa. Se le afinaron los labios al mirar alrededon Sí, vamos.

Rachel siguió su mirada y vio que Jeff Skaggs, los ojos dilatados y la lata de Coca Cola suspendida cerca de la boca, los observaba boquiabier¬to. Entonces, ella supo que todo Tylerville sabría la noticia del regreso de Johnny Harris para la hora de cenar. Idell Skaggs, la madre de Jeff, era la chismosa más grande del lugar. Claro que Rachel nunca había pensado mantener en secreto la vuelta de Johnny. No habría secretos en Tylervifie, Kentucky, o al menos no duraban mucho tiempo. Todos conocían las acti¬vidades de los demás. Sin embargo, ella había alirneritado la esperanza de darle la ocasión de llegar y orientarse un poco antes de que estaBara la ine¬vitable tempestad de protestas. Si cierto sector de la población hubiera sa¬bido de antemano que Johnny Harris regresaba a Tylerville, habría revuel¬to cielo y tierra para evitarlo.

Ahora lo sabían, o no tardarían en averiguarlo, pero era dema¬siado tarde para que pudieran hacer algo al respecto. Habría un alboroto enorme, gran parte M cual estaría dirigido contra ella. Pero Ra¬chel había sabido que esto ocurriría desde que leyó su carta pidiendo trabajo para poder obtener la libertad condicional, y había contestado que sí.

Rachel Grant detestaba las controversias. Especialmente odiaba estar en el centro de una controversia. Pero había tenido la fuerte sen¬sación de que el muchacho a quien ella recordaba, merecía tener me¬jor suerte y seguía pensando igual.

Sin embargo, ese desconocido alto y de aire displicente que es¬taba a su lado no era el muchacho a quien ella recordaba. Esa mirada casi insultante lo demostraba, además de su aspecto diferente.

El conductor bajó para sacar el equipaje del autobús. Rachel re¬cuperó la compostura.

Más vale que saquemos tus pertenencias.

Johnny rió. Fue un sonido más de burla que de regocijo.

Señorita Grant, aquí las tengo.

Y le mostró un sucio morral de lona que tenía colgado del hom¬bro.

Oh, bueno, entonces, ¿vamos?

Johnny no dijo nada. Rachel se volvió para encaminarse hacia el coche, sintiéndose extrañamente desconcertada. Por supuesto, no había esperado que bajara del autobús el muchacho de dieciocho años a quien ella había dado clases, pero tampoco estaba preparada para el hombre.

Vaya, qué tonta.

Tratando de no amedrentarse, Rachel llegó junto a su coche, un Maxima azul, abrió la puerta y miró por encima del hombro, justo a tiempo para ver cómo Johnny Harris hacía un gesto obsceno con el de¬do en dirección de Jeff Skaggs. Rachel sintió que se confirmaba su

sos¬pecha y que, en lo referente a Johnny Harris, era posible que ella se hubiera metido en camisa de once varas.

¿Eso era realmente necesario? -inquirió en voz baja al acercar¬se él.

Sí..

Johnny rodeó el vehículo, abrió la puerta de atrás, arrojó aden¬tro su morral y se deslizó en el asiento del copiloto. A Rachel no le quedó otra alternativa que subir.

Así lo hizo. Era asombroso lo pequeño que parecía su Maxima, habitualmente espacioso, ahora que Johnny Harris ocupaba el otro asiento, junto a ella. Sus hombros eran más anchos que el mullido respaldo gris del asiento, tanto que parecían invadir el espacio de ella. Tenía muy separadas las piernas, demasiado largas para estirarlas. Apoyaba una rodilla contra la consola de los instrumentos, entre am¬bos asientos. Su proximidad ponía incómoda a Rachel. Johnny volvió la cabeza hacia ella y sus ojos (eran de un azul grisáceo... qué gracioso que ella no lo recordara) se posaron de nuevo sobre ella. Esta vez la naturaleza de su mirada fue inconfundible.

Ponte el cinturón de seguridad, por favor. Es obligatorio.

Rachel tuvo que resistir el impulso de encorvar los hombros ha¬cia adelante para ocultar sus senos de la vista de él. No solía estar incómoda con los hombres. Una vez, mucho tiempo antes, su tonto co¬razón había amado locamente, como siempre había esperado ella amar a un hombre. El había tomado todo el amor que ella tenía para dar, y también toda la pasión juvenil e insensata, y lo había desechado como un obsequio de poco valor. Rachel había sobrevivido, pero entre tan¬to había aprendido que era más seguro prescindir de los hombres.

Perofió había modo de ignorar a Johnny Harris. Sus ojos no eran imaginaciones se habían demorado sobre los senos de Rachel. Instintivamente, la mujer se miró. Su vestido sin mangas de tejido de algodón blanco con hortensias púrpuras tenía un escote alto, redondo, y una falda que le rozaba los tobillos cuando caminaba. Resaltaba su esbelta figura siendo al mismo tiempo femenino y sencillo. No había, en el modo en que ella se vestía, nada que provocara esa inquietante mirada. Sin embargo, con los ojos de Johnny fijos en ella de ese modo, Rachel se sentía muy expuesta, casi desnuda, y esa sensación no le gustó nada. Ignorar el comportamiento de Johnny le costó un gran es¬fuerzo.

Claro que no querríamos violar la ley.

Si había burla tras sus palabras y Rachel sospechaba fuerte¬mente que la había , al menos se ciñó el cinturón de seguridad y lo abrochó. No sentir más la mirada de él sobre su persona fue un alivio considerable.

A esa altura, Rachel estaba tan alterada que le temblaban los de¬d os cuando introdujo la llave de contacto. Le llevó tres intentos antes de que la llave entrara y el motor arrancara. De las salidas de aire acon¬dicionado brotó un aire caliente que casi la ahogaba. Buscó a tientas los botones, bajó la ventanilla del lado del pasajero y la suya. Afuera el aire no estaba mucho más fresco y Rachel sintió que se formaban go¬tas de sudor en su frente.

Hace calor, ¿verdad?

Era un buen tema de conversación, un tema seguro.

Johnny Harris emitió un gruñido.

Qué se le iba a hacer. Rachel levantó el pie M freno y apretó el acelerador. Pero en vez de avanzar fuera del estacionamiento, el Ma¬xima se lanzó hacia atrás. Fue bruscamente detenido por un poste de teléfonos que separaba la parada de autobuses del Lavadero Au¬tomático de Cellie.

Evidentemente ella había puesto la transmisión en marcha atrás por error. Rachel maldijo en silencio.

Por un momento, después del impacto, ninguno de los dos se movió. Rachel estaba todavía recuperando su presencia de ánimo cuando Johnny se dio vuelta en el asiento para inspeccionar los daños.

-La próxima vez, prueba con la transmisión dijo.

Rachel no contestó. ¿Qué podía decir? Puso el coche en marcha y arrancó. Si tenía el guardabarros abollado, que era lo más probable, eso podía esperar hasta que Johnny Harris bajara de su auto.

¿La pongo nerviosa, señorita Grant? -inquirió su pasajero cuando Rachel por fin logró incorporarse al tránsito de la carretera, que dividía en dos el pueblo, sin colisionar con ningún vehículo que vi¬niera en sentido contrario. El aire húmedo que penetraba con fuerza por las ventanillas alborotaba su cabello castaño y corto, habitualmen¬te liso, y dificultaba su visión. Exasperada, se apartó el cabello de la ca¬ra y sostuvo con una mano los mechones más rebeldes. Habérselas con Johnny Harris mientras trataba de conducir, parecían dos actividades mutuamente excluyentes. Sin duda, con un poco de concentración lo¬graría controlar la situación.

Por supuesto que no repuso con sonrisa forzada.

No por nada había enseñado en la escuela secundaria durante trece años. Conservar la calma ante el caos constante y el desastre oca¬sional ya era costumbre arraigada en ella.

¿Está segura? Parece estar preguntándose si acaso me la voy a tirar.

-¿Qu... qué?

Tanto se sobresaltó Rachel, que casi no logró pronunciar esa pa¬labra. Tomó el volante con las dos manos y lanzó una mirada escanda¬lizada al hombre. Por supuesto, sabía qué significaba esa expresión. Era un término de la jerga adolescente para referirse a "tener relacio¬nes sexuales'!. Pero no podía creer que se dirigiera a ella en esos térmi¬nos. Ella tenía cinco años más que él, y ni siquiera siendo muy joven había sido lo que se llama un juguete para varones. Además, había si

do su maestra, Cristo santo, y ahora estaba haciendo lo posible por ser su amiga.

Aunque ser amiga de Johnny Harris estaba resultando ser más difícil de lo que ella había previsto.

Después de todo, hace diez años que no he tenido el placer de la compañía de una mujer... oh, disculpe, en su caso creo que debería decir una dama. Podría inquietarla que yo estuviese excitado.

¿Qué?

Esta vez fue más una exclamación ahogada que una pregunta. Lo miró con incredulidad.

¡Maldición,'mujer, mire el camino!

El inesperado rugido hizo sobresaltar a Rachel, al mismo tiempo que Johnny agarró velozmente el volante y tiró de él. Un camión de carbón cargado pasó atronando junto a ellos e hizo temblar el autito.

¡Casi nos matamos por su culpa! ¡Jesucristo!

El calor y la tensión combinados le provocaron náuseas a Ra¬chel. Oprimió el botón para hacer subir las ventanillas. Por suerte, la corriente que brotó de las salidas de aire, era fresco. Por un momento Rachel disfrutó de la sensación del aire helado sobre su acalorado ros¬tro.

Por amor de Dios, ¿quién rayos le ha enseñado a conducir? ¡Es usted una amenaza!

Como Rachel no contestó, Johnny se recostó de nuevo en su asiento. Sus manos, que tenía cerradas sobre las rodillas, eran el único signo aparente de tensión que lo delataba. También el modo en que ahora tenía la mirada fija en el camino.

Al menos había encontrado una solución al problema de evitar sus miradas lujuriosas. Pero ignorar la cuestión probablemente fuese un error. El único modo de habérselas con el jovencito Johnny Harris era hacerle frente. Si él creía poder pisotear a alguien, no lo dudaba.

No puedes hablarme de ese modo dijo ella en medio del tenso silencio . Yo no lo permitiré.

Al hablar, aferró con ambas manos el volante y mantuvo la mira¬da fija en el camino. "Mantente serena, calmada y sosegada" se decía. Ese era el modo de manejar a Johnny Harris.

Por desgracia, la estación de autobuses se hallaba al otro lado del pueblo y todavía tardarían unos diez minutos en llegar a su destino. En esa tarde de jueves, el tránsito era muy intenso. Aun en las mejores condiciones, Rachel tenía el desdichado hábito de alejarse del camino con el pensamiento. Siem¬pre estaba construyendo castillos en el aire, para usar la exasperada descripción de su madre, en lugar de mantener los pies firmemente plantados en el suelo y el pensamiento fijo en sus asuntos. Como resul¬tado, había sufrido infinidad de choques.

Estas no eran las mejores condiciones.

¿Qué modo? ¿Ah, se refiere a lo de estar excitado? Sólo trata¬ba de tranquilizarla. No hace falta que se preocupe por ser atacada ni nada. Al menos, no por mí.

Esa declaración, que sonaba tan inocente, fue acompañada por otra mirada de reojo que no intentó disimular su propósito: una desca¬rada observación del cuerpo de ella. Era como si él tratara deliberada¬mente de ponerla incómoda, y Rachel no lograba imaginar el motivo. En ese momento, ella era casi el único aliado que le quedaba a Johnny en el pueblo, si no en el mundo.

¿Estás decidido a ponerte difíciles las cosas, Johnny? pre¬guntó ella con voz queda.

Johnny entrecerró los ojos.

No se haga la maestrita conmigo, señorita Grant. Ya no estoy en la escuela secundaria.

Tus modales eran mejores entonces.

Igual que mis perspectivas. Desde entonces unos y otras se han ido al infierno, y ¿sabe qué? Me importa un cuerno.

Rachel permaneció callada.

En silencio pasaron frente al Wal Mart, el Rey de la Hambur¬guesa, el Kroger y el puñado de tiendas de antigüedades que habían brotado en la esquina de las calles Vine y Mayor. Ya cerca del lugar adonde iban, Rachel empezó a tranquilizarse un poco. Sólo unos mi¬nutos más y se libraría de él. Se concentró en detener el auto sin con¬tratiempos en el parque de estacionamiento situado atrás de la Ferre¬tería Grant, que su abuelo había fundado a principios de siglo y que ahora ella supervisaba.

Hay un apartamento sobre la tienda. Es tuyo. Sólo tienes que dar la vuelta por el costado y subir la escalera. Rachel detuvo el automóvil. Buscó en la guantera y le entregó a Johnny una llave que colgaba de un anillo de metal. Aquí tienes la llave. El alquiler será descontado de tu sueldo cada semana. Como te dije en mi car¬ta, el horario es de las ocho de la mañana a las seis de la tarde, con una hora libre al mediodía. Te pido que estés en tu puesto a las ocho de la mañana.

Allí estaré.

Bien.

Pero él permaneció sentado, la llave entre sus dedos, mientras la miraba con una expresión que ella no pudo descifrar.

¿Por qué me ofreció trabajo? ¿No siente miedo, siquiera un po¬co, ante alguien capaz de violar y matar a una adolescente?

Ambos sabemos que eras inocente del cargo de violación a Mary`beth Edwards repuso Rachel con voz cortante, aunque hablar tan claro hizo que sus manos se crisparan sobre el volante . Yo, por lo menos, estoy totalmente dispuesta a creer que ustedes dos tenían rela¬ciones sexuales por consenso, tal como tú afirmaste. Y que ella estaba con vida cuando se despidieron. Ahora, ¿me haces el favor de bajar de mi auto? Tengo cosas que hacer.

Rachel observó con secreto alivio, cómo Harris abría la porte¬zuela y bajaba sin una palabra. Rachel no podía imaginarse cómo se habría deshecho de él si se hubiera mostrado difícil. Pisó el freno y vio con cuidado la palanca de cambio. Cuando alzó de nuevo la vista, Johnny estaba junto a ella, el brazo apoyado en el techo del auto y gol¬peando la ventanilla.

Apretando los labios, Rachel oprimió el botón para bajar la ven¬tanilla. El calor la volvió a golpear.

Hay algo que debo decirle dijo él en tono confidencial, in¬clinándose hacia ella. Su cara estaba demasiado cerca de la de Rachel, demasiado cerca. Nuevamente la estaba poniendo incómoda, como sin duda era su propósito.

Pensar esto fortaleció a Rachel.

Este pensamiento la enardeció.

¿Qué? preguntó en tono casi cortante.

Cuando iba a la escuela secundaria me ponía usted muy calien¬te. Y todavía me ocurre lo mismo.

Rachel quedó boquiabierta, escandalizada. Johnny le sonrió con complicidad y luego se irguió.

Mientras lo veía alejarse con paso lento, Rachel advirtió que tenía la boca abierta. La cerró de un golpe.

2

Desde el asiento del conductor de un automóvil pardo inclasifi¬cable, que se había detenido junto a la acera, a cierta distancia de la fe¬rretería, un vigía inadvertido los observaba con mirada firme. Los ojos del vigía aparecían un tanto vidriosos mientras medía cada detalle del hombre que, con lenta arrogancia, cruzaba el estacionamiento y dobla¬ba la esquina, perdiéndose de vista. El Maxima azul retrocedió con un chirrido de neumáticos y salió a la calle con demasiada rapidez; luego partió alejándose del sitio donde aguardaba el coche estacionado. Pe¬ro el vigía casi no se dio cuenta.

Había vuelto. Johnny Harris había vuelto. El vigía había estado esperando este momento... parecía una eternidad. Por una vez los ru¬mores habían sido ciertos, aunque el vigía apenas si se había atrevido a creerlos hasta que él bajó de aquel autobús.

Johnny Harris. Había vuelto por fin, y ahora había llegado la ho¬ra de poner fin a lo que se había iniciado once años atrás.

El vigía sonrió, lleno de expectativa.

3

¿Lo has oído? Dice Idell que su hijo vio a Rachel Carson cuan¬do se encontraba con alguien en la parada del autobús esta mañana. ¡Y jamás adivinarás con quién!

¿Quién?

Johnny Harris.

¡Johnny Harris! Pero si está en prisión. Idell debe haberse equi¬vocado.

No, ella jura que eso es lo que vio Jeff. Debe haber salido en li¬bertad condicional o algo así.

¿En caso de condena por asesinato?

Supongo. En todo caso, Idell dice que lo ha visto con Rachel Grant. ¿Te imaginas?

¡No!

Es verdad, señora Ashton. Johnny Harris está en libertad con¬dicional y trabajará en la Ferretería Grant dijo Rachel inte¬rrumpiendo la conversación.

Aún perturbada por su encuentro con el ya mencionado Johnny Harris, Rachel tuvo dificultad para mostrar a sus vecinas una sonrisa serena, aunque al final lo consiguió. Esto era al mismo tiempo lo me¬jor y lo peor de Tylerville: nadie podía evitar el recibir las opiniones dé los demás acerca de lo que pasaba en su propia vida. Las dos locuaces mujeres estaban en el Kroger, en la fila de salida, tan ensimismadas con sus habladurías que no habían advertido a Rachel en la fila contigua.

La señora Ashton era sesentona, amiga de la madre de Rachel y la que recibía la noticia. Pam Collier era más joven, acaso cuarenta y cinco años, con un hijo terrible de

dieciséis años, que probablemente estaría en la clase de Rachel en el otoño venidero. Rachel hubiera creído que Pam con el demonio de hijo que tenía se habría conmiserado un po¬co de la situación de Johnny, pero evidentemente no era así.

Ay, Rachel, ¿y los Edwards? Se van a morir cuando lo sepan dijo la señora Asliton. Su mirada evidenciaba su inquietud por la familia de la muchacha asesinada.

. Estoy apenada por ellos, usted lo sabe repuso Rachel , pero nunca he creído que Johnny Harris matara a Marybel Edwards, y sigo sin creerlo. Recuerde que yo fui su maestra en la escuela secundaria y no era mal chico. Por lo menos no tan malo.

Su conciencia la obligó a corregir esa última frase. Johnny Harris había sido malo en el estilo del respondón, de chaqueta negra y sonri¬sa burlona; suficiente para enemistarlo con las personas decentes de Tylerville. Se emborrachaba, se metía en peleas, destrozaba faroles y ventanas, insultaba a la gente y circulaba en motocicleta. Los chicos con quienes se había juntado eran, la mayoría, basura como él. Se ru¬moreaba que Johnny y su pandilla habían armado algunas juergas sal¬vajes, como no se habían visto nunca en Tylerville. En la escuela y fue¬ra de ella había tenido problemas casi constantes, y su lengua mordaz no había contribuido en nada a su buena reputación. Pero según Ra¬chel, lo salvaba el hecho de que le gustaba leer. Por cierto, eso fue lo primero que le hizo pensar que tal vez Johnny fuese distinto de lo que parecía. Un día, cuando Rachel estaba encargada de la vigilancia, en su primer semestre de maestra y cuando tenía veintidós años, había visto a Johnny Harris que entonces tenía dieciséis años salir con aire jac¬tancioso por la puerta lateral de la escuela como si tuviese todo el de¬recho de hacerlo. Lo siguió, sospechando que se proponía fumar uno o dos cigarrillos a escondidas, y lo descubrió finalmente en el estacio¬namiento, estirado en el asiento de atrás del coche de otro estudiante. Solo, con su calzado deportivo de caña alta, que tenía un agujero en la suela izquierda, asomando por la ventanilla; sus lvgas piernas cruza¬das, un brazo doblado tras la cabeza como almohada. Tenía un libro abierto apoyado en el pecho. ,

El asombro de Rachel casi había sido equivalente a la belicosi¬dad de Johnny al ser descubierto.

¡Esos Harris son todos malos ... ! Sin duda recordará cuando Buck Harris afirmó haberse vuelto religioso y empezó a llamarse pastor, luego estableció su propia iglesia y reunió quién sabe cuánto en donaciones, diciendo que ese dinero estaría destinado a alimentar a los niños hambrientos de los Apalaches... Y después se gastó todo el dine¬ro, en el juego y bebida dándose la gran vida. Lo mandaron a la cárcel durante un año, y no es lo peor que ha hecho. Ni mucho menos, si se supiera la verdad.

Al recordar ese episodio, la señora Asliton apretó los labios. Ra¬chel pensó que tal vez era una de las contribuyentes para la "iglesia" de Buck Harris. Era bie « n sabido en el pueblo que sólo los más crédulos se habían dejado embaucar. Después de todo, ¿cómo alguien en su sano juicio iba a confiar en Buck Harris?

No se puede culpar a Johnny por algo que hizo su hermano dijo Rachel con tono pausado.

-¡Jummmf! murmuró la señora Ashton, evidentemente poco convencida.

Rachel observó que Betty Nichols, la cajera, estaba ocupada me¬tiendo sus provisiones en dos bolsas de papel pardo sin dejar de escu¬char las habladurías. La sangre que latía en las sienes de Rachel anun¬ciaba el inicio inminente de una jaqueca. Hacía años que era propensa a ellas, desde que había entendido que nunca se iría de Tylerville. Jamás. Lazos de amor y obligación se habían cerrado en torno de ella y ahora la aprisionaban, tan sólidos como cadenas de hierro. Rachel lo había aceptado y estaba resignada. Incluso consideraba su destino con cierto humor sombrío. Ella, que siempre había soñado con volar alto y lejos, para alcanzar una clase diferente de vida, sentía que le habían cortado las alas. Aquel malhadado verano de once años atrás podía contarla también a ella entre sus víctimas.

Su vida estaba ahora sólidamente asentada en la senda en la cual iba a desplazarse durante los próximos cincuenta años: la de una maes¬tra pueblerina. Su vocación era

emprender la tarea, a menudo hercúlea, de abrir las mentes de los jóvenes de Tlyterville, familiarizar¬los con el poder y la belleza de las palabras. Al principio esa perspecti¬va la había entusiasmado. Pero con los años, había llegado a compren¬der que sondear en busca de la chispa necesaria de imaginación y creatividad en los cerebros de aquellos a quienes enseñaba era una ta¬rea tan ingrata como buscar la perla ocasional en el fondo de un océano lleno de ostras. Sólo los éxitos inusuales hacían que su trabajo valiera la pena.

Johnny Harris había sido uno de esos éxitos. Tal vez, el más in¬verosímil.

Al pensar en él, arremetió la jaqueca en serio. Con una mueca de dolor buscó la chequera en su bolso para escapar más rápido de la tienda. En ese momento, sólo le faltaba tener que defender a Johnny Harris (quien, por mucho que fuese inocente de asesinato, no era el muchacho a quien ella recordaba) ante nadie, cuando a ella misma le costaba aceptar aquello en lo que él se había convertido. Ansiaba en¬contrarse diez minutos sola. Ya estaban poniendo en un carrito las provisiones de la señora Ashton, y los últimos artículos comprados por Pam Collier eran pasados por el aparato computadorizado que verifi¬caba los precios. Gracias al cielo, los sermones no iban a durar mucho más. En pocos minutos Rachel podría escapar.

Sue Harris no era más que una putilla, si me perdonan la expre¬sión. Ahora vive en Detroit, y me han dicho que es una de esas madres que reciben subsidios, con tres hijos de tres hombres diferentes. Y tam¬poco se casó nunca con ninguno de ellos.

¡No me diga! La señora Ashton sacudió la cabeza.

Pam asintió con un gesto.

Eso me han dicho. Y todos saben que Grady Harris era el ma¬yor traficante de drogas de este estado cuando se ahogó tres años atrás. Y no se habría ahogado si no hubiera estado drogado con no sé qué.

Rachel aspiró profundamente para calmarse. Aunque le palpita¬ba la cabeza, ignoró el dolor.

A mí me dijeron que él y unos amigos estaban de fiesta en una em¬barcación; él se cayó por la borda y se golpeó la cabeza. Si Grady estaba haciendo otra cosa que beber whisky, nadie lo ha demostrado. Y si beber whisky es un delito, entonces hay muchos delincuentes en esta zona.

Pese a su recelo, por lo menos por uno de los hermanos Harris, Rachel se sentía obligada a puntualizar los hechos. Como todos en el pueblo, estaba enterada de las habladurías. Lo que ni ella ni nadie sabía era hasta qué punto eran ciertas. Aunque eso no impedía a nadie repetirlas, por supuesto. Las habladurías eran la escoria vital de Tyler¬ville. Rachel sospechaba que, si se las acallara, era muy posible que gran parte de la población expirase.

Claro que, si hacía frente a la cuestión, tendría que admitir que había algo de cierto en lo que decían Pani y la señora Ashton. Como clan, los Harris no eran los ciudadanos más aceptables de Tylerville. Rachel no lo discutía. Simplemente quería ofrecer una segunda opor¬tunidad a un muchacho -no, un hombre ahora- que se la merecía. No trataba de santificar a Johnny Harris. Pensaba que, en lo referente al asesinato de Marybeth Edwards, había sido falsamente inculpado.

También Willie Harris tiene hijos por todos lados. Hasta algu¬nos en Perrytown son suyos, por lo que me han dicho.

Pam bajó la voz al relatar este último chisme sabroso. Para com¬prender el alcance de la habladuría era necesario saber que Perrytown era el barrio negro, situado en las afueras del pueblo. Mientras que la integración era ley y en Tylerville todos se oponían en voz alta a cual.¬quier tipo de reclamo, la realidad era que casi todos los negros vivían juntos en su propia y pequeña comunidad.

¡Oh, eso no lo creo! Hasta la señora Ashton se mostró escan¬dalizada por las calumnias contra el padre de Johnny.

Eso me han dicho.

Son treinta y siete dólares con sesenta y dos, señorita Grant.

¿Qué?

Betty Nichols repitió pacientemente el total. Rachel se apresuró a extender un cheque y se lo entregó. En Tylerville todos se conocían. Como Betty era ex alumna suya, no hacía falta mostrarle ningún docu¬mento de identificación. El pueblo entero sabía que los cheques de los Grant valían tanto como el oro, de la misma manera que nadie habría aceptado un cheque de cualquiera de los Harris.

Así era la vida en Tylerville.

Adiós, señora Ashton. Adiós, Pam.

¡Aguarde, Rachel! la interpeló la señora Ashton. Pain tam¬bién gritó algo, pero Rachel ya había traspuesto la puerta automática y no pudo oírlas. Aunque no lo lamentó.

Camino a casa, con un tremendo dolor de cabeza, Rachel deci¬dió que nunca en su vida se había sentido tan exprimida. Acaso era el calor. O tal vez la tensión de abogar por Johnny Harris.

Su bolso reposaba sobre el asiento del copiloto. Lo atrajo ha¬cia sí, buscó adentro a tientas con una sola mano y encontró el en¬vase de aspirinas que siempre llevaba consigo. No era fácil abrirlo sin salirse del camino, pero ella lo consiguió y se tragó en seco dos tabletas.

"Esta es mi carta para el mundo / que nunca me escribió a mí..."

Por la mente de Rachel pasaron veloces las palabras de Emily Dickinson. Siempre le había gustado la poesía y en ros últimos tiempos ese verso le parecía un resumen adecuado de su existencia. Para ella simbolizaba un alma anhelante, encerrada en la monóto¬na cotidianeidad de una vida vulgar. Como Emily Dickinson, Ra¬chel quería más, aunque no habría podido decir qué era exactamen¬te lo que anhelaba. Con frecuencia se sentía sola, pese a que nunca le habían faltado amigos ni compañía. Pero le faltaba ese ser tan ex¬cepcional... un espíritu afín.

Con los años había llegado a darse cuenta de que no encajaba del todo en Tylerville. Era diferente a su familia, diferente a sus veci¬nos, diferente a sus compañeros de trabajo y sus estudiantes. Leía to¬do lo que podía, novelas y obras de teatro, biografías y poesía. Periódi¬cos, revistas, cajas de cereales, cualquier cosa. Su madre y su hermana leían libros de cocina y revistas de moda. Su padre leía diarios financie¬ros y revistas de deportes. Ella se contentaba con su propia compañía durante horas enteras. Si le daban a elegir, hasta prefería estar sola. Ellos eran desdichados si no tenían una agenda social repleta. Rachel escribía poesía y soñaba que algún día cabría la posibilidad de publi¬carla.

Su familia se reía con indulgencia de sus garabatos.

Sin embargo los amaba, y ellos también.

A veces pensaba en el desgarbado cisne del cuento del patito feo. Por mucho que se empeñara en ser como los demás y durante años lo había intentado , no podía lograrlo. Por fin había aprendido a fingir que era como ellos. Así la vida era más fácil. Le bastaba con guar¬darse más o menos el ochenta por ciento de lo que pensaba y sentía.

Cuando detuvo su auto entre los grandes pilares de piedra que mar¬caban la entrada de la estancia llamada "El Nogueral", que había sido el ho¬gar de la familia Grant durante varias generaciones, Rachel sintió que la tensión empezaba a ceder. Se calmó el palpitar de sus sienes y sintió un gran alivio. La casa ejercía siempre un efecto tranquilizador sobre ella. Amaba la gran casa centenaria donde había crecido. Amaba el largo cami¬no de acceso, que no se había empedrado hasta diez años atrás y que ser¬penteaba entre altísimos robles y arces. Amaba los comeos y cielamores en flor que convertían el lugar en un paraíso de pura belleza en primavera. Loa melocotoneros que crecían atrás y proporcionaban fruta, y los noga¬les que sembraban la calzada y el patio de duras bolas verdes en otoño y daban nueces para masticar en el invierno. Amaba ver los pocos caballos que ahora conservaban, pastando en los

campos situados más allá de la ca¬sa, cercados por bosques. Arnaba el granero que habían construido su abuelo y el suegro de este, y cada uno de los tres estanques, y el bosque que ocupaba casi todo el campo de atrás. Amaba la puerta cochera anticuada que se extendía desde el costado de la casa, bajo la cual estacionaba habi¬tualmente su coche. Amaba la suave pintura blanca que se había descasca¬rado aquí y allá, mostrando entonces el rosado de los ladri1los con que es¬taba construida la casa, y el rojo color del techo de latón que formaba picos y alerones, tres plantas y media por encima del suelo. Amaba la ancha ga¬lería cubierta, con sus recias columnas blancas, que engalanaba la fachada de la casa, y la vereda y la terraza que conducían a la parte de atrás. Siguió la vereda con los brazos cargados de provisiones, permitiendo que las es¬cenas, olores y sonidos de la casa calmaran sus alterados nervios. Como siempre, era agradable estar en casa.

Mas traído las chuletas de cerdo? Ya sabes que tu papá dijo que quería chuletas de cerdo.

Elisabeth Grant, la madre de Rachel, la recibió en la puerta de la cocina; su tono era irritado, como solía suceder en los últimos tiem¬pos. Con apenas un metro sesenta de altura y quizá cuarenta y cinco kilos de peso, el legado físico de Elisabeth para su hija era su figura. Aparte de eso, la semejanza externa era poca. El cabello de Elisabeth, que era corto y rizado, había sido antes negro natural, y ahora estaba teñido del mismo color. Su piel era fina como papel, de tono cetrino y arrugada por años de exponerse al sol, pero su maquillaje, exquisita¬mente aplicado, compensaba muchas cosas. Aun cuando no contaba salir de casa, Elisabeth estaba siempre bien acicalada. Ese día tenía puesto un vestido verde esmeralda con discretas joyas de oro y zapatos haciendo juego. Antes Elisabeth había sido una mujer muy bella y aún se podía apreciar. Rachel siempre había tenido la sensación de haber decepcionado a su madre a ese respecto. Su tez y sus rasgos se parecían más a los de su padre.

Sí, madre, las he traído.

Rachel entregó las provisiones a Tilda, quien esquivó a Elisa¬beth para recibirlas. Tilda, enfundada en los pantalones estrechos y la amplia camisa sin mangas a la moda, desafiaba sus cincuenta y dos años. Había sido ama dellaves de los Grant desde que Rachel podía re¬cordarlo. Ella y su marido J. D., que hacía trabajos generales en la ca¬sa y sus aledaños, eran casi de la familia, aunque cada noche volvían a su casita de madera en Perrytown.

Habría ido yo a la tienda, señora Grant, si usted me hubiera di¬cho que necesitaba algo.

Tilda habló en un tono de leve reproche mientras llevaba su do¬ble carga al mostrador junto al fregadero. Rachel era su pequeña, o más bien uno de sus pequeños, ya que tenía seis propios, y rib le gusta¬ba que nadie abusara de ninguno de ellos, como habría expresado ella. Ni siquiera la propia madre de Rachel.

Ya sabes que hoy te necesitaba aquí para ayudar a J. D. con Stan, Tilda. Tal como está ahora, no tengo fuerza suficiente.

Debe tener un buen día si ha pedido chuletas de cerdo co¬mentó Rachel, mientras sustraía un plátano de la bolsa que estaba va¬ciando Tilda y le quitaba la piel. Stan era su amado padre, que tenía ya más de setenta años, aunque costaba creerlo. Sufría el mal de Alzhei¬mer, que en los últimos ocho años lo había despojado tanto de su mo¬vilidad como, en gran medida, de su razón. Ahora, sólo ocasionalmen¬te emergía de la bruma de incoherencia en la que vivía para reconocerlas, o siquiera para hablar.

Así es. Vaya, esta mañana me reconoció. Hasta preguntó dónde se había escondido Becky. Por supuesto que ha olvidado total¬mente que ella está casada y tiene hijas. Elisabeth se agachó para sa¬car la cazuela grande de hierro del armario, junto a la cocina.

Becky era la hermana menor de Rachel, que vivía en Louisville con su esposo, Michael Hennessey, y sus tres hijitas. Becky era el vivo retrato de la madre de ambas, físicamente y en cuanto a personalidad también. Y ese era, imaginaba Rachel, el motivo por el cual era la

fa¬vorita de su madre. Elisabeth conocía bien a Becky. Becky había sido primero animadora deportiva, después reina del baile estudiantil, lue¬go reina de la fiesta de graduación; compartía con Elisabeth un agudo interés por las ropas y los hombres. Rachel, en cambio, tenía siempre la nariz metida en un libro y la cabeza en las nubes. Elisabeth la había tildado de soñadora, y no era necesariamente un cumplido. La parcia¬lidad de Elisabeth ya no molestaba a Rachel, aunque había sido un do¬lor secreto y escondido mientras ella y su hermana crecían. Pero cuan¬do ambas tuvieron más edad, Rachel adoptó el rol de chica de papá, acompañando a Stan en correrías por el pueblo y,en sus excursiones de pesca favoritas, y esforzándose en aprender todo lo que pudo sobre fe¬rretería para complacerlo. A él no le importaba que Rachel no fuera una belleza, ni se alteraba si a veces ella se ensimismaba tanto en un li¬bro que olvidaba vigilar la cocina y dejaba que se quemara la cena. Es¬ta relación especial con su padre llegó a ser muy valiosa para ella con el tiempo, y entre tanto, la proximidad de Becky con su madre había dejado de lastimar a Rachel.

¿Ha venido ese muchacho Harris? -inquirió Elisabeth en tono lleno de desaprobación mientras abría el paquete de chuletas de cerdo que Tilda había puesto sobre el mostrador.

Rachel, que ahora manejaba casi todo lo relacionado con la fe¬rretería, no había consultado a su madre antes de ofrecer trabajo a Johnny. En realidad, había informado a su madre de lo que había he¬cho, apenas el día anterior, cuando ya no podía evitarlo. Como había previsto Rachel, Elisabeth se había horrorizado con la sola idea de que Johnny Harris volviese a Tylerville. En cuanto a darle empleo, ella pre¬fería dárselo al mismo demonio, dijo. Estaba furiosa con su hija. Ra¬chel sabía que, como castigo, iba a sufrir durante días sutiles ataques, tales como que su padre preguntara por Becky y no por ella.

Sí, mamá, ha venido Rachel mordió un, gran bocado de pláta¬no, comprobó que ya no tenía ganas y la tiró a medio comen Nos está muy agradecido por ofrecerle el puesto.

Y esa era una mentira como nunca había dicho antes. Su madre aspiró por la nariz.

No le ofrecimos un puesto. Yo jamás habría hecho tal cosa. Es todo obra tuya, señorita, y tú sola vas a soportar las consecuencias. Atacará a alguna muchacha, óyeme bien, o hará alguna otra cosa terri¬ble. Siempre fue de ese tipo.

Yo creo que se portará bien, mamá. Tilda, ¿dónde está papá?

Arriba, en la sala de baile. J. D. le trajo una de esas cintas de El¬vis Presley que le agradan y están los dos allí escuchándola.

Gracias, Tilda. Creo que subiré a verlo. Llámame si necesitas ayuda, mamá.

Ya sabes que no necesito ninguna ayuda para cocinar.

La destreza culinaria de Elisabeth era su orgullo y su alegría. El ofrecimiento de Rachel había sido más bien una respuesta al ataque anterior de su madre que ninguna otra cosa.

Lo sé, mamá.

Rachel empleó un tono más suave y sonrió a su madre antes de salir de la cocina y subir por la angosta escalera del fondo. Su relación con Elisabeth siempre había sido ambivalente, pero no cabía duda que la quería. La suerte que le había tocado a Stan era dura para Elisabeth, quien amaba a su marido más aún de lo que amaba a la misma Becky.

Mucho antes de llegar al segundo piso, Rachel pudo oír los acor¬des de Terro feroz". La sala de baile, un nombre ampuloso para lo que era en esencia un espacioso porche dormitorio, con tabiques de vidrio, que ocupaba más o menos la mitad de los altos de la casa, estaba des¬provista de moblaje y tenía un suelo de madera dura, sin las alfombras orientales que amortiguaban los ruidos y entibiaban las habitaciones de abajo. La desnudez del cuarto amplificaba el sonido. Pese a sí mis¬ma ya que nunca había sido muy aficionada a Elvis , Rachel se en¬contró brincando al compás mientras caminaba por el pasillo. El ritmo era contagioso. A Stan siempre le había gustado Presley, y al morir es¬te lo había llorado como si perdiera a un miembro de la familia.

La puerta que comunicaba con el ascensor, que habían instalado para Stan y su sillón de ruedas, estaba abierta cuando Rachel pasó por delante. Más tarde el ascensor llevaría a Stan y J. D. a la planta baja, donde Stan comería y sería conducido afuera para su caminata diaria.

Más tarde aún, el ascensor lo llevaría de vuelta al primer piso para que lo bañaran, le dieran su medicina para dormir y lo acostaran. Tal era la rutina inexorable de sus días. Cada vez que pensaba en su vigoroso pa¬dre reducido a tal infinita monotonía, Rachel tenía ganas de llorar. Por eso procuraba no pensar en ella.

Tal como había previsto al doblar la esquina para entrar en el salón de baile, Rachel comprobó que su padre estaba sentado en su silla de ruedas, los ojos cerrados, cabeceando al compás de la músi¬ca. Escuchar canciones de Elvis era uno de los pocos placeres que le quedaban, lograban llegarle cuando ninguna otra cosa podía ha¬cerlo.

J. D. estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, junto a Stan. Le sobresalía un vientre enorme sobre la pretina de sus pantalo¬nes de trabajo grises y la camisa gris, más clara, desabotonada, dejaba ver su camiseta blanca. De tez más oscura que su esposa, J. D. era tam¬bién más exuberante, con una sonrisa pronta para cualquiera que se cruzara con él. Tarareaba la música, y seguía el ritmo con los dedos nu¬dosos que golpeaban en el lustroso suelo. Rachel debió hacer algún ruido, ya que J. D. alzó la vista y sonrió ampliamente cuando la vio. Ra¬c.hel lo saludó con un ademán. Cualquier intento de hablar era inútil, dado el volumen de la música.

Se acercó a su padre y le tocó la mano.

Hola, papá.

El no abrió los ojos, ni siquiera pareció advertir la presencia de su hija, ni sus dedos posados sobre los suyos. Rachel los mantuvo allí un minuto; luego los retiró suspirando. Claro que no había previsto ninguna otra reacción. En esos días le bastaba verlo, saber que él esta¬ba cómodo y bien cuidado.

Atender a las necesidades físicas de su padre era todo lo que ella o cualquier otra persona podía hacer. Al menos habían logrado man¬tenerlo en casa. Sin J. D., el único capaz de manejarlo cuando se ponía intratable, y sin la ayuda de Tilda, habrían tenido que internarlo en un sanatorio particular.

La sola idea hacía temblar a Rachel, aunque el doctor Johrison, médico de Stan, había advertido que la internación sería factible cuan¬do la enfermedad llegara a sus últimas etapas. Elisabeth no podía ni siquiera considerar tal perspectiva sin derramar lágrimas histéricas. Habían estado cuarenta y un años casados.

Stan Carson había sido un hombre corpulento y alto. Aún era físicamente grande, pero su mal parecía encogerlo. O tal vez, ahora que su padre dependía de ella en lugar de ser al revés, había cambiado la percepción que Rachel tenía de su tamaño. En todo caso, sentía un, amor vehemente, protector, al contemplar las pocas hebras plateadas de cabello que cubrían a duras penas el cráneo de su padre. Envejecer nunca era una perspectiva placentera, pero este mal que se llevaba el alma antes del cuerpo era algo espantoso.

"Estaré aquí mientras me necesitas, papá", prometió en silencio Rachel y le apretó la mano.

"Perro feroz" fue remplazado por "Amame tiernamente” y al oír esas notas dulces y tristes, Rachel sintió que le afloraban las lágrimas. Ridícula. Lo único que ganaría llorando sería que se le tapara la nariz. Pestañeó para contener las lágrimas, palmeó por última vez la mano de su padre, volvió a saludar a J. D. con un ademán y se alejó. Se cam¬biaría de ropa antes de bajar. Si su madre iba a preparar sus famosas chuletas de cerdo fritas al estilo sureño, un proceso bastante largo, Ra¬chel tenía tiempo de sobra para poner en orden sus pensamientos an¬tes de que se dispusieran a comer.

Rachel podía oír los sones de "Hotel de las congojas" mientras se ponía unos pantalones cortos a cuadros azules y verdes y una camisa de polo verde oscura. Calcetines blancos y calzado deportivo completa¬ban su atavío. Se pasó un cepillo por el cabello, luego lo ahuecó con una mano, y se miró al espejo. Advirtió que, por primera vez en mucho tiempo, se estaba viendo realmente en lugar de revisar su peinado y su maquillaje. Entonces comprendió por qué. Sin poder eludir ya el es¬pectro de Johnny Harris, trataba de verse a través de los ojos de él.

"Tenía una gran calentura por usted en la secundaria. Todavía la tengo." Espontáneamente, las palabras de Johnny Harris resonaron en su mente. Rachel apretó el cepillo que aún sostenía en la mano. Sin du¬da él no hablaba en serio. Tan sólo trataba de ponerla incómoda por alguna razón que ella no lograba explicarse. Ella no era el tipo de mu¬jer que solía llenar de deseo a los hombres. Por ese motivo le había des¬lumbrado Michael. El guapo, el brillante Michael... enamorado de ella. Aun entonces le había costado creerlo.

Una punzada de ese dolor pasado logró arrancar una mueca a Rachel. Hacía tanto tiempo que él la había abandonado con un beso en la mejilla y una frase acerca de que no eran realmente compatibles.

A ella se le había roto el corazón, pero él, al parecer, no lo advirtió o no le importó. Ya no pensaba casi nunca en Michael. Al menos, no en relación con ella misma. Michael ya no era suyo. Ahora era de Becky. El esposo de Becky.

Sus pensamientos se deslizaron hacia un tema que era más in¬quietante. La idea de haber inspirado un ataque de "calentura" en un Johnny Harris adolescente que había sido todo un galán, para tomar prestado otro término de la jerga de sus estudiantes ... vaya, era simple¬mente divertido.

Ella no era de ese tipo.

Tenía treinta y cuatro años, casi treinta y cinco, aunque suponía que no los aparentaba. Una aversión visceral al sol porque siempre se quemaba en vez de tostarse, la había preservado de las arrugas, excep¬to algunas pequeñas en torno a los ojos. Su figura era esbelta, pero ese era el único punto a su favor. Casi todas las niñas de trece años tenían curvas que ella tal vez envidiara. Su secreto mejor guardado era que podía comprar sus ropas en la sección varones preadolescentes de Grumer, la tienda mixta del pueblo, y a menudo lo hacía. Su cabello era castaño, cortado hasta la barbilla y con las puntas hacia dentro para en¬marcar un rostro que era pasablemente bonito, con rasgos regulares, delicados y su forma ovalada, pero algo descolorido. Sin duda no llega¬ba a ser bello. Sus ojos eran grandes y tenía una forma bonita, con es¬pesas pestañas pardo oscuras, pero eran de un tono castaño común que no hipnotizaría a ningún hombre. "Mona" era como se había oído describir con la mayor frecuencia. Hasta Rob, el hombre con quien había estado saliendo sin entusiasmo durante la mayor parte de los dos últimos años, la había definido así.

Rachel odiaba que la llamaran mona. Era una palabra adecuada para bebitos y animalitos domésticos, no para mujeres adultas. Aun cuando fuese exacta, ella consideraba insultante esa descripción. Pero, por supuesto, Rob no tenía modo de saberlo y ella no se lo había dicho. Era un hombre amable y sólo se había propuesto elogiarla. Tenía bue¬nos ingresos era farmacéutico y dueño de su propia botica , buenos modales y era bastante bien parecido. Rachel estaba segura de que él sería un buen padre. Y ella empezaba a desear hijos.

Era tiempo de que se casara. Si el abandono de Michael había matado algo indefinido en su interior, pues bien, la vida era así. No se engañaba pensando que era la única mujer que había sido abandona¬da. Su corazón roto había sanado tiempo atrás. Ya no sufría por Mi¬chael. La edad le había dado la sabiduría y la decisión necesarias para lograr que un matrimonio funcionara. Cuando vacilaba al recordar la ardiente excitación de su pasión por Michael, y la encontraba ausente en su relación con Rob, le bastaba recordar que ya no era la muchacha ingenua y candorosa que había amado con todo el corazón y con ¡limi¬tada confianza en su felicidad futura. Había crecido y se había vuelto más sabia.

¡Rachel! ¡Rachel, baja enseguida!

Que su madre gritara así desde el pie de la escalera eran tan inu¬sitado, que llamó la atención de Rachel. Se apartó del espejo, abrió la puerta de su habitación y bajó de prisa hacia la cocina. Elisabeth tenía un tenedor de dientes largos en una mano. Su expresión indicó a Ra¬chel que estaba alterada.

Hubo una llamada telefónica para ti dijo antes de que Rachel pudiera preguntar qué pasaba . Era Ben, de la tienda. Dijo que debías ir allá enseguida. La policía está allí. Hubo no sé qué problemas con ese Johnny Harris.

4

Había dos coches de la policía detenidos frente a la ferretería. Cinco o seis mirones merodeaban afuera; un agente uniformado cus¬todiaba la entrada. Al bajar del auto, Rachel vio que el agente era Lin¬da Howiett, cuya hermana menor había estado en la clase de Rachel dos años atrás. Al ver a Rachel, Linda le hizo señas de que pasara y Ra¬chel se apresuró a entrar en la tienda. La escena que vio era tan espan¬tosa, que se detuvo de golpe.

En el suelo estaban tendidos dos hombres, uno postrado, el otro sentado y tres agentes uniformados se agachaban sobre ellos. Greg Skaggs, hijo de Idell y hermano mayor de Jeff, había ingresado en la fuerza policial de Tylerville el año anterior. Tenía una rodilla apoyada sobre la espalda ancha de un sujeto con camisa blanca sin mangas, mientras oprimía la pistola contra la cabeza de negro cabello despeina¬do. Otro agente, Kerry Yates, se hallaba arrodillado y sujetaba con fuerza el brazo retorcido del hombre postrado. Rachel no necesitó más que una mirada para reconocer a Johnny Harris. Atrás de él, se encon¬traba el otro hombre derribado, a quien no lograba identificar. Sobre él se inclinaba el jefe Jim Wheatley, cuya postura indicaba que no per¬cibía mucho peligro pues estaba * verificando con dos dedos el pulso de la garganta del hombre. Tras el mostrador, Olivia Tompkins, que tenía diecinueve años y trabajaba media jornada en la ferretería, observaba con ojos desmesurados y pintadísimos. Mientras Rachel titubeaba, Ben Zeigler, el gerente de la tienda, salió de un cuarto de existencias situado al fondo. Evidentemente, ninguno de ellos había advertido aún la presencia de Rachel.

Dijo la señora Grant que ya viene Rachel dijo Ben al jefe Wheatley.

Bien.

¡Suéltame, imbécil! Me estás rompiendo el maldito brazo.

Ese gruñido provino de Johnny, quien hizo un movimiento para intentar zafarse, pero fue detenido con un duro tirón en su brazo re¬torcido. Johnny reaccionó con un lenguaje tan soez, que hizo pes¬tañear a Rachel. Se le ocurrió pensar que, por más inocente que pudie¬ra haber sido Johnñy cuando fue procesado y condenado, tal vez la prisión lo hubiese cambiado tanto que ahora era verdaderamente una amenaza para la sociedad. Lo cierto era que no había sido nada caba¬llero con ella. Cualquier cosa que lo hubiera llevado a esa situación debía haber sido terrible para merecer semejante reacción por parte de la policía de Tylerville, habitualmente tan contenida.

Sigue resistiéndote, basura, y acaso yo logre agujerearte el estúpido cráneo con una bala.

Esta amenaza, pronunciada por Greg Skagg con pausado acen¬to, sacó a Rachel de su momentánea incredulidad. Fuera lo que fuese Johnny, ella no iba a presenciar cómo lo mataban frente a sus ojos.

En nombre del cielo, ¿qué ocurre aquí? preguntó ade¬lantándose.

El jefe Wheatley, sus agentes, Ben y Olivia alzaron la vista al mismo tiempo.

¡Rachel, no lo he podido evitar se lamentó Olivia . Ya es¬taba muy nerviosa porque ese Johnny Harris había entrado en la tienda cuando Ben había prometido que nunca lo haría mientras yo estuviese aquí, y entonces entró el señor Edwards y supe que había problemas. Hubo una pelea terrible, con ellos rodando por todos lados y ahogándose y golpeándose, y yo llamé a la policía, ¡y menos mal que lo hice! Ese Johnny Harris dio un golpe al señor Edwards en el cuello con el puño y lo dejó inconsciente. ¡Me extraña que no lo haya matado!

Evidentemente, Carl se enteró de que Harris estaba aquí. Vino a buscarlo y lo encontró. Yo le dije a usted que emplear a Harris era un error, y ya ve cuán acertado estaba. No hace

más que un par de ho¬ras que está aquí y mire lo que ha pasado dijo Ben, indicando con un gesto al grupo en el suelo . Han hecho trizas la tienda con la pelea. ¡Mire qué revoltijo!

Rachel miró. El piso estaba sembrado de latas de pintura, pince¬les, rodillos y diagramas cromáticos, caídos de un muestrario volcado. Una ¡ata se había reventado al caer y se había derramado el esmalte es¬carlata sobre las baldosas blancas y negras. Un barril de plástico que antes contenía un enorme surtido de pernos y tuercas yacía de costa¬do, con su contenido disperso por todas partes. El alpiste, que había estado guardado en un gran bote de metal, formaba una alfombra are¬nosa bajo los pies. El propio envase, ahora abollado, reposaba contra el mostrador de madera. A juzgar por su aspecto, había sido arrojado contra alguien.

Debió haberme consultado antes de hacer algo tan necio como dar empleo a Harris, Rachel dijo el jefe Wheatley . Cualquiera que tuviese un poco de sentido común habría previsto que los hermanos Edwards vendrían por él tan pronto como llegara al pueblo. Demo¬nios, yo no puedo culparlos, aunque defenderé la ley como es mi obli¬gación. No está bien que la hermana de Carl esté muerta y su asesino ande suelto y de vuelta en nuestro pueblo.

Al hablar, el jefe de policía se irguió y se apartó del segundo hombre derribado. Rachel reconoció entonces a Carl, el hermano ma¬yor de Marybeth Edwards.

¿Podrías soltarlo, por favor? dijo Rachel con mucha calma a Greg Skaggs, mientras señalaba a Johnny. Evidentemente, estos hom¬bres estaban mal predispuestos y lo lesionarían sin el menor escrúpu¬lo. Ella le había creído todos esos años, haciendo frente a una opinión pública abrumadora, y no lo abandonaría ahora porque él no era el muchacho con vello de melocotón en la cara a quien ella había espera¬do encontrar . No creo que él represente peligro para ninguno de nos¬otros, con tantos policías presentes. No lleva arma, ¿o sí?

Kerry Yates completó un rápido registro del prisionero y dijo de mala gana al jefe Wheatley:

Me parece que está desarmado.

-¡Suéltame, imbécil!

Cállate muchacho, o terminarás de vuelta en la cárcel más rápi¬do que un estornudo dijo el jefe Wheatley con un gruñido.

Váyase a la mierda.

La réplica de Johnny sobresaltó a Rachel. Greg Skaggs golpeó la cabeza del muchacho con su pistola, un poco más duro de lo que era necesario para una mera advertencia. Kerry Yates dobló un poco más arriba el brazo que sujetaba y sonrió. Johnny lanzó un gruñido de do¬lor. Rachel se enfureció.

¡Suéltenlo! dijo alzando la voz, cosa que casi nunca hacía.

El jefe de policía la miró, observó a sus hombres, vaciló, y luego asintió con un gesto.

Dejen que se levante dijo. Luego, se dirigió a Johnny mientras este zafaba su brazo y agregó : Compórtate, muchacho, o estarás de vuelta en el suelo antes de que puedas limpiarte la nariz.

Levántate, pues dijo Greg Skaggs, apartándose de su prisione ' ro temporario antes de incorporarse. No volvió a guardar su arma en la pistolera, sino que la mantuvo en la mano.

La respuesta de Johnny al ponerse de pie y volverse hacia ellos fue tan of¿nsiva, que Rachel comprendió la súbita tensión en las posturas de los agentes. Permaneció en equilibrio, con los puños apretados a los costados como si pensara que lo iban a atacar en cualquier momento, la cara lívida y manchada de sangre, los ojos brillantes de furia.

Te encontraré un día cuando no lleves puesto uniforme, chico -le dijo a Greg Skaggs . Entonces veremos si eres tan duro.

Eso me suena como una amenaza contestó Wheatley en tono de aviso.

Cállate ordenó Rachel con vehemencia a Johnny; luego se le acercó y le golpeó el centro del pecho con un índice admonitorio. Sin otra razón que un puro instinto visceral, estaba súbita, ardientemente cien por cien de su lado.

Johnny Harris le observaba con la mandíbula apretada, la mira¬da dura, pero silencioso por la forma en que ella lo miró. Rachel se in¬terpuso entre él y los demás como un escudo. En ese momento no captó el absurdo de que ella lo protegiese a él, cuando la parte supe¬rior de su cabeza no le llegaba hasta el hombro y pesaba sólo la mitad que él. La injusticia de la situación la enardecía. Después de todo, ¿qué había hecho él que no hubiera hecho Carl Edwards también, salvo ser Johnny Harris?

En el suelo, Carl Edwards gimió, se movió y se sentó frotándose la nuca. Luego miró en derredor, vio a Johnny y su rostro se torció.

Hijo de perra -grúñó . Te ajustaré las cuentas, ya verás. Asesi¬no... ¿crees que puedes matar a nii hermana y librarte así?

Basta ya, Carl dijo bruscamente el jefe Wheatley, y se acercó

para asirlo por un brazo y poner ' lo de pie-. ¿Quieres presentar acusa¬

ción contra Harris por agresión?

-Demonios, sí, YO...

Para ser justos, Edwards lanzó el primer puñetazo intervino Ben con tono reacio.

¿Ve usted? Rachel miró al jefe Whcatley con aire triunfa¡.¬¿Por qué no pregunta a Johnny si él quiere presentar acusación contra Carl? Es simple justicia.

Rachel... Wheatley parecía atosigado.

No dijo bruscamente Johnny, detrás de ella.

¡No me hagas favores, miserable! gruñó Carl Edwards . Te haré pedazos como tú lo hiciste con Marybeth. ¿Recuerdas qué boni¬ta era, Harris? No era bonita después de que tú acabaste con ella, ¿ver¬dad? Escoria... ¿cómo pudiste hacerle eso? ¡Tenía sólo diecisiete años!

Vamos, a mí eso me suena como una amenaza dijo Rachel . Pero la satisfacción que le proporcionaba ese desquite se borró ante el derrumbe súbito y lastimoso del rostro de Carl Edwards.

Vamos, Carl, te llevaré a tu casa dijo con voz queda el jefe de policía viendo que Carl jadeaba de emoción y le corrían lágrimas por la cara.

Rachel sintió que se le contraía el corazón de piedad por él. Debía haber sido muy duro perder a una hermana de manera tan ho¬rrible... pero ella, sin embargo, estaba de parte de Johnny.

Dígale que no vuelva a entrar aquí, jefe. Si lo hace, yo presen¬taré acusación por allanamiento dijo con claridad Rachel mientras el jefe Wheatley, seguido por sus hombres, conducía hacia la puerta al so¬llozante Carl Edwards.

Dios santo, Rachel, ¿acaso no siente ninguna compasión por él? Carl amaba a su hermanita menor. Tienes que compadecerte de él dijo Ben, espantado ante la fría amenaza de Rachel.

Sí que lo compadezco repuso ella. Luego se volvió para mirar a Johnny. Tenía todo el lado izquierdo de la cara manchado de sangre que le brotaba del labio inferior partido. La sangre salpicaba la camisa sin mangas, que antes fuera blanca. Afuera, el ruido de automóviles que partían le indicó que la policía se había marchado. La tienda esta¬ba de nuevo abierta y en actividad . Olivia, vuelve a tu puesto, por fa¬vor. Ben, ¿está hecho el inventario? Si no, será mejor que lo termines, pues quiero examinarlo contigo mañana por la mañana.

A sus espaldas, la campanilla de la puerta indicó a Rachel que había entrado un cliente, probablemente uno de los curiosos que se habían congregado afuera.

¿En qué puedo serle útil? -preguntó Ben con soltura mientras se adelantaba hacia el cliente. Rachel ni siquiera miró en torno.

Tú ven conmigo le dijo a Johnny con voz que restallaba de au¬toridad.

Se encaminó hacia la puerta del cuarto de existencias. Desde allí, una escalerita conducía al apartamento de Johnny, donde podrían estar en privado. No se detuvo para mirar atrás y ver si él la seguía. Ra¬chel sabía que la obedecería. En lo referente a Johnny Harris, su sexto sentido estaba resultando ser muy agudo.

5

Traeré un poco de hielo para tu boca.

En la cocina del apartamento amueblado no faltaba nada, ni siquiera una nevera con congelador. Rachel encontró un paño en el cajón, junto al fregadero, abrió el compartimiento del congelador para sacar un puñado de cubitos de hielo, los envolvió con el paño y mojó el envoltorio. Luego se lo ofreció a Johnny, que estaba apoyado en el mostrador, junto a la cocina. Este aceptó la improvisada bolsa de hielo sin decir palabra y se la apretó contra el labio herido. A juzgar por su leve respingo, la sensación le trajo más dolor que alivio.

Está bien, qué tal si me cuentas qué pasó.

¿Acaso es mi agente de libertad condicional?

Aquel tono arrastrado e insolente fue "Johnny Harris" auténtico. Su hosquedad resultó tranquilizadora para Rachel. Significaba que, después de todo, algo quedaba en el hombre del muchacho a quien ella recordaba.

Rachel le sostuvo la mirada sin pestañear.

Soy tu jefa, ¿recuerdas? Tu patrona. Acabas de pelearte con un cliente en mi tienda. Creo tener derecho a alguna explicación.

¿Antes de que decida si me despedirá o no?

Exactamente.

Harris entrecerró los ojos. Cruzando los brazos sobre el pecho, Rachel aguardó. Durante una larga pausa, ninguno de los dos cedió ni una pulgada.

Por fin Johnny se encogió de hombros.

-¿Quiere saber la verdad? Edwards me atacó. Yo me defendí. Puede creerlo o no.

Lo creo.

Ahora que se había rebajado a dar explicaciones, aunque fuesen concisas, el tono de Harris era hostil. Y esa era precisamente la actitud que Rachel había previsto que él tomaría. La tensión de su espina dorsal se aflojó un poco. Por mucho que Johnny hubiera cambiado externamente, la persona, parecía ser esencialmente la misma.

Al oír la profesión de fe de Rachel, Johnny apretó la mandíbula y arrojó sobre el mostrador la bolsa de hielo. El trapo se desenrolló , el hielo se desparramó con ruido. Rachel chasqueó la lengua con desaprobación, e instintivamente empujó el hielo hacia el fregadero cuando un súbito movimiento del hombre le llamó la atención. Sin previo aviso, Harris aferró con ambas manos la camisa sin mangas y se la estiró por encima de la cabeza. Rachel se volvió hacia él instintivamente. Entonces clavó la mirada en un pecho masculino tan bello, que le quitó el aliento.

Sin duda había encontrado tiempo para ejercitarse en la prisión. Sus pectorales estaban bien definidos, su abdomen era chato y surcado de músculos. Sus antebrazos resaltaban. Su cintura era estrecha comparada con la anchura de sus hombros, y un triángulo de vello negro de aspecto sedoso cubría el centro de su pecho.

"Guau", fue el pensamiento que atravesó el cerebro aturdido de la joven.

Harris terminó de quitarse la camisa y la apelotonó en una mano. Luego miró a Rachel con un brillo picaresco en la mirada. Era evidente que se proponía turbarla. Tenla que recuperar su presencia de ánimo... pronto.

¿Qué estás haciendo? preguntó. Si su voz parecía serena, era gracias a la imperturbabilidad engendrada mediante años de impartir enseñanza a maleantes en ciernes.

Cambiándome de camisa. ¿Qué pensó que estaba haciendo? ¿Que iba a echarme encima suyo aquí mismo, maestra? Johnny dio un paso deliberado hacia ella hasta que su pecho quedó a escasos centímetros de su rostro. Rachel tuvo que alzar la vista, más allá de esos remolinos de negro vello pectoral, hombros anchos y mentón sin afeitar, para encontrar su mirada. Los ojos de Johnny estaban entreabiertos, las pupilas levemente dilatadas, el iris de un azul grisáceo profundo. ¿O tenía esa esperanza? agregó él con voz apagada como un suave susurro.

Durante un instante, la sangre de Rachel Carson pareció dejar de fluir. Johnny la estaba asustando, de eso no cabía duda. Recobró la cordura tras la helada duda, con la absoluta certeza de que él la encaraba con el propósito de asustarla. Era como un niño a quien todos han dicho que es malo y está decidido a demostrar que tienen razón.

Tal percepción le dio valor para resistir.

En tus sueños repuso con un resoplido burlón y continuó recoGlendao trozos de hielo semiderretido en el fregadero, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Por un momento Johnny quedó callado mientras la observaba. Rachel tuvo la sensación de que estaba estupefacto. Pero si quería jugar al Lobo Malo con ella como Caperucita Roja, le esperaba una desilusión. Ella no tenía la menor intención de dar la espalda y huir de él, jamás. Al inicio de su carrera había aprendido que el más grande error que puede cometer alguien que ocupa un cargo de autoridad es evidenciar siquiera el más leve indicio de miedo a aquellos a quienes desea liderar.

Ya veo, sigue siendo la señorita Grant de siempre dijo él finalmente; sus ojos y su boca perdieron algo de su dureza . Siempre tenía respuesta para todo.

Para todo no Rachel alzó la vista con una sonrisa incipiente.

Bastante cerca.

Dicho esto, Johnny se volvió y salió del estrecho corredor de la cocina. Por un instante, Rachel sintió un gran alivio. Estaba apoyada en el mostrador y sentía que le faltaba la energía psíquica para incorporarse de nuevo sobre sus pies. Rachel observó cómo se alejaba. Eso fue un error. Era increible la atracción sexual que él exudaba. Negro cabello ondulado tocando apenas unos hombros anchos y bronceados; una espalda ancha y musculosa; pantalones tejanos ceñidos que moldeaban unas largas piernas que se contoneaban sobre unas botas altas. El simple hecho de verlo alejarse la hizo estremecer. Sintió tirante la entrepierna.

Su reacción, intensamente física, la dejó aturdida. Aunque estaba lejos de ser promiscua, el sexo no le era extraño. Estaba Michael, por supuesto, pero aun cuando había estado locamente enamorada de él, entonces era joven y nerviosa, y sus encuentros le habían dejado con la sensación de que los poetas habían exagerado los placeres de la intimidad física. Durante los años siguientes sólo hubo otros dos hombres que querían casarse con ella. Ambos leían el diario dominical, y se daban por satisfechos con pasar el resto de sus vidas haciendo exactamente lo que siempre habían hecho. Rachel no podía imaginarse compartiendo la vida con ninguno de ellos. La magia no estaba allí.

Al pasar los treinta años, por fin había comprendido que, para tener la familia que deseaba, quizá tuviese que prescindir de la magia. Ahora estaba dispuesta a conformarse con una amistad sólida con su pareja, como la que creía estar desarrollando con Rob. El administraría su botica y leería el diario dominical y tal vez algún diario financiero. Ella tendría toda una vida interior de la cual él nada sabría. Pero quizá todos los matrimonios fueran así. Con este objetivo había permitido que Rob le hiciera el amor unas cinco o seis veces, y había disfrutado de sus encuentros. Pero el acoplamiento entre ambos no era demasiado apasionado y nunca, ni aun en sus momentos más íntimos, había sentido ella una sensación como la que en ese momento la envolvía.

Dios santo, ¿qué le pasaba? La mera vista de Johnny Harris sin camisa le causaba dolor.

Seguramente, a los treinta y cuatro años, no estaba en peligro de convertirse en una fanática de Johnny Harris, como había llamado el Tylerville Times a las seis o siete jovencitas que se habían comparecido en el juicio de Johnny todos los días sin falta. Jamás habría sospechado que este turbio personaje pudiera atraerla.

Aunque barruntaba que la atracción obedecía no tanto a su personalidad como a su cuerpo. Pese a que no lo habría sospechado antes, era posible que, como casi todas las mujeres, no fuese indiferente a un físico masculino magnífico.

Por consiguiente, su reacción era normal, inclusive previsible. Sin duda, no tenía por qué sentirse avergonzada... ya que nadie tenía por qué saberlo.

Tenía que contener su libido. Ninguna mujer sensata querría involucrarse con alguien como Johnny Harris.

El crujido de la vieja madera bajo la alfombra del pasillo anunció el regreso de Johnny. De pronto, centró su atención en estrujar el paño y colgarlo. Cuando él apareció en el vano, Rachel vio que, en efecto, se había cambiado la camisa por otra igual y se había limpiado la sangre del rostro.

Lo que quiero saber es qué hacías tú en la tienda. No tenías motivo para ir hasta mañana.

Rachel aún se sentía algo alterada y temerosa de que él pudiera discernir algo del efecto que había ejercido sobre ella. Apenas si lo miró, mientras limpiaba el mostrador con una toalla de papel.

Recordé que en Grant se solían vender bocadillos, y pensé comprar una bolsa de patatas fritas y una Coca.

La respuesta de Harris parecía indicar que había abandonado por el momento sus intentos de atemorizarla.

Debiste haber ido a comer al Reloj.

El Reloj era un restaurante acogedor, de estilo familiar, administrado por Mal Morris y su esposa Jane. Quedaba más o menos a tres kilómetros, al otro extremo del centro, pero él habría podido ir a pie sin dificultades. Casi toda la población de Tylerville comía en ese sitio por lo menos una vez al mes, La comida era sabrosa y abundante, y los precios eran bajosEntonces se le ocurrió pensar a Rachel que quizás él no tuviese dinero ni siquiera para pagarse una comida en el Reloj. Sintió vergüenza por su falta de previsión. Hubiera tenido que ofrecerle el salario de una semana por adelantado, pero hasta ese momento ni se le había pasado por la cabeza.

Lo hice, pero ese viejo murciélago de la puerta me dijo que no tenían lugar.

Rachel lo miró con el entrecejo fruncido.

¿Que no tenían lugar? Pero si ellos nunca están...

De pronto comprendió.

Esta noche tampoco estaba lleno. Desde donde estaba pude ver cuatro mesas vacías. Supongo que no quieren servir allí a los de "mi clase" repuso Johnny en tono mordaz.

Estoy segura de... empezó a decir ella, incómoda, pero con la esperanza de aliviar la humillación que sin duda él había sufrido.

Yo también lo estoy Seguro de que Tylerville no cambia. Johnny se apartó dejando libre la puerta de la cocina- Será mejor que se marche. No sería conveniente dar motivo para hablar a la señora Skaggs ni a los demás. Piense en el escándalo. esa simpática Rachel Grant subió con ese tal Harris y no volvió a bajar durante toda una y miró su relej toda una media hora.

Pero esta vez, la sonrisa burlona que torció la boca de Johnny ni siquiera la afectó.

Vas a venir conmigo dijo arrugando la toalla de papel y encaminándose hacia la puerta de atrás del apartamento. Al pasar junto a Harris le hizo una seña imperiosa . Vamos.

¿Adónde?

Cuando Rachel llegó a la puerta y se volvió hacia él, vio que no se había movido.

Volveremos al Reloj y comeremos. No se saldrán con la suya tratándote de esa manera.

Johnny la miró un momento. Luego sacudió la cabeza.

No necesito que libre batallas por mí.

Pues necesitas que alguien lo haga. No me parece que te vaya muy bien solo -replicó ella en tono cortante.

Durante una pausa larga, ambos se miraron a los ojos. Después Johnny se encogió de hombros y capituló.

Claro. ¿Por qué no? Tengo hambre.

También yo.

Por un instante, vino a su mente la visión de las chuletas de cerdo laboriosamente preparadas por su madre. Elisabeth se irritaría si ella dejaba pasar esa comida, pero por otro lado, era probable que recibiera a Johnny en la Nogalera de modo mucho más dramático que el desaire del Reloj. Rachel no podía llevarlo a casa a cenar y estaba decidida a lograr que se alimentara. Era importante que los lugareños no lo trataran como un paria. Si ella podía evitarlo, cambiarían de actitud.

Cuando Rachel bajó la escalera, Johnny fue tras ella. Como el auto estaba estacionado adelante, Rachel no vio otra alternativa que atravesar la ferretería. Tal perspectiva la puso tensa, pero mantuvo en alto la cabeza y procuró mostrarse tan segura como en realidad deseaba sentirse. La tienda, por cierto, estaba muy concurrida... más de lo que era normal un jueves a la hora de. cierre. Era evidente que se había difundido la noticia del altercado. Cuando salió del cuarto de existencias y fue hacia la puerta, seguida por Johnny que caminaba como si fuera el dueño de la tienda, Rachel percibió que todas las miradas cercanas estaban fijas en ellos dos. Saludó a los amigos con un ademán casual; no hizo caso de los simples curiosos.

La voz aguda de Olivia la siguió en su trayecto:

Señorita Grant, ha llamado su madre. Pidió que le dijera que la cena está casi lista y que vuelva a casa de prisa.

Gracias, Olívia. Por favor, llámela de mi parte y dígale que no iré a casa. Johnny y yo comeremos en el Reloj.

Listo. Ahora lo sabían todos los presentes. El pueblo entero lo sabría en pocas horas. Zumbarían los chismes; a la madre de Rachel le daría un patatús. Rachel supuso que llevar a Johnny Harris a cenar al restaurante más popular del pueblo y anunciar públicamente que se proponía hacerlo era el equivalente moderno de arrojar el guante.

Y eso era lo que ella sentía que estaba haciendo.

Un silencio mortal recibió su comentario. Rachel llegó a la puerta, la abrió y salió al menguante calor del anochecer de fines del verano.

Le agrada vivir peligrosamente, ¿verdad?

Por primera vez desde que se encontrara con él en la parada de¡ autobús, Johnny estaba sonriendo de verdad. No fue una sonrisa ancha, más bien una leve mueca de los labios. De no haber sido por el resplandor de júbilo en sus ojos, ella habría reído que se estaba imaginando todo eso.

Me desagrada la injusticia repuso y subió al coche.

6

Minutos más tarde, cuando entraron en el Reloj, Rachel vio enseguida que el restaurante, aunque concurrido, no estaba repleto ni mucho menos. Rachel sonrió a Jane Morris, una mujer regordeta, de aspecto alegre y poco más de sesenta años.

¡Vaya, Rachel, me alegro de verte!

Tras los hombros de Rachel, Jane vio a Johnny Harris, que se erguía alto, moreno y desaliñado. Su sonrisa titubeó.

-Yo también me alegro de verte, Jane. ¿Cómo está Mel?

El marido de Jane se había roto un tobillo dos meses atrás, y su recuperación había sido lenta. Aún cojeaba mucho y usaba bastón.

Más o menos. A nuestra edad no es tan fácil curarse una fractura repuso Jane, recuperada de su obvia sorpresa por la identidad del acompañante de su amiga. La determinación con que miraba a Rachel revelaba su consternación.

Con una amplia sonrisa, Rachel decidió tomar el toro por los cuernos.

Recuerdas a Johnny Harris, ¿verdad? Era una pregunta ridícula, por supuesto. En Tylerville todos se conocían desde el nacimiento, y Johnny Harris era el personaje más famoso del lugar. Sabrás que ahora trabaja para nosotros en la ferretería. He sido maestra suya en la secundaria.

Sin ser pronunciada, entre los tres flotaba la palabra antes. Antes de que Marybeth. Edwards fuese hallada con tres cuchilladas en el cuerpo.

Por supuesto Johnny, tú conoces a Jane Morris.

Rachel tendió una mano y rodeó el musculoso antebrazo de Johnny Harris, y lo instó a adelantarse hasta que quedó frente a ella. Ninguno de los tres delató, ni siquiera con un parpadeo, que esa noche era la segunda visita de Harris al restaurante.

Jane te dirigió una mirada de desaprobación desde el cabello de¬masiado largo hasta las gastadas botas.

Señora Morris...

Si el saludo de Johnny fue brusco, no lo fue menos la actitud de Jane Morris. "De nuevo en la brecha", pensó Rachel con un humor li¬geramente histérico.

¿Y cuál es el plato especial esta noche, Jane? Espero que sea pan.de came.

Pues tienes suerte repuso Jane, que se suavizó al dirigirse de nuevo a Rachel . Pan de carne con puré de patatas, entonces... ¿Quie¬res té helado?

Mientras hablaba, los conducía a una mesa situada al fondo. Vic¬toria. Cuando Jane se volvió y les hizo señas de que la siguieran, Ra¬chel sintió que los tensos músculos de¡ antebrazo de Johnny se afloja¬ban. Evidentemente él no se había sentido tan seguro de] desenlace como eUa.

Pero Rachel supuso que, en virtud de ser Johnny Harris, él esta¬ba habituado al rechazo.

Cuando llegaron a la mesa indicada, Jane llamó a su camarera de rosado uniforme:

Glenda, Rachel quiere té helado y el pan d carne. Desvió la mirada hacia Johnny que se estaba acomodando en un asiento.- ¿Y us¬ted, qué?

Si en su tono bien hubo cierta dureza, al menos le había habla¬do directamente, lo cual era un paso enorme. Jane no solía desairar a alguien sin motivo.

Pediré lo mismo.

Que sean dos gritó Jane a Glenda; luego sonrió a Rachel . Sa¬luda a tu mamá de mi parte.

Lo haré prometió Rachel. Jane Morris se alejó de prisa ante la llegada de nuevos clientes.

Aquí están sus bebidas. Traeré la comida en un minuto.

Glenda sirvió de una bandeja dos vasos altos y húmedos, y los co¬locó sobre la mesa. De pronto, al ver a Johnny por primera vez, se sor¬prendió:

¡Vaya, Johnny Harris! ¿Qué haces fuera de la cárcel?

Rachel dio un respingo. Johnny bebió un sorbo de té; luego son¬rió a la mujer.

Habrías debido saber que finalmente me dejarían libre. ¿Me has estado esperando?

Glenda emitió una risita.

Rayos, ya tengo cuatro hijos. Mal puede llamarse a eso es¬perar.

No, no se puede.

Para Rachel era evidente que los dos se habían conocido bastan¬te bien antes. Pensándolo bien, ella sabía quién era Glenda. Por naci¬miento pertenecía al clan de los Wright, a quienes se consideraba es¬coria, igual que a los Harris. Rachel no la había reconocido enseguida porque Glenda jamás había llegado a la escuela secundaria. Con su ca¬bello rubio, encrespado por la permanente y esas arruguitas en torno de los ojos, parecía mayor que Johnny, pero Rachel se dio cuenta de que debían tener más o menos la misma edad.

Ayer vi a tu padre. No dijo nada de que fueras a volver.

Johnny bebió otro sorbo de té y se encogió de hombros.

¡Glenda! ¿Puedes servir en esta mesa? Al parecer, Jane esta¬ba atosigada.

¡Claro, señora Morris! Me alegro de verte, Johnny. Cuídate.

Tú también, Glenda.

Tras un momento de incómodo silencio, Rachel comentó:

-Es obvio que ella se alegra de verte.

Johnny esbozó una sonrisa involuntaria mientras sus ojos se en¬contraban con los de Rachel.

Sí. Algunas habrá por ahí.

Glenda volvió con platos colmados de comida, que depositó so¬bre la mesa.

¿Necesitan salsa de tomate?

Sí.

No.

Ambos hablaron al mismo tiempo. Rachel miró a Johnny; luego hizo un gesto de asentimiento a la camarera. No era necesario. Glen¬da ya estaba poniendo la botella de ketchup sobre la mesa antes de ale¬jarse presurosa para atender a otros clientes.

Oiga, esto mata el sabor dijo Harris, mientras tomaba la bote¬lla, la destapaba y echaba la mitad de su contenido sobre el pan de car¬ne y el puré de patatas.

Levemente repugnada, Rachel asintió con la cabeza; luego apartó la mirada al ver que él empezaba a devorar la comida. Sus mo¬dales en la mesa no eran los mejores que ella había visto en su vida. En¬tonces tuvo remordimientos. Después de todo, él no había pasado los diez últimos años en una escuela de buenos modales. Y antes de eso, teniendo en cuenta su procedencia, ella dudaba que hubiese tenido muchas oportunidades de aprender las sutilezas del uso al cuchillo, el tenedor y la servilleta.

¿No va a comer? logró preguntar él entre bocado y bocado.

En realidad no tengo mucho apetito repuso ella.

Apenas había probado su comida. Se sentía molesta y miró alre¬dedor para ver si los demás comensales habían advertido cómo Johnny arremetía contra su comida.

Hubo un momento de pesado silencio, que no interrumpió ni si¬quiera el tintineo del tenedor de Johnny contra su plato, el sonido de su masticación.

El silencio llamó la atención de Rachel, que miró al hombre. Johnny estaba mirando fijamente, con los ojos entrecerrados, y con el tenedor suspendido en la mano. En la comisura de la boca tenía una minúscula mancha de salsa de tomate. En eso fijó la mirada Rachel, y algo en su expresión debió trasmitir su disgusto, porque la boca de Johnny se torció con violencia. Dejó su tenedor en el plato con ruido, tomó la servilleta que aún tenía doblada y se la pasó por la cara con una furia más elocuente de lo que habría sido una explosión de palabrotas.

¿Le doy vergüenza, maestra?

Apabullada, Rachel tartamudeó:

N no.

Miente.

¿Más té? Glenda estaba junto con ellos con una gran jarra de plástico amarillo, perlada de humedad.

No, ya hemos terminado. Sólo tráeme la cuenta, por favor.

Johnny dedicó una sonrisa forzada a Glenda, pero el resplandor de sus ojos al mirar a su acompañante de mesa indicó a Rachel que es¬taba furioso.

Paguen adelante Glenda buscó entre las cinco o seis cuentas que asomaban del bolsillo de su falda, sacó una y la puso sobre la mesa, delante de Harris. Luego le sonrió diciéndole con suavidad: Ven a verme cuando tengas ocasión. Los chicos y yo vivimos allá en las Fincas Appleby .. lo recuer¬das, ¿verdad? Mi esposo y yo... estamos separados. Creo que vamos a pedir el divorcio. Cuando uno de nosotros pueda pagarlo.

-Lamento saberlo repuso Johnny.

Ah, sí.

¡Glenda! ¡Estas personas quieren té!

Tengo que ir dijo con resignación Glenda antes de alejarse con su jarra.

Dame eso dijo en voz baja Rachel al ver que Johnny recogía la cuenta y la estudiaba. La hostilidad brotaba de él a borbotones.

Ah, claro. Insúlteme encima repuso él. Su tono era casi ama¬ble, pero no su mirada.

No seas necio. No tienes dinero y...

¿Usted sí? Terminó él la frase en su lugar, con una exagerada cortesía.

Rachel suspiró.

Mira, Johnny. Lamento haber herido tus sentimientos. Sólo que... no soy muy aficionada a la salsa de tomate y ver esa comida tan sabrosa cubierta de esa cosa, me afectó. Fui grosera al hacerte ver cómo me sentía y te pido disculpas por eso. Pero ese no es mo¬tivo para que seas ridículo dijo. La expresión de Harris la hizo ca¬llar. Era evidente que sus palabras no conseguían apaciguar su ira. Quizá se sintiera humillado si ella pagaba la cuenta en su lugar. Después de todo era hombre, y los hombres eran necios con res¬pecto a ciertas cosas. Abrió su bolso, buscó en el bolsillo lateral y sacó un billete de veinte dólares, que pasó a Johnny por encima de la mesa, del modo más discreto posible . Está bien, está bien, tú ga¬nas. Toma, paga tú.

Por el modo en que él miró el billete, se habría podido creer que era una serpiente que se disponía a morderlo.

Yo pago, sí... Con mi dinero.

Y se incorporó llevándose la cuenta consigo. Metió una mano en el bolsillo, extrajo dos billetes arrugados de un dólar, que depositó so¬bre la mesa con brusquedad antes de dirigirse hacia la caja registrado¬ra. Silenciada por tal reproche, a Rachel no le quedó más remedio que recuperar sus veinte dólares y seguirlo.

Una por una, las cabezas se volvían al paso de Johnny Harris; en dos o tres segundos pareció que todos los presentes lo miraban. Ra¬chel, que venía un poco más atrás, estaba en una situación perfecta pa¬ra observar las reacciones de sus conciudadanos hacia Johnny.

-¿Ese no es ... ?

¡Oh, válgame, es él!

¿Qué está haciendo aquí?

Oí decir que le dieron libertad condicional porque los Grant le ofrecieron trabajo en su ferretería.

¡Elisabeth no habría hecho tal cosa!

No Elisabeth, sino Rachel. Mira, allí está con él. ¿Puedes creer¬lo? ¡Ah, hola, Rachel!

Esto último fue dicho en voz mucho más alta cuando Rachel fijó su mirada en quien hablaba. Rachel respondió al saludo con una son¬risa tirante y un leve ademán. Conocía de toda la vida a casi todos los presentes en el restaurante, pero sabía que eso no les impediría despe¬llejarla con la lengua.

¡Espero que todo haya estado bien! dijo Jane Morris.

Acercándose de prisa a la caja registradora, se mostró casi amis¬tosa al recibir el dinero de Johnny, que le entregaba veinte dólares. ¿De dónde había sacado efectivo? Rachel había oído decir que el es¬tado pagaba a los convictos mientras estaban en prisión, pero el sala¬rio era algo así como diez centavos la hora. Había estado allí diez años, de modo que a cuarenta horas semanales eso llegaba a...

Aún trataba de efectuar la suma aproximada cuando Jane dio el cambio a Harris y este salió a grandes zancadas.

Con una rápida sonrisa para Jane, Rachel lo siguió.

Cuando ella lo alcanzó, él ya estaba en el estacionamiento y se dirigía hacia el automóvil de Rachel; sus largas piernas devora¬ron la corta distancia. Incluso para un observador casual, era obvio que estaba furioso, pensó Rachel lanzándole una mirada de repro¬bación mientras abría el auto y entraba en él. Johnny se deslizó jun¬to a ella, la mandíbula apretada, la mirada dura. Rachel frunció los labios.

Te conduces como un niño con rabieta le dijo ella al poner la trasmisión en marcha atrás.

¿Ah, sí? Los ojos de Johnny cobraron un destello desagrada¬ble. Pues usted se conduce como una zorra pretenciosa y rica. Lamen¬to que mis modales no le gusten, señorita Arrogante.

Pues tu actitud me gusta menos aún que tus modales dijo brus¬camente Rachel, irritada . ¡Y no me hables así! Podrías tratar de mos¬trar alguna gratitud.

Eso le gustaría, ¿verdad? Que yo sea agradecido. ¿Debo besar¬le los pies o el trasero, maestra?

¡Te puedes ir derecho al infierno! dijo Rachel con vehemen¬cia.

Dicho esto, pisó el acelerador. El automóvil se lanzó hacia atrás.

Si no tiene cuidado, ambos acabaremos allí. Piense en lo que está haciendo, Cristo Santo dijo entre dientes Johnny mientras ella hacía chirriar los frenos, con el parachoques trasero a pocos centíme¬tros de una sólida pared de ladrillos . Tal vez le parezca que mi vida no vale mucho, pero, demonios, no quiero terminarla en un accidente de automóvil.

. Rachel tuvo que resistir el impulso de pisar con fuerza el acele¬rador, tan sólo para enseñarle una lección. Con la mandíbula tan obs¬tinadamente apretada como la de él, se concentró en conducir y así lle¬garon a la ferretería sin otro contratiempo.

Pocos minutos más tarde, cuando se detuvieron en el estaciona¬miento desierto, atrás de la Ferretería Grant, ninguno de ellos había dicho ni siquiera una palabra. Rachel sospechó que debía la paciencia de Johnny a su saludable temor por el modo en que ella conducía. As¬-piró profundamente. Si él se mostraba pueril, con las cejas bajas y el gesto adusto, pues bien, la sinceridad la obligaba a admitir que su pro¬pio comportamiento también lo era.

Bueno, qué tal si hablamos de esto dijo al detener el motor y volverse a mirarlo.

Qué tal si no repuso él.

Abrió la puerta y bajó sin una palabra más.

De nuevo ofendida, Rachel dio un respingo ante el portazo. Al verlo pasar delante del. auto y notar lo delgado que estaba, volvió a do¬minarla su buena conciencia. Aunque ella estuviera furiosa con él, ese hombre tenía que comer. Buscó a tientas el botón, bajó su ventanilla.

Johnny...

El volvió la cabeza para mirarla y alzó las cejas. Rachel le hizo senas. Con expresión adusta se acercó al auto, pero Rachel, que bus¬caba su talonario de cheques en el bolso, no lo advirtió.

¿Qué?

Cuando alzó la vista, lo vio junto al coche.

Te pagaré tu primera semana de sueldo por adelantado. Mientras hablaba, Rachel abrió la chequera, sacó el bolígrafo que llevaba metido en el pliegue y empezó a escribir.

Johnny Harris se inclinó, con un antebrazo apoyado en los dos o tres centímetros de ventanilla que no habían desaparecido dentro de la puerta, introdujo un poco la cabeza en la abertura, y tendió la otra mano hacia ella.

Rachel se encogió alarmada cuando el brazo de él le rozó los se¬nos, pero de inmediato comprendió que él no se proponía manosearla. Cerró sus largos dedos sobre la muñeca de ella, impidió que termi¬nara de escribir el nombre de él en la línea marcada "a la orden de".

No me haga ningún favor dijo él con aspereza, casi ma¬gullándola, al apretar la suave piel de su muñeca . No soy un jodido ca¬so de caridad.

Antes de que Rachel Carson pudiera replicar, antes de que pu¬diera siquiera pensar en una respuesta, Johnny emitió por lo bajo un sonido inarticulado que atrajo su mirada hacia él. Rachel contuvo el aliento cuando la mirada de Johnny recorrió su rostro. Johnny entrea¬brió los labios como si fuese a decir algo más, luego los cerró con fuer¬za. Sus ojos se tornaron tan inexpresivos como si un telón hubiese caído sobre ellos. Rachel no tuvo necesidad de zafarse, ya que él apartó la mano con que le sujetaba la muñeca, y se alejó.

De pronto Rachel se sintió aterrada ante la realidad de su co¬razón que latía acelerado.

7

Oyó el sonido inconfundible de un auto que se acercaba a sus es¬paldas. Johnny no se molestó en mirar ni en hacer señas con el pulgar. Allí en Tylerville, nadie que estuviera en su sano juicio le ofrecería lle¬varlo. Nadie. Era Johnny Harris, asesino. Las personas lo evitaban co¬mo si tuviera la peste. Demonios, ni siquiera podía comer como se de¬be. El recuerdo de su humillación durante la cena le hizo chirriar los dientes. Siempre había comido con la finalidad de tragarse la comida antes de que otro se la quitara. Nunca habían sido importantes los mo¬dales, las servilletas y todo eso. Pero eran importantes para ella, de ma¬nera que, maldición, él aprendería a hacerlo bien. Le carcomía verse disminuido ante Rachel Grant. También le molestaba que ella hubie¬se intentado darle dinero, como adelanto sobre su sueldo. El conside¬raba eso caridad, y la mera idea lo ponía furioso.

Una camioneta roja, que parecía nueva, pasó veloz; su brillante color resplandecía en el creciente crepúsculo. En esa cabina iban apre¬tujados un hombre, una mujer, una niña y un niño. Una familia. Siem¬pre había imaginado tener una familia como esa. Demonios, en esos años de cárcel había imaginado toda clase de cosas... y así se había man¬tenido cuerdo.

Pero esto era aquí y ahora, la realidad. Caminaba pesadamente al borde de un camino alquitranado que atravesaba la sección más po¬bre del distrito. Granjas de madera destartaladas, con patios llenos de chatarra, se intercalaban con chozas de una sola planta llenas con más chatarra. Chicos descalzos y sucios jugaban sobre malezas que les lle¬gaban a la cintura. Mujeres obesas, vestidas humildemente, sentadas con las rodillas desnudas separadas, lo miraban con fijeza desde los porches desvencijados. Hombres huesudos, en camiseta, se rascaban los sobacos y lo observaban al pasar. Perros flacos de ninguna raza identificable arremetían contra él ladrando.

Bienvenido a casa.

El formaba parte de ese lugar horrible y este formaba parte de él. Alguna vez había sido uno de esos chicos que jugaban, de aspecto mugriento y desnutrido. Su mamá había sido tan gorda y tan desaliñada como las mujeres de quienes él se apartaba ahora. Su papá había sido un hijo de perra malvado, rápido con los puños y los insultos, y cuando estaba en casa usaba solamente camiseta. Siempre la misma, a juzgar por los mismos agujeros y las manchas que la adomaban

Esta era su gente. La experiencia de vida de ellos era la de él. La sangre viciada de ellos estaba en sus propios genes.

Antes había tenido la esperanza de escapar.

Antes. Demonios, antes él había tenido muchas esperanzas.

Era una casa de madera de una sola planta, en lo alto de una lo¬mita, tan destartalada como la peor de las que él había visto. Un cami¬no de gravilla conducía hasta ella Había dos camionetas herrumbradas estacionadas adelante; una de ellas, sin neumáticos, apoyada sobre dos bloques de cemento. En el patio, unos pollos raspaban el suelo. A través de la puerta principal, que estaba abierta, pudo ver el parpadeo de un televisor.

Alguien estaba en casa. Johnny Harris no supo si alegrarse o la¬mentarlo.

Se acercó, subió al porche y miró a través de la puerta con sus in¬numerables agujeritos y roturas.

Un hombre yacía sobre una poltrona y miraba la televisión. Un anciano, encanecido y flaco, con una camiseta harapienta y manchada, acariciaba una botella de cerveza barata.

Al verlo, la garganta de Johnny se encogió.

En casa. Para bien o para mal, estaba en casa.

Abrió la puerta y entró.

Willie Harris alzó la vista y lo miró, momentáneamente sobresaltado por la intron fisión. Luego, al reconocer al visitante, entrecerró los ojos.

Eres tú dijo en tono cargado de desprecio . Yo sabía que tar¬de o temprano aparecerías, como una moneda falsa. Apártate... me ta¬pas el televisor.

Hola, papá repuso Johnny con suavidad, sin moverse.

¡Que te apartes, he dicho!

Johnny se apartó. No porque temiera ya a su padre ni a sus puños, sino porque quería ver al resto de la casa, ver qué había cambia¬do. Entró en la cocina con sus mostradores de esmalte blanco descas¬carado y la mesa en torno a la cual siempre habían comido... cuando había algo que comer. Si es que se trataba de la misma mesa. ¿Era po¬sible que algo tan endeble hubiera durado tanto? Había platos sucios amontonados junto al fregadero, como siempre, aunque ahora no había tantos. Las mismas cortinas floreadas rosadas, más sucias que nunca, colgaban de la misma vara amarillenta y combada, encima de¡ fregadero.

En el mismo lugar de siempre, dos dormitorios diminutos y un cuarto de baño minúsculo, apenas funciona], junto al pasillo. Johnny miró en el interior de cada cuarto, preguntándose si el colchón doble que reposaba en el suelo, en el dormitorio más pequeño, era el mismo donde habían dormido siempre él, Buck y Grady. Sue Ann, como era la única niña, tenía la poltrona del living para ella sola. Sus padres habían compartido la cama del otro dormitorio, hasta que la madre de Johnny se marchó a Chicago con un sujeto. Entonces su padre había dormido allí con cualquier arrastradacon quien se estuviera acostando entonces. A veces uno u otro de los muchachos habitualmente Buck¬ se acostaba con ella también.

En casa.

Johnny entró de nuevo en el living y apagó el televisor.

¡Desgraciado! dijo su padre, con el rostro contorsionado de ira, mientras depositaba la botella de cerveza en el suelo y se erguía en su asiento.

¿Cómo has estado, papá?

Johnny se sentó en el extremo de la poltrona que Willie había dejado libre al retirar los pies descalzos e impidió que su padre se le¬vantara para encender de nuevo la televisión, aferrándole suavemente el brazo.

Lo acometió el olor a cerveza y vejez del viejo.

¡Desgraciado, suéltame el brazo!

Willie Harris procuró zafar el brazo de un tirón, sin conseguirlo. Johnny le sonrió y apretó más, no tanto como para hacerle daño, pero sí lo suficiente como para advertirle. Las cosas habían cambiado, y él ya no toleraría un puñetazo en la boca o en el estómago cuando a su padre se le antojara.

¿Ahora vives solo aquí?

¿Qué rayos te importa? ¡Ten la seguridad de que no te mudarás aquí!

Diez años de ausencia, durante los cuales Willie nunca había escrito, llamado ni visitado a su hijo, habían suavizado los recuerdos que tenía Johnny del viejo inútil. En verdad había tenido la esperanza de que su padre se alegrara de verlo.

No quiero mudarme aquí. Tengo un apartamento en el pueblo. Sólo he venido a ver cómo estás.

-Estaba muchísimo mejor antes de que te presentaras.

Nada había cambiado. Demonios, ¿acaso algo había cambiado en ese pueblo alguna vez?

¿Has sabido algo de Buck o de Sue Ann últimamente?

Willie lanzó un resoplido.

¿Qué, acaso crees que esto es la maldita familia Walton o no sé qué? No, no he sabido nada de ellos. Y tampoco me interesa. Igual que no me interesa saber nada de ti.

Eso dolió. No habría debido doler, pero dolió.

Johnny pensó en levantarse, salir por la puerta y no volver jamás. No tenía que ver de nuevo al viejo miserable.

Pero no pudo dejar las cosas como estaban. Algo había aprendido en la prisión sobre el valor de las cosas, de las personas. De las relaciones. La mayoría de las personas las tenían sin esforzarse siquiera. Johnny quería tener algunas relaciones en su vida.

Mira, papá dijo con voz queda . Tú me odias y yo te odio, ¿cierto? Así es como ha sido siempre, pero ya no tiene por qué ser así. Podemos cambiarlo. Hay en este mundo demasiadas personas que no tienen a nadie. ¿Acaso quieres morir solo, sin tener nadie que llore en tu funeral? ¡Yo no, demonios! Somos parientes de sangre, hombre, ¿No te das cuenta?

Su padre lo miró un minuto con fijeza. Luego buscó su cerveza y bebió un largo trago. Mientras lo observaba, Johnny sintió el dolor de la esperanza en su interior. Tal vez, sólo tal vez, podrían empezar de nuevo.

Willie Harris dejó la botella en el suelo y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Rayos, parece que la cárcel te ha convertido en un maldito afeminado. Deben haber sido todos esos pitos que te han metido, que han hecho de ti una maldita llorona. No tengo tiempo para ti. Sal de mi casa.

Por un momento, Johnny combatió el impulso casi irresistible de golpear con el puño la cara burlona de su padre. Luego, se controló, dejó caer el brazo huesudo de su padre y se incorporó.

Ojalá te pudras en el infierno, anciano dijo sin emoción; luego giró sobre los talones y salió.

El estruendo de la puerta a sus espaldas fue la única respuesta que obtuvo.

Dando la vuelta por el costado de la casa, pasó frente a las camionetas y se encaminó hacia el cobertizo. Estaba allí todavía, un poco ladeado como siempre había estado. Por la gallina encaramada en una ventana sin vidrios, y los ruidos de adentro, vio que ahora se usaba como gallinero.

Agachó la cabeza y entró.

Todavía estaba allí. Johnny casi no se había atrevido a esperarlo, pero allí estaba. Estaba cubierta con excrementos de gallina. Los neumáticos, podridos, estaban hechos tiras, y en el asiento de vinilo, un agujero abierto a picotazos permitía ver la gomaespuma. Pero en la pared opuesta, ahí donde él la había dejado: su motocicleta.

¡Dios, cuánto había querido a esa cosa! Una Yamaha 75O, rojo cereza y plateada, comprada con su propio dinero que se había ganado desempeñando tareas varias en el pueblo, y tan preciada como una muchacha guapa. Cuando fueron a arrestarlo, él la había guardado en el cobertizo, sin saber que él tardaría casi once años en regresar. Al parecer, nadie la había tocado en ese lapso, salvo las gallinas.

En cuanto al uso concreto se refería, todavía estaba flamante. Neumáticos nuevos. Tal vez un ajuste y funcionaría tan bien como antes. El ya no tendría que depender de sus pies ni de Rachel Grant para ir de un lado a otro. Tendría ruedas.

El hecho de tener medio de locomoción, era algo que daba poder. Sin ello se había sentido menos hombre.

Al oír un gruñido a sus espaldas, Johnny miró por encima del hombro. En el vano había un perro inmóvil, enorme, las patas tiesas, los pelos erizados, mostrando los dientes. El sonido que brotaba de su garganta era una amenaza.

Moviéndose con lentitud, Johnny se volvió hacia él. Ya estaba oscuro afuera, y más oscuro aún en el cobertizo. La tenue luz de la luna delineaba en silueta el cuerpo del animal. Un perro sarnoso como cualquier otro, aunque algo más grande que la mayoría. Mal alimentado, criado para atacar, probablemente peligroso.

LosHarris siempre habían tenido un perro como ese. Grande y feo y lleno de odio, lo cual no era extraño. Willie solía golpearlo, atormentarlo, encadenarlo y dejarlo sin comer para que fuese malo. Tan malo como él mismo.

Sólo que este perro no estaba encadenado.

El gruñido se hizo más profundo, más intenso. El animal bajó la cabeza, en actitud amenazadora. Johnny sintió tensarse sus músculos a la espera del ataque. Miró en derredor buscando algo, un trozo de madera o cualquier otra cosa con la que golpear a la bestia cuando atacara.

Pero el perro no saltó. Tras emitir otro gruñido, alzó la cabeza y olfateó el aire. A la derecha, un gallo agitó las alas y cacareó, pero el animal ni siquiera torció una oreja en esa dirección. En cambio parecía mirar a Johnny fija y atentamente.

Sorprendido por la actitud del animal, y casi con tanta curiosidad como temor, Johnny lo miró a su vez. Al recorrer con la mirada el leonado pelaje y reparar en detalles tales como la forma de la cabeza y las orejas, y el largo de la cola, se le ocurrió una increíble posibilidad.

El perro gimoteó.

¿Lobo?

No podía ser. El perro tenía cuatro años cuando lo arrestaron. Es decir que tendría... quince ahora. Una edad muy avanzada para un animal que había sido maltratado por norma.

Lobo, ¿eres tú?

Johnny había querido mucho al condenado perro, aunque eso sonara estúpido. El cachorro había formado parte de una camada de una perra vagabunda que se había albergado en un campo cercano, en un granero abandonado. Con sus hermanos y amigos, Johnny arrojaba piedras a la perra y sus cachorros, pero de noche volvía a escondidas con cazuelas llenas de restos de comida. La perra nunca había dejado de desconfiar de él, pero los cachorros especialmente el más grande, se apegó a él como un patito a su madre. Un día, cuando los perritos tenían unas siete semanas, Johnny encontró a la madre tendida junto al camino, muerta. No sabiendo qué hacer con los cachorros se los llevó a casa. Debió pensarlo mejor. De inmediato su padre metió cuatro de los cinco animalitos en la parte trasera de su camión y se los llevó para arrojarlos sabía Dios dónde. Al quinto, Lobo, se le había permitido quedarse debido a su tamaño y porque Willie Harris pensaba que tenía las características de un buen perro guardián. Pese a las protestas de Johnny, Willie encadenó de inmediato a Lobo y se dedicó a convertirlo en un perro malo. Aunque Johnny intentó proteger al perro, su padre consiguió su propósito y Johnny era la única persona en el mundo a la que el animal toleraba.

A veces, en la cárcel, cuando por la noche yacía despierto contemplando el camastro de arriba, Johnny había pensado que echaba de menos a Lobo más que a nadie.

¿No era ese un comentario tristísimo acerca de su vida?

El perro volvió a gimotear. Sabiendo que su actitud era ridícula y que podía perder la mano a la altura de la muñeca cuando el animal embistiera, Johnny dio, sin embargo, un paso adelante y extendió los dedos para que se los olfateara.

¿Lobo? Ven aquí, muchacho.

El enorme animal se echó boca abajo y avanzó a rastras conduciéndose como si quisiera creer, pero temiera una treta cruel. Johnny se arrodilló y lo recibió con las manos tendidas, hundiéndolas en la áspera piel, acariciando y rascando mientras el perro gemía, lo lamía y lo golpeaba con la cabeza.

Ah, Lobo dijo el joven al aceptar al fin la verdad; que lo único que él había amado en su vida había sobrevivido para darle la bienvenida. Entonces, mientras el animal apretaba la cabezota en su regazo, le rodeó con sus brazos el grueso cuello y hundió la cara contra su cuerpo.

Y por primera vez en once años, lloró.

8

Rachel, tenemos un problema.

"¿Y cuál es la novedad?", pensó Rachel, fatigada, cambiando de oreja el teléfono. En las cuarenta y ocho horas trascurridas desde el regreso de Johnny Harris a Tylerville, se le había llenado la vida de problemas hasta reventar, todos directamente relacionados con él.

¿Qué pasa ahora, Ben?

¿Recuerda esa pandilla de chicos a quienes veníamos observando? Por fin sorprendí a uno de ellos cuando robaba mercancía. Sólo que Harris no me permitió llamar a la policía.

¿Cómo? ¿Y porqué?

Porque, supongo, que al ser él también un delincuente, se compadece de otros delincuentes. ¿Cómo rayos voy a saberlo? Dice que si llamo a la policía, me dará un puntapiés en... pues, no lo voy a repetir.

¡Ay, Dios!

Se lo digo, Rachel, no creo poder soportar mucho tiempo más a este sujeto. Es un verdadero fastidio.

Quiero hablar con él. No, será mejor que vaya a la tienda. Usted sólo procure retener allí al ladrón hasta que yo llegue, por favor.

Lo intentaré, pero, Rachel...

Me lo cuenta cuando llegue, Ben.

Rachel Carson colgó el teléfono. Por desgracia, su madre, que preparaba pan de maíz favorito del padre de Rachel en un intento de avivar su apetito, había oído toda la conversación. Era obvio al ver los signos inconfundibles de tensión en la expresión de Elisabeth.

Nunca me vas a escuchar, ¿verdad, Rachel? Te dije desde el pr imer momento que cometías un grave error al ofrecer trabajo a ese muchacho No logro imaginarme cómo llegaste a ser tan obstinada. Yaya, sí apenas puedo alzar la cabeza en el pueblo con lo que están diciendo mis amigas sobre tu amistad con ese muchacho. Y no sabía qué decir cuando Verna Edwards me telefoneó llorando...

Sé que es duro para ti, madre, y lo lamento. También lo lamento por la señora Edwards, pero no creo que Johnny haya matado a Marybeth. Es...

¿Johnny? Elisabeth se puso rígida de manera alarmante. Su sic ti t ud hizo pensar a Rachel en un perro de caza que de pronto sintiera olor a conejo.Rachel, ¿acaso tiene algún fundamento lo que se dice acerca de ti y ese muchacho? Espero conocer bien a mi hija y no quiero pensar que perderías el tiempo con esa escoria, dado que es un convicto, Rachel, y para colmo varios años más joven que tú, y...

Yo también lo espero, madre respondió Rachel con suavidad y huyó.

Caía la tarde del sábado. En una hora, Rob debía pasar a buscarla por su casa. Suerte que ya se había peinado y maquillado, pensaba Rachel mientras subía la escalera corriendo. Sólo tuvo que ponerse el vestido rojo, corto y ceñido, con escote ahuecado y unas mangas

diminutas, calzarse los zapatos negros, abrocharse unos aretes también negros, y estaba lista. Se cepilló rápidamente el cabello al compás de "Rock de la cárcel" que bajaba flotando desde el segundo piso. Rachel verificó por última vez su aspecto en el espejo. Al salir de su dormitorio se tropezó con Tilda, que llevaba en los brazos pilas de sábanas blancas, dobladas.

¡Uuuuy! Qué bonita estás dijo Tilda, moviendo la cabeza admirada mientras examinaba a Rachel de pies a cabeza . ¿Vas a salir con ese farmacéutico tan guapo?

Sí.

Eso pensé. Llevas puesto tu lápiz labial rojo. Las mujeres sabemos lo del lápiz labial rojo, ¿verdad?

Hace juego con mi vestido, Tilda contestó Rachel recatadamente, pero la expresión pícara de Tilda la hizo sonreír.

Se despidió con un ademán de la otra mujer y bajó la escalera con paso tan ligero como pudo. Pero no tuvo suerte. Elisabeth la esperaba en la puerta de calle.

No vuelvas demasiado tarde, Rachel. Ya sabes cómo me preocupo por ustedes, las chicas. Sobre todo ahora que ese muchacho ha vuelto al pueblo.

Rachel estuvo a punto de recordar a su madre que ella tenía treinta y cuatro años y era una adulta competente, capaz de decidir cuándo llegar a casa.

No vendré tarde, madre.

¿Acaso había llegado tarde alguna vez?, pensaba con ironía Rachel mientras, en su auto, trasponía los portales de piedra y se encaminaba hacia el pueblo. Toda su vida había sido el vivo modelo de la hija obediente, ¡para lo que eso le había servido! Había sido Becky quien había ido a todos los bailes y fiestas, quedándose tarde con un muchacho tras otro y llegando a casa ebria en más de una ocasión, para congoja de su madre. Más callada y menos popular que su hermana menor, Rachel se había contentado con pasar sus noches en casa con un libro. "¡Se te irá la vida en sueños! «, le había advertido Elisabeth, pero en ese entonces Rachel no había sospechado que las palabras de su madre pudieran resultar ciertas.

Llegado el momento, Rachel había partido para estudiar en la universidad, aunque no demasiado lejos. Sus buenas calificaciones le habían permitido ingresar en Vanderbilt, que se hallaba a más o menos tres horas de viaje desde Tylerville. Pero NashvÍlle, donde estaba situada la universidad de Vanderbilt, distaba años luz de Tylerville en cuanto a perspectiva y oportunidades. Rachel estaba entusiasmada con Nashville y había lamentado un poco volver a casa al diplomarse, certificado de enseñanza en mano, para hacerse cargo de la tarea de educar a los jóvenes de Tylerville. Claro que no se proponía ser maestra de la escuela secundaria para siempre. Tenía la absoluta certeza de que la vida le reservaba algo maravilloso.

Entonces había llegado aquel malhadado verano... el largo y tórrido verano de once años atrás, cuando sin duda debió concurrir algún tipo de cataclismo para causar tantos acontecimientos desastrosos. Rachel Carson había vuelto a Vanderbilt para seguir unos cursos de posgrado, con la idea de que tal vez pudiera obtener su diploma de preceptora en el futuro. Una tarde, Rachel caminaba por un sendero que atravesaba el edificio, con la cabeza en las nubes, como era habitual. Componía mentalmente un poema para su tarea de la clase de redacción, cuando un corredor se arrodilló frente a ella para atarse el zapato. Rachel, por supuesto, no lo advirtió, tropezó con él y se cayó de cabeza. El desconocido se disculpó, la ayudó a levantarse y ella quedó de inmediato impactada por su buena presencia. Durante el resto del verano, ambos fueron inseparables. Rachel se enamoró.

Era tan feliz cuando lo llevó a casa para que conociese a su familia. Hablaron de matrimonio y Rachel esperaba oficializar los esponsales durante aquella visita de fines del verano.

Pero al ver a Becky, encantadora y vivaz, Michael quedó perdidamente embelesado. Rachel no pudo hacer otra cosa que observar con creciente angustia cómo le quitaban al único hombre a quien ella había amado en su vida. Claro que Becky no se había propuesto hacerle daño. Rachel lo sabía¬Era sólo que Becky, nunca había considerado el asunto desde el punto

de vista de Rachel. Igual que su hermana mayor, Becky se había enamorado locamente de Michael a primera vista. Se comprometieron en menos de un mes, se casaron en menos de tres. Rachel se hizo a un lado con aparente elegancia, desempeñándose inclusive como dama de honor de Becky. Pero de no haber sido por la circunstancia del asesinato de Marybeth Edwards más o menos en ese entonces, Rachel pensaba que tal vez habría muerto por la angustia de perder a su novio a manos de su hermana.

Para empeorar la situación, Michael se llevó a Becky consigo a Vanderbilt para terminar su tercer año de estudios de abogacía.

Rachel nunca había podido hacer frente de nuevo a Nashville.

Por eso se quedó en casa, para regocijo de sus padres, que habían temido perder ambas hijas al mismo tiempo. Ella había pensado que eso sería temporario, acaso un año como máximo, para tener tiempo de recuperar el equilibrio. Había vuelto a dictar clases en la escuela secundaria, y gradualmente, al pasar los meses, lo peor de su congoja se había disipado. Se dedicó a su trabajo y a sus estudiantes, y aguardó a que volviese a su vida el esplendoroso entusiasmo que había muerto con el abandono de Michael.

Pero eso nunca había vuelto. Entonces su padre contrajo el mal de Alzheimer, y cualquier idea de escapar de Tylerville que ella pudiera haber abrigado quedó postergada. Becky, casada y ausente, y con su madre perturbada por el destino que esperaba a su marido, la presencia de Rachel era necesaria. Además, ella quería pasar cada minuto disponible con su padre mientras aún pudiera. Pero a veces tenía la sensación de que la vida le pasaba de largo mientras esperaba a que él muriera.

Se reprochó ese pensamiento, que era terrible en una hija cariñosa. Lo dejó de lado y se concentró, en cambió, en la velada próxima.

Tal como lo había hecho los dos últimos años, Rob la llevaría al Latido, el concierto al aire libre programado en beneficio de la Sociedad Cardíaca, que tenía lugar el último sábado de agosto en los terrenos del Club Campestre de Tylerville. Por cierto, habían ido al Latido en su primera cita.

Tendría que telefonear a Rob desde la ferretería para pedirle que la fuese a buscar allí. No... frente a la tienda, para evitar que Rob se tropezara con Johnny Harris. Rob ya había puesto muy en claro sus opiniones acerca de Johnny en una serie de cuatro llamadas telefónicas y un almuerzo, durante los dos días anteriores.

"¿Por qué la vida nunca era simple? pensó Rachel con un suspiro. Ella sólo había hecho lo que le había parecido moralmente justo al ofrecer a Johnny una segunda oportunidad, y como consecuencia, su existencia toda se había complicado. Cuánto más fácil habría sido no contestar la breve carta de Johnny... pero, admitió Rachel, no habría podido vivir consigo misma de no haberlo hecho. ¿Acaso no había dicho alguien una vez que las semillas de la propia destrucción son sembradas por la propia personalidad? Ese mero acto de bondad (o de debilidád, si se daba crédito a Rob), era la semilla que estaba destruyendo la tonalidad monótona de su existencia. Su vida había sido llana hasta que llegó aquel autobús. Desde entonces casi no había tenido un momento de paz.

El hecho era que Johnny Harris era un engorro puro y simple. Siempre lo había sido, y en eso, por lo menos, no había cambiado.

Rachel estacionó su coche en el terreno, atrás de la ferretería, y entró por la puerta del fondo. Olivia estaba en la caja registradora, marcando una bolsa de clavos y algunas herramientas de carpintería para Kay Nelson, una mujer bonita y regordeta de treinta y un años que había sido gran amiga de Becky desde que ambas iban a la escuela primaria. A diferencia de Becky, Kay nunca se había casado. Administraba una florería y estaba, al parecer, muy satisfecha con su soltería.

Olivia alzó la vista, vio a Rachel y, con un gesto, indicó el cuarto de existencias.

Oh, Rachel, están allá atrás.

Rachel asintió con un gesto. La oficina de Ben estaba detrás del cuarto de existencias, y parecía el lugar adecuado para solucionar el problema con el ratero.

Gracias, Olivia.

Aunque el tono intranquilo de Olivia, habría indicado a cualquier oyente perspicaz que algo raro pasaba, la réplica de Rachel fue descuidada. No tenía sentido revelar al mundo entero un problema interno. Si se difundía, el incidente proporcionaría más agua para el molino de las habladurías, que ya funcionaba a pleno.

Decidida a mostrarse despreocupada aunque le costara la vida, Rachel sonrió a Kay con deliberada animación.

Hola, qué tal. Te eché de menos en la iglesia el domingo pasado. ¿Cómo estás?

Yo, muy bien, Rachel. Fue uno de esos virus de veinticuatro horas. La pregunta es, ¿cómo estás tú?

En el tono de Kay contenía más preocupación de la que normalmente invocaba esa pregunta cortés. Rachel comprendió que Kay se había enterado de la presencia de Johnny Harris en su vida y la compadecía por ello. La tácita conmiseración hizo que Rachel quisiera chirriar los dientes, y por supuesto, si quería seguir mostrándose despreocupada, tenía que contenerse.

Bien. ¿Piensas construir algo? sonriente, Rachel cambió de tema, indicando con un gesto las compras de la otra mujer.

Kay miró los artículos que tenía encima del mostrador y los recogió, casi a la defensiva.

-Oh, no, esto es para mi hermano, que es el carpintero de la familia. ¿Has sabido algo de Becky últimamente?

Rachel comprendió que, como casi todos sus clientes, en los dos últimos días, Kay debía haber ido a la ferretería por curiosidad.

La semana pasada. Creo que vendrá a casa para el Día de Acción de Gracias, con Michael y las niñas.

Tendré que ir a verla.

Hazlo repuso Rachel, y con un ademán de saludo, pasó atrás del mostrador para ir al cuarto de existencias.

Como había previsto, la puerta de la oficina del gerente estaba entreabierta. El teléfono estaba en la pared, a su izquierda, y Rachel se detuvo el tiempo justo para hacer una rápida llamada a la Botica de Howard, de la cual era dueño Rob. Tras dejar un mensaje para él, colgó. Luego, comprendiendo que ya no podía demorar lo inevitable, se dirigió hacia la puerta abierta. En el umbral se detuvo observando la escena que tenía delante.

En el sillón de cuero de Ben, detrás del escritorio, estaba un niño de rubio cabello hirsuto y rostro flaco, de rasgos afilados. Johnny Harris, sentado en el borde del escritorio, hablaba con el niño, de espaldas a la puerta. Su cabello, demasiado largo, estaba recogido en una cola de caballo y atado en la nuca con una banda de goma azul. Con su camisa sin mangas y sus pantalones tejanos, no podía haber sido más diferente de Ben que, robusto y de anteojos, estaba apoyado en la pa¬red de¡ costado con los brazos cruzados encima del pecho. Los panta¬lones grises de Ben, pulcramente planchados, su camisa a rayas azules y su corbata naval, aunque no eran artículos caros, sí estaban inmacu¬lados, y obraban como callado testimonio del modo en que, según él, debía vestirse un hombre en su lugar de trabajo. Con un suspiro inte¬rior, Rachel se preguntó si Johnny había decidido usar la cola de caba¬llo tan sólo para irritar a Ben. Era probable.

Rachel cerró con suavidad la puerta al entrar, y se dispuso a en¬carar el problema inmediato. Cuando alzó la vista, encontró tres pares de ojos muy distintos fijos en ella. Los de Ben expresaban evidente ali¬vio, mientras que en los de Johnny, la expresión era más difícil de des¬cifrar. Rachel nunca lo había vuelto a ver ni había hablado con él des¬de aquella infortunada cena juntos. Al recordar en qué términos se habían separado, sintió un retorcijón en el estómago.

No sabía qué esperar de él, y se sentía insegura en cuanto al gra¬do relativo de su propia culpa y su propia ira. Rachel dejó que su mira¬da resbalase sobre la de él. Se encontró,

en cambio, con la del niño: ojos pardos, con espesas pestañas, circundados por tenues ojeras y di¬latados, acaso por el miedo.

Rachel Ben se apartó del muro, levantó del escritorio un pe¬queño reloj despertador y lo alzó para que ella lo viese. Esto es lo que él tomó. Olivia lo vio hacerlo, y cuando lo detuve, lo hallé oculto den¬tro de su camisa, tal como dijo ella.

-¡Es una maldita mentira! exclamó el niño, que no tendría más de siete u ocho años, ya sin temor . ¡Yo no tomé nada!

¡Te atrapamos con las manos en la masa, ladronzuelo! ¡No tie¬nes modo de negarlo! Con la voz tensa de ira, Ben se volvió hacia el niño, agitando el reloj en su cara. Y tampoco es la primera vez. Tú y tus amigos siempre están aquí robando algo.

Jamás nos hemos llevado nada suyo y usted no puede probar lo contrario insistió el niño con vocecita desafiante.

Es el colmo Ben se volvió hacia Rachel sacudiendo la cabeza. Ni siquiera está arrepentido. Si no llamamos a la policía, tanto da que invitemos a todos los chicos del pueblo para que vengan y nos roben todo

Ya le dije que no llame a la policía, Ziegler, y es en serio.

La serena advertencia provino de Johnny, que se había alejado del escritorio para reunirse con ellos, después de susurrar algo al mu¬chacho.

Usted no tiene nada que decirme, Harris. Usted trabaja pa¬ra mí.

La réplica de Ben, aunque en voz baja, sonó furiosa.

Trabajo para Rachel, no para usted.

La insolencia en el tono de Johnny fue igual a la de su mirada al fijarse en Ben. El gerente se erizó. Johnny le sonrió con desafío.

Los dos trabajan para mí dijo bruscamente Rachel. Mirando los ojos entrecerrados de Johnny, no vio en ellos ningún indicio de dis¬culpa por su comportamiento en su último encuentro... pero tampoco había cólera. Aunque advirtió que él la había llamado por su nombre de pila, no era ese el momento de detenerse en analizar lo que esto anunciaba . Ben tiene toda la razón. La política de esta tienda es de¬nunciar a los rateros, y este niño forma parte de una pandilla de la cual sospechamos por robarnos desde hace casi seis meses. Por fin hemos sorprendido a uno de ellos en el acto de cometer un delito. ¿Por qué no íbamos a llamar a la policía?

Porque tiene nueve años y está muerto de miedo. ¿Qué clase de mujer es usted para entregar a la policía a un chiquillo? repuso Ha¬rris en tono de reproche.

Una mujer de negocios siseó Rachel mirando de nuevo al niño.

Eso fue un error. Pensó que se lo veía asustado mientras obser¬vaba a los tres adultos que hablaban en voz baja, aunque era evidente que trataba de ocultarlo. Rachel miró a Johnny con el entrecejo frun¬cido y su corazón amenazaba dominar a su cerebro. Pese a sus bravu¬conerías, era un niño tan pequeño. Ella no habría podido adivinar que sólo tenía nueve años.

Sabiendo ya que no iba a llamar a la policía, Rachel suspiró.

Déjenme hablar con él un minuto. ¿Cómo se llama?

Ben Ziegler se encogió de hombros.

El pequeño demonio no quiso decirnos eso siquiera.

La respuesta de Johnny fue brusca:

Se llama Jeremy Watkins. Conozco a su mamá.

.-¿Ajá? Rachel lo miró con las cejas alzadas.

¿Recuerda a Glenda, la camarera del Reloj?

Ah repuso la joven.

Fue una sílaba repleta de significado. Así que por eso Johnny es¬taba defendiendo al niño... en bien de su madre. Por alguna razón, esa idea no le gustó nada a Rachel. Como tampoco el darse cuenta de que Johnny, evidentemente, había aceptado la invitación de la camarera a visitarla, ya que había podido conocer al muchacho. Sin quererlo re¬cordó su

pausado tono al decir: "Hace diez años que no tengo el placer de tener compañía femenina. Tal vez la preocupe que pueda estar algo excitado". Evidentemente él había aprovechado luego la oportunidad de remediar su carencia.

Sus padres van a divorciarse. Eso es duro para el chico. Déle un poco de margen, ¿quiere?

Con inconfundible rencor, Ben Ziegler susurró:

Usted, por supuesto, perdonaría un comportamiento delictivo, Harris. Acaso si alguien se hubiese abstenido de darle margen cuando era niño, no habría terminado en la cárcel.

Y acaso, si alguien le hubiese reacomodado la cara cuando era niño, no habría terminado siendo un santurrón con cara de pito. Pero nunca lo sabremos, ¿o sí?

Lo voy a...

Ben crispó los puños y la cara se le ensombreció de ira.

Venga, Ziegler. Cuando quiera.

Johnny sonrió de nuevo, desagradablemente, con los ojos bri¬llantes y despejados. Para Rachel fue obvio que se moría de ganas de pelear, y Ben, de quien ella habría esperado más discreción, se sentía también dispuesto. Rachel barruntó que lo único que retenía a Ben era la certeza de que el otro hombre, más joven, más alto y más fuerte, ba¬rrería el suelo con él.

¡Maldita sea, ya estoy harta! Rachel casi nunca maldecía. Su furia aumentaba por haber sido forzada, entre todos, a ponerse en ese estado. No escucharé ni una palabra más de esta conversación. Ben, ¿me hace el favor de volver a la tienda? Sin duda Olivia necesitará ayu¬da. En cuanto a ti... Cuando sus ojos se desviaron hacia Johnny, su ex¬presión no anunciaba nada bueno. hablaré contigo en un minuto. Pri¬mero quiero charlar con este niño.

Si no presenta acusaciones contra ese mocoso, renuncio de¬claró Ziegler con la voz que vibraba de cólera.

Es absurdo lo que dice, Ben. Hace ya seis años que trabaja aquí y no permitiré que renuncie. Pero sí me reservo el derecho a no llamar a la policía si no lo considero justificado. Sabe tan bien como yo que hacemos constantes excepciones, a nuestra política.

Si no llama a la policía, yo renuncio -reiteró Ben con vehemen¬cia. Se dio la vuelta y salió de la oficina a zancadas.

9

Imbécil dijo Johnny Harris.

Tú te callas Rachel apenas si pudo contener su cólera. En cambio, lanzó una mirada furiosa a Johnny, le volvió la espalda y rodeó el escritorio para ponerse frente al niño.

Jeremy... ¿así te llamas?

El niño alzó hacia ella unos ojos enormes, con una sombra de sospecha.

Puede que sí, puede que no.

Puedes confiar en ella, Jeremy. Es buena persona Johnny, al lado de ella, habló al niño con voz suave. Rachel apretó los dientes.

¿Quieres, por favor, dejar que yo maneje esto? inquirió con dulzura excesiva.

Si decía lo que realmente pensaba a ese truhán provocador, en el tono en que realmente quería decirlo, le daría un susto de muerte al niño.

Como guste repuso Johnny, acomodándose de nuevo en el borde del escritorio con un gesto que indicaba que el problema queda¬ba en sus manos.

Sin hacerle caso, Rachel se puso en cuclillas junto al niño de mo¬do que sus ojos quedaron a la misma altura.

Jeremy, sé que pusiste el reloj dentro de tu camisa, y que tú y tus amigos han hecho cosas parecidas antes. Probablemente parezca muy excitante llevarse cosas y no pagar por ellas, ¿verdad? Quieren ver si logran salirse con la suya. Pero no creo que se den cuenta (te que lo que están haciendo es robar. Robar está mal y pueden verse en graves aprietos por ello. Vendrá la policía, serás arrestado y tendrás que presentarte ante un juez. Lo que ocurra luego

lo decide el juez, pero te garantizo que no es nada divertido. Rachel hizo una pausa para que sus palabras causaran efecto; después continuó. No llamaré a la policía esta vez, porque pienso que toda persona merece una advertencia. Pero si vuelves a hacerlo, en esta tienda o en cualquier otra, no va a quedar otra alternativa. ¿Me entiendes?

Mientras ella hablaba, los ojos de Jeremy, de color acaramelado, se habían humedecido sospechosamente, como si las lágrimas acecharan. Apenada por el niño, Rachel se inclinó para rodearlo con sus brazos. Tan pronto como ella lo tocó, Jeremy la empujó para apartarla. Rachel cayó sentada; sólo la mano de Johnny, que aferró su hombro al último momento, impidió que rodara al suelo.

¡Jeremy! exclamó bruscamente Johnny, mientras se incorporaba para ayudar a Rachel a levantarse. La joven se puso en pie, disgustada. Se sentía como una estúpida, pensó que no se habría caído si no hubiera usado tacones altos.

¿Está usted bien? agregó él en voz baja.

Su mano, tibia y reconfortante, le ceñía el antebrazo. Cuando alzó la vista, ella se encontró con su rostro a una distancia preocupante. En su mirada había inquietud por ella, lo cual la desconcertó en gran medida.

El recuerdo del último encuentro entre ambos, tan lleno de acritud, aún causaba encono, pero disminuía con rapidez.

Creo que viviré repuso ella. Al hablar se pasó una mano por el dorso del vestido donde este había hecho contacto con el suelo.

A ver, permítame.

La preocupación se esfumó, reemplazada por deliberada picardía, cuando él pasó la mano, con la palma hacia abajo, por el trasero de la mujer, tal como lo había hecho ella, aunque deteniendo la mano por más tiempo. Aunque ambos gestos fueron similares, su efecto en Rachel fue muy distinto.

. ¡No me toques!

Tanto sobresaltó a Rachel la intimidad del contacto, que se apartó de un salto, y la reprimenda fue más sonora y más estridente de lo que ella se había propuesto. Por un momento Rachel temió que Ben Ziegler irrumpiese por la puerta para rescatarla, pero para gran alivio suyo, no lo hizo. Sin duda estaba lejos y no había oído nada.

Nada más la ayudaba a sacudirse el polvo dijo Harris en tono inocente, aunque se burlaba de ella con la mirada.

Rachel le lanzó una mirada fulminante. Cada vez que ella creía descubrir un asomo de decencia tras la actitud arrogante, agresiva y enfurecedora de Johnny Harris, él hacía de inmediato algo que la volvía a molestar. Empezaba a sospechar que era una actitud deliberada. Después de considerar esta idea, Rachel la apartó de su mente momentáneamente, al recordar la presencia de Jeremy. Fijó su mirada en el muchacho y descubrió que los estaba observando a los dos con obvio interés.

¿Me prometes que no volverás a robar nunca y así no tendré que llamar a la policía?

Sus pensamientos seguían confusos con respecto a Johnny Harris, y la voz de Rachel fue acaso más suave y más dulce de lo necesario. La presencia del hombre, que la observaba con su sonrisa intencionada y su reprobable atractivo sexual, le impedía ser adecuadamente severa con el jovencito.

No pueden demostrar nada dijo el niño.

Por un momento, Rachel quedó sin habla por la ingratitud de esa hosca respuesta.

Te equivocas, Jeremy. Si el señor Ziegler, el hombre que acaba de estar aquí, y la señorita Tompkins, la joven que atiende el mostrador, fueran a los tribunales y atestiguaran contra ti, podríamos demostrar que trataste de robar el reloj. Pero esperamos no tener que hacerlo, por esta vez. Si vuelve a suceder...

No volverá a suceder. Yo hablaré con Glenda declaró Johnny poniéndose junto a ella. Por fortuna para la tranquilidad espiritual de Rachel, Johnny tenía la atención fija en el niño.

No se lo digan a mi mamá. De pronto Jeremy perdió toda su bravuconería. Le temblaba el labio inferior; al fin se mostró como el niño asustado que era.¬Por favor, no se lo digan a mi mamá.

Teniendo en cuenta cómo te has conducido con la señorita Grant, me parece que no tengo alternativa.

Tan intrigado como Rachel al descubrir esta grieta en la fachada recia del niño, Johnny cruzó los brazos sobre el pecho con expresión severa. Jeremy le sostuvo la mirada; luego bajó los párpados y miró el suelo con aspecto desdichado.

Si se lo dicen, ella va a llorar. Últimamente llora mucho. A causa de mi papá que tiene una amiga y nos abandonó para vivir con la muy puta, y nosotros no tenemos dinero aunque mamá trabaja el día entero. La semana pasada nos cortaron la luz y ella tardó tres días en poder pagarles para que la volvieran a conectar. Hacía mucho calor en nuestra casa rodante, sin el aire acondicionado. Y la carne se estropeó en el congelador y no pudimos comprar más hasta ayer. Y el reloj que ella tiene junto a la cama está roto y ella no puede comprar otro por¬que se gastó todo el dinero extra en carne, y si llega tarde al trabajo muchas veces, perderá su puesto. Entonces llorará sin parar y tendre¬mos que irnos a vivir con mi papá y la puta, y ellos no nos quieren; o to¬dos nos moriremos de hambre.

Aquella confesión tan desordenada atravesó el corazón de Ra¬chel. Se puso de nuevo en cuclillas, deseando abrazar con fuerza al niño, pero más cautelosa esta vez. Le tocó una rodilla, y estuvo a pun¬to de decirle que se llevara el reloj y cualquier otra cosa que quisiera. Johnny la detuvo apretándole un hombro; cuando ella lo miró, él sacu¬dió la cabeza en señal de advertencia. Admitiendo que esta era justa, Rachel cerró la boca y retiró la mano. Si era blanda con el niño en ese momento, arruinaría todo el bien que pudieran haber hecho sus adver¬tencias.

Dime, no querrás causar más pesares a tu mamá por haber ro¬bado, ¿o sí? inquirió Johnny con voz severa y dulce al mismo tiempo.

Jeremy lo miró velozmente.

Nadie puede probar... Algo debió captar en la expresión de Johnny, ya que bajó la cabeza. No, señor.

-Bien dicho. Entonces nadie tendrá que decirle nada a tu mamá... esta vez. Si esto vuelve a ocurrir, se lo diremos, veremos que se entere también de este episodio. Ahora dile a la señorita Grant que lo sientes y vete de aquí enseguida. Atrás hay una puerta, así no tendrás que ver a nadie más en la tienda.

¿Quiere decir ese hombre? No le simpatizo.

Rachel presumió que se refería a Ben Ziegler.

No, no tendrás que verlo replicó Johnny . Ahora, ¿qué le di¬ces a la señorita Grant?

Lo siento. No lo haré más repuso Jeremy con otra de esas rápidas miradas a Rachel.

Luego, Jeremy se levantó del sillón y salió corriendo por la puer¬ta. Por un momento pudieron oír el sonido de sus pasos sobre el piso de madera dura. La puerta de servicio, de pesado metal, chirrió al abrirse y se cerró de golpe. Jeremy ya se había ido.

Rachel se puso de pie. Quedó desconcertada al descubrir que su hombro tocaba prácticamente el pecho de Johnny, y que su falda rozaba los pantalones tejanos del hombre. Se apartó de él, incómoda, y ocultó la súbita intranquilidad que sentía al introducir de nuevo bajo el escritorio el sillón donde se había sentado el muchacho. El tenue chi¬rriar de sus ruedas resultó estruendoso en el silencio repentino.

Gracias por no llamar a la policía. El chico ha pasado un mal ra¬to dijo Harris, y ella no tuvo otra alternativa que volverlo a mirar.

De nuevo había dulzura en los ojos de Johnny Harris, y cualquie¬ra que tan sólo conociera el lado jactancioso de su personalidad habría quedado sorprendido. Pero Rachel siempre había intuido que esa dul¬zura existía. Si las cosas hubiesen resultado diferentes para él, si las cir¬cunstancias del nacimiento y el destino no hubiesen conspirado contra él, acaso habría sido un hombre muy amable.

Si lo vuelve a hacer, tendré que denunciarlo contestó Rachel.

En su fuero íntimo, sabía que nada podría obligarla a entregar ese niño a la policía después de haber entrevisto su vida. Apenas si había podido contenerse y rogarle que se llevara consigo el reloj al marcharse.

. Si lo vuelve a hacer, yo le daré unos azotes personalmente has¬ta que no pueda sentarse por una semana agregó Johnny . Eso le cau¬sará más impresión que la policía, créame.

No soy partidaria de azotar a los niños.

Johnny le sonrió. Aquellos ojos grises de pronto parecían azules, de una vividez que deslumbró a Rachel. Por un momento quedó tan deslumbrada como si hubiese mirado el sol demasiado tiempo.

Su corazón es blando, maestra. Yo sabía que no iba a llamar a la policía. Así como supe, cuando le pedí trabajo, que no podría negármelo.

¿Por qué has vuelto al pueblo?

La pregunta la inquietaba desde hacía dos días, desde que no se había encontrado con el penitente agradecido que esperaba. En cam¬bio, el verdadero Johnny Harris que había bajado de aquel autobús era tan insoportable como cuando era un adolescente alborotador. Su pre¬sencia había agitado un nido de avispas de resentimiento en el pueblo, como él debía saber que ocurriría, y eso había puesto la vida de Rachel cabeza abajo. Era evidente que él no había regresado, como ella había supuesto, para tratar de hacer las paces con la comunidad. Más bien parecía que hubiera vuelto para declararle la guerra.

Harris entrecerró los ojos, que perdieron en parte su brillo.

Porque este es mi pueblo natal y no permitiré que nadie me eche de él hasta que yo esté dispuesto a irme.

Si tan sólo tú...

¿Si tan sólo qué?

Un tono de burla apareció en la voz de él. Rachel lo miró par¬padeando con tristeza, ya que después del reciente episodio de sus desastrosos modales en la mesa, no podía hallar palabras para de¬cirle que, si tan sólo él cambiara de actitud, tal vez los lugareños, podrían aceptarlo.

Pero él leyó sus pensamientos con bastante exactitud. Se pu¬so tenso al mirarla. Ya no había dulzura en sus ojos. Se había vuel¬to A poner lo que Rachel consideraba su máscara, y su actitud la hi¬zo desconfiar.

Sin previo aviso, Johnny tendió una mano, le aferró el brazo y la miró audazmente al darle vuelta para observarla sin que a ella se le ocurriese siquiera resistirse.

-De paso, me gusta cómo te queda ese vestido. Destaca muy bien tu trasero.

Rachel se zafó de un tirón, mientras sus mejillas enrojecían, pero antes de que pudiera aniquilarlo como él merecía, el ruido de unos pasos pesados, al otro lado de la puerta, le avisaron que al¬guien llegaba.

Era Rob. Esforzándose por serenarse, Rachel logró sonreír cuando entró. Evidentemente, a juzgar por el entrecejo fruncido de Rob, la sonrisa de ella dejaba algo que desear.

¿Te encuentras bien, Rachel? preguntó él, al tiempo que apartaba su mirada para fijarla en Johnny con antipatía.

Ha llegado justo a tiempo intervino Johnny sonriéndole con insolencia . Yo estaba a punto de arrancarle las ropas a tirones.

Grandísimo... dijo Rob, encrespado de hostilidad.

Por supuesto que estoy bien. Rachel lanzó una mirada de eno¬jo a Johnny mientras detenía con una mano a Rob. Johnny está bro¬meando, ¿no es cierto?

El tenue énfasis que puso en la pregunta indicaba que a él le convenía responder afirmativamente si sabía lo que le convenía.

Oh, por supuesto -repuso Harris.

Pero el modo en que lo dijo fue provocativo. Rachel lo miró con disgusto. ¿Por qué tenía que esmerarse tanto en hacer que le tuvieran antipatía?

¿Estás lista? Llegaremos tarde al concierto.

Rob habló con brusquedad mientras quitaba la mano de ella de su brazo, donde reposaba, y entrelazaba sus dedos. Rachel vaciló. La animosidad restallaba en el aire entre los dos hombres, y era evidente que ambos recibirían mal cualquier cortesía tal como querer presentar¬los. Había tal contraste entre ellos, que probablemente se habrían te¬nido antipatía a primera vista, aun cuando ninguno de los dos supiese nada acerca del otro. Rob se había divorciado tres años atrás, tenía cuarenta años, era culto y sofisticado con su costoso traje gris y su cor¬bata de seda marrón. Su estatura mediana y su robustez acrecentaban su aire de sólida respetabilidad de clase media alta. Llevaba el cabello castaño claro corto e impecablemente peinado, sin hacer esfuerzo al¬guno por ocultar la calvicie que crecía en su coronilla. Si bien no era tan guapo como Johnny, ni tan joven y atractivo, ofrecía mayor seguri¬dad a largo plazo. Y eso era, por supuesto, lo que contaba para una mujer sensata.

Estoy lista repuso Rachel . Pero necesito hablar un minuto con Johnny antes de partir. ¿Te molestaría mucho esperarme en la tienda?

Rob la miró con un gesto de desaprobación. Ella le dirigió una sonrisa cautivadora.

¿Por favor? Tardaré apenas un segundo, lo prometo.

Rob no le devolvió la sonrisa. En cambio miró a Johnny en clara advertencia.

Aguardaré en el cuarto de existencias dijo, sugiriendo de ma¬nera obvia que estaría cerca si ella lo necesitaba.

Rachel se sintió aliviada cuando él por fin le soltó la mano y salió de la oficina. Era muy difícil lograr que la gente respetable de Tylerville conside¬rase a Johhny con menos desconfianza.

No sabía que tenías la aptitud de ser tan dulce y femenina, maestra. Johnny sonreía, pero su mandíbula contraída indicaba su es¬tado de ánimo real. "Por favor" dice ella, pestañeando con sus grandes ojos, y él se derrite. ¿Te acuestas con él?

Algún día repuso Rachel , alguien te hará callar hundiéndote el puño en la bocota. Ojalá que sea yo quien lo haga.

. Responde a mi pregunta: ¿te acuestas con él? insistió Johnny. La sonrisa se había esfumado.

Eso no es asunto tuyo. Y si no te esfuerzas por entenderte con Ben, te despediré, y sin trabajo te llevarán de vuelta derechito a la cárcel. ¿Qué opinas de eso, valentón?

Johnny le sonrió con aire de burla.

Nunca formules amenazas que no piensas cumplir. No podrías despedirme, como tampoco pudiste llamar a la policía para entregar a ese muchacho.

No cuentes con eso.

Rachel dio la espalda con enojo a quien tanto la irritaba y se en¬caminó hacia la puerta. Podía sentir la mirada de Johnny fija en ella, y la idea de que él la observaba la hizo vacilar. Con sus tacones altos, no podía evitar el balanceo.

Cuando llegó a la puerta, él emitió un sonido extraño que la so¬bresaltó y se dio la vuelta para mirarlo.

Rachel dijo Harris, apenas en un ronco susurro, per¬forándola con la mirada clavada en ella , no te acuestes con él. Acuéstate conmigo.

Rachel Carson se quedó sin aliento por un momento, mientras las palabras de Johnny la envolvían como una serpiente seductora. Se obligó a seguir andando y así pudo escapar.

1O

El concierto se celebró con gran éxito en una carpa enorme, jun¬to al pequeño lago que dividía el terreno del club. Al menos eso le di¬jeron más tarde a Rachel. Ella estaba tan ocupada con sus pensamien¬tos, que apenas si estuvo atenta a una nota.

El sofoco que le provocaron las palabras de Johnny Harris se había disipado en gran medida cuando los elegantes espectadores abandonaron poco a poco sus butacas de trescientos dólares. Su imaginación descarriada había conjurado al ritmo de los acordes de Mozart y Chopin imágenes sudorosas de cómo sería acostarse con Johnny. Había requerido un esfuerzo mental considerable disipar los actos vergonzosamente explícitos que, sin un esfuerzo conscien¬te de su parte, se aparecían en la pantalla de su mente. Fue más difícil aun librarse de la súbita percepción sexual que había henchi¬do sus senos y había avivado sus entrañas. Rachel logró rechazar esas ideas, pero al considerar claramente las cosas tal como eran y no como ella deseaba que fuesen. Johnny Harris estaba descartado como pareja sexual, por muy sensual que ella lo encontrase. Rachel nunca había sido promiscua, y jamás se acostaría con un hombre, por muy atractivo que fuese, tan sólo para calmar una excitación sensual. A su edad, con el ejemplo de su hermana y sus tres hijas, cuando pensara en un hombre debería desear casamiento y bebés. En ese aspecto, las probabilidades de Johnny Harris eran realmen¬te escasas.

Aunque estaba por completo convencida de que él no había cometido el crimen por el cual se lo había condenado, era cierto que era un convicto, como lo había señalado la madre de Rachel. Ese estigma nunca podría borrarse. Ni tampoco la convicción de¡ pueblo entero de su culpabilidad. Sólo la revelación de la identidad de¡ verdadero asesino podía modificar esa situación, y Rachel admitía que tal desenlace era Poco probable. Después de ser arrestado Johnny, Rachel había pasado mucho tiempo elucubrando tesis alternativas para explicar la muerte de Marybeth Edwards, con todos los posibles sospechosos en el papel del asesino. El hecho era que no podía imaginarse a nadie a quien ella conociera cometiendo tal crimen, y cada villano que se le ocurría era más improbable que el anterior. Su teoría preferida era que la muchacha había caído víctima de un criminal ocasional. Un asesino en serie, un demente, alguien que atacaba a las jovencitas.

Pero en el adormecido Tylervílle, esa teoría parecía demasiado rebuscada.

Cuando respondió a la carta de Johnny, se dirigía al Johnny Harris a quien recordaba. Alumno suyo, uno de los pocos que habían respondido a los libros y a la poesía como ella, por mucho que intentara ocultarlo. Cualquier tipo de lectura era poco varonil, y leer poesía era directamente una mariconada. Siendo adolescente, esas proclividades lo habían avergonzado al extremo de que había ocultado su afición a la letra impresa como un vicio secreto. Pero a veces, cuando Rachel lo sorprendía lejos de sus díscolos amigos, había podido engatusarlo para que hablase de libros y de poesía; a partir de allí, sus conversaciones habían seguido toda clase de rumbos. Personalidades, política, religión... Mientras ella hablaba, Johnny se animaba cada vez más, revelando un lado de su personalidad que, según pensaba Rachel, pocos más conocían.

Había algo en él que la había atraído ya entonces, un atisbo de inteligencia y sensibilidad excepcionales que brillaba como una trémula vela a través de la máscara de burlona dureza que era su actitud cotidiana. Rachel se había convencido de que valía la pena dedicar esfuerzo a Johnny Harris. En ese entonces ella había albergado la esperanza de salvarlo de la vida que le correspondía por nacimiento y debido a una pobreza aplastante. Más tarde, había deseado poder salvarlo de un destino que era mucho peor.

Pero los deseos no siempre se realizan. El comportamiento tosco de Johnny, por el cual ella lo había reprendido más de una vez en esos días tan distantes, había favorecido su condena tanto como cualquier prueba sólida. El elemento más perjudicial fue que él era la única persona que admitía haber visto con vida a Marybeth Edwards. La jovencita se había escabullido para encontrarse con él esa noche contra los deseos de sus padres. Johnny lo había admitido, había admitido inclusive haber hecho el amor con ella en el asiento de atrás del Lincoin del padre de ella, que se hallaba estacionado en la calzada de acceso. Johnny afirmaba haberse marchado alrededor de las 2 de la mañana, y que la había visto caminar hacia la puerta de atrás de su casa. No la había visto entrar; había montado en su motocicleta y había partido.

A la mañana siguiente, Marybeth Edwards había sido hallada a casi un kilómetro y medio de allí; su cuerpo, que yacía en una zanja del camino, estaba cubierto de sangre y de capullos de alhucema.

Johnny Harris había jurado una y otra vez que él no la había matado. No le habían creído; nunca le ceerían. Lagente de Tylerville, no.

Aunque la idea la excitara en secreto, Rachel no podía acostarse con él. Aunque nunca hubiese sido condenado por asesinato, tal posibilidad era impensable. Era cinco años mayor que Johnny, y antes había sido su alumno. Semejante escándalo estremecería a Tylerville.

La madre de Rachel se moriría.

Estás muy callada esta noche le dijo Rob al oído mientras le rodeaba la espalda con un brazo y la conducía por la senda que bordeaba el lago, bajo la luz de la luna. Delante de ellos, otras parejas iban por esa misma ruta y admiraban alternativamente las lumbreras que habían sido colocadas al borde del sendero y el panorama de las estrellas que brillaban en lo alto. El aire nocturno era cálido, el pedregullo del sendero crujía bajo sus pies y el borroso reflejo del cielo nocturno en la plácida superficie del lago era tan bello, que apaciguaba los pensamientos más agitados.

Rachel resolvió olvidarse de Johnny Harris, se inclinó un poco más hacia Rob.

Creo que estoy cansada, es todo.

Podríamos ir a mí casa y... descansar.

Rachel sabía muy bien lo que él sugería, y que el descanso nada tenía que ver con ello. Qué gracioso, antes había esperado lo mismo al final de su velada juntos. Ahora la idea carecía de atractivo. "Acuéstate conmigo" le pareció oír el susurro de Johnny en el viento y se estremeció bajo el brazo de Rob.

¿Tienes frío?

No.

Me alegro.

Rob aprovechó el refugio de un alto pino y la hizo salir de¡ sen¬dero, la tomó en sus brazos y la besó en la boca. Rachel tuvo que obli¬garse a aflojarse contra él, a rodearle el cuello con los brazos. Por pri¬mera vez, la lengua de él, al penetrar en su boca, fue una intrusión. Su reacción instintiva fue apartar el rostro.

Tuvo que recordar que Rob era el futuro. En un pueblo de ese tamaño no había mejor perspectiva como marido y como padre. Y ella quería las dos cosas.

Oigan, tortolitos, sepárense. Tengo una idea.

La voz pertenecía a Dave Henley, el dentista del pueblo, que con su esposa Susan los había acompañado al concierto. Dave era el mejor amigo de Rob. Rachel le tenía afecto, y más aún a Susan, con quien eran buenas amigas desde la escuela primaria. Sabía que ambos tenían la esperanza de que ella y Rob se casaran. Conformaban un buen cuarteto.

Vete, Henley. ¿No ves que estamos ocupados? dijo Rob.

Pero su tono fue bonachón y soltó a Rachel. Si era franca consi¬go misma, ella debía admitir que la interrupción la aliviaba. Se apartó de Rob y se acercó a Susan, quien le sonrió con complicidad.

¿Y cuál es tu idea? -preguntó Rachel a Dave.

Acaban de abrir un local nuevo en la Ruta Veintiuno. Creo que el dueño se llama Huracán O'Shea. Se dice que tienen buena música, baile y...

Alcohol terminó Susan, como alguien que presenta el plato principal. Tylerville estaba situada en una región muy seca, lo cual hacía casi irresistible el señuelo del licor.

Guau repuso Rachel, riéndose del exagerado afán de Susan.

¿Quieres ir? inquirió Rob, mientras se acercaba a Rachel y la tomaba de la mano.

Rob le dirigió una sonrisa, y ella pensó, acaso por centésima vez

desde que salía con él, qué hombre estimable era. ¿Qué clase de estúpida era ella que no aprovechaba la oportunidad? Sólo en los li¬bros doblaban las campanas, estallaban los cohetes y cantaban los co¬ros celestiales cuando una mujer encontraba a su galán soñado. A

de¬cir verdad, únicamente en los libros había un galán soñado. En la vida real, casi todas las mujeres se conformaban con alguien aceptable.

Claro, ¿por qué no?

Al menos por una o dos horas más, eso le evitaría tener que de¬cidir si permitiría que Rob la llevase a la cama esa noche. Con culpa, comprendió que, si se le presentaba la opción en ese momento, todos sus instintos gritarían "¡No!"

El trayecto por la Ruta 21 llevó unos veinte minutos. Cuando se detuvieron en el estacionamiento del local de Huracán O'Shea, Ra¬chel no se sorprendió al descubrir que estaba lleno a rebosar. En las cercanías de Tylerville no había mucha vida nocturna que proporcio¬nara competencia. Hasta las salas cinematográficas pasaban la última película a las nueve.

La música brotó en ráfagas antes de que llegaran a la puerta.

"Buen momento elegiste para dejarme, Lucille!"

¡Zorra! ¡Arrastrada! ¡Puta!"

¿Qué? Los ojos de Rachel se dilataron cuando el segundo verso, que le era desconocido, agredió sus oídos, gritado por muchas gargan¬tas en regocijado sonsonete. Ella, Rob, Susan y Dave se miraron.

¡Parece que hay alboroto! sonrió Dave, con anticipación, al abrir la puerta. Rob se encogió de hombros y todos entraron.

El local, que según advirtió Rachel era un antiguo taller de reparaciones de autos, tenía paredes de bloques de hormigón que habían sido pintadas de un rojo vivo. Arriba, los cables eléctricos expuestos y las cañerías estaban pintadas del mismo gris oscuro que el cielo raso sin terminar. El suelo, de madera dura, tenía varios ni¬veles. En los muros destellaban anuncios, desde cerveza hasta los mismos Beatles. Los pianos gemelos, con una pareja de ruidosos cantantes y una rubia de largas piernas con un atavío de raso ama¬rillo que parodiaba el traje de una animadora deportiva, encabeza¬ban la acción.

"¡Grita! ¡Vamos, nena, grita! ¡Vamos, nena!"

La estridente melodía tenía a la multitud de pie, cantando tam¬bién, o mejor dicho, vociferando. Los cuatro recién llegados avanzaron pegados a la pared de atrás situada en el nivel más alto. De los cuatro estrados, cada uno más o menos treinta centímetros más alto que el an¬terior, tres estaban colmados de parroquianos que batían con los pies, agitaban los puños y gritaban. El estrado más bajo era la pista de baile, repleta de cuerpos que giraban con entusiasmo.

¡Este sitio es sensacional! dijo Susan.

¡Es lo máximo! aprobó Dave.

Rob tomó la mano de Rachel y la apretó como si temiese perder¬la en toda esa batahola. Afortunadamente pasaron detrás de una me¬sa en el preciso momento en que sus ocupantes se levantaban para ir¬se. Con un grito de triunfo, Dave tomó posesión del lugar.

La camarera se materializó con su bandeja y un fajo de papeles cuando se estaban acomodando en sus asientos.

¿Qué puedo servirles?

Todos pidieron. Rachel, que no era una bebedora entusiasta ni aun con el aliciente de la relativa accesibilidad del alcohol, eligió un daiquiri. Lo encontró bastante aceptable y sabía por experiencia que le bastaría la misma bebida toda la noche.

Cuando les sirvieron las bebidas, Rob daba visibles respingos de¬bido al volumen inexorable de la música. Rachel la habría disfrutado más si hubiese sido uno o dos decibeles más suave, pero el compás era contagioso y se descubrió golpeando el suelo con los pies. Dave masti¬caba palomitas de maíz y tragaba whisky, mientras Susan observaba a las demás personas presentes con tanto interés como Rachel. Algunas mujeres vestían de manera extravagante, con superminifaldas, medias de red y blusas con lentejuelas. Bajo las luces intermitentes que ilumi¬naban la pista de baile, las lentejuelas centelleaban como joyas de bri¬llantes colores.

Válgame el Cielo, ¿te imaginas usando algo así? gritó Susan al oído de Rachel, indicando a una mujer delgada, con minifalda de cue¬ro y cabello rojo teñido que pasó bamboleándose junto a ellos.

El objeto de la incredulidad de Susan era la blusa de esa mujer. Era negra y trasparente, salvo algunas lentejuelas estratégicamente colocadas. Era evidente que no llevaba nada puesto debajo.

Rachel sacudió la cabeza y siguió a la mujer con la mirada hasta la pista de baile, donde se puso a bailar con desenfado. Mientras Ra¬chel observaba los contorneos de la mujer con escandalizado regocijo, de pronto se fijó en un hombre alto, enjuto y musculoso, y una mujer rubia. La pareja se retorcía al unísono en un frenesí sensual que pa¬recía más un juego previo al sexo que un baile. La luz destelló de nue¬vo, iluminando solamente unos segundos la pista de baile.

Esos pocos segundos bastaron. Sintiéndose como si alguien la hubiera golpeado en el estómago, Rachel identificó al hombre que es¬taba con la rubia: era Johnny Harris. Esa negrísima cola de caballo, tan fuera de lugar en Tylerville, y ese cuerpo de hombros anchos y caderas enjutas, lo hacían imposible de confundir. Cuando la luz volvió a bri¬llar, Rachel logró inclusive reconocer a su acompañante: era Glenda, la camarera del Reloj.

11

Discúlpenme, debo ir al lavabo.

Rachel usó esta excusa. No podía quedarse allí y ver cómo Johnny Harris hacía el amor a Glenda, o casi. No después de las fan¬tasías que había tenido con él. No después del modo en que él se le había insinuado y ella, Dios la ayudara, había respondido.

Por supuesto, Johnny Harris siempre había tenido éxito con las mujeres, pensó con amargura mientras se encaminaba hacia el pasillo estrecho y oscuro que conducía al lavabo de mujeres, cuando iba a la secundaria, nunca le habían faltado amiguitas. Las de buena familia, a quienes sus padres les prohibían hablarle siquiera, lo seguían con la mi¬rada.

Si ella lo encontraba sensual, estaba obligada a admitirlo, sólo podía agregar su propio nombre a una larga lista.

El lavabo era pequeño, pintado de rojo como el pasillo, con pa¬redes de ladrillo cuyo grosor, por suerte, amortiguaba el continuo bombardeo de ruido. La única ocupante salió al entrar Rachel. Alivia¬da de estar sola, se lavó las manos y dejó que el agua fresca corriera so¬bre sus muñecas durante uno o dos minutos. Después ahuecó las ma¬nos para beber. Algo, el daiquiri,- el ruido o sus propias emociones, le habían hecho sentirse mal del estómago.

Otra mujer entró. Rachel se secó las manos con una toalla de pa¬pel; luego salió. Volvería a la mesa y alegaría estar enferma, si era ne¬cesario, para marcharse.

Como el lavabo de hombres se hallaba frente al de las mujeres, al otro lado del pasillo, Rachel no se sorprendió al ver que un hombre se acercaba. El pasillo estaba a oscuras, excepto por el resplandor purpúreo y el ocasional destello de luz en su entrada, y los anuncios en neón rojo que anunciaban los lavabos. Como ella y el hombre se dis¬ponían a pasar uno junto al otro, Rachel se pegó al muro. Cuando él tendió de pronto una mano para sujetarle el brazo, Rachel lanzó un chillido. Alzó la vista y se encontró con la cara de Johnny Harris.

¿Visitando lugares pintorescos? inquirió con tono de burla.

Tú no, es obvio -repuso ella fríamente.

No, yo estoy como en casa admitió él aproximándose.

Le rodeó el brazo con la mano izquierda. Rachel pudo sentir el calor y la fuerza de sus dedos. En la mano derecha, Johnny sostenía una cerveza. Ella no lo habría notado si él no la hubiera alzado en ese momento para beber.

Me sorprende que tu novio te haya traído a un sitio como este. No parece del tipo de los que se divierten.

Si me haces el favor de soltarme el brazo, iré a reunirme con él y seguiremos divirtiéndonos a nuestra aburrida manera.

No he querido decir que fueras aburrida, Rachel... sólo él. Tú tienes inmensas... posibilidades.

El modo en que estiró esa última palabra, el modo en que le bri¬llaron los ojos al mirarle la cara y luego los senos, hizo que Rachel va¬cilara y al mismo tiempo se enfureciera.

¿Quieres soltarme, por favor? insistió en tono cortante.

Johnny alzó la cerveza para beber otro trago; luego sacudió len¬tamente la cabeza. Al sonreír, la luz purpúrea hizo que sus dientes res¬plandecieran.

No hasta que bailes conmigo. No has bailado ni una vez. Te es¬tuve observando.

Rachel tragó saliva; luego sacudió la cabeza.

Gracias por pedírmelo, pero no. Debo volver con mis amigos, y estoy segura que tú debes volver con los tuyos.

Glenda es buena chica, y estamos con un grupo. No me echará de menos por un rato, ni me importa si lo hace. Si te preocupa tu no¬vio, él no te verá. Permaneceremos al fondo de la sala de baile, donde está bien oscuro.

Mientras hablaba, ya la estaba arrastrando hacia la salida. Ra¬chel se resistió.

Johnny, no.

Encogiéndose de hombros, él se detuvo y entrelazó sus dedos con los de ella al sonreírle.

Está bien, parece que tendré que llevarte de vuelta con tus amigos.

¡No! exclamó Rachel, con tono horrorizado. Se estremeció al pensar lo que podía ocurrir se Rob se enfrentaba con Johnny.

¿No? Entonces baila conmigo, Rachel. Vamos, será divertido y luego te dejaré ir. Lo prometo.

Sus ojos relucientes se burlaban de ella, la embaucaban. Atrapa¬da entre dos males, y de pronto sumamente tentada, Rachel calló. To¬mando su silencio por aprobación, Johnny la condujo de la mano hacia la pista de baile, en el cavernoso club nocturno.

Fastidiada, temerosa y seducida por la idea de bailar con él, ya no habría podido negarse. Rachel lanzó una mirada cautelosa hacia el es¬trado más alto, donde estaba la mesa de sus amigos. En la oscuridad, con muchedumbre de pie cantando al son de "Has perdido ese senti¬miento de amor", no pudo ni siquiera localizar la mesa y mucho menos distinguir a Rob.

Ni siquiera me gusta bailar protestó Rachel mientras Johnny depositaba su cerveza sobre una mesa cercana, y la arrastraba a la pis¬ta. El clásico de los Righteous Brothers finalizó con un floritura melódica y uno de los animadores gritó:

¿Está bastante oscuro para ustedes allá en la pista de baile?

Cuando le respondieron "¡No! a gritos, la luz que destellaba en lo alto se trasformó en una reluciente esfera que inundó la sala de pun¬tos vibrátiles diminutos, rojos y purpúreos.

-Qué romántico, ¿no? suspiró en el micrófono el animador; luego marcó los compases iniciales de "Sé mi nena", de los Ronettes.

Si es así, no has bailado con el hombre adecuado declaró Johnny.

Le colocó las manos sobre sus propios hombros, luego le asió la cintura justo encima del cinturón y la atrajo hacia él. Rachel apoyó con cautela las manos sobre los músculos y hombros de Johnny, que tenía puesta otra de sus camisetas blancas sin mangas. A través del fino algodón, Rachel pudo sentir cómo ondulaban sus músculos al moverse, y el calor de su piel. Aun con tacones altos, él era mucho más alto que ella. Rachel no supo con certeza si le agra¬daba o detestaba la sensación de vulnerabilidad que la acometía an¬te esa diferencia de tamaño.

¿Crees acaso que eres el hombre adecuado? se burló Rachel.

Johnny Harris olía levemente a sudor y a cerveza. Tan cerca de él, Rachel comprobó que le era difícil pensar, y mucho más hablar. No estaba pegada contra él; su cuerpo rozaba apenas el de Johnny, pero el efecto sobre sus sentidos era electrizante.

Tal vez repuso él.

Al notar en su voz una súbita ronquera, ella alzó la vista y descu¬brió que la miraba sin sonreír. Por un instante, no más, esos intensos ojos azules se oscurecieron. Luego ciñó a la mujer contra él, introdujo un muslo entre sus piernas y, junto con ella, siguió el ritmo de la músi¬ca difice y caliente.

Sé mi... sé mi nenita cantaba con emoción el intérprete.

Rachel nunca había bailado así en su vida. Johnny meneaba las nalgas con ella, giraba con ella, la echaba atrás y la atraía de nuevo a sus brazos. Entre tanto, la fricción de su pierna moviéndose entre las de ella la despojaba de sus últimos vestigios de cordura.

Rachel hizo un solo intento de apartarse, y luego, hipnotizada, n i siquiera trató de resistírsele. El la llevaba consigo al cielo o al infier¬no Rachel no supo adónde y aunque la explosiva combinación de música, hombre y su propio anhelo le quitaban la razón, no le impor¬taba mucho.

Cuando terminó la música, ella permaneció aferrada a él por un instante, aturdida. Tenía los ojos cerrados y la frente apoyada en el pe¬cho del hombre. Sus dedos apretaban los hombros de él. Sentía las du¬ras manos de Johnny en torno de su cintura. La pierna de él estaba en¬tre las suyas, subiéndole el vestido hasta la mitad del muslo. La sedosa barrera de las medias no lograba proteger su piel del ardiente roce de los pantalones tejanos de Johnny.

-¿Ves a qué me refiero? murmuró él a su oído mientras el maestro de ceremonias decía por el altavoz algo que Rachel no captó. La luz del techo empezó a fulgurar de nuevo.

Arrojada de vuelta a la realidad sin previo aviso, Rachel alzó la cabeza que tenía apoyada en el pecho de Johnny y, pestañeando, lo miró a los ojos, que relucían burlones. Ella tardó un momento en ad¬vertir cuán íntima era la postura entrelazada de ambos. Quitó las ma¬nos de los hombros de él como si de pronto estos tuvieran dientes y amenazaran morderla, Rachel se zafó de sus brazos y se apartó. No podía hacer otra cosa que mirarlo con fijeza. En aquel ambiente irreal, la camiseta blanca sin mancas del ¡oven cobraba un resplandor de otro mundo y acentuaba la anchura dé sus hombros y el bronceado de su piel. La cara de Harris era enjuta, dura y dueña de una peligrosa belleza masculina. La observaba con la mirada fija de un raptor, sin sonreír, la boca grande y sensual, de labios plenos, los ojos clavados en el ros¬tro de ella. De pronto Rachel quedó sin aliento de tan sólo mirarlo.

En los pianos resonaron los compases iniciales de "Grandes me¬teoros", de Jerry Lee Lewis. Alrededor de ellos, las parejas empezaban a retorcerse frenéticamente.

. Yo... yo tengo que irme dijo ella, evitando su mirada. La boca de Johnny se estiró en una lenta sonrisa al observar la confusión de Rachel.

Podrás huir, maestra, pero no puedes ocultarte.

Las suaves palabras sonaron seductoras, amenazantes y prome¬tedoras al mismo tiempo. Tendió hacia ella las manos, y era evidente que pensaba atraerla de nuevo a sus brazos.

¡No!

Rachel se volvió con más prisa que donaire, y se abrió paso en¬tre la maraña de cuerpos para llegar al borde de la pista de baile. Johnny la siguió. Ella lo supo aunque no miró atrás ni una sola vez. Podía sentirlo tras ella con certeza infalible, y su presencia hacia que se le erizaran los cabellos de la nuca.

Sin decirle ni una palabra, se encaminó de vuelta, en la oscuri¬dad, hacia donde suponía que estaba su mesa. Mientras subía, advirtió que le temblaban las rodillas y que tenía el estómago hecho un nudo. Con manos titubeantes, se alisó la falda. Era mejor no permitirse re¬cordar cómo se había arrugado tanto su vestido. Era mejor olvidar to¬talmente aquel cuarto de hora increíble.

Nunca podría olvidarlo.

Atraída por una fuerza imposible de resistir, miró finalmente al¬rededor tratando de captar una última imagen de Johnny antes de vol¬ver con Rob. La luz fulgurante hacía difícil identificar a las personas. Tal vez lo habría perdido por completo de vista si él no hubiera tenido puesta la camiseta blanca sin mangas, con su extraño resplandor purpúreo. O acaso sus ojos se habrían visto atraídos por él tan infali¬blemente como su cuerpo. Pero el caso es que lo encontró, y entonces pareció que se le encogía el estómago.

Johnny Harris estaba de nuevo en la pista de baile, ejecutando su variedad especial de lambada erótica con Glenda.

"Por lo menos pensó Rachel ahora sé donde estoy". Por algún motivo, él se excitaba persiguiéndola. Quería que ella lo deseara. Pero mientras lo que ella sentía por él no se parecía a nada que hubiera sen¬tido antes, lo que él sentía por ella era lo mismo que sentía por otras mujeres innumerables: excitación.

¿Acaso no era esa la palabra que él había empleado? "Y le cua¬dra muy bien" pensó Rachel con furia.

Rachel recuperó su dignidad, y subió la escalera sin volver a mi¬rar la pista de baile. Si él era un chivo en celo, pues, ojalá consiguiera lo que buscaba. Pero nunca lo obtendría de ella, jamás.

Por fin divisó su mesa. Rob y Dave conversaban, y Rob estaba enfurruñado. Susan se estaba poniendo de pie. Rachel fue hacia ellos.

No, volvería a pensar en ese baile con Johnny Harris.

Lamento haber tardado tanto murmuró y se deslizó en su asiento, frente a Rob, que le tomó una mano y se la llevó a los labios.

Pensábamos que te habías caído dentro dijo Susan y sonrió, al volver a sentarse.

Susan estaba a punto de ir a buscarte. Estábamos inquietos por ti dijo Rob en tono de reproche por la ligereza de Susan . ¿Estás bien?

Rachel aprovechó enseguida la oportunidad.

Para decirles la verdad, no. No me encuentro bien, me debe ha¬ber atacado algún virus. Llamado Johnny Harris- fue el pensamien¬to que se le ocurrió de pronto. ¿Les importaría mucho si nos vamos?

Rob miró a los otros, que sacudieron la cabeza.

Por supuesto que no. De todos modos, la música es algo es¬truendosa para mi gusto. Vamos.

Al salir del club, Rachel no volvió a mirar la pista de baile, y apre¬taba con fuerza la mano de Rob.

12

En la oscuridad palpitante, junto a la pista de baile, alguien vigi¬laba miraba sin pestañear a Johnny Harris. ¿Acaso él no podía sentir esa mirada fija? Evidentemente no, porque nunca miraba en esa direc¬ción.

El desconocido experimentaba una ola tras otra de creciente frío, pese a que el calor de tantos cuerpos apretujados en un espacio demasiado pequeño le hacía sudar la frente. La cólera, sepultada du¬rante tanto tiempo, surgió para colmarlo como una helada bruma gris.

Una vez más, Johnny Harris estaba pidiendo que se le diera una lección.

El desconocido se propuso asegurarse de que esta vez Johnny Harris no olvidara nunca esa lección.

13

Eran poco más de las dos, esa misma noche, y Johnny se hallaba de pésimo humor. Aceleró su motocicleta por las calles desiertas de Tylerville, y halló un placer perverso en el rugido que le indicaba que el silenciador necesitaba arreglos. Era una hermosa noche, cálida y

casi sin nubes, lo cual le permitía ver bien el camino con el suave resplandor de la luna llena. No hacía falta más alumbrado, ya que en Tylerville había el suficiente. Aquel pueblo estaba muy atrasado. Eso no sería tan grave, salvo por el orgullo que experimentaban sus ciudadanos más destacados en mantenerlo así. Cuando lograra sepultar el bagaje de su pasado que lo había obsesionado los diez últimos años, él se iría de allí enseguida, antes de que aquel pueblo le chupara todo el jugo, como a todos los demás.

El viento le golpeaba la cara y los brazos desnudos, y le hacía bien. La máquina que tenía entre las piernas era veloz y potente, y era suya. Tenía el estómago lleno, había bebido más cerveza de la que probablemente le convenía, y había tenido una mujer. ¿Por qué entonces tenía la sensación de ser un pedazo de excremento de tres semanas atrás?

Sabía la respuesta, pero el saberlo no lo hacía sentir mejor.

La mujer con quien había hecho el amor no era la mujer que él deseaba. Glenda era una vieja amiga, tenía un buen cuerpo y él no iba a rechazar nada que se le ofreciera, después de tantos años de pasarse sin ello. Pero no era Glenda quien lo excitaba con tan sólo mirarla.

Era Rachel. La señorita Grant. La maestra. Sentía algo por ella desde la escuela secundaria. Ella se habría escandalizado si hubiera podido leer los pensamientos del adolescente a quien había enseñado inglés. Este se había pasado casi todos los períodos de clase, y buena parte de sus noches además, imaginando qué aspecto tendría ella desnuda. Cómo sería tocarla desnuda. Qué clase de sonido emitiría cuando tenía un orgasmo. Si es que lo tenía.

Pero no había hecho otra cosa que imaginar. Había aceptado religiosamente la idea de que ella estaba tan por encima de él, que era más probable que él alcanzara la luna antes que acostarse con ella. Estaba la diferencia en edad, por supuesto. A los dieciséis y a los diecisiete y a los dieciocho años, una distancia de cinco años parecía más bien un cuarto de siglo. Estaba además el hecho de que ella era la maestra y él uno de sus alumnos... un tabú determinante. Pero el obstáculo más insalvable entre ellos, al menos a su propio criterio, eran sus situaciones respectivas en la vida. Rachel y su familia tenían dinero. Tenían una casa antigua, enorme, autos de lujo, buena instrucción, un jardinero y una criada. Para el joven Johnny, era lo máximo en cuanto a categoría. En cuanto a sí mismo, hasta donde podía recordar, desde su nacimiento, había sabido que él y su familia eran blancos pobres, indigentes. El pueblo entero los despreciaba. Los demás chicos se burlaban de sus padres beodos, de sus ropas harapientas y su cuerpo no muy limpio, y no lo invitaban a sus fiestas de cumpleaños ni a sus hogares. Cuando él creció lo bastante como para cuidar de sí mismo, y se mostró tan duro como para atemorizarlos, por fin logró que lo respetaran; pero aun así los más refinados, aquellos que tenían padres que revisaban sus tareas escolares, les fijaban horarios y un día los enviarían a la universidad, lo evitaban. Por omisión, él se apegó a los malos. Y se esmeró en ser el peor de todos.

Rachel Grant nunca aceptaría a nadie como él.

Johnny sonrió con burla al recordar el chico que había sido. Había tenido planes, grandes planes. Se iría de Tylerville tan pronto como egresara de la secundaria, saldría al mundo y ganaría una fortuna, aunque nunca había resuelto bien cómo lograría su objetivo. En ese entonces, los detalles no habían importado. Lo que contaba era que, cuando él fuera rico, regresaría e imperaría sobre todos los soberbios del club campestre que lo habían despreciado a él y a su familia, y con dinero o con la intimidación ganaría el afecto de la señorita Rachel Grant. Sustentado por la confianza de la ju¬ventud, no había visto ningún impedimento para la realización de sus sueños.

Pero la vida suele derribar a las personas de rodillas, y él no fue ninguna excepción. Le habían robado diez años de su vida. Ahora no quería desperdiciar ni un minuto más. Quería experimentar todo lo que se había perdido, comer, beber, leer y copular como le placiera. Sus sueños eran ahora más modestos, pero todavía eran sueños y quetía convertirlos en realidad.

Entre esos sueños se destacaba el de acostarse con la señorita Grant. Si el modo en que ella se había apretado contra él esa noche valía como indicio, tarde o temprano él lo conseguiría.

Tal vez no valiese tanto como para cenar con ella, pero sí era lo bastante bueno como para hacerla gozar como nunca en su vida.

La motocicleta bajaba ruGlendao por la calle principal. Johnny Harris iba a detenerse en la ferretería cuando divisó un automóvil po¬licial detenido adelante. El motor estaba parado y los faros apagados; de lo contrario él lo habría visto antes. Entrecerró los ojos y, por un momento, pensó en acelerar y pasar de largo a toda velocidad. Pero en Tylerville no había adónde ir, y aun cuando lograra escapar de ellos esa noche, ellos sabían dónde encontrarlo por la mañana.

Johnny penetró en el estacionamiento y frenó, siempre a horca¬jadas sobre la moto, sosteniéndola con una sola pierna. El policía bajó de su auto y caminó hacia él. En la mano apretaba una larga linterna de metal que, como Johnny sabía por experiencia, también podía ser¬vir de porra.

El policía era un sujeto alto y robusto; cuando se acercó, Johnny reconoció al jefe Wheatley. El mismo tipo que era jefe cuando lo habían arrestado a él por asesinato. No excesivamente sagaz, pero jus¬to. "Al menos -pensó Johnny no tenía motivos para temer una golpi¬za injustificada".

¿Qué quiere? preguntó Johnny con brusquedad.

¿Puedes detener el motor? Un gesto indicó lo que pedía Wheatley, ya que el estruendo de la moto cubría sus palabras.

Después de vacilar, Johnny apagó el encendido. En el silencio repentino que sobrevino, desmontó y apoyó su moto en el soporte. Luego se quitó el casco, lo puso bajo el brazo y se volvió hacia el jefe de policía.

¿He violado alguna ley que no recuerdo?

¿Has estado bebiendo?

Tal vez. No estoy ebrio. Si quiere someterme a una prueba, hágalo.

Wheatley sacudió la cabeza.

No creo que seas tan estúpido, aunque no sería la primera vez que me equivoco.

Por un momento, los dos hombres no dijeron nada;. se mira¬ron con desconfianza, nada más. En la actitud del policía había al¬go raro, casi titubeante. Esto ponía nervioso a Johnny, quien esta¬ba habituado a las fanfarronerías y los malos tratos de los representantes de la ley.

¿Ha venido a decirme algo, o está aquí mirando las estrellas, nada más?

No te pases de listo Wheatley frunció los labios y se golpeó la pierna con su linterna. Traigo malas noticias.

¿Qué clase de malas noticias?

Hubo un accidente.

¿Un accidente?

Rachel. El nombre brotó de inmediato en los pensamientos de Johnny. Lo cual era una estupidez; si algo le hubiese pasado a Rachel, era él la última persona a quien se lo dirían.

Sí, y grave. Tu padre.

¿Mi padre?

Sí..

Johnny se quedó sin aliento. Le costó encontrar aire suficiente para emitir la única palabra pertinente:

-¿Murió?

Sí, murió. Lo arrolló un tren, donde las vías cruzan el camino, cerca de su casa. Parece que estaba ebrio, aunque no estamos seguros.

Oh, Cristo.

Johnny Harris no había pensado revelar tanta emoción, no en presencia del policía. Pero no lo pudo evitar. La noticia lo dejó en car¬ne viva, sangrando como si le hubiesen seccionado una arteria. Su pa¬dre, el malvado hijo de perra, muerto.

Johnny apretó los labios, se obligó a aspirar hondo por la nariz. Había aprendido cómo conducirse en una crisis porque había sido ne¬cesario. Había aprendido también que, de un modo u otro, si podía arreglárselas para seguir respirando, la crisis iba a pasar.

No me gusta pedirte esto, pero necesitamos que alguien identifique el cadáver. Es tan sólo una formalidad, no hay duda de quién es, pero..

Claro.

Yo te llevaré, sube.

Era la primera vez en su vida que Johnny Harris viajaba en un automóvil policial sin estar arrestado.

14

Rachel Carson oyó la noticia a la mañana siguiente, en la iglesia. Yo digo que es un castigo de Dios para toda esa familia de malvados.

¡Oh no, Idell!

¡Es lo que pienso! Esos Harris son todos malos y yo siento que Dios debe estar decidido a librar al mundo de ellos, uno por uno, para salvaguardar a las personas decentes. Al menos eso espero. Dormiré mejor por la noche cuando ellos ya no existan.

¡Es que fue un modo terrible de morir!

No está bien que lo diga, ¡pero no siento ni un poco de piedad por ese hombre! No habría ocurrido si él no hubiese estado borracho perdido. Se acarreó él mismo su desgracia, como casi todos los pecadores.

Pero ser arrollado por un tren, Idell...

Rachel sintió que se le helaba la sangre. Se dio vuelta en su asiento para interpelar a las que cuchicheaban, sin tener en cuenta que el reverendo Harvey llegaba en ese instante al atronador crescendo de su sermón contra la complacencia de quienes tienen mucho.

Señora Skaggs, ¿a quién se, refiere usted? inquirió. Su tono urgente hizo que ambas damas, la otra era la señora Ashton, alzaran sus canosas cabezas y la miraran boquiabiertas. Junto a Rachel, su madre le dio un fuerte codazo en las costillas, al cual ella no prestó atención. La voz del reverendo Harvey seguía resonando. Los demás feligreses la miraban con gestos de desaprobación . ¿Quién? -insistió Rachel en un agudo susurro.

La señora Skaggs pestañeó.

Pues, Willie Harris.

Al conocer la identidad del extinto, el alivio inundó a Rachel.

¿Murió? preguntó en voz más baja.

Sí.

Rachel, válgame Dios dijo Elisabeth, tironeando la falda del vestido floreado de su hija.

Rachel se volvió e hizo lo posible por asumir de nuevo su postu¬ra de respetuosa atención a lo que decía el clérigo. La verdad era que no oyó ni una palabra más.

Willie Harris estaba muerto. ¿Qué significaría eso para Johnny? Hasta donde ella sabía, él y su padre no habían tenido una relación de¬masiado estrecha. Pero, por otro lado, ella no sabía mucho, en reali¬dad, acerca de su familia ni de su vida anterior. En todo caso, perder a un padre, tan repentinamente y en tales circunstancias, tenía que ser devastador. Sintió congoja por él.

La ceremonia religiosa pareció interminable. Después, los feli¬greses se congregaron en el césped de adelante. La madre de Rachel, elegante como de costumbre con un vestido de seda color cobalto y un sombrero minúsculo a juego, se detuvo a charlar con sus amigos, como siempre lo hacía. Rachel sabía por experiencia que sería imposible mo¬ver a su madre

hasta que hubiera concluido el ritual de esas conversa¬ciones semanales, y se conectó con la red pueblerina de habladurías para averiguar lo que pudiera referente a la muerte de Willie Harris.

...y lo van a sepultar en el Cementerio del Calvario por la mañana dijo finalmente Kay Nelson en tono discreto.

De pie junto a Kay en un círculo de allegados, mientras aguarda¬ba con paciencia a que partiera su madre, Rachel se sorprendió al ver cuántos detalles de la muerte y del sepelio inminente había averigua¬do ya Kay. Los teléfonos debían haber estado sonando sin cesar al amanecer.

Parece muy pronto. Arny, la menuda cuñada de Kay, parecía genuinamente apenada por la víctima.

Arny era forastera, y había llegado a Tylerville apenas dos años atrás, al casarse con Jim, hermano menor de Kay. Por eso no era de es¬perar que entendiese los vericuetos de quién era quién en el pueblo. Si ellos perdían inesperadamente a un ciudadano prominente, el entierro podía retrasarse hasta cinco o seis días, para que se pudiera llevar a cabo un funeral grande e imponente. Para alguien como Willie Harris, no era necesario tal período.

Jim Nelson se encogió de hombros.

Bien podrían sepultarlo hoy. No creo que nadie vaya al funeral, excepto Johnny. Salvo que aparezca Buck o la chica Harris. No creo que vayas a ganar mucho vendiendo coronas funerarias, Kay.

Sólo entonces, acicateada por la aparente familiaridad de Jim con los Harris, Rachel recordó que Jim Nelson había sido condiscípulo de Johnny en la secundaria. Si la memoria no le fallaba, recordaba que él mismo había salido algunas veces con Marybeth Edwards.

Ahora me haces sentir mal. No pienso en cada muerte que ocu¬rre en el pueblo como una oportunidad de lucro protestó Kay, medio risueña, golpeando con un puño el brazo de su hermano . Y es terri¬ble pensar que nadie irá al funeral de ese pobre hombre.

Yo iré anunció bruscamente Rachel.

Jim Nelson la miró. Igual que Kay, su figura era robusta, y con su traje a rayas finas resultaba imponente. Parecía exactamente lo que era; un próspero abogado pueblerino.

Tú siempre tuviste afecto por Johnny Harris, ¿verdad, Rachel? comentó Jim . Recuerdo que, cuando íbamos a la escuela, le per¬mitías cosas por las cuales, a los dem ás, nos habrías colgado a secar.

Tal vez pensé que sus orígenes justificaban su mal comporta¬miento, a diferencia de los demás replicó Rachel, y Jim sonrió asin¬tiendo.

¡No me digas que dictabas clases en la secundaria cuando Jimmy estudiaba allí! ¡Vaya, no puedo creerlo!

Amy volvió a mirar a Rachel. Rachel casi pudo ver en sus ojos una pregunta: UY cuántos años tienes? Pero Amy era demasiado bien educada para preguntarlo.

Así es. Y era muy estricta -repuso Jim, y sonrió de nuevo . Me han dicho que lo sigue siendo.

¡Pero, Jim Nelson! exclamó Kay, escandalizada . ¡Qué dices! Ya sabes cuán dulce es Rachel. Se burla de ti, nada más, Rachel.

De ningún modo. Puede que Rachel sea dulce, pero la señorita Grant era una verdadera arpía. Todos le temíamos, hasta Johnny Harris. Con ella cuidaba sus modales como no lo hacía con nadie más.

¿Fuiste amigo de él? Yo creía...

Sin terminar la frase, Amy miró a su esposo inquisitivamente. Jim sacudió la cabeza.

No... El no frecuentaba a nuestro grupo. Nosotros jugábamos al tenis y al golf, él y sus compinches entraban en las casas forzando ce¬rraduras.

Kay miró a su hermano con enojo; Jím alzó las cejas, sorprendi¬do. Kay dijo intencionadamente:

No era tan malo. Solía cortarnos el césped a veces, cuando tú estabas demasiado ocupado jugando al tenis o al golf, y siempre fue muy cortés con mamá y conmigo. Como sea, ahora Johnny trabaja pa¬ra Rachel, ¿recuerdas?

Ah, sí. Nelson desvió la mirada hacia Rachel. No entiendo cómo has podido darle empleo después de lo que él le hizo a la pobre¬cita Marybeth. Habrían debido aplicarle la pena de muerte por eso. Diez años de cárcel por lo que él hizo es una broma. Por lo menos de¬beríamos echarlo de Tylerville.

-¡Jim! exclamó Kay, mirando a Rachel con turbación.

No puedo dejar de pensar lo que pienso, y me sentiría un hipócrita si no lo dijera.

Cada cual tiene derecho a su opinión declaró Rachel con tranquila sonrisa . La mía es que Johnny Harris no la mató. Otra persona lo hizo.

Oh, Rachel, yo quisiera creerlo, pero ¿quién? dijo Kay en to¬no de amable incredulidad.

Jim habló al mismo tiempo que su hermana:

Como he dicho, tú siempre le has tenido afecto. Por mi parte, pienso que es culpable como el demonio.

Oye, Jim Bob, ¿tienes tiempo para jugar al golf esta tarde? Wiley Brown, un coetáneo de Jim y juez de distrito recién electo, se sumó a ellos dando una palmada en el hombro de Jim y saludan¬do a los demás con un gesto. ¿O tu mujercita te tiene aún atado a las cintas de su delantal?

Al oír la broma, Arny enrojeció un poco. Jim le tiró de la oreja antes de responder a su amigo:

Sí, tengo tiempo. ¿A eso de las dos? Te veré en el club, así tendré tiempo para comer antes.

Está bien.

Se pusieron a hablar de golf viendo que su madre se hallaba en¬tre una y otra amiga, Rachel se disculpó y fue a buscarla antes de que alguna otra lo hiciera. A veces, oficiar de chófer para su madre era un fastidio.

Durante el breve trayecto de regreso a casa, Elisabeth se dirigió a su hija en tono de reprobación:

-Verdaderamente, Rachel, ¿en qué pensabas al hablar así, en voz alta, en la iglesia? Nunca en mi vida estuve tan avergonzada.

Lo siento, mamá. La señora Skaggs y la señora Ashton cuchi¬cheaban detrás de nosotras y oí algo que me sorprendió.

Sobre la muerte de ese sujeto Harris, si no me equivoco dijo sagazmente Elisabeth Carson. Luego, en tono desafiante, continuó : ¿Acaso piensa ir al funeral?

Así es Rachel apretó el volante.

¡Lo sabía! ¡Siempre has sido una niña obstinada! Y dime, ¿por qué quieres involucrarte tanto con esa gente? No son nada más que escoria declaró Elisabeth, lanzando una mirada de exas¬peración a su hija.

Rachel apretó los dientes. Su pie aumentó la presión sobre el acelerador hasta que el automóvil voló por el estrecho camino.

Válgame Dios, Rachel, ¡más despacio! clamó su madre, aferrándose al apoyabrazos cuando tomó una curva sobre dos ruedas.

Recordando dónde estaba y lo que estaba haciendo, Rachel re¬tiró el pie del acelerador. Aspiró profundamente y se obligó a concen¬trarse en manejar. Hacía años que no discutía con su madre. Como re¬gla general, no tenía ningún objeto hacerlo, porque Elisabeth nunca cambiaba de opinión sobre nada, aunque muchos hechos contrariaran su punto de vista. Pero esta vez Rachel no iba a dejar pasar el irritan¬te comentario de Elisabeth.

¿Qué es escoria, madre? ¿Los pobres? Si papá hubiese muerto cuando Becky y yo éramos pequeños, habríamos sido pobres. ¿Habríamos sido escoria?

Pese a su ira, Rachel habló en tono tranquilo. Con una mirada de reojo, vio que Elisabeth estaba ofendida.

Sabes muy bien que no habríamos sido basura. El dinero nada tiene que ver.

¿Y qué, entonces? ¿Acaso Tilda y J. D. son escoria?

Rachel Elisabeth Grant,Tilda y J. D. son excelentes personas! Aunque negros, son limpios y corteses, y lo más honestos y confiables que se puede ser. ¡Y tú lo sabes!

-Pues entonces, ¿qué me dices de Wiley Brown? Acaso sea juez, pero bebe mucho más de lo que le conviene, como bien sabes. Por cier¬to, el día en que egresó de la escuela secundaria se presentó en el salón de actos tan ebrio que se durmió y se puso a roncar en plena ceremo¬nia. ¿Es escoria él? ¿O los Bowen? La señora Bowen huyó a Europa abandonando a sus hijos. ¿Son ellos escoria? ¿O qué hay de los Walsh?

El es pediatra y ella enfermera, pero ella siempre tiene un ojo negro o un magullón en alguna parte, por haber tropezado con una puerta, según dice. ¿Escoria? ¿O qué hay de Rob? Es divorciado. ¿Acaso es escoria por eso?

Rachel, ¡has nacido para volverme loca! ¡Bien sabes que ningu¬na de esas personas es escoria!

Explícame entonces qué es escoria, madre. Quiero saberlo. Si no basta con ser pobre, o negro, o bebedor, o ser abandonado por un progenitor, o azotar a su cónyuge, o estar divorciado, quiero saber qué significa.

Elisabeth farfulló:

Tal vez yo no sepa describirlo, pero conozco a la escoria cuan¬do la veo, ¡y además, tú también!

Rachel sintió que temblaba, a punto de perder los estribos con su madre, algo que casi nunca hacía. Con voz calmada dijo:

Escúchame, madre. Estoy cansada de que tú, y todos los demás de este pueblo, de paso sea dicho, llamen escoria a Johnny Harris. Sal¬vo que puedas darme una razón válida de por qué lo es, ¡no lo hagas más, por favor!

¡Pero, Rachel! ¡Qué tono usas con tu madre!

Lo lamento, madre, pero quiero decir lo que digo.

Elisabeth apretó los labios y entrecerró los ojos al mirar a su hija.

En el pueblo se habla de ti y ese muchacho. No he prestado mu¬cha atención porque eres mi hija y has sido criada para actuar con sen¬satez. Pero empiezo a pensar que acaso esas habladurías tengan algún fundamento. Cuando tu padre era joven, antes de casarse conmigo, era turbulento e irreflexivo, y propenso a malquistarse con las personas. Me duele tener que decirte que te estás volviendo igual a él.

La crítica combinada contra ella y contra el padre a quien ama¬ba, hirió a Rachel. Volvió a perder la calma y lanzó a su madre una mi¬rada helada cuando llegaban a la calzada de acceso a su casa.

Ojalá que así sea, madre. Detestaría que fuese cierto lo con¬trario.

Los ojos de Elisabeth se dilataron y palideció al mirar a su hija con fijeza. La barbilla obstinadamente alzada, negándose a decir ni a sentir que lo lamentaba, Rachel detuvo el auto con una sacudida.

Tienes que poner el auto en "estacionar" dijo Elisabeth, quien, como todo aquel que la conocía bien, era sabedora de los hábitos erráticos de su hija al conducir.

No me detendré. Tengo un recado que hacer. Entra tú.

¡Un recado! No habrás olvidado que comeremos a las dos, ¿ver¬dad? Tenemos invitados, aunque no debería tener que recordártelo.

Estaré de vuelta para las dos. Por favor, baja, madre.

Con un sonido entre un resoplido y una aspiración, Elisabeth bajó del auto y cerró la portezuela con una calma deliberada que fue más elocuente que un portazo. Luego se inclinó y miró a Rachel por la ventanilla.

Vas al pueblo a ver a ese muchacho Harris, ¿verdad?

Sí, madre, eso haré. Y es posible que lo traiga a cenar.

¡Rachel!

Los ojos de Rachel relucieron al devolver la mirada de Elisa¬beth. Sus manos apretaron tanto el volante, que sus nudillos se pusie¬ron blancos.

Y si no eres amable con él, si no lo recibes tan bien como a cual¬quier otro invitado en esta casa, te doy mi palabra de que mañana haré mis maletas y me mudaré de nuevo al pueblo.

¡Rachel!

Lo digo en serio, madre. Ahora, por favor, apártate. Debo ir¬me.

-¡Rachel! repitió Elisabeth, tan colorida como ofendida, al tiempo que se erguía y se apartaba.

Rachel dio marcha atrás e hizo virar el auto. Al mirar por el es¬pejo retrovisor vio sincera perplejidad en la cara de su madre, cuya fi¬gura diminuta y endeble resaltaba, sola contra el trasfondo de la enor¬me casa blanca y los campos verdes. Pero, por una vez en su vida, Rachel se negó a permitir que su madre la hiciese sentir culpable. Es¬ta vez ella hablaba en serio.

En definitiva, la confrontación de Rachel con su madre fue inútil. Cuando llegó a la ferretería, Johnny no estaba en su apartamen¬to. Se detuvo en la casa Long, una de las dos funerarias del pueblo, la que se ocupaba de los servicios fúnebres para ciudadanos de menor im¬portancia como Willie Harris... pero comprobó que Johnny Harris tampoco estaba allí, y que no se habían tomado medidas para velar a Willie Harris, aunque el funeral estaba programado para las diez de la mañana siguiente. Tras saludar al empresario de pompas fúnebres, Sam Munson, Rachel partió. En su mente ardía una sola pregunta: ¿Dónde estaba Johnny? Rachel pensó en Glenda, y su imagen de Johnny solo y acongojado experimentó un cambio repentino. Por su¬puesto, él estaba con Glenda. No necesitaba para nada a Rachel.

Con el pecho oprimido, Rachel se rindió y emprendió el regreso a casa. La expresión de alivio en el rostro de Elisabeth cuando ella se presentó sola, a tiempo justo para comer, no hizo más que avivar su dolor.

15

Lo que quedaba de Willie Harris yacía en un ataúd gris, en la parte delantera M cuartito artesonado. La funeraria había colocado cinco hileras de sillas plegables, unas cuarenta en total. Después, el cadáver sería cremado.

Rachel estaba en la cuarta fila, junto a Kay Nelson. Kay, aparentemente, fue presa de¡ remordimiento después de la conversación en la iglesia, y había entrado con sigilo apenas iniciada la ceremonia. Además de cuas dos, había otras cinco personas: dos mujer= jóvenes de dura apariencia vestidas con desaliño, a quienes Rachel no conocía; Don Gillespie, el dueño de la casa que los Harris habían alquilado durante tantos años, y Glenda Wright Watkins con su hijo Jeremy.

Johnny no se presentó, como tampoco los otros dos hermanos Harris.

La presencia de Glenda sin Johnny causó cierta sorpresa a Rachel. Había llamado varias veces a su apartamento desde que Io visitara el día anterior, y hasta había vuelto a pasar la noche anterior, tarde, y esa mañana, todo en vano. Johnny no estaba allí. Rachel supuso que estaba en alguna parte con Glenda. Pero Glenda se hallaba dos filas por delante de ella, con la rubia cabeza inclinada, tomando la mano de su hijo.

Si Johnny no estaba con ellos, ¿dónde estaba?

Rachel esperó impaciente a que terminara la ceremonia para poder hablar con esa mujer. Cuando se pronunció la plegaria final y los concurrentes salieron en fila, Rachel se incorporó con presteza. A su lado, Kay también se puso de pie.

¿No es lo más triste que hayas visto? susurró Kay, dirigiéndo¬se a Rachel . No ha venido ninguno de los hijos... ¿Piensas que fue ma¬lo con ellos?

No tengo idea repuso Rachel, aunque no estaba siendo sin¬cera.

El primer año en que ella había sido profesora de Johnny Ha¬rris, que entonces tenía dieciséis años, se había presentado a clase con. los ojos morados y el labio partido con tanta frecuencia, que Rachel sospechó que su padre lo golpeaba. Su preocupación la llevó a fijarse en los otros hermanos Harris más de lo que lo habría hecho en otro caso. Buck, alto y robusto, dos años mayor que Johnny, ya había abandonado la escuela dos años atrás. Pero Grady, un muchacho flaco y callado, tres años menor que Johnny, y Sue Ann, que aún iba a la escuela primaria en ese entonces, sufrían regularmente lesiones como las de Johnny. Cuando Rachel intentó preguntar a Johnny si alguien los maltrataba, él se le rió en la cara y lo negó todo... sin aplacar ni un ápice las sospechas de Ra¬chel. Recurrió a su propio padre buscando consejo, pero Stan fue lapidario: no te metas en eso. Lo que pasaba tras las puertas cerra¬das no era de su incumbencia.

Este episodio había suscitado una de las pocas discusiones que había tenido con su padre en su vida.

Pese al consejo de Stan Carson y a la negativa de Johnny, Rachel decidió que la próxima vez que observara marcas en cualquiera de los hermanos Harris informaría a los servicios del distrito para la protec¬ción de los niños.

Pero nunca volvió a ver esas marcas. En ese entonces, Rachel decidió que sus conclusiones habían sido demasiado apresuradas. Aho¬ra, se preguntaba si su interrogatorio a Johnny había llegado a oídos de Willie Harris y había sido suficiente para poner fin al problema. Tenía esa esperanza.

¿Quiénes son ellas?

Siempre susurrando, Kay indicó con un gesto a las dos mucha¬chas. Una de ellas sollozaba al apartarse del ataúd y encaminarse hacia ellas por el pasillo.

No las conozco... Discúlpame, por favor, Kay. Debo hablar con alguien.

Rachel alcanzó a Glenda cuando ella y Jeremy estaban por salir.

Hola, Jeremy. Hola, señora... Watkins, ¿verdad? ¿Me re¬cuerda?

Mientras hablaba, Rachel no pudo contenerse de mirar subrep¬ticiamente a la otra mujer. Glenda tenía puesto un traje discreto, color lavanda. El atavío era barato, la tela de poliéster, pero sus líneas deco¬rosas favorecían su figura sin dejar de ser apropiadas para la ocasión. Tenía la voluminosa cabellera sujeta en la nuca con un lazo de tercio¬pelo negro. En suma, Rachel tuvo que concluir que Glenda era más atractiva de lo que ella había supuesto al principio. Probablemente, según los cánones masculinos, Glenda sería considerada mucho más atrayente que ella misma. Era alta, delgada y rubia, de aspecto munda¬no y con senos abultados. Sin quererlo, Rachel se preguntó si eran rea¬les, y se censuró por ser malpensada.

Jeremy no decía nada; miraba a Rachel con desconfianza, nada más. Llevaba puestos unos pantalones tejanos limpios, pero des¬teñidos, y una camisa de manga corta bien planchada, lo cual sugería que, a diferencia de Glenda, no poseía ropa más formal. A juzgar por su actitud, sospechaba que Rachel había interceptado a su madre para delatarlo. Rachel le envió una sonrisita tranquilizadora que no tuvo ningún efecto a juzgar por su expresión suspicaz.

Claro que sí. Usted es la señorita Grant. Glenda asintió y son¬rió, lo cual le hizo parecer de pronto varios años mayor, ya que sus mejillas se marcaron con docenas de arruguillas causadas por el sol. La maestra amiga de Johnny... No sabía que conociera usted a Jeremy.

La mirada que Jeremy lanzó a Rachel fue desafiante y suplican¬te al mismo tiempo.

Nos conocimos por intermedio de Johnny, ¿verdad, Jeremy? Y nos conocimos bastante bien Rachel sonrió de nuevo al niño antes de fijar nuevamente su atención en Glenda.- ¿Ha visto usted a Johnny? Quería expresarle mis condolencias, pero no he podido encontrarlo.

Glenda sacudió la cabeza.

La última vez que lo vi fue el sábado por la noche. Llegamos a mi casa un poco tarde, los dos bastante achispados, verá usted, y él se fue derecho a su casa porque, amigos o no, yo

no permito que ningún hombre se quede a pasar la noche cuando están allí mis hijos. Tenía el domingo libre y lo pasé con los chicos, de modo que ni siquiera me en¬teré de lo sucedido al señor Harris hasta anoche. He pensado venir hoy porque Johnny y yo nos conocemos desde hace tiempo y él no tiene tanta gente de su lado en este momento. Se encogió de hombros. Pe¬ro él ni siquiera ha venido. Y no puedo decir que eso me sorprenda.

Ah, ¿y por qué no?

¿Podemos irnos, mamá? interrumpió Jeremy tironeando de la ma¬no de Glendaa . Has dicho que podíamos ir al Rey de la Hamburguesa.

Enseguida, Jeremy. Ya sabes lo que te he dicho en cuanto a in¬terrumpir. Glenda sonrió a Rachel con aire de disculpa. Estos chi¬cos... Siendo maestra, usted sabe cómo son. Pero en cuanto a la ausen¬cia de Johnny, no lo culpo. Willie Harris fue muy malo con ellos, con todos, cuando eran niños. Los azotaba mucho, más veces de lo que yo puedo recordar. Sea falta de respeto a los muertos o no, debo decir la verdad agregó indicando el ataúd con un gesto.

Rachel contuvo el aliento.

En una época sospeché algo parecido. Pero cuando se lo pre¬gunté a Johnny, él lo negó.

Glenda rió al responder:

Me lo imagino. Así es Johnny.

Mamá... insistió Jeremy, ya en tono lastimero.

Sólo un minuto, Jeremy.

Kay se acercó a ellos, y le dirigió a Glendaa una sonrisa impersonall.

Discúlpame, Rachel, ¿podrías llevarme hasta mi tienda? Me trajo Jim.

Entre Kay y Glenda había un abismo del cual ambas mujeres tenían plena conciencia. Kay frecuentaba el club campestre, como Ra¬chel, mientras Glenda era alguien insignificante para los ciudadanos más prósperos de Tylerville.

Te llevaré con mucho gusto.

Aunque le costó un gran esfuerzo, Rachel creía haber ocultado su impaciencia por la interrupción. Si Glenda había estado a punto de revelar algo más acerca del pasado de Johnny, en presencia de Kay se callaría. Y de pronto sintió ansias de enterarse de todo lo posible acer¬ca del joven Johnny Harris.

Kay, no creo que conozcas a Glenda Watkins y su hijo Jeremy. Glenda, ella es Kay Nelson.

Kay la saludó con un gesto.

¿Es usted amiga de la familia Harris?

Soy amiga de Johnny especificó Glenda, como si no quisiera que se la relacionara estrechamente con el padre de Johnny.

¿Amiga, mamá? rió Jeremy entre dientes y miró a su madre con expresión burlona-. ¿Así lo llamas tú? La otra noche lo vi poner¬te la mano en...

Jeremy Anthony Watkins! Glenda tapó la boca de su hijo apenas a tiempo y enrojeció mientras lanzaba miradas avergonzadas y tic disculpa a las otras mujeres.- Debo dar de comer a este chico ense¬guida, antes de que se convierta en un verdadero monstruo. Ya saben cómo son los chicos cuando no han comido. Me alegro de haberla vuel¬to a ver, senorita Grant. Y mucho gusto de haberla conocido, señorita Nelson.

Rachel y Kay murmuraron unas palabras de despedida mientras Glenda arrastraba a su hijo.

. ¿Dónde le habrá puesto la mano? caviló Kay con vivo interés cuando ambas iban en busca del auto.

No tengo idea repuso Rachel en el tono más disuasivo posible. No deseaba comentar la relación de Johnny con Glenda Watkins, ni si¬quiera pensar en ella.

Yo podría arriesgar una suposición dijo Kay, riendo por lo ba¬jo mientras entraba en el vehículo. Echó una mirada indulgente a Ra¬chel, que estaba introduciendo una llave en el

encendido y agregó : Pero no lo haré. Aunque debo decir que me sorprende que Johnny Ha¬rris haya encontrado una mujer del lugar con quien relacionarse. Era de suponer que todas deberían temerle.

Creo que Johnny y Glenda se conocen desde hace mucho tiem¬po replicó Rachel.

Cabizbaja, ansiosa por librarse de Kay, Rachel no advirtió la pro¬tuberancia de hormigón que había frente al coche hasta que la sobre¬pasaron. Apretó los labios, prometió ser más cuidadosa y se dispuso a concentrarse mientras se incorporaba al tráfico.

¿Sabes quiénes eran esas dos muchachas? Con los ojos brillantes, Kay se volvió en su asiento para relatar el jugoso chisme. Me lo ha dicho Don Gillespie. Eran prostitutas. Verdaderas prostitutas, ¿no es increíble?

¡Oh, Kay! Rachel apartó la vista del camino para lanzar a su amiga una mirada escéptica. ¿Prostitutas?

Don dijo que Willie Harris iba a Louisville dos veces por mes, con regularidad, para ver a una de las muchachas y que el viejo se di¬vertía con esa chica desde que tenía doce años.

¡Doce! ¡Oh, Kay, no puedo creerlo!

Kay Nelson se encogió de hombros.

Me dijo que Willie Harris se jactaba de ello. ¡Cielo santo, Ra¬chel, ten cuidado! ¡Vamos a salirnos del camino!

Sobresaltada, Rachel movió rápidamente el volante hacia la iz¬quierda y volvieron al camino.

Becky siempre decía que tú eras pésima como conductora ,murmuró Kay sacudiendo la cabeza.

Becky es tan perfecta en todo lo que hace, que suele criticar los intentos ajenos replicó dulcemente Rachel.

¡Oh! sonrió Kay . ¡Qué hermanas afectuosas! Cuánto me alegro de tener sólo hermanos. ¡Para, Rachel, has pasado de largo mi tienda!

En efecto, el auto había dejado atrás el pequeño edificio de ladrillos donde Kay tenía su negocio, que se llamaba Mígalo con Flores". Apretando los dientes, Rachel hizo virar al vehículo y lo detuvo frente a la tienda de Kay Nelson.

Kay abrió la puerta y se volvió para mirar a Rachel.

¿Vendrás a la reunión de la Sociedad de la Preservación esta noche?

Creo que no. Pero me parece que mi madre irá.

Kay sonrió.

Tu madre es maravillosa. ¿Sabías que ha donado el resto del dinero que necesitábamos para restaurar los jardines en el cementerio de la antigua iglesia bautista? Este otoño podré poner y plantar algunos bulbos, y luego terminar en primavera. Van a ser preciosos.

Estoy impaciente por verlos declaró cortésmente Rachel.

Kay rió entre dientes.

Lo sé, lo sé, no a todos les interesan las flores tanto como a mí. Pero será digno de verse, te lo prometo. De pronto su tono se volvió serio. Adoro ese lugar y me duele verlo tan desatendido.

La sociedad es afortunada al tener una presidenta tan aplicada dijo Rachel.

Sí, ¿verdad? sonrió Kay . En fin, te dejo. Gracias por traerme. Dile a tu madre que nos veremos esta noche.

Dicho esto, Kay bajó y cerró la puerta del auto. Rachel partió con un ademán de saludo. Aunque coincidía con los sentimientos para el establecimiento de la Sociedad para la Preservación de la Primera Iglesia Bautista de Tylerville, en ese preciso momento no podía depositar mucho interés en sus esfuerzos por restaurar y retocar la iglesia más antigua del pueblo. Estaba demasiado preocupada por localizar a Johnny.

Su siguiente parada fue la Ferretería Grant, para ver si Johnny había decidido presentarse a trabajar en vez de concurrir al funeral de su padre.

Desde el mostrador, Olivia sacudió la cabeza.

No ha estado aquí para nada esta mañana. Ben ha dicho que tampoco llamó para avisar que no vendría.

La tienda estaba vacía, salvo un cliente que no podía oírlas y estaba examinando unos diagramas de pinturas, de modo que Olivia, al propagar irreflexivamente otro problema interno, no fue oída por nadie, salvo Rachel. Rachel sabía que en algún momento tendría que hablar con Olivia acerca de su lengua larga, pero en ese momento no estaba en condiciones de emitir una reprimenda. Estaba muy inquieta por Johnny. Si él no estaba con Glenda ni tampoco en su lugar de trabajo, ¿dónde estaba?

Ben Ziegler asomó la cabeza desde el cuarto de existencias al oír la voz de Rachel.

Rachel, ¿podría hablar con usted un minuto?

Rachel deseaba rehusarse, pero Ben ya se dirigía hacia su oficina. Rachel lo siguió con un suspiro contenido.

Ben se apoyó en el borde del escritorio, los brazos cruzados sobre el pecho, mientras Rachel entraba, cerraba la puerta y lo miraba inquisitivamente.

Johnny Harris no se presentó a trabajar esta mañana.

Esta mañana ha sido el funeral de su padre replicó Rachel a la defensiva, sin molestarse en agregar, que Johnny tampoco había estado presente.

Pero habría debido llamar para decir que no vendría, y usted lo sabe.

Estoy segura de que está afectado.

Ben lanzó un resoplido.

Nada podría afectarlo, a menos que lo conduzcan frente a un pelotón de fusilamiento. Rachel, él perjudica los negocios. La mitad de nuestros clientes se niegan a que Harris los atienda, y la otra mitad viene nada más que para verlo. Es grosero e insubordinado, y por su aspecto debería pertenecer a esa pandilla de motociclistas, los Angeles del Infierno. El sábado le dije que me iría si usted dejaba libre a ese niño sin llamar a la policía. Pues lo dejó irse. Aquí tiene mi renuncia.

Tomó un sobre de encima del escritorio y se lo ofreció a Rachel, quien aceptó el sobre y miró a Ben a la cara.

Oh, Ben, no lo dirá en serio, ¿verdad?

Sí, señora, lo digo en serio. Ese sujeto me saca de quicio cada vez que lo miro. Lo juro, el mero hecho de tenerlo en la tienda me está provocando una úlcera. Sólo me quedaré si usted lo despide.

Es que no puedo, Ben. Si él no tiene trabajo, lo enviarán de vuelta a la prisión. Sé que a veces se extralimita, pero...

Se extralimita se burló Ben Ziegler.

Si tiene un poco más de paciencia, yo hablaré con él.

Hablar con él es tan inútil como defenderse de un tanque con una palmeta matamoscas. No servirá de nada, Rachel, créame. Si usted no quiere o no puede echarlo, pues yo me voy. Yo he recibido un ofre¬cimiento para administrar la sección ferretería del Wal Mart.

Por un momento, Rachel miró a Ben fijamente, sin hablar. juzgar por su expresión apesadumbrada, pero obstinada, estaba claro que hablaba en serio.

Espero que tenga la amabilidad de darme dos semanas de prea¬viso dijo ella. Ben apretó los labios.

-Ya sabe que lo haré. -Desvió la mirada, luego la posó de nue¬vo en el rostro de ella. Lo lamento de veras, Rachel.

Sí, yo también contestó ella.

Se volvió y salió de la oficina con el sobre. Al pasar cerca de la escalera que conducía al apartamento de Johnny, vaciló pensando si debía subir y llamar, para verificar, nada más.

No era necesario que Ben supiese que no había visto a Johnny en toda la mañana. Vaya, bien podía ella subir para ver si él había vuelto después del funeral.

-Harris no está arriba dijo Ben a sus espaldas . Prácticamente derribé la puerta a golpes hace apenas diez minutos. Pensé que acaso estaba haraganeando en la cama.

Oh. Bueno, yo...

Pero antes de que ella pudiera continuar, Ben le puso una mano en el brazo.

-Mire, yo sé que no es de mi incumbencia, pero he visto cómo la mira Harris, y me preocupa. Ese sujeto es peligroso, Rachel. Si lo envían de vuelta a la prisión, que así sea. Al menos usted estará a salvo.

Ben, es muy amable al preocuparse repuso la joven, sintiendo disiparse gran parte de su inquina hacia el gerente de su negocio . Pe¬ro no temo a Johnny. Puede que parezca peligroso, pero no lo es, y nunca me haría daño a mí ni a nadie.

Célebres últimas palabras -oyó Rachel que mascullaba Ziegler cuando ella se alejaba.

El comentario arrancó a Rachel una sonrisa irónica. Pero no sonreía unas doce horas más tarde, cuando en su duodécima pasada en auto frente a la tienda, para ver si había vuelto Johnny, vio finalmente una luz en la ventana del apartamento de arriba. Entonces el alivio llevó a la indignación, y la indignación a una franca cólera. Ardiendo de ira, Rachel estacionó su auto, subió la escalera exterior y llamó a la puerta.

Le respondió una explosión de furiosos ladridos. Rachel se esta¬ba recuperando apenas de su sorpresa cuando se abrió la puerta. En el vano, frente a ella, Johnny se tambaleaba, con una mano en el picapor¬te, a la cual se aferraba para conservar el equilibrio. Sin duda, no falta¬ba mucho para que cayera borracho perdido.

16

Vaya, si es la señorita Grant dijo Johnny, mirándola de pies a cabeza con una sonrisa burlona que el alcohol torcía . Pasa, pasa.

Abrió más la puerta y se apartó en un gesto de hospitalidad exa¬gerado. Johnny tropezó con la alfombra y casi se cayó. Salvado por el picaporte en que se apoyaba, se enderezó y blasfemó por lo bajo. Tras él, un enorme perro color pardo dejó de ladrar, mostró los dientes y gruñó a Rachel. La muchacha se estremeció, disipada su ira en un abrir y cerrar de ojos, por una mezcla de asombro y miedo.

No le hagas caso. Johnny señaló con ademán negligente al ba¬beante animal. Es Lobo, nada más. Quieto, Lobo.

El perro siguió gruñendo, con sus negros y redondos ojos clava¬dos en Rachel, que retrocedió un paso. Johnny puso mala cara.

Pero malo dijo sin mucha convicción.

Johnny soltó el picaporte, mirando algo, se agachó, asió a la bes¬tia por la pelambre del cuello y la arrastró hacia el dormitorio. Sus pa¬sos eran vacilantes y a veces se ladeaba. Parecía que los poderosos cuartos delanteros del perro lo sostuvieran. Rachel podía imaginar sin mucho esfuerzo que el animal se zafaba, se daba vuelta y le saltaba a la garganta. Se quedó apretada contra la barandilla del rellano de afuera hasta que el perro quedó encerrado en el dormitorio. Sólo entonces entró en el apartamento.

¿Qué era eso? preguntó a Johnny mientras este, con una ma¬no apoyada en la pared para afirmarse, cruzaba el living hacia ella.

El perro no emitía ya sonido alguno. A Rachel le pareció más enervante aún que los ladridos frenéticos.

¿Eso? Ah, ¿te refieres a Lobo? Es mi legado. El único legado que me dejó el viejo.

Y Johnny se echó a reír de una manera ebria que habría puesto en fuga a Rachel si hubiese tenido la menor cordura. Luego se des¬plomó en la poltrona.

Estás borracho dijo Rachel.

Cerró la puerta y avanzó en la sala, mirando severamente a Johnny. El olor a whisky agredió sus fosas nasales, y descubrió una bo¬tella, tres cuartas partes vacía, sobre la mesa, junto al sofá.

Pues sí.

Harris reclinó la cabeza en el sofá, y sus largas piernas, enfunda¬das en pantalones tejanos, se extendieron sobre la mullida alfombra gris. Llevaba puestos unos sucios calcetines deportivos, sin zapatos, y una camisa blanca sin mangas, con el faldón fuera de los pantalones. Tenía el cabello suelto. Los negrísimos mechones, tan largos que casi le tocaban los hombros, se ondulaban en torno de su cara. Sus ojos azu¬les relucían al mirarla, inquietos. A juzgar por la barba, Rachel dedujo que no se había afeitado desde la última vez que lo viera. Parecía un vagabundo, aunque muy sensual.

Cosa extraña, Rachel no le temía en absoluto, ebrio o no. En las profundidades de sus ojos advirtió un dolor verdadero.

¿Supiste lo de mi padre? inquirió descuidadamente Johnny. Echó mano a la botella, se la llevó a la boca y bebió un largo trago, lue¬go se secó la boca con la mano. Por fin, con cuidado exagerado, depo¬sitó de nuevo la botella sobre la mesa . Hamburguesa cruda. Eso es ahora él, hamburguesa cruda. Un maldito tren lo ha convertido en hamburguesa cruda.

Esta mañana fui al funeral dijo Rachel observándolo . Fue una ceremonia muy linda.

Johnny se rió de nuevo, y el sonido fue extraño.

Apuesto a que sí. ¿Eras tú la única presente?

Rachel sacudió la cabeza.

Había otros. ¿Has comido algo recientemente?

Johnny se encogió de hombros.

¿Han cantado himnos y han rezado?

Rachel asintió con un gesto.

¿Quieres comer unos huevos revueltos con una tostada?

Johnny hizo un ademán violento.

¿Quieres dejarte de parlotear sobre la maldita comida? Quiero saber quién estuvo allí. ¿Se apareció Buck?

Eludiendo sus piernas, Rachel recogió discretamente la botella de whisky y fue hacia la cocina.

No.

Rachel desapareció y durante los diez minutos siguientes se ocupó en preparar huevos revueltos, tostadas y café con las provisio¬nes que él tenía a mano. En la última de sus visitas al apartamento de Johnny, la noche anterior, Rachel había acallado su conciencia y había usado su llave maestra para entrar. Temía lo que pudiera encontrar, pero el apartamento estaba vacío. A juzgar por la hogaza de pan sobre el mostrador y los alimentos perecederos en la cocina, parecía como si el ocupante acabara de salir y fuese a volver en cualquier instante. Sólo que él no había vuelto durante dos días.

Cuando Rachel salió de la cocina, sosteniendo en cuidadoso equilibrio un plato lleno en una mano y una taza de café solo en la otra, Johnny estaba como ella lo dejara, repantigado en el sofá con la cabe¬za echada atrás. Pero tenía los ojos cerrados. Por un minuto, Rachel pensó que estaba dormido.

Fui a Detroit para decírselo a Sue Ann dijo de pronto Johnny y abrió los ojos cuando ella depositó el plato sobre la mesa y lo ofreció la taza.

Harris la tomó, pero le temblaban tanto las manos que parte del líquido humeante se volcó y le salpicó el muslo. Johnny maldijo y se frotó con su mano libre la humedad que se extendía.

Rachel logró apenas salvar de un desastre similar al resto del café quitándole de las manos la taza.

Ella no tiene teléfono. No lo puede pagar, dijo. Verás, ella re¬cibe una ayuda social, tiene tres hijos. Y está encinta. Hizo un gesto frente a su propio vientre chato para

demostrarlo. En un apartamen¬to de dos habitaciones, con el inodoro roto. Su novio, el que la dejó preñada, llegó estando yo allí. Es un vil sujeto, una porquería, y la tra¬ta a ella y a los chicos como si fuesen mierda. Yo quise molerlo a gol¬pes, pero no lo hice. ¿De qué serviría? Jesús, ella tiene tan sólo veinti¬cuatro años...

Hablaba con frases rápidas, inconexas, con palabras apenas co¬herentes, la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, los ojos clavados en el cielorraso. Rachel emitió un sonido tranquilizador y le alzó la ta¬za de café a los labios.

Toma, bebe esto.

Johnny no le prestó atención.

Le di a ella todo el dinero que tenía. Jesús, no era mucho. Se veían tan mal ella y los chicos. Estaban flacos... también ella, salvo ese vientre enorme, abultado... y había moscas por todas partes porque el alambre tejido de la ventana estaba agujereado y hacía un calor infer¬nal. ¡Y yo creía pasarlo así en chirona! Aquello era un lugar de vera¬neo comparado con el nido de ratas en el que ella vive.

Rió con amargura. Entendiendo apenas que él se refería a su permanencia en la cárcel, Rachel le tocó el brazo. Por el momento, su principal preocupación era devolverle la sobriedad y hacerle comer. Sospechaba que no había comido nada en todo el día, y quizá tampoco el sábado, aunque seguramente su hermana le había preparado algo.

Johnny, bebe esto, por favor. Es café y tú lo necesitas.

La mirada de Johnny se desvió hacia ella. Tenía los ojos tan tur¬bulentos como una tormenta eléctrica.

Tú no sabes una mierda lo que yo necesito. ¿Cómo podrías sa¬berlo? ¿Acaso alguna vez te ha faltado algo? ¡No, demonios! Tú con tu mansión y tus palabras delicadas y tus padres refinados... ¿qué sabes tú de la gente como yo?

Sé que sufres repuso ella.

Aunque su voz fue muy suave, las palabras parecieron zaherir a Johnny, cuya boca se retorció en una mueca de furia.

Sí, sufro. Sí, demonios. ¿Por qué no? Soy humano como todos los demás. Sufro.

Con una blasfemia se incorporó de un salto, derribando la mesi¬ta frente a la poltrona con un empujón, furioso. Al caer la mesita, él se volvió hacia Rachel con mirada violenta. Ni siquiera el hecho de que se tambaleaba un poco disminuía su aire amenazador al alzarse ante ella.

Rachel lo miró con una calma que era sólo a medias simulada.

¿Te sientes mejor?

Johnny la miraba con fijeza; en sus ojos la cólera se convertía lentamente en otra cosa. Masculló una maldición, se pasó las manos por el cabello.

Cristo, ¿por qué no me tienes miedo? Deberías temerme, como todos los demás dijo.

. De pronto, al extinguirse su ira, pareció que las rodillas ya no podían sostener su peso. Se encorvó hacia adelante, luego se des¬plomó, sentándose pesadamente en el suelo a los pies de Rachel, me¬dio de espaldas a ella.

No te tengo miedo, Johnny. Nunca te lo he tenido dijo Rachel, porque era verdad, y porque pensó que era lo que él necesitaba oír. Entonces Johnny se volvió para mirarla; una sonrisa fatigada se asomó a sus ojos por un instante, nada más. Luego echó atrás la cabeza para apoyarla en las rodillas de ella.

No entiendo por qué murmuró.

Contemplar aquella negra cabeza desgreñada, y sentir su peso y la huesuda dureza del cráneo de Johnny y la sedosidad de su cabello apoyado contra sus piernas desnudas, Rachel sintió una compasión tan intensa que le causaba dolor. Colocó la taza de café sobre la mesita,'. junto al plato, posó una mano suave en la cabeza del hombre y le acarició el cabello.

Me apena mucho lo de tu padre, Johnny.

Este volvió a reír con aspereza.

Sue Ann dijo que no vendría al funeral aunque viviese al lado. Dijo que odiaba al viejo miserable. Buck lo odiaba también... llamé a Buck. Y yo también lo odiaba. Lo odio, quiero decir. ¡Que se lo lleve! el diablo!

De pronto la voz de Johnny se ahogó. Rachel, apenada, siguió acariciándole la cabeza, alisando con dedos tranquilizadores los enredados mechones que caían en torno de su rodilla. No sabía si él sentía; siquiera su contacto. Seguía hablando con voz ronca y chirriante, como, si lo estuvieran estrangulando.

Grady... Grady. Era a Grady a quien él solía castigar más. Buck, era demasiado grande, yo demasiado fuerte, y Sue Ann era una niña.'-, Aún me parece ver al pobrecito Grady... verás, no era muy grande,-', apenas un chico flacucho y canijo con una mata de rizos negros... aun me parece ver al viejo bajarle los pantalones a Grady y azotarle con su cinturón. Me parece oír a Grady cuando gritaba y luego sin gritar, cuando el viejo lo alzaba y lo aplastaba contra la pared hasta que se callaba. Nunca pude entender por qué el viejo lo odiaba más a él que a los demás. Si veía siquiera la cara de Grady, le propinaba un golpe. E. chico solía esconderse en el ropero si no alcanzaba a salir antes de que el viejo llegara a casa.

Johnny hizo una pausa para respirar. Rachel no decía nada; tan, sólo le acariciaba el cabello y escuchaba. Por el modo en que él clavaba la vista en el espacio, Rachel ni siquiera sabía con certeza si recordaba que ella estaba allí.

Ah, Grady. Estábamos muy unidos, ¿sabes? Ni siquiera me dejaron ir a su funeral. Ahogado. Yo no podía creerlo rió entre dientes con un sonido tan áspero y lleno de congoja como un sollozo . Ese chi¬co siempre nadó como un pez. Era el único deporte para el cual servía. Creo que tuvo un deseo de muerte. Yo leía mucho en la cárcel... demo¬nios, no había mucho más que hacer... y tropecé con mucho material psicológico. En su mayor parte no valía lo que el papel higiénico, pero algo tenía sentido. Grady se pasaba el tiempo lastimándose cuando niño. Se rompió más huesos que todos nosotros juntos. Hasta se pren¬dió fuego una vez, jugábamos con un encendedor, y estuvo a punto de freírse como una patata. Claro que al viejo no le importaba. Ni siquie¬ra le llevó nunca a un médico, y el chico tenía las piernas y la espalda llenas de cicatrices, hasta el día en que murió. Pienso que Grady sufría porque mi madre se había marchado y mi padre lo odiaba, y por eso quiso morir. Demonios, a mí me encerraron por asesinato y al viejo no le hicieron nada, aunque era mucho más culpable de lo que he sido yo en mi vida. Nunca. Nadie hizo nada. ¿Sabes que Grady le tenía tanto miedo que al viejo le bastaba con mirarlo de cierta manera para que él se orinara en los pantalones? Cuando yo estaba crecido, siendo adoles¬cente, una mirada y Grady se orinaba como un crío. Alguien habría de¬bido ayudarle, ¿oyes? Alguien habría debido llevárselo lejos del viejo canalla. Pero a nadie le importaba una mierda.

Johnny se interrumpió de pronto, apretó la mandíbula y cerró los ojos. Su cabeza pesaba sobre las rodillas de Rachel. La joven, ho¬rrorizada por lo que acababa de oír, permanecía en silencio, la mano inmóvil sobre el cabello de Johnny. Había sospechado la existencia de abusos, pero esta cruda confesión los hacía tan inmediatos, tan terri¬bles y tan distintos de todo lo que ella se había imaginado. Abuso era un término clínico que ella había aprendido en la escuela. Este dolor era espantosamente real.

Demonios, creo que en parte fue mi culpa. Nunca se lo dije a nadie. Ninguno de nosotros lo contó jamás. ¿Te acuerdas cuando me preguntaste si mi padre nos castigaba? Me reí en tu cara, ¿o no? Me reí porque me avergonzaba demasiado admitir la verdad. Todos pensa¬ban que éramos basura. Yo no quería demostrar que tenían razón. De¬testaba que todas esas personas amables y bien educadas nos despre¬ciaran. Si hubieran sabido la verdad, sólo nos hubieran despreciado un poco más. Era un maldito borracho y nos golpeaba, y nosotros no queríamos que lo supiese nadie. Maldito puñado de chicos cobardes.

Su respiración cambió, tornándose más áspera, y de pronto se sentó, alzando la cabeza en las rodillas de Rachel y se dio la vuelta pa¬ra mirarla a los ojos. Hipnotizada por el poder de la escabrosa confesión del hombre, muda porque no se le ocurría nada que decir, Rachel sólo pudo mirarlo a su vez con una mezcla de horror y piedad en los ojos.

¿Sabías que fuiste la única maestra que lo preguntó siquiera. Rayos, teníamos tantas magulladuras como un árbol de Navidad tiene ornamentos, y ninguna otra persona se atrevió a preguntarnos. ¿Sabes por qué? Porque éramos basura, por eso, y a nadie le importaba una mierda. Pero tú sí preguntaste. Dios, ¡cómo odié que supieras que mi padre me azotaba! Tú eras tan... entrecerró los ojos, parpadeó y se interrumpió bruscamente, como si acabara de advertir lo que estaba diciendo. Tardó uno o dos segundos en continuar . Ese día me fui a casa, y cuando él pegó a Grady, yo lo ataqué. Tuvimos una pelea de órdago... ¿recuerdas que estuve ausente casi toda la semana siguiente?... y no puedo decir que hubiera vencido yo. Pero él vio que yo iba a pelear y, después de eso, no fue tan rápido con los puños ni con el cinturón. Sólo con la boca, y a veces eso dolía más. Solía llamarnos malditos afeminados a los varones, y a Sue Ann, ramera. Yo era capaz de cualquier cosa para que él no me creyera afeminado.

Se interrumpió de nuevo; luego aspiró tembloroso y ásperamente. Alzó las manos para sujetar la falda de Rachel a cada lado de sus muslos, y apelotonó la tela en sus puños. Sus ojos se clavaron en los de Rachel, llameantes, como si tras ellos ardiese el infierno.

Era un imbécil y un miserable, y todos los odiábamos. Sólo q e yo no. Creía odiarlo, pero cuando lo vi sobre esa mesa, despedazado... Suspiró de nuevo, y Rachel advirtió consternada que era un sollozo. Descubrí que amaba al viejo miserable después de todo, ¡ojalá que arda en el infierno!

Y apretó los dientes con dolor; sus ojos relucían violentamente, y luego inclinó la cabeza. Apoyó la cara en el regazo de Rachel, aferrando y retorciendo su falda con los dedos como si no quisiera soltarla jamás.

Aquellos hombros anchos se estremecían. Unos sonidos desesperados, apagados por la falda de Rachel, desgarraron el corazón de la" mujer. Sintiendo que le asomaban lágrimas a los ojos, ella le acarició la cabeza, los hombros y la espalda, murmurando palabras tranquilizadoras, inconexas, que no lograban mitigar su dolor.

Ya está bien. Ya está bien decía ella una y otra vez.

Johnny Harris no parecía oírla, pero acomodó mejor la cabeza en el regazo de Rachel y aferró sus manos con vigor. Continuaron sonidos ásperos, estrangulados. Rachel bajó también la cabeza para apoyar una mejilla en el cabello de él. Con los brazos le envolvió la espalda y lo apretó contra ella, tratando de confortarlo.

Finalmente se calmó y apoyó la cara en el regazo de Rachel que le acariciaba el cabello, parte de una oreja y una parte de mejilla, áspera por la barba.

Johnny permaneció así largo rato, caliente y pesado contra las, piernas de Rachel; entonces ella sintió que se reanimaba. Johnny alzó la cabeza. Sin previo aviso, Rachel se encontró traspasada por dos ojos azules, sospechosamente húmedos en los bordes, que le quemaban penetrando en ella con toda la intensidad de un alma atormentada. Ella tenía las manos apoyadas en los anchos hombros de Johnny. Amedrentada de pronto por aquella mirada ardiente, posó las manos en su propio regazo.

¿Sabes en qué solía soñar en chirona? preguntó él; su voz era ronca, las palabras graves, rápidas y levemente guturales . Solía soñar contigo. Eres lo único limpio, bueno y decente que aún quedaba en mi vida, y solía soñar contigo. Solía imaginar que te quitaba la ropa prenda a prenda, y cómo se te vería desnuda, y qué se sentiría al hacerte el amor. También solía soñar con eso en la escuela secundaria. A decir verdad, durante los últimos catorce años me masturbaba casi todas las noches soñando contigo.

Rachel entreabrió los labios, asombrada. Sin habla, clavó en él sus dilatados ojos, por una eternidad, mientras su corazón latía apresurado y se le secaba la garganta.

Estoy jodidamente cansado de soñar dijo él con vehemencia.

Y deslizando hacia arriba las manos por los muslos de la mujer, le sujetó las caderas y la atrajo a sus rodillas.

17

Johnny Harris estaba arrodillado, y de pronto ella estuvo a hor¬cajadas encima de él, las manos abiertas contra el pecho M hombre, sus piernas flexionadas y abiertas, mientras él la apretaba contra sí. Ra¬chel tenía alzada la falda hasta su cintura, una prenda de tenue al¬godón verde con fresas enormes y absurdas estampadas. Solamente el nailon delgado y sedoso de sus bragas la protegía de la aspereza de los pantalones tejanos de Johnny, del duro metal de su cremallera y de aquello, grueso e hinchado, que abultaba debajo.

Bueno, dime que no, maestra dijo él cuando sus miradas se cruzaron.

Le sujetaba las caderas con manos endurecidas por la tensión. Tenía los muslos rígidos bajo las nalgas de ella. Ella podía sentir bajo su mano el acerado vigor de los músculos del pecho... y la rigidez ten¬tadora, obsesionante, sobre la cual estaba sentada.

No pudo negarse. No pudo. Lo deseaba demasiado. Durante la mayor parte de su vida, al parecer, lo había deseado.

Un pensamiento escandaloso, vergonzoso... Pero su cuerpo ardía.

Johnny susurró desvalida.

Bajó los ojos como si ya no pudiera sostener la mirada de él. Pe¬ro su mirada se encontró con la boca de él, lo cual fue un error. Gran¬de, masculina, bella, con una curva sensual que le quitó el aliento a contemplarla.

Rachel susurró él a su vez.

Cuando él se acercó a Rachel y los brazos de ella se aplastaron contra el pecho del hombre sin tratar siquiera de resistirlo, esa hermo¬sa boca masculina se acercó más, se tornó borrosa... luego se detuvo a pocos centímetros de la suya.

Dios mío...

No podía negarse. Ni siquiera pudo oponer una resistencia simbólica a la feroz oleada de deseo que le arrastraba. Sus labios, secos y calientes, se entreabrieron, aspirando el aire abrasador con jadeos desiguales. Bajo las bragas rosadas, su cuerpo temblaba, lloraba.

Ultima oportunidad.

Johnny pronunció estas palabras como si le costara emitirlas, con voz baja y tosca. Se inclinó aún más cerca de ella, tan cerca que Ra¬chel pudo sentir su respiración contra la boca. Pero no la besó. Rachel alzó los párpados, y por voluntad propia, su mirada se encontró con la de él. Los de Johnny eran ardientes, oscuros y violentos y brillaban con la promesa de actos indecibles, placeres inconfesables. Rachel no pu¬do apartar la vista cuando él deslizó las manos hacia abajo por sus ca¬deras, hasta introducirse bajo el borde elástico de su ropa interior y ce¬rrarse sobre sus nalgas.

Johnny la aprisionaba, apretando suavemente la carne redon¬deada. Rachel pensó que nunca en su vida había sentido algo más erótico que las manos de Johnny sobre su trasero desnudo.

Johnny apretó las manos y frotó a Rachel contra sí, moviéndola para atrás y para adelante sobre el bulto de sus pantalones tejanos, de modo que el calor y la fricción, separados de su propia carne estreme¬cida por una sola capa de fino nailon, la volvían loca. Rachel gemía y hundía los dedos bajo la camisa de Johnny, arqueando la espalda.

Eres mía, maestra murmuró él en un tono que parecía casi triunfal, pero Rachel estaba tan enloquecida de deseo, que no le im¬portó. Si entonces él hubiese intentado apartarla de sí, ella se habría aferrado a él lloriqueando de anhelo.

Johnny la sujetó contra sí, cambió levemente de posición, de mo¬do que cuando la inclinó hacia atrás, ella quedó con la espalda apoya¬da contra la poltrona. Johnny le apretó el trasero; puso una mano abierta y ardiente contra la temblorosa suavidad del vientre de la mu¬jer, para luego penetrar en la oscuridad humedad y caliente entre las piernas de ella.

Cuando las manos de Johnny Harris acariciaron los crespos ri¬zos, el tierno montículo y la hendidura más abajo todavía, ella emitió un gemido gutural. Rachel oyó el sonido como si proviniera de otra persona, alguien a quien ella no conocía, ni había conocido nunca. Era casi como si ella fuese dos personas y pudiera presenciar lo que le es¬taba pasando, al mismo tiempo que su mente se nublaba de pasión y su cuerpo entregaba su voluntad a una fuerza más grande, más necesita¬da, más ávida.

Con el pensamiento vislumbró, como si lo hiciera desde un pun¬to de mira neutral, qué aspecto debían tener los dos juntos. Ella esta¬ba sentada en el regazo de él, con las rodillas desnudas bien abiertas a cada lado de las caderas de él, delgada y menuda, incongruentemente ataviada con una camisa rosada y una falda verde que estaba alzada hasta su cintura. La falda levantada y su posición semirreclinada des¬cubrían su ombligo, y un vientre de piel lisa y blanca color vainilla... y unas lindas bragas con adornos de encaje bajadas hasta revelar la línea superior de un triángulo de vello castaño oscuro. La mano de Johnny, morena y de largos dedos, oculta a la vista por el rosado nailon, acari¬ciaba y exploraba.

Una imagen escandalosa. Especialmente si ella le sumaba el ru¬bor que enrojecía su cara, el deseo que infundía a sus ojos castaños co¬munes una luminosidad tan vívida como los de una gata, que en¬treabría sus labios, arqueaba su espalda y la hacía estremecerse y retorcerse cuando él la tocaba donde ella quería ser tocada, donde tenía que ser tocada o morir.

También lo vio a él, la mirada dura e intensa clavada en su ros¬tro, la boca apasionadamente sesgada al concentrarse en el placer de Rachel, en su necesidad. El calor que entre ambos se generaba, flota¬ba en el aire, ondulaba más el negro cabello de Johnny, y le hacía bro¬tar gotas de sudor en la frente, agregando su propio tórrido perfume al leve aroma de flores blancas que ella siempre usaba.

El estaba sin afeitar, era inculto, rústico. Ella estaba minuciosa¬mente acicalada, hasta el lustre rosado de las uñas de sus pies, descu¬biertas por sus sandalias de cuero pardo. Todo en ella, desde su corte de cabello sencillo, que le llegaba a la barbilla, hasta los discretos to¬ques de rímmel en los ojos y lápiz labial rosado, y hasta la delicadeza de las costosas bragas rosadas, hablada de dinero, de buena crianza y de una buena posición. En él el cabello demasiado largo, los músculos que abultaban contra la vulgar camiseta blanca sin mangas, los panta¬lones tejanos demasiado ceñidos, la beligerancia insultante que él usa¬ba como escudo todo proclamaba su procedencia marginal, su calidad de peligroso ex convicto.

Era Johnny Harris y tenía las manos puestas en las bragas de acion, por ningún Rachel. Ella no habría cambiado nada de esa situ motivo.

De pronto él intentó arrancarle la camisa y estirársela por en¬cima de la cabeza. Tomada por sorpresa, Rachel se puso instintiva¬mente las manos sobre los cuencos de su sujetador rosado. No por pudor, sino por vergüenza de que él viera cuán escasamente dota¬da estaba ella. Pasó por su cabeza la imagen del cuerpo opulento de Glenda Watkins y un repentino y vehemente estallido de celos hi¬zo que lo mirara sacudiendo la cabeza cuando él pretendió desa¬brochar el cierre.

Está bien dijo él, con sorprendente docilidad.

Ante el asombro de Rachel, él cerró las manos sobre su cintura y la alzó sin esfuerzo alguno, depositándola luego de modo que ella quedó torpemente instalada en el borde del sofá. Al empujarla con suavidad, Rachel cayó de espaldas y retiró las manos de sus senos para contener la caída sobre los gruesos cojines del viejo sofá. Antes de que ella se diera cuenta, Johnny le quitaba las bragas, que se habían retor¬cido en tomo a los muslos de la joven, y las arrojaba a un lado.

¿Qué ... ? empezó a preguntar ella, apoyándose en un codo.

Pero nunca terminó la frase, porque las intenciones de Johnny estaban clarísimas. Se arrodilló frente a ella, delante mismo de sus ro¬dillas, que ella había apretado instintivamente al caer de espaldas, y sus ojos relucieron cuando empezó a acariciar los muslos de la muchacha. En un tono ronco que a ella le costaba oír, él dijo:

Solía estar sentado en clase al hablar pasaba las manos por la parte alta de sus muslos, bajo su falda, que cubría de nuevo la parte más vital de su anatomía , y me preguntaba si llevabas puestas medias o bragas bajo la falda. Siempre me gustó imaginarte allí arriba, dictando clases con ligas y medias negras, y sin bragas.

No es cierto dijo ella, escandalizada por la sola idea.

Lo es repuso él sosteniéndole la mirada.

Sus ojos ardían; sus pupilas estaban completamente dilatadas. Con una sensación temblorosa en la boca del estómago, Rachel com¬prendió que él decía la verdad. El pensar que ella había figurado en las fantasías sexuales del adolescente Johnny Harris mientras ella le dicta¬ba clases bastaba para hacerla estremecer. Sin duda él intuyó su reac¬ción, porque volvió a mirarle las piernas y sus manos se unieron súbi¬tamente mientras las dirigía hacia sus rodillas, bajando por la parte interior de sus muslos. Cuando llegó a sus rodillas, las aferró, atrayéndola hacia abajo de modo que su trasero quedó en el borde de¡ sofá y separó entonces sus piernas.

Johnny... Rachel susurró su nombre casi sin aliento, turbada por la fatal entrega de su cuerpo. Pero esto no sonó como una protes¬ta, ni siquiera para sus propios oídos. En ese momento no habría podi¬do protestar aunque de ello hubiera dependido su vida. Una excitación creciente y palpitante la tenía dominada.

Solía imaginarme haciéndote esto. Solía imaginarme cómo sería tu aspecto y tu sabor, y qué clase de sonidos emitirías.

Oh, por favor...

Rachel casi no sabía qué pedía. La confesión de Johnny Harris, y las imágenes que ella conjuraba, aflojaban sus músculos. Con los ojos vidriosos de deseo, observó temblando cómo él le alzaba de nuevo has¬ta arriba las faldas, desnudándola bajo la cintura ante su propia mirada y la de ella. Sus fuertes manos de largos dedos, con la piel bronceada y el dorso salpicado de vello negro, conformaban una increíble imagen erótica al deslizarse sobre el estómago de Rachel para posarse, ardien¬tes, en la parte interior de sus muslos. El deseo que ellas generaban, y el insoportable anhelo, hicieron que Rachel aspirara profunda y tem¬blorosamente. Johnny bajó la cabeza e hizo lo que ella sabía que iba hacer, lo que ella deseaba ardientemente que él hiciera y le avergon¬zaba al mismo tiempo.

Al contacto de la boca de Johnny, ella se puso tensa, gimió y lue¬go se volvió a desplomar contra los cojines. Cerró los ojos, clavó los de¬dos en el tapizado y se aferró a él como si en ello le fuera la vida. Era él tan gentil, tan delicado, con su lengua ardiente que exploraba su in¬timidad de un modo que hacía temblar todo el cuerpo de Rachel. Cuando le tuvo loca de excitación, doblando los dedos de los pies con¬tra las chatas suelas de sus sandalias y su trasero arqueándose hasta al¬zarse del sofá, Johnny puso su lengua dentro de ella y ese fue el acto más enloquecedor de todos.

Las manos enredadas en el cabello del hombre, trataban de apartar de él su lengua antes de sumergirse en el negro pozo insonda¬ble que se abría frente a ella, pero él no quiso detenerse. Con un grito, ella perdió el último vestigio de control.

Cuando regresó de nuevo al mundo fue para comprobar que él tenía la boca todavía entre sus piernas, que su lengua seguía ejercien¬do sus íntimas tretas en la persona de ella. Ahora se sentía saciada. Un deseo feroz y ardiente había explotado en su interior, y podía absorber más de lo que él estaba haciéndole. Ante su vívida imagen mental del cuadro que debían presentar, Rachel enrojeció y procuró sentarse y apartarlo, cerrando sus piernas contra él. Las mejillas sin afeitar de Johnny, ásperas como papel de lija, rasparon sus tiernos muslos cuan¬do él se rehusó a dejarse desalojar.

Oh, no murmuró Johnny, lanzándole una mirada breve y sen¬sual mientras la tomaba por las caderas y la sujetaba.

Pero yo... empezó ella; luego se interrumpió y se intensificó su rubor al pensar y descartar diversos modos de decirle que, en cuanto a ella se refería, ya no hacía falta continuar.

. ¿Que has tenido un orgasmo? Lo sé terminó él en su lugar, con voz ronca y jadeante, al levantar por fin la cabeza. Rachel oyó el timbre de su voz, vio el feroz resplandor en sus ojos, la humedad en su boca, el ancho de sus hombros y la anchura de su pecho entre sus mus¬los, y sintió que volvía a nacer el deseo . ¿Crees que no me doy cuen¬ta? Quiero que tengas otro orgasmo, y otro y otro, por mí.

La sujetó por la cintura, la atrajo a sus rodillas y se dio vuelta junto con ella de modo que Rachel quedó tendida de espaldas sobre la alfombra gris, las manos aferradas a los hombros de él, las piernas abiertas mientras él se arrodillaba entre sus muslos. En su sorpresa, Rachel se olvidó de sus senos, y antes de que pudiera recordar, él introdujo una mano bajo su espalda, de¬sabrochó hábilmente el cierre y le quitó el sujetador.

¡No hagas eso!

Instintivamente Rachel cubrió su desnudez con las manos, mien¬tras intentaba alejarse de Johnny, pero él no quiso soltarla. La sujetó un momento por la cintura hasta que ella dejó de retorcerse; luego vol¬vió su atención hacia la falda de Rachel, que estaba enredada en torno de su cintura. Salvo eso, sus sandalias y las manos sobre sus senos, Ra¬chel advirtió que estaba desnuda como un bebé, mientras que él aún estaba totalmente vestido. La repentina turbación tornó tan rosadas sus mejillas como las fresas de su falda.

¿Cómo se saca esta maldita cosa? preguntó Johnny, observan¬do la falda de Rachel con evidente perplejidad, mientras sus manos buscaban vanamente a tientas, tras ella, algún tipo de cierre.

Hay un botón... adelante.

Había en realidad dos, grandes adornos en forma de presa, que no entendía cómo podía él pasarlos por alto.

Muéstrame.

Rachel se dispuso a complacerlo... y comprendió que había caído en la trampa de Johnny cuando las manos de él encontraron los senos que ella había dejado desprotegidos.

¡No!

Sus manos volaron para sujetar las de él por las muñecas, tratando de apartarlas. Sus senos eran tan pequeños, que las manos de él quedaron casi chatas al cubrirla.

Johnny dejó que le apartara las manos, pero entrelazó sus dedos con los de ella y la sujetó contra la alfombra. Sus ojos, fijos en ella, evaluaban las blancas hinchazones con sus pezoncitos rosados. Rachel estaba casi encogida, tanto temía que él la hallara deficiente.

¿Tímida, Rachel? inquirió él, y la tierna curva de su boca hizo que el corazón de la joven diera un vuelco.

Con la respiración en suspenso, ella permaneció tendida, inmóvil, mientras él se inclinaba para besar primero un pezón y luego el otro, que se ponían rígidos. La húmeda tibieza de su boca la hizo estremecer, y sus ojos se cerraron por voluntad propia cuando él se introdujo lentamente un pezón en la boca. La reacción la atravesó haciéndole temblar. Pequeños o no, sus senos poseían toda la, sensibilidad. Rachel se entregó de nuevo a las atenciones del hombre, mientras gemía y arqueaba su espalda consumida por el placer.

Johnny se inclinó, rozándole los senos con la boca y los dedos entrelazados con los suyos, y Rachel quedó tan a merced de Johnny como si él la hubiese amarrado. Yacía debajo de él con los brazos y las piernas abiertos, nada de ella oculta a los ojos, la boca o las manos de él, una vez más tan estremecida de deseo por él que no podía negarle nada. Johnny le tocó los pezones con la lengua, los succionó, los mordió ligeramente hasta que ella se retorció de asombro, hasta que estuvo tan falta de vergüenza y tan necesitada de alivio, que arqueaba su cuerpo contra el hierro de las piernas de él.

Ah, Rachel le oyó decir, y entonces, por primera vez, él yació encima de ella.

Rachel sentía su peso aplastándola contra la blanda alfombra, y el roce de sus ropas contra la desnudez de ella, y la aspereza de su barba contra sus mejillas suaves al buscarle la boca, y se sintió de nuevo invadida de placer mientras le rodeaba el cuello con los brazos y le devolvía beso por beso.

Esta vez Rachel sólo tuvo unos segundos de relativa lucidez pa¬ra registrar impresiones más claras. El era pesado, mucho más pesado que ella, y asombrosamente fuerte. El bulto de sus pantalones tejanos, duro como hormigón, era lo bastante sólido como para hacerle daño al apretarse contra ella. El sabor a whisky, que ella solía aborrecer, se le antojaba muy erótico en los labios y la lengua de Johnny. La besaba con un hambre voraz, invadiéndole la boca con su lengua y apoderándose de ella, y la estimulaba a que hiciese lo mismo. Así lo hizo ella; abandonó en un instante toda una vida de inhibiciones, se aferró al cuello de él y envolvió con las piernas su espalda y lloriqueaba de impaciencia mientras él se abría el cierre de los pantalones tejanos, se liberaba por fin y penetraba en ella. Al sentirlo enorme, duro, caliente y llenándole hasta estallar, Rachel hundió las uñas en su espalda y lanzó una exclamación. Luego ya no pudo pensar, no pudo hacer otra cosa que sentir mientras él la montaba con desenfreno y ella se arqueaba, manoteaba y gemía como un animal en celo.

Al final era ella quien gritaba, y él quien rechinaba los dientes en una salvaje liberación contenida.

Se desplomó encima de ella, aprisionándola con su peso. Rachel caía en un profundo sueño, mientras se abrazaba al cuerpo de Johnny y le acariciaba su sedoso cabello negro.

18

Rachel se sentía como una arrastrada. Le bastaban dos minutos de yacer debajo de Johnny Harris y escucharlo roncar en su oído rui¬dosamente, para irse como una perdida. Estaba desnuda, salvo por su, falda, que estaba enrollada en tomo de su cintura, y sus sandalias, que ninguno de ellos se había molestado siquiera en retirar, empapada n" el sudor de él, y pegajosa. Tenía un gusto agrio en la boca, el sabor de¡ whisky. El ambiente hedía a whisky y a sexo. No tenía modo de saber cuánto tiempo había dormido, si eran quince minutos o varias horas., Sólo sabía que estaba muerta de cansancio, le dolían los músculos y e,' sentía sucia.

Sentía vergüenza al pensar en lo que él le había hecho, y cómo ella se lo había permitido y había gozado.

Johnny Harris. Su ex alumno. Varios años menor que ella. convicto. Amante de Glenda Watkins y sabía Dios qué otras mujeres además.

El mismo Johnny había dicho que fantaseaba con hacerle el amor desde la época en que ella era su maestra de Lengua en la secun¬daria. Ella simplemente lo había ayudado a volver realidad un sueño de adolescente en un interludio que era poco probable que se repitiese. Sin duda, esa única vez fuese todo lo que él deseaba. Era todo lo que ella podía esperar. De cualquier modo, ¿qué pretendía ella... una rela¬ción? ¿Con Johnny Harris? La sola idea constituía una broma de mal gusto.

El había llorado en sus brazos. Al recordarlo, Rachel Carson sin¬tió un vuelco en el corazón. Por mucho que odiara admitirlo, sentía al¬go más que compasión y lujuria por Johnny. Sentía cariño. Y mientras que él la viera como un hombro sobre el cual llorar -una figura mater¬na quizá , no podría quererla de igual manera.

Lo ponía "caliente", había dicho él. Rachel temía que a eso se limita¬ra su interés en ella. Ahora que había conseguido lo que quería, pues...

No la respetaría por la mañana.

Esa frase tan trillada, extraída de sus lecturas, brotó en la mente de Rachel. La habían criado para ser una dama... otra frase trillada, un anacronismo inclusive, pero no podía evitarlo, era la verdad. En los pueblos del sur aún había damas, además de mujeres que no eran da¬mas ... y esas damas sabían que, si una joven era fácil, el hombre tomaría lo que pudiera obtener y luego pasaría a la próxima conquista como una abeja que revolotea de flor en flor. Fácil era un término demasia¬do moderado para describir su actitud. Ni siquiera

disoluta bastaba. Aunque amaba las palabras, ni siquiera a ella se le ocurría una lo bas¬tante sagaz.

Rachel casi temía tocarlo, ya que podía despertar y si ella tendría que hacerle frente, en ese momento mismo, tal como ella estaba, tal como estaban los dos. No creía poder soportarlo.

Pero era necesario moverlo. Su peso se estaba tornando cada vez más insoportable y a ella empezaba a doler la espalda de estar aplastada contra el duro suelo. Además quería partir.

Merced a mucho retorcerse y mucho empujarle el hombro izquierdo, Rachel pudo liberarse al fin. Johnny seguía durmiendo, inerte, cuando ella se puso de pie. Con las rodillas temblorosas, se detuvo mirándolo mientras hacía lo posible por alisar su falda arrugada. Los ronquidos de Johnny habían aumentado de volumen, como estertores. Rachel comprendió que el sueño de Johnny no brotaba de su satisfacción sexual; estaba atontado. por el exce¬so de whisky.

Por un momento tuvo que resistir el impulso de darle un punta¬pié, así dormido.

Johnny tenía los brazos estirados, los dedos doblados sobre la al¬fombra. Tenía las largas piernas muy juntas, probablemente debido a la constricción de los pantalones tejanos y los calzoncillos, que tenía bajados hasta medio muslo. Sus nalgas estaban desnudas, lindas nalgas, apretadas, redondas, que eran como había podido comprobar, tan du¬ras al tacto como parecían. Eran lisas, lampiñas y varios tonos más cla¬ras que la musculosa parte superior de sus muslos, que estaban oscurecidos por un leve vello negro. La hendidura de sus muslos atrajo la mi¬rada de Rachel, que al recordar que había hundido los dedos ahí enro¬jeció y apartó la vista.

La camiseta estaba apenas un poco retorcida en la estrecha cin¬tura de Johnny. Espiando por debajo de un ancho hombro, divisó una tira rosada delatora: su sujetador. Al inclinarse para extraerlo, Rachel tuvo prácticamente que alzar un hombro de Johnny. De no haberlo ex¬perimentado ella misma, jamás habría creído que un hombre tan enju¬to y de musculatura tan dura pudiera pesar tanto.

Descubrió que le temblaban las manos al tratar dos veces dé abrochar los ganchos de su sujetador. Finalmente lo consiguió y, des¬lizándose las tiras por los hombros, puso en su lugar la prenda. La idea, que brotó en su mente de modo espontáneo fue que él no había mos¬trado decepción por el tamaño de sus senos. Por el contrario, los había acariciado y besado con un entusiasmo que era francamente mortificante. Al recordarlo Rachel dio un respingo, sintiendo que el rubor le inundaba el cuello y la cara. ¿Cómo podría enfrentarlo de nuevo, con el espectro de esa noche entre los dos?

La respuesta era que no podría. Al menos, no por un tiempo.

Si bien era poco práctico pensar que podría eludirlo siempre, y ella lo sabía, tal vez podría hacerlo durante unas semanas. La escuela empezaba el jueves... ¿sólo faltaban dos días? Después, ella iba a estar demasiado atareada para detenerse en la ferretería por un tiempo. Tenía que conseguir un nuevo gerente, pero tal vez Olivia pudiera ocupar ese cargo por unas semanas. O tal vez fuese posible persuadir a Ben Ziegler para que se quedara un poco más.

¡Al diablo Johnny Harris! Las cosas se habían complicado desde que había vuelto a aparecer en su vida.

Rachel sabía por experiencia que el tiempo embotaba hasta los recuerdos más dolorosos, y esperaba que así sucedería antes de que ella tuviera que encontrarse de nuevo con esos ojos azules.

Su camisa frambuesa yacía en una punta del sofá, cerca de sus pies. Pasó junto al cuerpo tendido de Johnny, Rachel recogió su cami¬sa y se la puso por encima de la cabeza. Metió la camisa dentro de su falda lo más rápido que pudo, buscó la única prenda que no había re¬cuperado aún: sus bragas.

Al recordar cómo las había perdido, quiso esconderse.

No aparecían por ninguna parte. Tras una búsqueda cuidadosa,

Rachel decidió que Johnny debía estar encima de ellas. No había otro sitio donde pudieran hallarse.

Por un momento, tuvo ganas de abandonarlas. Para todas las apariencias exteriores, ella estaba decentemente vestida. Podía irse a casa tal como estaba sin que nadie se diera cuenta.

Hasta que Johnny Harris decidiera devolverle sus bragas, lo cual, conociéndolo, era muy capaz de hacer de un modo muy público.

Rachel no podía correr ese riesgo. La sola idea le hacía arder la cara.

Se arrodilló junto a él, le asió un hombro y lo empujó. No ocu¬rrió gran cosa, excepto que Johnny gruñó, interrumpiendo brevemen¬te sus ronquidos. Era demasiado pesado para que ella lo moviera, y ni hablar de darlo vuelta de espaldas.

De pronto oyó un resuello y un suave gimoteo. Aquel animal babeante acechaba en el dormitorio, con apenas una frágil puerta de ma¬dera en medio. Esto acicateó a Rachel. Johnny estaba inconsciente, y era improbable que despertara aun cuando ella fuese despedazada a mordiscos encima suyo. Si el perro llegaba a salir, podía convertirse en algo trágico.

Empujó de nuevo el hombro, que se alzó del suelo tal vez dos

centímetros antes de volver a caer con estruendo. Johnny gruñó de nuevo y el perro gimoteó. Al oírlo, Rachel dio la causa por perdida. Sería imposible mover a Johnny en su estado actual de peso muerto.

Se volvió a oír el resuello, después un gruñido en lugar del gimo¬teo. Era evidente que el animal podía olerla y expresaba su desagrado en términos inequívocos. Rachel decidió marcharse mientras aún podía hacerlo, con o sin bragas.

Cuando se dirigía hacia la puerta divisó sus bragas apelotonadas bajo la mesita de noche. Con un murmullo de alivio las sacó de su es¬condite y se las puso.

Después, sin mirar siquiera a Johnny, salió por la puerta. Aun¬que la noche era cálida, Rachel temblaba al ir hacia su casa. Esas últi¬mas horas habían sido las más agotadoras de su vida: Primero Johnny había agredido sus sentimientos, desgarrándole el corazón hasta ha¬cerlo sangrar; después había tomado su cuerpo por asalto. La capitula¬ción de Rachel había sido una rendición de cuerpo y alma,-una verda¬dera explosión mental. Era natural, en consecuencia, que ella no fuese del todo la misma persona.

Tylerville de noche era tan oscuro como un camposanto. Ni si¬quiera la tenue luz de la luna en cuarto menguante bastaba para disi¬par las sombras misteriosas que cubrían el estrecho y sinuoso camino. De vuelta a casa en el auto, Rachel pasaba frente a los campos desier tos y entre las dobles hileras de altísimos pinos siguiendo la carretera que había recorrido durante casi toda su vida varias veces por día, y procuraba no dejarse dominar por la imaginación. Había tantos relatos de miedo acerca de diversos lugares cercanos a Tylerville, que si uno les diera crédito, no se atrevería a salir sola de noche. El problema era que, como ella sabía, algunos de esos relatos eran ciertos.

Su tía abuela Virgilia, por ejemplo, solía relatar un suceso acer ca de la antigua iglesia bautista abandonada mucho tiempo atrás que Kay Nelson y otros miembros de la Sociedad para la Preservación tanto ansiaban embellecer. Su campanario apuntaba al cielo sobre una loma, no lejos del hogar de Rachel. La muchacha pasaba frente a la iglesia cada vez que iba al pueblo o regresaba de él, y pocas veces pensaba en el fantasma de la organista que aún tocaba allí, según decían. Pero esa noche, mientras se aproximaba a la iglesia, aquel cuento acudió a, su mente. Probablemente, porque estaba muy nerviosa, pensó Rachel al tiempo que apretaba más a fondo el acelerador. Pero el pequeño edificio de madera, cuya pintura blanca era periódicamente restaurada,, por la Sociedad para la Preservación, casi parecía resplandecer en la oscuridad. De cualquier manera, ella no pudo evitar que sus ojos lo buscaran y lo encontraran al pasar por el camino.

Según el relato, la organista de la iglesia, una joven cuyo nombre quedó olvidado en las brumas del tiempo, tenía relaciones con el pastor. La esposa del pastor que había plantado

originariamente los jardines en el cementerio que Kay tanto ansiaba restaurar se había en terado de algún modo y había acechado a la espera de ambos. Lo más escandaloso era que la pareja se encontraba en la mismísima iglesia. Una noche, el pastor se ausentó debido a una enfermedad en su congregación, y la linda organista esperó en la iglesia al amante que no llegaba. Sin embargo, acudió la esposa, que asesinó a su rival por medios desconocidos y se deshizo del cuerpo. Es posible que el pastor haya sospechado algo, pero nadie más lo hizo.

La desaparición de la joven organista fue uno de esos misterios que alimentaron el círculo de las habladurías en Tylerville durante años. La esposa del pastor siguió llevando una vida aparentemente intachable con su descarriado cónyuge, y en vida de la mujer nadie se enteró jamás de su crimen. Su único error fue llevar un diario donde escribía fielmente todos los días.. Había en él recetas y problemas vinculados con la iglesia, junto con la narración de asesinato y sus consecuencias, según se contaba. Por supuesto, el diario desapareció misteriosamente más tarde.

La única prueba corroborante fue el descubrimiento, en la década de 193O, del esqueleto de una mujer joven, sin ataúd, en una cripta parcialmente subterránea, atrás de la iglesia. Para ese entonces, el pastor y su esposa estaban muertos desde hacía tiempo, y el espantoso relato de adulterio y asesinato fue considerado más escandaloso que horripilante. Los dignatarios del pueblo confirmaron que el esqueleto había sido hallado. Todo lo demás, como sabía Rachel, eran puras hipótesis.

Pero, según afirmaban los lenguaraces del lugar, en una noche de lluvia como aquella en que había tenido lugar el asesinato, aún podía oírse a la desdichada organista tocando su instrumento, a la espera de que su compañero en el pecado se reuniera con ella.

La tía Vir, que hasta donde sabía Rachel nunca había mentido en su vida, afirmaba haber oído ella misma la música fantasma¡, cuando era niña. Ella y algunas amigas habían entrado furtivamente en el cementerio, asustadas y risueñas, para ver con sus propios ojos al fantasma... y, cuando se acercaron sigilosas a una ventana, llegó a sus oídos una música de órgano de "Gracia admirable". Las niñas habían huido espantadas.

Años más tarde, cuando tía Vir repetía la anécdota por enésima vez para sus sobrinas atónitas, seguía siendo tan aterradora que daba picazón en la nuca a Rachel.

Ahora la luz de la luna iluminaba el campanario de la iglesia, y parecía que resplandecía. En las sombras, junto al edificio, pareció moverse una figura espectral. Rachel miró, luego volvió a mirar, convencida de que había visto algo. Pero, por supuesto, allí no había nadie. Rachel sabía eso tan bien como sabía su nombre. No obstante, casi rozó un árbol al girar velozmente un recodo del camino.

“Imaginación, por supuesto", se dijo con firmeza, mientras el sudor se le secaba en las manos. No era otra cosa que imaginación.

Cuando Rachel llegó a los portales de la Nogalera y penetró en el camino de acceso, su corazón casi había recuperado su ritmo normal, hasta que se percató que la casa estaba totalmente iluminada. Había luz en casi todas las ventanas de la planta baja y en la mayor parte de las de arriba. Sólo estaba a oscuras el dormitorio de adelante, donde habitualmente dormía su padre.

Algo había ocurrido. Rachel sintió que la invadía el pánico.

Con un chirrido de frenos detuvo el auto, bajó de un salto y corrió hacia la puerta principal, que se abrió cuando ella iba a tocar el timbre.

-En nombre del Cielo, ¿dónde has estado? -susurró su madre con vehemencia, mirando a Rachel con ojos llenos de asombro.

¿Qué ha pasado? ¿Es papá? preguntó a su vez Rachel, pasando junto a Elisabeth, con el rostro blanco y el corazón acongojado.

Tu padre está muy bien repuso Elisabeth con severidad mientras observaba de nuevo a Rachel. Ayudada por la luz del salón delantero, no se perdió ningún detalle del aspecto de su hija, desde la arrugadísima falda verde hasta el cabello revuelto y el labio inferior levemente

hinchado . Es Becky. Llegó a casa con sus hijas hace una hora. Ha estado llorando a mares y no logró, entenderle nada, ni barruntar siquiera qué le ocurre. Acaso tú puedas.

Becky repitió Rachel con una sensación de profundo alivio.

Aunque algo le pasara a Becky, al menos nadie había muerto. Se le había helado la sangre al pensar en esa posibilidad. Pese a que sabía muy bien que su padre nunca se recuperaría, que seguiría declinando mental y físicamente hasta que la muerte fuese un misericordioso alivio, aún podía estremecerse de espanto al pensar que hubiera abandonado esta vida.

¿Dónde está ella? preguntó Rachel, sacudiéndose la melancólica reflexión.

En la biblioteca. Encendí el fuego y le preparé chocolate ca , liente. Pero no quiere hablarme. No hace más que llorar.

Iré con ella.

Aguarda un minuto dijo Elisabeth, aferrándole el brazo . tes, quiero saber dónde has estado. Es pasada la medianoche. En el" pueblo no hay nada que esté abierto tan tarde, y no me digas que has, estado con Rob, porque él ha llamado para invitarte a la merienda al aire libre del Día del Trabajo.

Y miró de nuevo a su hija en forma tan escrutadora que fortaleció a Rachel al mismo tiempo que le hacía enrojecer.

Soy una mujer adulta, madre. Si quiero volver después de la medianoche eso es asunto mío.

El rostro de Elisabeth se puso tirante, revelando la bella estructura ósea y, al mismo tiempo, haciendo que aparentara mucho más de su verdadera edad.

No te comprendo, Rachel declaró . Siempre has sido tan sensata, tan confiable, tan perspicaz en todo. Pero últimamente tengo la sensación de no conocerte siquiera. Es ese joven Harris... desde que él volvió al pueblo, tú has cambiado. Has estado con él esta noche, ¿verdad?

Y Elisabeth miró a su hija a los ojos como si pudiera leer los secretos allí ocultos.

¿Y si así fuera, madre? repuso Rachel con calma . ¿Sería tan terrible?

Sin esperar respuesta, se apartó de su madre y fue a reunirse con su hermana en la biblioteca.

19

Al detenerse por un instante en el umbral de la biblioteca, Rachel comprobó que Elisabeth no había exagerado. Becky estaba acurrucada en un extremo del diván amarillo, con las delgadas piernas recogidas bajo el cuerpo, el negro cabello rizado apoyado en el brazo tapizado del sofá, y sollozaba con la cara hundida en un almohadón. La luz trémula del fuego y el suave resplandor de la lámpara de porcelana, puesta encima del escritorio de Elisabeth, proporcionaban la tenue iluminación. Las paredes azules y las persianas blancas de estilo plantación que cubrían los grandes ventanales daban a ese cuarto un a acogedor que compensaba el efecto intimidatorio de la enorme araño de cristal que colgaba del techo. En esa habitación, que había sido el dominio del padre de ambas, el mobiliario era aparatoso, bien tapizado y diseñado para la comodidad de un hombre corpulento. Contra ese, telón de fondo, Becky, que a los treinta y un años era tan menuda como su madre y su hermana, se veía diminuta, casi infantil.

Al observar aquel cuerpo pequeño con camisa de seda exóticamente estampada y pantalones cortos, Rachel sintió una punzada de preocupación. Becky siempre había sido propensa a dramatizar hasta, la situación más habitual. Sin embargo, algo grave debía ocurrir para, que su hermana llorase.

¿Qué ocurre, Becky? inquirió mientras depositaba una mano tranquilizadora sobre la espalda de su hermana.

Ra... Rachel.

Becky a la vista; tenía los ojos hinchados y llenos de lágrimas. Sin embargo, se irguió en su asiento e intentó dirigirle una sonrisa. Su vacilante esfuerzo tuvo un efecto muy diferente del que ella evidente¬mente pretendía. Alarmada por lo que veía en el rostro de su herma¬na, Rachel se dejó caer en el diván, junto a Becky. Desde la ventana, Elisabeth contemplaba la escena con mirada ansiosa.

¿Se trata de tus hijas? -preguntó Rachel.

Tal vez a una de ellas le hubiesen diagnosticado alguna enferme¬dad grave. Pero las hipótesis eran tan inútiles como absurdas, ya que las posibilidades eran infinitas.

El rostro encantador de Becky, tan parecido al de una Elisabeth más joven que la semejanza era asombrosa, se volvió a ensombrecer cuando ella sacudió la cabeza.

No las lágrimas le corrían por las mejillas. Le temblaba la boca.

-¿Michael?

¡Oh, Rachel!

Becky empezó a sollozar mientras ocultaba el rostro entre sus manos. Rachel, consternada, rodeó a su hermana con los brazos y la apretó contra sí. Aunque a veces Becky pudiera ser irritante, en momentos como este Rachel sólo podía ver a la hermanita menor (le cabello rizado que la seguía a todas partes desde que fue capaz de caminar.

Becky, ¿qué pasa? Dímelo, por favor dijo Rachel, meciendo a su hermana mientras esta lloraba sobre su hombro.

-Michael... Michael quiere el divorcio. Fue un susurro temblo¬roso, murmurado contra el hombro de Rachel, en voz tan baja que al principio esta no supo con certeza si había oído correctamente.

-¿El divorcio? repitió atónita.

¿El divorcio? Desde la entrada, Elisabeth se llevó una mano a la garganta al repetir las palabras de Becky.

Me lo dijo hoy... por teléfono. Está en Dayton por negocios, me llamó a casa y dijo que quería el divorcio. Así nada más. ¿Pue¬des creerlo?

Becky alzó la cabeza y miró primero a su madre, después a su hermana.

Pero, ¿por qué? inquirió Elisabeth con voz débil.

Creo que tiene una... una amiga. Supongo que quiere... casarse con ella.

¡Oh, Becky!

Becky parecía tan conmovida, que Rachel sintió dolor por ella. Becky fijó en ella su mirada.

Estoy simplemente... harta. No se lo ha dicho a las niñas, pero ellas saben que algo malo pasa. Oh, ¿qué voy a hacer?

Fue un lamento, y Becky hundió la cara en el hombro de Rachel. Sintiéndose impotente, Rachel le palmeó la espalda.

Te vas a quedar aquí, con nosotros, y dejarás que cuidemos de ti declaró Rachel, mientras su madre, que se había desplomado en el sillón de madera de Stan, daba su aprobación con un gesto.

Oh, Rachel, cuánto os he echado de menos a ti, a mamá y a papá. Es duro estar tan lejos de casa, tratando de criar a las niñas yo so¬la. Michael estaba ausente con frecuencia y yo sabía que algo andaba mal, pero no sabía por qué. Y luego, hoy...

Becky volvió a estallar en sollozos. Rachel la abrazó con más fuerza.

Cariño, ¿por qué no nos lo dijiste antes? intervino Elisabeth en tono acongojado.

No he querido preocuparlas. Y... y sabía lo que piensas en cuanto al divorcio.

Las opiniones de Elisabeth Carson acerca del divorcio desa¬probaba la tendencia moderna a separarse por cualquier motivo ¬eran vehementes. Pero el vigor con que sacudió la cabeza reveló que esas opiniones no eran necesariamente aplicables a su querida hija menor.

Qué desatino dijo con firmeza, renunciando a los principios de toda su vida ante el pesar de su hija . Ya sabes que papá, Rachel y yo te daremos apoyo, cualquiera que sea tu decisión. Sólo queremos lo que sea mejor para ti. Y para las niñas.

El cuerpo de Becky temblaba.

Ellas adoran a su papá. Odio tener que decirles la verdad.

-No hace falta que se lo digas aún dijo Rachel . Al menos has¬ta que tú y Michael hayan tenido ocasión de hablarlo un poco más... Quizá no lo haya dicho en serio. Quizás haya estado alterado por algo, es todo.

Creo que lo dijo en serio. En la voz de Becky hubo un temblor patético que atravesó el corazón de Rachel. Luego aspiró profunda¬mente y se irguió en el asiento, apartándose de los brazos de su herma¬na mayor. Oh, Rachel, ojalá se hubiera casado contigo.

Este sentido comentario provocó en Rachel una sonrisa irónica.

Vaya, muchas gracias.

Becky se secó los ojos con ambas manos y lanzó una risita conte¬nida.

Eso ha sonado terrible, ¿verdad? Pero tú sabes a qué me refie¬ro. Eres... eres tan fuerte. Habrías podido manejar esto mejor que yo. Me siento tan estúpida... En los últimos años él ha estado viajando tan¬to. Pensé que se estaba viendo con alguien, pero él me decía siempre que yo estaba loca. Casi... casi le creí... me refiero a que estaba loca. Pe¬ro no, yo tenía razón todo el tiempo. Ha estado engañándome duran¬te años, y yo lo toleraba siempre, fingía no saberlo y dejé de alborotar. Y ahora él quiere el divorcio, yo he arruinado mi vida por él y él no lo valía, ni un poco.

Volvieron a brotar las lágrimas. Rachel dijo con firmeza:

Tu vida no está arruinada. Pase lo que pase tú estarás bien. Vol¬verás a ser feliz y encontrarás otro hombre... uno mejor esta vez. Y tendrás muchos momentos maravillosos. Sólo tenemos que ayudarte a sobreponerte. Y lo vamos a conseguir.

Becky sonrió a Rachel. El intento, aunque vacilante, estuvo lle¬no de afecto.

¿No te alegras de haberte librado de algo así?

Sí repuso Rachel, y fue sincera . Sí, me alegro.

Sin proponérselo, pensó en Johnny Harris y en la profunda, os¬cura pasión que en ella despertaba, y con una sensación de asombro comprendió que Michael nunca había tocado siquiera esa parte de ella. Por primera vez desde que Michael Hennessey había elegido a Becky en lugar de ella, Rachel pudo entender qué tipo de amor había sentido por él: un enamoramiento de muchacha, que ya pertenecía al pasado. Desde entonces, ella había crecido.

En la cocina, el reloj colocado encima de la despensa dio la hora.

Válgame, son las dos de la mañana. ¡Debemos irnos a la cama exclamó Elisabeth.

Sí, es cierto asintió Rachel, incorporándose y ayudando a su hermana a que lo hiciera también.

- Katie despertará al amanecer predijo en tono lúgubre Beeky, refiriéndose a su hija menor . Y Loren y Lisa no tardarán mucho más.

-Tilda, Rachel y yo podemos ocuparnos de ella. Tú necesitas dormir más dijo Elisabeth antes de salir de la biblioteca con sus hijas.

Cuánto me alegro de estar en casa dijo Becky. Abrazó a su ma¬dre; luego estiró un brazo para hacerlo también con Rachel. Por un momento las tres mujeres permanecieron inmóviles, unidas en ese momento de crisis, con las frentes juntas, rodeándose con los brazos . Las quiero mucho.

Luego, apartándose, Rachel dijo con vivacidad:

Ya basta de esto. Otro minuto más y estaremos llorando. Madre, tú y Becky suban. Yo cerraré las puertas y apagaré las luces.

2O

El observador estaba sólo ocasionalmente presente mientras el cuerpo que habitaba viajaba en la oscuridad, con las manos aferradas al volante, mirando sin ver la noche que todo lo envolvía.

Recuerdos que no tenían conexión alguna con la vida actual del observador aparecían y desaparecían.

Traían consigo dolor y una creciente furia, pero ninguna comprensión real de lo que pasaba. Imágenes caleidoscópicas de un tiempo situado por lo menos cien años atrás, parecían de pronto más reales que los altos robles que custodiaban el sinuoso camino. A la izquierda apareció la Primera Iglesia Bautista, que atrajo irresistiblemente su mirada. Luego el automóvil dobló el recodo y la iglesia se perdió de vista. Pero aquel edificio desencadenó un estallido de actividad cerebral y el observador de pronto regresó al presente.

En la noche, veloz, en silencio, invisible e ignoto, el observador se apresuraba, para exigir, no venganza, sino un terrible tipo de justicia. Pero la morada a la cual se encaminaba estaba oscura, abandonada. Nadie estaba en casa.

Esa noche no se derramaría sangre. Otra frustración se sumaria a la cólera del observador.

Pero aunque el observador emprendió el regreso al pueblo, sabía que regresaría otra noche.

Pronto.

En busca de su presa.

21

Durante dos días, la presencia de su hermana y sus tres sobrinas mantuvo tan ocupada a Rachel, que le fue fácil no pensar demasiado en Johnny Harris. Pasaba las mañanas jugando con las niñas, que tenían cinco, siete y doce años. Lisa, la mayor, era un duende de cabe¬llo negro que le recordaba mucho a Becky en su niñez. Tanto Loren como Katie eran igualitas a Michael, que era alto y rubio. Las tres niñas estaban emocionadas por estar de visita en casa de su tia y sus abuelos. Si conocían la razón de su visita, ninguna de ellas, ni siquiera Lisa, dio el menor signo.

Rachel, Becky y Elisabeth almorzaron en el club los dos días; luego Rachel iba en auto a la escuela secundaria a fin de prepararse para el venidero año escolar. Recientemente la escuela había sido ob¬jeto de amplias renovaciones una de las cuales era instalar aire acon¬dicionado central por primera vez y había mucho por hacer para ade¬cuar su aula a ser ocupada por seres humanos, sin hablar ya de convertirla en el ambiente de aprendizaje óptimo del que alardeaba la junta directiva del establecimiento.

Amaneció el primer día de escuela, como siempre ocurría con los primeros días de escuela, con una oleada de entusiasmo. Rachel Carson todavía lo sentía así, después de tantos años. La perspectiva de expandir los límites de las mentes juveniles la llenaba de un fervor ca¬si evangélico. ¡Si tan sólo pudiera conectar a sus estudiantes con los li¬bros, podría abrirles el mundo entero!

Sus estudiantes Rachel tenía cuatro clases de lenguaje y un período de estudio le eran ya bien conocidos. No sólo conocía a los adolescentes; también conocía a sus hermanas, hermanos, padres y abuelos, a sus primos y hasta a sus animalitos domésticos. Sabía qué chicos tendrían problemas y cuáles cursarían el año sin tropiezos. Sabía cuáles venían a la escuela para hacer deporte, cuáles venían para relacionarse y cuáles tenían realmente ansias de aprender. A estos últimos, pocos, los atesoraba, porque eran escasos.

Al final del primer día, Rachel estaba exhausta. Oyó la campana de salida con un silencioso suspiro de gratitud y, por un momento, se sentó a su escritorio para recoger metódicamente libros y papeles mientras los estudiantes, con un coro de adioses, pasaban frente a ella corriendo hacia el pasillo y la libertad.

Señorita Grant, ¿vamos a tener un examen acerca de Eliza¬beth Browning este semestre? Allison O'Connell y sus dos más queridas amigas se acercaron a Rachel cuando estaba saliendo del edificio.

Rachel sacudió la cabeza.

Ya hicimos Elizabeth Barrett Browning el año pasado. Esta vez haremos algo diferente.

¡Oh, qué lástima! se enfurruñó Allison.

¿Te agrada Elizabeth Barrett Browning?

Rachel miró a Allison con cierta sorpresa. Allison, bonita y po¬pular, un poco más alta que ella, no era una gran lectora. A decir ver¬dad, Rachel encontró un tanto sorprendente que Allison supiese si¬quiera quién era Elizabeth Barrett Browning.

Es que tiene el examen de Brian Paxton del año pasado ex¬plicó Gretta Ashley con una sonrisa diabólica, ganándose un codazo de Allison.

¡No es cierto! Allison, se puso roja y miró una sola vez a la ca¬ra de Rachel y se corrigió. Bueno, tal vez lo haya visto, ¡pero claro que no lo iba a usar!

Estoy segura de que no, Allison repuso Rachel, muy seria, mientras Gretta y Molly Fox, que completaba el trío inseparable, reían a hurtadillas.

Me gustaría hacer algo sobre alguien interesante, como Mi¬chael Jackson dijo Molly.

Michael Jackson no es poeta, ni siquiera un autor adujo Gret¬ta, escandalizada.

Sí lo es. He leído su libro. ¿Recuerdas? Tú lo sacaste prestado.

Me refiero a que no es un autor importante. No es alguien so¬bre quien la señorita Grant nos permitiría escribir un semestral. ¿Ver¬dad, señorita Grant?

Es probable que no admitió Rachel con una sonrisa.

Será alguien aburrido dijo melancólicamente Molly.

Caminaban por la acera semidesierta, pasando cerca de los tres autobuses escolares amarillos que ya estaban repletos de adolescentes vociferantes. El tercer autobús ya partía. Los demás lo siguieron.

¿Tienen cómo ir a casa? inquirió Rachel.

Allison tiene un auto para todo el verano. Ella conduce anun¬ció Gretta.

Qué bien dijo Rachel, entendiendo ahora por qué la acom¬pañaban al estacionamiento. Había dos; uno grande para estudiantes y otro más pequeño para maestros, situados el uno junto al otro frente a la escuela.

Sí, ojalá que... empezó Gretta, quien luego se interrumpió mi¬rando adelante con los ojos abiertos de par en par . ¿Quién es ese?

¿Dónde? preguntaron a coro las otras dos, mientras Rachel, siguiendo la mirada de Gretta, titubeaba. A punto estuvo de dar la vuelta y correr en sentido contrario.

Al borde del estacionamiento de los maestros, había una moto¬cicleta enorme roja y plateada que rozaba con sus ruedas una línea amarilla brillante que evidentemente significaba "no estacionar". Y ahí estaba Johnny Harris con sus pantalones tejanos ceñidos y una chaque¬ta negra de cuero, los brazos cruzados sobre el pecho y el negro cabe¬llo recogido en una cola de caballo. No sonreía. Tenía los ojos clavados en Rachel.

Recuperando su aplomo, consciente de que las miradas de las Jo¬vencitas se volvían hacia ella, Rachel apretó los dientes y siguió cami¬nando. Le vinieron a la mente los recuerdos vívidos de su último en¬cuentro con Johnny, sin que se lo hubiera propuesto, para atormentarla. Tomó aliento y procuró desterrar esos recuerdos. No podía hacerle frente mientras unas imágenes tan abrasadoras surgían en su mente.

Qué mono es exhaló Allison. Gretta le dio un codazo en las costillas.

¿No sabes quién es? Ese es Johnny Harris siseó Gretta.

¡Oh, Dios mío! exclamó Allison.

Molly se mostraba ' asustada.

¿Qué hace él aquí?

Rachel, quedándose atrás, tuvo la ferviente esperanza de que la pregunta de Molly quedara sin respuesta para siempre. Pero no tuvo suerte. Johnny se irguió, descruzando los tobillos y los brazos, y se apartó de la motocicleta, ya que evidentemente había visto a su presa. Las jovencitas pasaron rápidamente frente a él, por la acera situada a unos seis metros

de donde se hallaba, echándole miradas de reojo. Después de saludarlo con una sonrisa y un ademán imperceptibles, Ra¬chel habría querido seguir tras ellas, pero Johnny la interpeló.

Oh, señorita Grant dijo Harris en tono dulce y armonioso, y le hizo una seña.

Rachel sentía los ojos de las muchachas clavados en ella y comprendió que, salvo que quisiera hacer una escena, no tenía es¬capatoria.

22

Rachel se dirigió hacia él.

Hola, Johnny dijo con todo el aplomo que pudo reunir. Johnny estaba muy guapo con el sol brillando sobre su cabello negro, y sus ojos azules resplandeciendo en agradable contraste con el bron¬ceado de su piel. Rachel sintió que le temblaban las rodillas . ¿No e¬berías estar trabajando?

-Me tomé la tarde libre. Ziegler se alegró de librarse de mí -re¬puso él.

Entrecerró los ojos al verlo tan decididamente impasible. A Rachel le costó no bajar la vista ante esa mirada calculadora. Se sentía igual que una adolescente, tan joven y estúpida como Allison, Gretta y Molly, que en ese momento juntaban las cabezas por encima de un auto amarillo que, según presumió Rachel, era el auto nuevo de Allison. Hablaban a toda velocidad y observaban a su maestra junto con el indeseable más famoso del pueblo.

En ese momento era Johnny quien parecía más maduro; el que más controlaba la situación. Rachel comprendió, nerviosa, que el acos¬tarse con él había hecho que cambiara la relación.

-¿No atiendes llamados telefónicos últimamente? inquirió él en un tono amabilísimo, pero con algo que traicionaba su mirada.

¿Qué? inquirió ella, perpleja, mirándolo con el entrecejo fruncido.

Te he llamado por lo menos seis veces desde que, al despertar, comprobé que habías huido. No estabas en casa ni siquiera a las diez de la noche, lo cual me resulta un poco difícil de creer.

-No sabía que habías llamado repuso ella. Era la verdad.

Me alegra saberlo contestó Harris. La tensión que rodeaba su boca se aflojó un poco . Me parece que no le gusto a tu madre.

¿Hablaste con mi madre?

Si así quieres llamarlo. Nuestras conversaciones solían ser más o menos así: Yo decía "Habla Johnny Harris. ¿Puedo hablar con Ra¬chel? y ella contestaba "No está aquí" en tono helado y colgaba el au¬ricular. Pensé que tal vez tú le habías dicho que dijera eso.

No.

¿Entonces no me has estado eludiendo deliberadamente?

Rachel alzó la vista, se miró en esos ojos azules penetrantes, va¬ciló y suspiró.

Bueno, un poco tal vez.

Eso pensé Johnny movió la cabeza afirmativamente, cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó mirándola con aire pensativo. La cuestión es, ¿por qué? ¿Porque hice el idiota la otra noche, o porque hicimos el amor?

Su franco lenguaje, acompañado por una mirada inquisitiva que parecía ver dentro de su propia alma, hizo que Rachel enrojeciera. Pe¬ro percibió que, aunque las palabras y la actitud de Johnny eran casi in¬diferentes, el recordar que había sollozado ante ella, con la cabeza apoyada en su regazo, debía avergonzarlo profundamente. Y no podía soportar que él estuviese avergonzado por tal razón.

Tú no hiciste el... el idiota dijo con firmeza Rachel.

Aaah Johnny la miró con una sonrisa lenta, cálida y sensual que conmovió a Rachel; luego tendió una mano y le quitó de los bra¬zos el montón de libros y papeles antes de que ella advirtiera lo que se proponía.

¿Qué estás haciendo? inquirió la joven.

Johnny colocó las pertenencias de Rachel bajo un soporte, tras el asiento de cuero de la motocicleta, y los sujetó con unas gruesas correas de cuero.

Sube dijo luego, al tiempo que se volvía y ofrecía un relucien¬te casco plateado.

¿Qué? ¡No!

Rachel aceptó el casco, pero se quedó mirando a Johnny como si pensara que estaba loco.

Sube, Rachel. La otra alternativa es terminar esta interesantísi¬ma conversación aquí mismo, ante la mirada de tus risueñas alumnas.

¡De ningún modo voy a salir volando contigo en esa... esa cosa!

Es una motocicleta, no una cosa. ¿Nunca te has subido en una? ¡Ciertamente que no!

La miró sacudiendo la cabeza mientras tomaba su propio casco, que colgaba de un manubrio.

Pobre maestra reprimida... Pues piénsalo como una experien¬cia educacional. Vamos, sube.

He dicho que no y lo he dicho en serio. Llevo puesto un vesti¬do, válgame Dios.

Ya lo he notado, y muy Undo, además. Aunque pienso que debes acortar un poco tus faldas. Tienes unas piernas sensacionales dijo Johnny, poniéndose el casco mientras hablaba.

Johnny...

Señorita Grant, ¿está usted bien? ¿Quiere que busquemos ayuda? llamó Allison.

Las tres jóvenes se acurrucaban . unto al auto amarillo. Observaban a Rachel y Johnny con expresión ansiosa.

Piensan que trato de raptarte.

¿Y no es así? replicó Rachel con acritud.

Johnny se mostró sorprendido; luego sonrió con lentitud.

Supongo que sí. ¿Quieres subir, Rachel, por favor? Piensa cuánto se beneficiará mi imagen pública cuando vuelvas a aparecer en tierra.

No voy a ninguna parte en esa motocicleta. Aunque lo qui¬siera, y aunque estuviera vestida para ello, no podría subir detrás tuyo aquí mismo, en la escuela, y partir como un rayo frente a mío alumnas. La junta directiva no lo admitiría jamás... sin hablar ya del señor James.

¿Todavía es el director?

Sí.

Lógico. Solamente los buenos mueren jovenes. Rachel

Rachel suspiró.

Está bien. Acepto que debemos hablar. Pero no subiré a la motocicleta. Allá está mi auto. Iré en mi auto o no iré.

Johnny la miró, se encogió de hombros y se quitó el casco.

Es ruedas, al fin y al cabo dijo.

El comentario arrancó una sonrisa irónica a Rachel.

Para ser uno de los mejores alumnos que he tenido, tu gramática es terrible.

Nunca he sido fuerte en gramática, ¿recuerdas? Yo era mejor en... otras cosas.

Rachel sintió que se, ruborizaba ante la insinuación que su men¬te incorregible leía en esas palabras. Afortunadamente él ya se daba vuelta para retirar las pertenencias de Rachel de atrás de la motocicle¬ta, de modo que no presenció la confusión de la mujer.

¿Sigues escribiendo poesía? le preguntó por encima del hom¬bro mientras ocupaba sus manos en desabrochar las correas.

Rachel miró fijamente la espalda de Johnny y se quedó helada. Había olvidado que le había revelado tanto de si misma, años atrás, cuando él era su mejor discípulo.

Me sorprende que lo recuerdes dijo con lentitud.

Johnny, que ya tenía en los brazos los libros de Rachel, se volvió hacia ella.

¿Ah, sí? Pues no debería sorprenderte. Recuerdo cada cosa que alguna vez supe sobre ti, maestra.

Por un instante, sus miradas se cruzaron. Luego Rachel, más aturdida de lo que recordaba haber estado en toda su vida, se volvió y fue hacia su coche, alejándose de Johnny.

Era consciente de la presencia de Johnny atrás suyo mientras la seguía con los brazos cargados de libros... y consciente asimismo de las miradas absortas de las tres jovencitas que observaban todos los movi¬mientos. Afortunadamente, el estacionamiento de los maestros estaba casi tan desierto como el de los estudiantes. Rachel habría odiado la perspectiva de presentar a Johnny a alguno de sus colegas severos.

Aspiró hondo varias veces para recuperar el equilibrio; luego puso el auto en marcha mientras Johnny depositaba atrás los libros. Johnny se quitó la chaqueta y también la arrojó dentro del auto, reve¬lando una de sus habituales camisetas de algodón sin mangas; luego se deslizó junto a ella. A Rachel le habría gustado tener un momento pa¬ra aplicarse el lápiz labial y los polvos que tenía, en el bolso, porque sabía por experiencia que al terminar del día, ya no quedaban indicios del maquillaje matutino. Supuso que no tenía realmente importancia. Un poco de lápiz labial y de polvo no iban a borrar ni un día de sus treinta y cuatro años, ni la harían ni un ápice más hermosa para él. Tal vez su atavío, que consistía en un suéter blanco de mangas cortas, con rosas rosadas en el pecho, y una falda de algodón plisada que le llega¬ba a la pantorrilla, no fuese la última palabra en elegancia, pero era eminentemente práctico para su tarea. Lo eran también sus zapatos de tacón bajo y los pendientes de perla que lucía en cada oreja. Hasta su peinado era elegido porque no requería adorno alguno. Rachel pa¬recía lo que era, una maestra de escuela secundaria pueblerina, de unos treinta y tantos años. A su lado Johnny Harris estaba tan fuera de lugar como lo habría estado su motocicleta detenida junto al discreto automóvil Maxima azul de Rachel.

Ambos saludaron con ademanes a las boquiabiertas muchachas cuando pasaron frente a ellas al salir del estacionamiento.

No habrías debido venir a la escuela dijo Rachel cuando salían al camino, sabiendo que las habladurías la iban a perseguir durante to¬da la mañana.

Si Mahoma no viene a la montaña... repuso Johnny enco¬giéndose de hombros. En un tono cuidadosamente ligero, que no ocul¬taba del todo la seriedad de la pregunta, agregó : ¿Estás avergonzada de mí, Rachel?

La joven lo miró; algo en su voz la conmovía, y le indicaba que su respuesta era muy importante. Visto de perfil a contra luz, era tan guapo que la dejó sin aliento. Hasta entonces, ella nunca había adver¬tido cuán perfectas eran sus facciones. La frente altiva, los pómulos al¬tos, la nariz larga y recta con su puente angosto, las líneas cuadradas de su mandíbula y su barbilla, eran clásicos en su elegancia. Si a todo eso se agregaba su boca bellamente formada y sensual, la ardiente vitalidad de sus ojos azules, unas gruesas cejas negras y rectas, resultaba ser muy bien parecido. Y no sólo porque Rachel lo comparaba con todos demás hombres de Tylerville.

¡Para! vociferó de pronto Johnny, desviando la mirada del rostro de ella hacia el camino y alzando las manos para apoyarse contra el tablero de instrumentos.

El grito rompió el hilo de los pensamientos de Rachel y la forzó a apretar los frenos con tal fuerza, que sólo sus cinturones de seguri¬dad, que se apretaban automáticamente, les impidieron ser lanzados hacia adelante.

¿Qué? inquirió Rachel, fastidiada.

Miró alrededor y descubrió que habían frenado en el cruce de cuatro calles, no lejos de la escuela. Se abalanzaban sobre ellos autos que venían de todas las direcciones, incluyendo un autobús escolar y un camión de carbón.

Es un milagro que no te hayas matado repuso Johnny con los dientes apretados . A ver, apártate. Desde ahora conduciré yo.

Este es mi auto, y...

Apártate.

Johnny bajó del auto, cerró la puerta con violencia y dio la vuel¬ta. Rachel lo miró con enojo a través del parabrisas. Rachel pensó en todos los conductores que observaban desde los

coches que los rodea¬ban, desabrochó su cinturón de seguridad y se apartó. Si Johnny se quedaba en la calle, discutiendo con ella mientras ella se aferraba obs¬tinadamente a su asiento, era probable que algún entrometido llamara a la policía.

¿Quieres beber algo? preguntó Johnny al subir, y señaló con un gesto el bar 7 Eleven. Habían perdido su turno para pasar, y tras ellos empezaban a sonar las bocinas indignadas.

No, gracias Rachel, resentida al verse privada del mando en su propio automóvil, estaba decidida a que él lo advirtiera.

Pues yo sí repuso Johnny. Otra vez les tocaba pasar. Johnny cruzó velozmente el camino, entró en el estacionamiento del 7 Eleven y detuvo el automóvil. Tan rápida fue la maniobra, que Rachel tuvo que aferrarse.

Y criticas mi modo de conducir... empezó a decir con indigna¬ción, pero él ya bajaba del auto.

Rachel lo vio desaparecer dentro de la tienda. Minutos más tar¬de observó a través del vidrio, que Johnny se acercaba al mostrador pa¬ra pagar. Vio como bromeaba con el empleado y su irritación se disipó en gran parte al admirar su porte alto, atlético, y el modo en que le ajustaban los pantalones tejanos. Entonces apareció en la actitud de Johnny Cierta tensión indefinible. No estaba bromeando con el em¬pleado.

Johnny arrojó algo sobre el mostrador, recogió sus provisiones y salió a grandes zancadas, hacia el automóvil Rachel aceptó en silencio los artículos que él introdujo por la ventanilla dos latas de gaseosa y dos paquetes de galletas y se abstuvo de comentar nada en absoluto hasta que el coche estuvo de nuevo en movimiento; retrocedió descri¬biendo un semicírculo y luego se internó en el tráfico con un chirrido de neumáticos que hizo respingar a Rachel.

¿Qué ha ocurrido? preguntó ella cuando, más o menos segu¬ros, iban a gran velocidad por el camino, que era afortunadamente, un tramo recto en ese punto.

¿Por qué piensas que ha ocurrido algo? espetó Johnny mirándola de reojo y con las mandíbulas contraídas.

Llámalo intuición femenina.

El tono seco de Rachel mereció una nueva mirada, un poco me¬nos feroz que la primera.

Ese imbécil no quiso aceptar mi dinero.

Oh murmuró Rachel.

De pronto comprendió que el empleado era Jeff Skaggs. Rachel lo habría reconocido de inmediato si lo hubiera mirado atentamente; si toda su atención no hubiese estado concentrada en Johnny. Por su¬puesto, no pensaba informar a Johnny que se trataba de Jeff, si es que no lo sabía ya. Johnny era un hombre orgulloso, ya enconado contra los lugareños, con un carácter ardiente y feroz que ella había visto desata¬do solo una o dos veces, años atrás. El tratamiento que se le estaba dispensando en todas partes era atroz, aunque él lo había aceptado hasta el momento sin rencor manifiesto. Pero Rachel empezaba a temer que él estuviese a punto de alcanzar los límites de su tolerancia. Tenía mie¬do de que un día hubiese una explosión, y deseaba estar cerca cuando ocurriese, para controlar los daños en cuanto pudiera.

Yo no maté a Marybeth dijo con violencia Johnny, la mirada,- fija en el camino . Fui tan inocente como ese imbécil de la abacería ¿sabes qué? A nadie le importa un cuerno si era inocente o no. ¿Sabías que obtuve un diploma universitario estando en prisión? Sí, en literatura comparativa, para lo que me ha servido. Además, hice negocios con mucho éxito estando adentro. ¿Recuerdas que antes fumaba? Pues dejé de hacerlo, porque los cigarrillos son la divisa fuerte con que se maneja la cárcel. Yo acumulaba mis cigarrillos, los vendía, compraba algunos más con lo obtenido y los vendía de nuevo. Muy pronto to¬dos me llamaban el Hombre del Humo, y me iba bien. Ganaba dinero y lo ahorraba, de modo que, al salir, tendría algo para mantenerme. So¬breviví a lo que me hicieron. Pero eso no habría debido pasar y no habría pasado, pero la gente no mira más allá de sus narices. Soy un Harris,

por lo tanto soy un inútil, por lo tanto soy capaz de asesinar, por lo tanto, ya que era la última persona que admitía haber estado con Marybeth, debía haberla matado. Sólo que no lo hice.

Conducía el auto fuera del camino, por una senda más angosta que serpenteaba y descendía al atravesar un denso bosque. Pocos minutos más, tarde salían de abajo de los árboles para detenerse, con una sacudida a ori¬llas de un pequeño lago en cuya superficie nadaban plácidamente unos patos. El azul fresco y cambiante del agua, el iridiscente verde y marrón de las plumas de los patos, el verde manzana brillante de las copas de los árboles, empapadas de sol, y el misterio de las sombras, más abajo, constituían un panorama tan encantador, que fue una lástima que ninguno de los dos lo advir¬tiera, más allá de una somera observación.

Johnny mantuvo la mirada fija adelante, sus manos apretaban e volante. A su lado Rachel, callada, lo observaba con ternura, pero él ni siquiera miraba hacia ella.

-Tenía diecinueve, años cuando entré en prisión. Un muchacho. Un muchacho engreído y asustado, tan asustado que temí vomitar la primera vez que crucé el bloque de celdas y oí esas puertas de metal cerrándose con estruendo en mis espaldas, todos esos convictos llamándome, silbando y golpeando el suelo con los pies cuando yo pa¬saba, como si fuese carne fresca. ¿Sabias que yo solía recibir corres¬pondencia de admiradoras cuando estaba preso? De mujeres. Me ofrecían de todo, incluyendo matrimonio. Una pollita que firmaba “eternamente tuya" me escribía todas las semanas. Sin duda, ellas pen¬saban que ir a la cárcel por asesinato era encantador. Creo que algunas de ellas me confundieron con un astro del rock. Hizo una pausa y as¬piró profundamente, pero siguió mirando el lago sin verlo. Rachel se mordió los labios, pero nada dijo, sabiendo que él quería, mejor dicho, necesitaba decirle más. ¿Sabes lo peor de estar en prisión? Era el re¬glamento. Desde el momento en que nos levantábamos hasta el mo¬mento en que nos encerraban en nuestra celdas y apagaban las luces, había determinada hora para esto y determinada hora para lo otro, y algún cretino nos estaba diciendo siempre qué hacer. Y nada de priva¬cidad. Nada de privacidad jamás, por ningún motivo.

Esta vez la pausa fue más larga. Cuando Rachel estaba a punto de estirarse y ponerle una mano en el hombro, en la rodilla o donde fuera con tal de tocarlo, con tal de que él recordara su presencia, su ca¬riño, él le lanzó una mirada rápida, velada. Luego volvió a desviar la vista, mirando hacia el lago.

-Demonios, no, eso no era lo peor. ¿Quieres saber lo peor? Yo creía ser duro cuando entré. Pensaba que nadie se iba a meter conmi¬go. Pues me equivocaba... Al tercer día de mi encarcelamiento, cuatro sujetos me arrinconaron en la ducha. Me sujetaron y me violaron. Des¬pués me dijeron que yo sería su puñetera mujer de ahí en adelante. Quedé muy lastimado, porque me dieron una golpiza antes, ¿sabes? Y estaba enfermo, enfermo del alma, tal como sólo puede estarlo enfer¬mo un chico cuando le ocurre algo que lo despoja de todo orgullo, de toda hombría. Y estaba asustado. Pero mientras me curaba, decidí que aquello no volvería a suceder, que antes tendrían que matarme. Enton¬ces perdí todo el miedo. Iba a vencer o a morir. Así de simple era, y en ese momento no me importaba mucho. Robé una cuchara de la cocina y la limé hasta que tuvo filo como el de una navaja. Luego esperé. Cuando me arrinconaron otra vez... los miserables se reían llamándo¬me cosita dulce y cariño... yo estaba preparado. Los trinché como a ca¬labazas. Y esos cretinos nunca me volvieron a molestar. Aspiró de nuevo y luego miró a Rachel, con las manos aún apoyadas en el volan¬te. Así que ahora lo sabes.

Habló con sencillez, pero lo que había en sus ojos no era tan sen¬cillo. Estaban llenos de dolor y vergüenza, y de una especie de orgullo cansado, cauteloso. Rachel miró y sintió que el corazón se le rompía por él. Todo su sentido común, todos sus instintos de autopreserva¬ción, se disiparon en ese instante.

Desabrochó su cinturón de seguridad, se arrodilló en el asiento, se alzó y se volvió hacia Johnny. Mantuvo el equilibrio con una mano en el hombro de él, ladeó la cabeza y apretó los labios contra los de él en un beso suave y torpe.

Cuando Johnny quiso abrazarla mejor, ella levantó la cabeza pa¬ra mirarlo de lleno a los ojos.

Así que ahora ya sabes -contestó ella.

23

¿Qué es lo que sé?

La pregunta de Johnny Harris encerraba humor y también cier¬ta tensión. Estaban tan cerca, sus caras casi se tocaban, las miradas cru¬zadas, en una postura que habría debido parecerles ridícula, pero no lo era, porque lo que estaba pasando entre los dos era muy serio.

-Que estoy loca por ti.

Rachel Carson casi susurró esta confesión. El volante le perfo¬raba la espalda, pero ella no lo advirtió siquiera. Entre los asientos, la consola se hundía en su muslo, pero ella tampoco lo sentía. Su ser en¬tero estaba centrado en descifrar lo que pasaba tras la opaca pantalla de los ojos de Johnny Harris.

¿A pesar de todo?

La leve ronquera en la voz de Johnny indicó a Rachel que no sabía con certeza lo que había significado para ella su revelación.

Las manos de Johnny hallaron la cintura de Rachel, y de pronto ella estuvo sentada en sus rodillas, la espalda contra la puerta, los bra¬zos colgados de los hombros de él.

-También yo estoy loco por ti, maestra dijo él con suavidad; después la besó.

Su boca estaba muy tibia y sabía un poco a menta. Rachel se apo¬yaba en los músculos del antebrazo de Johnny, que se interponía entre su cabeza y la puerta. Sentía la barbilla de Johnny apenas un poco áspera al rozarle la mejilla, y advirtió, con esa pequeña parte de su mente que aún era capaz de percibir, que él debía haberse afeitado no muchas horas antes. Bajo los brazos y las manos de Rachel, los hom¬bros de Johnny eran fuertes y anchos. Olía a jabón, a menta, y a hom¬bre.

El corazón de Rachel Carson latía apresurado, sus ojos se cerra¬ron cuando lo besó a su vez. Sus dedos encontraron la goma que suje¬taba los cabellos de Johnny sobre la nuca y, se la quitó para poder pa¬sar los dedos entre los mechones negros.

Ay protestó él, apartándose un poco cuando los dedos de Ra¬chel se enredaron en una maraña.

Te hace falta un corte de cabello respondió, y cerró los ojos al inclinarse de nuevo sobre la boca de él.

¿Ah sí? Yo pienso que tú debes dejarte crecer el tuyo. Me agra¬da el cabello largo en mis mujeres repuso Johnny. Continuó besándo¬la, con besos breves, sensuales sobre el centro de su boca y luego a uno y otro lado.

Así que te gusta el cabello largo. Rachel, se enfadó pero no tanto como para que se apartara de la boca de Johnny, que le recorría su mejilla. ¿Me estás diciendo que ahora puedo considerarme una de tus mujeres?

No repuso él con voz un tanto apagada mientras exploraba con la lengua una oreja de Rachel y luego aplicaba un beso acalorado, en el sensible hueco situado debajo de ella.

¿No? Seguir el hilo de la conversación se tornaba cada vez más difícil. Rachel se sentía floja, casi mareada, las piernas y los brazos muy pesados, y su cuerpo iniciaba ya las rítmicas contracciones del deseo.

Puedes considerarte mi mujer. En singular. Si quieres.

Johnny besó el cuello de la muchacha, lo mordisqueó en reali¬dad. Rachel inclinó la cabeza a un lado y alzó la barbilla para facilitar las ansias de él.

. Johnny... –a su cerebro acudían en tropel las objeciones de ser la mujer de él. La diferencia de edades, la diferencia de estilos de vida, la profesión respetable de ella,, su familia, la mala fama de él. Pero así como las objeciones acudían a su mente, también se disipaban al pen¬sar que él la conocía hasta el fondo del alma... El beso de Johnny fue lento,

sensual, embriagador. Cuando deslizó la boca bajo la barbilla e Rachel, la muchacha quedó tan confundida que apenas si sabía dónde estaba.

Sí murmuró sofocadoramente.

¿Sí qué? Johnny,le apartó el cuello del suéter para pasarle los labios por la clavícula. Rachel encogió los dedos de los pies y sintió que se le aflojaba un zapato.

Lo que me hayas preguntado murmuró ella. Sus facultades pensantes se habían esfumado.

Mmmm... Pasemos atrás, ¿de acuerdo? No hay mucho espacio aquí.

Antes de que ella pudiese siquiera analizar lo que le estaba pro¬poniendo logró abrir la puerta y se deslizó fuera del coche con ella to¬davía sobre sus rodillas. El zapato suelto cayó, pero no le importó a Ra¬chel. Se aferraba al hombre, y le apretaba el cuello con los brazos. Johnny se irguió con ella, un brazo abajo mismo de los hombros de Ra¬chel, otro brazo debajo de sus rodillas, y la alzó sin dificultad alguna. Rachel experimentaba una sensación deliciosamente femenina de fra¬gilidad, de desvalimiento contra la fuerza de él. Se sentía un poco aver¬gonzada por caer presa de una emoción tan atávica, y se negó a mirar¬le a los ojos, fijando en cambio su mirada en el negro cabello que ahora le caía suelto sobre los anchos hombros, el rostro bello y moreno, los antebrazos musculosos que testimoniaban su vigor.

Apuesto a que no pesas ni cincuenta kilos dijo de pronto Johnny, moviéndola de un lado a otra en sus brazos como para probar su peso.

Cincuenta y cinco, en realidad.

Tienes que comer más.

Johnny cerró la puerta con un pie, abrió la de atrás inclinándose y buscando a tientas el picaporte mientras de algún modo se las arre¬glaba para sujetar a Rachel en brazos; luego se volvió a sentar con ella en las rodillas.

Entonces me pondría gorda y no te gustaría.

Johnny le pellizcó la nariz, y luego la acomodó mejor, con la es¬palda contra su propio pecho. Rachel recostó la cabeza en el hombro de Johnny, mientras los brazos de él le ceñían la cintura. Hechizada, Rachel se sentía hechizada; lanzó una mirada de reojo y comprobó que él la miraba con ojos tan luminosos y ardientes como aquel cielo des¬pejado de agosto.

Sigues sin entender, ¿no maestra? Me gustarías, de cualquier modo. Creo que gorda serías mona. Un budincito redondo.

Qué encantador.

Riendo con la voz un tanto ahogada ante la imagen que estas pa¬labras conjuraban, Rachel se entregó, por el momento, al deleite de permitir simplemente que él la sostuviera. El calor, el olor y la fuerza tranquilizadora del hombre la inundaban por completo. Se sentía maravillosamente cómoda en los brazos de Johnny Harris, confortable, íntima, feliz y excitada al mismo tiempo. Sabía que era un disparate.¿Qué había conseguido siendo juiciosa, durante toda su vida hasta el momento? Nada parecido a esto.

El asiento trasero era blando, cubierto de felpa aterciopelada azul pizarra. Aunque era más espacioso que el de adelante, no dejaba mucho sitio para un hombre de la estatura de Johnny optó por dejar abierta la puerta, con una pierna colgando afuera. Al escaparse la frescura del aire acondicionado, penetró el calor calcinante. Con la puerta abierta, se podía oír perfectamente el roce de las hojas cuando la leve brisa agitaba las copas de los árboles, el graznar dos patos que reñían y el suave chapotear del agua contra la pedregosa orilla. Era tan vívido que parecía como si los dos se hallaran entrelazados sobre la misma hierba.

Las manos de Johnny, que rodeaban la cintura de Rachel, subieron por la parte delantera de su suéter, buscándole los senos. Encontraron su presa, los frotaron y apretaron. El cuerpo entero de Rachel reaccionó con un estremecimiento de anhelo, pero su mente, que todavía funcionaba, se amedrentó.

Rachel sujetó las muñecas del hombre. Cuando habló, su voz firme un poco jadeante.

Johnny, no creo que sea tan buena idea. En pleno día, podría, aparecer cualquiera.

Expresar esta objeción fue difícil, y se hizo más difícil aún cuando él le besó las cejas, la sien y el pómulo mientras seguía practicando-, su exquisita tortura en los senos de Rachel. Finalmente una mano soltó su presa, pero antes de que Rachel pudiera decidir si esto la aliviaba o le causaba pesar, la mano se deslizó bajo el borde de su suéter, subió por su estómago desnudo y volvió a encontrar su seno. La sensación de la mano cálida y fuerte de Johnny, cubriéndole el seno, tan sólo sepa¬rado de él por el sutil encaje de su sujetador, causaba cosquilleos de placer a Rachel. Bajo la influencia de aquel toque acariciador, la joven comprendió que estaba perdiendo rápidamente los últimos vestigios¬ de pensamiento coherente que aún le quedaban.

Tienes unas tetas de lo más sexy le susurró él al oído mientras deslizaba la mano bajo el suéter de Rachel.

Y pasó un pulgar indolente sobre un tímido pezón; luego emitió un sonido de satisfacción cuando este se irguió de pronto. Rachel casi gimió de placer. Le encantaba cómo la hacían sentirse las manos de Johnny sobre su propio cuerpo. Si tan sólo ella hubiera sido más opu¬lenta, así podría estar segura de que él estaba tan excitado como ella.

No... no soy muy voluptuosa.

La susurrada confesión quedó apagada cuando ella, incapaz de soportar un instante más esa combinación de tormento mental y biena¬venturanza física, se dio la vuelta en los brazos del hombre y hundía la cara en la curva del cuello de él. Le ciñó más el cuello con los brazos, sintiendo que en las cercanías de su vientre se iniciaban erráticos tem¬blores de anhelo cuando el calor de aquellas manos de largos dedos se deslizaban por la piel desnuda de su espalda.

Eres perfecta. Precisamente lo que siempre he querido. ¿Nadie te ha dicho nunca que los mejores regalos vienen en paquete pe¬queño?

Besó la mejilla de Rachel, mientras sus dedos desengancharon el sujetador. Con un suspiro, se rindió a las atenciones de Johnny simple¬mente porque ya carecía de voluntad para resistirse. Nada podía hacer para modificar sus propias medidas, no, en los próximos cinco minutos. El tendría que aceptarla tal como era.

Sin duda Johnny no daba ningún indicio de querer dejarla. Tiró de su suéter, solo alzó hasta las axilas antes de que los brazos de Ra¬chel, en torno de su cuello, detuvieran el avance. Cuando él dio otro frustrado tirón, Rachel desenlazó los brazos y los levantó para que él pudiera quitarle la prenda. Con un leve encogimiento de hombros y una sensación de audaz pecaminosidad, Rachel dejó caer hacia adelan¬te el sujetador, quedando desnuda hasta la cintura. Cuando se atrevió a mirar de nuevo al hombre y lo encontró mirando con fijeza las blan¬cas curvas de sus senos, con puntas rosadas, sintió una exclamación cosquilleante, engendrada casi enteramente por el tórrido calor que llenaba los ojos de Johnny y que nada tenía que ver con las medidas de Rachel, o con su pequeñez.

Sintiendo que ella lo miraba, Johnny alzó la vista. Un resquicio de humor apareció de pronto bajo el ardor de su mirada.

Además, yo soy afecto a los traseros dijo, y sonrió cuando la cara de Rachel expresó sobresalto. Si la sonrisa fue algo torcida y su mirada volvió a los senos de Rachel con inequívoca apreciación, ¡vaya!, su mano se introducía bajo la falda de ella para apretar la parte aludi¬da, tan sólo para demostrar su afirmación . Y tu tienes el traserito más lindo que he tocado en mi vida.

¿Johnny?

Pero su protesta, medio risueña, medio escandalizada, fue acallada por una llamarada cuando él capturó un rosado pezón con sus labios. El ex¬quisito placer arrancó una exclamación ahogada a Rachel, y arqueó la espal¬da. Se recostó sobre el brazo que la rodeaba mientras él se inclinaba sobre ella y le succionaba los senos. El cabello de Johnny le rozó la piel, y acarici6 el otro seno de la mujer. Cuando él alzó por fin la cabeza, ella tenía los

pe¬zones fruncidos de anhelo, rígidos, suplicando atención, y se habían oscure¬cido con un tono voluptuoso.

Johnny se movió, se volvió y entonces ambos quedaron tendidos sobre el asiento; Rachel apretada contra el respaldo de felpa. Un bra¬zo le sostenía los hombros, mientras el otro se internaba bajo su larga falda. La mano de Johnny se deslizaba con exquisita fricción sobre sus piernas. Cuando llegó a la juntura de los muslos de la mujer, él introdujo la mano entre ellos, apretando y frotando con sensual pericia. Rachel lanzó un leve gemido gutural, mientras sus muslos se abrían para, él por su propia cuenta.

Rachel la voz de Johnny era grave, un poco ronca.

Johnny se cernía sobre ella, con un brazo apretado contra la felpa para evitar a Rachel la plena carga de su peso.

Estoy cansado de hacerlo todo yo.

¿Qué? replicó ella. No comprendía. Frunció el entrecejo ex¬presando así su perplejidad.

Desabróchame.

El significado de las palabras y el tono gutural en que eran emitidas resultaban muy eróticas. Rachel contuvo el aliento con temblorosa sorpresa. Por un momento no pudo hacer otra cosa que mirarlo fijamente mientras la orden de Johnny se filtraba a través de su aturdido cerebro. Luego hizo lo que él pedía.

El botón de metal que sujetaba los pantalones tejanos de Johnny,- era duro y desabrocharlo no fue tarea fácil. Sus dedos eran torpes al buscar y encontrar el cierre de su cremallera. Lo bajó con lentitud, consciente siempre del bulto que colmaba la creciente abertura. La erección de Johnny luchaba por liberarse.

Llevaba calzoncillos. El blanco algodón contenía el miembro y lo ocultaba a los ojos de Rachel, escudándolo de su contacto. Fascinada Rachel contempló la gruesa hinchazón que asomaba por la bragueta abierta de Johnny. Luego estiró una mano para tocarla.

El algodón era suave. Debajo de él, el pene de Johnny estaba duro como el acero. Se sacudió convulsivamente cuando ella pasó una uña por toda su longitud.

Johnny no emitía sonido alguno. Pero algo, la tensión de su cuer¬po tal vez, o un movimiento súbito, hizo que ella alzara la vista. Rachel miró una sola vez sus ojos vidriosos, la áspera intensidad de su expre¬sión, y supo que su caricia lo complacía de modo casi insoportable.

Aguarda.

Ella lo estaba buscando de nuevo cuando él profirió con dificul¬tad su deseo. Crispó los dedos por un instante, pero luego no quiso de¬tenerse, no pudo; sus dedos se movieron por voluntad propia para cir¬cundarlo a través de los calzoncillos y apretar...

¡Por amor de Dios, Rachel, aguarda!

Con un movimiento, él se sentó, y antes de que le diera brusca¬mente la espalda, ella vio que habían brotado gotas de sudor a lo largo de su labio superior y de su frente. Confundida por su actitud, Rachel lo miró buscar a tientas en un bolsillo y luego rebuscar un poco más. A sus oídos llegó el tenue sonido de algo que se desgarraba.

¿Qué haces? preguntó desconcertada, mientras forcejeaba por erguirse en el asiento aunque la ancha espalda de Johnny casi se lo impedía.

Busco un preservativo -repuso él, con un gruñido y se volvió de nuevo hacia ella y la oprimió otra vez contra el asiento de felpa . ¿Qué clase de miserable sería si te hiciera el amor sin un preservativo? ¿Qué clase de tonta eres tú al permitírmelo? La vez anterior yo no estaba en condiciones de pensarlo, pero ahora...

Estaba encima de ella, besándola como si estuviese famélico por el sabor de la boca de ella, mientras sus manos le apelotonaban la fal¬da en tomo de la cintura y se introducían entre sus piernas para tirar de la entrepierna de sus medias panty hasta desgarrarlas. Le quitó

tam¬bién las bragas, de un tirón; luego penetró en ella con una violencia que arrancó un clamor a Rachel.

Oh, Johnny. Oh, Johnny. Oh, Johnny sollozaba la joven. Sus pier¬nas estaban apretadas en tomo de las nalgas del hombre, y sus brazos le ro¬deaban el cuello. El pecho de Johnny le aplastaba los senos. Sus brazos la ceñían con fuerza. Tenía la cara hundida en el cuello de Rachel, y su respi¬ración era jadeante, áspera y rápida mientras se alzaba hasta salirse casi to¬talmente, luego arremetía otra vez, otra y otra y otra vez.

¡Oh, Johnny! gritó ella cuando las sensaciones estallaron en su interior.

Se aferró con fuerza y dejó que las oleadas de éxtasis la arrastra¬ran en su remolino. Al oírla gritar, él apretó los dientes, embistió por última vez y encontró su propia liberación.

Se quedaron inmóviles, durante largo rato, agotados por su arrebato de pasión, mientras sus respiraciones se hacían más lentas y s cuerpos se refrescaban.

Sin poderse quedarse inmóvil ni un momento más, ya que el peso del hombre amenazaba con sofocarla, Rachel se retorció para zafarse, Johnny alzó la cabeza y, con la cara a pocos centímetros de la ella, le sostuvo la mirada.

Mirando esos ojos azules que tanto sabían, Rachel sintió que ardían las mejillas. Sin la pasión como impulso, era embarazoso recordar lo que ella y él habían hecho.

¿Podrías levantarte, por favor? -inquirió ella.

24

Eso no es muy romántico.

Lo lamento, pero me estás aplastando y no puedo respirar.

Una lenta sonrisa se dibujó en la cara de Johnny.

Vaya con el romance, ¿eh? preguntó y depositó en la boca de Rachel un beso rápido y posesivo.

Se volvió a un lado, y se sentó. Rachel observó las musculosas nalgas de Johnny acunadas por la suave felpa, y tuvo que admitir que estaba muy sexy.

Como él le daba la espalda, Rachel no podía ver qué hacía, y proba¬blemente fuera mejor. Había regresado a la dura realidad, y Rachel era su¬premamente consciente de su situación al sentarse y tratar de componer su aspecto lo mejor que pudo. Estaba desnuda hasta la cintura, con la falda ape¬lotonada en tomo de las caderas y arrugada. Tenía un agujero en el- y sus bragas, desgarradas, le colgaban de una cadera con un solo trozo de elástico. Estaba descalza, aunque no habría podido decir cuándo se le había caído el segundo zapato. Sentía la boca magullada e hinchada, y cuando se miró el cabello en el espejo retrovisor, vio que parecía un nido de pájaros. Se sentía sucia, sudorosa, olorosa y malhumorada.

Vaya con el romance.

Johnny se alzó los calzoncillos y los pantalones tejanos; Rachel oyó cómo se subía la cremallera. Buscó su sujetador y su suéter, y ad¬virtió que ahora él estaba perfectamente decente, mientras que ella es¬taba casi desnuda.

Vamos a nadar en cueros.

¿Qué?

La sugerencia, acompañada con una sonrisa diabólica, dejó bo¬quiabierta a Rachel, que se tapó los senos con las manos y lo miró con el entrecejo fruncido.

Nadar en cueros. ¿Has oído hablar de eso? ¿Ya sabes, cuando. las personas nadan desnudas en una extensión de agua?

¡De ninguna manera!

Johnny rió. Fue una explosión de sonido espontánea, jubilosa, Rachel vio que sus ojos chispeaban risueños al contemplarla.

¿Siempre estás tan cascarrabias cuando acabas de tener buen sexo, maestra?

El mal gesto de Rachel aumentó, aunque, a regañadientes, sintió que empezaba a responder al humor de Johnny.

No sabría decirte repuso sacándole la lengua.

-¿Ah, sí? le sonrió él.

Ajá. Y ahora, ¿quieres salir del coche y dejar que me asee tranquila? Anda... vete a comer algo.

Eso haré.

Introdujo un brazo entre los asientos delanteros, recuperó las gaseosas y las galletas y salió del vehículo. Dirigió una última sonrisa, resplandeciente a Rachel, y fue a instalarse sobre una mesa del merendero a orillas del agua.

Rachel admiró en silencio su cuerpo de largas piernas y anchos hombros mientras se alejaba. Luego dedicó su atención a lo que ten' entre manos. Su panty y sus bragas estaban rotos; se los quitó, no si cierto pesar por las bragas. La lencería era su debilidad y tenía una ropa interior preciosa. Estas bragas en particular eran celestes, y hacía, juego exactamente con el sujetador que se debía haber perdido bajo uno de los asientos delanteros. Buscando a tientas bajo uno de ellos, Rachel lo encontró, lo sacó y se lo puso. Su suéter estaba apelotona en el suelo; se lo puso también. Su bolso estaba metido bajo el asiento delantero. Se estiró por encima de la consola, aferró su correa y lo trajo. Finalmente, le dedicó unos minutos a solas al maquillaje. Se paso un cepillo por el cabello, devolviéndole su aspecto liso y brillante; luego volvió a guardar el cepillo en el bolso, sacó su polvera y su lápiz labios. Abrió la tapa de la polvera, se observó en el espejito. Pese a la ausencia de todo maquillaje lo poco que hubiera sobrevivido a la jornada había desaparecido gracias a Johnny , se sorprendió al ver cuan joven parecía, aun a la vívida luz de la tarde. Ojos chispeantes, mejillas rosadas y una boca levemente hinchada comunicaban una ilusión de juventud, pensó al empolvarse la nariz y colorearse los labios con lápiz rosado. Listo. Se volvió a mirar: despreocupada, levemente desaliñada, feliz. Cerró con un chasquido su polvera y guardó los artículos en su bolso. Rachel pensó que un amorío loco y apasionado con Johnny Ha¬rris era el mejor estímulo para su belleza. "Si tan sólo pudiera embote¬llarlo pensó con irónica sonrisa podría ganar una fortuna." Sus ojos se desviaron hacia el sitio donde estaba él sentado, con los pies encima del banco y el trasero sobre la mesita, echando trozos de galletas a los patos que se los disputaban. ¿Buen sexo? Oh, sí. Aunque ella no pen¬saba admitírselo. A él, no. Ya era bastante vanidoso.

Un zapato azul estaba en el suelo del auto, y si ella recordaba bien, el otro había caído afuera, sobre el pedregullo. Se precipitó fue¬ra del coche, alzó del suelo su zapato, hizo equilibrios en una pierna como una cigüeña y se lo calzó; luego, se apoyó en la otra pierna y se puso el otro. Hizo una pelota con sus prendas interiores, fue hasta un recipiente cercano para desperdicios y los arrojó adentro. Se sintió ab¬surdamente apocada por su falta de ropa interior. Por fin fue a reunir¬se con Johnny.

2'Una hogaza de pan, una jarra de vino y tú" dijo él volviéndo¬se para mirarla cuando ella llegó a su lado.

¿No querrás decir unas galletas y un refresco? Sentándose también sobre la mesa, Rachel aceptó los alimentos mencionados, que él le ofrecía.

Johhny sonrió.

No es muy buena la traducción, ¿verdad?

-No he comido esto desde que era niña declaró Rachel, tiran¬do del paquete con las uñas. La envoltura de plástico no cedía.

A ver, dame.

Johnny le quitó el paquete, lo puso entre los dientes y lo abrió sin dificultad. Le entregó una de las doradas galletas y extrajo otra de su envoltura y le dio un mordisco enorme.

¡Oye, ese es mío! -Rachel lo miró enfadada mientras mordis¬queaba delicadamente la punta de la galleta que sostenía.

Me muero de hambre. Di la mitad del mío a los patos repuso él en un tono plañidero que la hizo sonreír. Luego pasó un dedo por el anillo de la tapa del refresco, la abrió y le ofreció el envase. Rachel, agradecida, bebió un sorbo.

Me voy a sentir mal si como esta porquería dijo dando otro mordisco a su galleta.

El peligro da sabor a la vida.

Pensaba que era la variedad.

Eso también.

Johnny dio otro mordisco gigantesco; luego arrojó las migajas a los patos que se apiñaban a la orilla. Con un graznido y grandes ale¬teos, tres de ellos convergieron, disputándose el premio. Otro, más as¬tuto o más afortunado que sus compañeros, se apoderó del manjar y huyó.

Johnny bebió otro trago de refresco, dejó el envase sobre la me¬sa y se secó la boca con el dorso de la mano.

-Rachel...

¿Sí?

¿Y ahora qué?

Rachel terminó su galleta, se limpió la boca con las puntas de los. dedos para asegurarse de que no quedaban migajas extraviadas, y lo,,¡ miró.

¿A qué te refiere..

Me refiero a nosotros.

, ¿Nosotros?

Sí. Presumiendo que haya un "nosotros". No quisiera pecar, que me ves como otra conquista fácil,

Aunque una sonrisa le torcía la boca, Rachel percibió seriedad en sus palabras. Hizo una bola con el envoltorio de sus galletas con gesto nervioso.

No lo he pensado en realidad.

Tal vez deberías hacerlo.

Rachel hundió las uñas en la envoltura de plástico, y se volvió para mirarlo a los ojos.

¿Estás diciendo que quieres que... salgamos juntos?

Salir juntos repitió él . Vaya, qué modo de decirlo. Sí, algo pa¬recido.

Podríamos ir a cenar.

Las palabras casi se le atascaron en la garganta, tan difíciles eran de pronunciar. Más que nada en el mundo quería tener una relación,, con él, una verdadera relación. Pero imaginarse cualquier tipo de futu¬ro compartido para ambos era casi imposible.

Ir a cenar sería lindo. Para empezar.

Con fácil soltura, Johnny se bajó de la mesa, se volvió, puso las manos en la cintura de Rachel y la alzó. Cuando Johnny la levantó,, inesperadamente en el aire y la sostuvo por encima suyo, con los brazos extendidos, Rachel lanzó un chillido. Se aferró a los robustos ante¬brazos de Johnny para sostenerse. Johnny le sonreía, sin experimentar dificultad alguna para sostenerla en alto. Rachel recordó una vez más cuánto más fuerte era él. La dorada luz del sol de la tarde jugaba sobre el rostro de Johnny, prestando a esos ojos azules un cálido resplandor, que se reflejaba en su piel morena y en la blancura de sus dientes al reírse de ella. En esos momentos se lo veía tan guapo, que ella perdió el aliento.

Sintió un vuelco en el estómago al darse cuenta de que se estaba enamorando.

Suéltame dijo con voz áspera.

-No, no repuso él, burlón, mientras continuaba sosteniéndola en alto. Para demostrar su poder total sobre ella, echó andar hacia el auto sin bajarla ni un centímetro siquiera-. Iremos a cenar.

Por favor, suéltame -insistió ella. No podía evitar sentir pánico. Le aterraba la idea de estar enamorada de Johnny Harris.

Convénceme.

-¡Suéltame!

Su tono brusco irritó a Johnny Harris, que la dejó en el suelo. Con los pies de nuevo en tierra firme, Rachel esperaba sentirse mejor, pero no.

¿Qué pasa? Había preocupación en la voz de Johnny.

Rachel ya se alejaba de él, rumbo al auto. Sabía que se estaba conduciendo mal, pero no podía evitarlo.

¡Rachel!

Ella necesitaba estar a solas, necesitaba tiempo para resolver esa terrible realidad, tiempo para considerar sus opciones y decidir qué ha¬cer. Desear a Johnny Harris ya era bastante malo. Amarlo, con todas las complicaciones que eso acarrearía, era infinitamente peor.

Es que... mi hermana Becky está en casa. ¿No te lo he dicho? No puedo ir a cenar ni a ninguna otra parte. Debo irme a casa. Me ol¬vidé por completo de Becky.

Habló por encima del hombro, con voz temblorosa, mientras abría la puerta y subía al auto.

-¿Qué tiene que ver el que Becky esté en tu casa con que vaya¬mos a cenar? -insistió Johnny.

Se asomó por la puerta abierta, con una mano en el techo de au¬to, impidiéndole cerrarla. Rachel miró aquel bello rostro y esos ojos azules, se sintió deslumbrada por la mera fuerza de su impulso de acep¬tar cualquier cosa que él deseara. Se sentía como un explorador que hubiera pisado arenas movedizas. Ya estaba hasta el cuello y se hundía

con rapidez.

Michael, su marido, le ha dicho que quiere el divorcio. Está al¬terada y necesito irme a casa para estar con ella.

¿El mismo Michael de quien estuviste enamorada años atrás?

Rachel lo miró con extrañeza.

¿Cómo has sabido eso?

Recuerdo aquel verano, cuando lo trajiste a casa contigo. ¿Sa¬bes por qué lo recuerdo? Porque tuve celos. El único momento bueno de ese otoño infernal fue cuando él te abandonó por tu hermana.

Eso no lo creo.

Pues créelo, es verdad Johnny apretó lo labios y la observó un minuto. Hace mucho tiempo que te deseo, Rachel. Aunque tuviera muchas chicas, siempre era consciente de ti y de lo que hacías. Y aho¬ra, ¿qué hay de la cena? En el restaurante de Gino el pescado es sen¬sacional.

No puedo. Becky está tan alterada...

La voz de Rachel se apagó. La confesión de Johnny sólo había servido para poner de relieve lo que ella ya sabía: la situación entre los dos se estaba volviendo mucho más seria de lo que ella había previsto.

Por un momento más, Johnny la miró fijamente en silencio.

Luego se irguió, le cerró la puerta, dio la vuelta al auto y subió junto a ella.

Rachel puso en marcha el vehículo.

Patrañas dijo él cuando iban hacia la carretera.

¿Qué? Rachel lo miró nerviosa. Johnny tenía los labios apre¬tados y sus cejas se le unían casi sobre la nariz en una línea alada de dis¬gusto.

Ya me has oído. Dije que son patrañas.

Te equivocas, es la verdad. Becky está en casa y...

Puede que esté en tu casa, y que su marido quiera el divorcio, pero eso no tiene nada que ver con que me mires... o no me mires. La frialdad y la mesura de sus palabras fue más cortante de lo que habría sido una furia directa. Mordiéndose los labios, Rachel se concentró a conducir. Al salir de la carretera desde el estrecho camino que atrave¬saba el bosque, lanzó una mirada a Johnny.

Nunca contestaste a mi pregunta, Rachel dijo él suavemente, volviendo la cabeza para mirarla a los ojos, antes de que ella pudiera decir nada.

¿Qué pregunta?'

¡Por amor de Dios, no apartes la vista de¡ camino! gritó él; después calló un momento. Por fin continuó, con una voz tan suave que Rachel tuvo que hacer un esfuerzo para oírla . ¿Estás avergonzada de mí, Rachel?

¡No! -replicó ella, mirándolo de nuevo. Espantada de que él creyera tal cosa, repitió con más energía aún : ¡No!

No te creo repuso él en tono brusco.

¡Es la verdad!

En ese momento pasaban frente a 7 Eleven, doblando por el ca¬mino que llevaba hacia la escuela. Rachel sabía que le debía una expli¬cación, pero antes debía poner en orden sus sentimientos. Estar ena¬morada de Johnny Harris no era simple, especialmente en Tylerville. Las repercusiones, personales eran horrendas.

¿Lo es?

¡Está bien! estalló Rachel . ¡Está bien! Esta es una situación enredada... Ya lo sabes. Yo soy maestra. Antes fui tu maestra. ¿Sabías que mi contrato dice que se me puede destituir por depravación mo¬ral? Y aun así no estoy muy segura de que tener amoríos contigo no constituya depravación moral. Además eres cinco años menor que yo. ¿Que te parece? Y tú... y tú...

Rachel no fue capaz de expresar cómo veían a Johnny los lugareños.

¿Y yo soy un ex convicto y el paria local? -terminó él en su lu¬gar. Al mirarlo, enmudecida por algo que percibió en su tono, Rachel comprobó que sus ojos se clavaban en ella, relucientes de ira . Útil pa¬ra acostarse contigo a escondidas, pero inadecuado para que una dama como tú sea vista con él en público.

Rachel se mordió los labios, angustiada.

¡Cristo, mira el camino! vociferó él, agarrando el volante y rectificando la dirección del auto.

Después de eso, ninguno de ellos dijo nada por unos instantes. Rachel tuvo que concentrar su atención en conducir hasta llegar a la escuela y detener su auto junto a la motocicleta de Johnny. Luego, con las manos todavía sobre el volante, se volvió hacia él.

Créeme, Johnny, por favor. No me avergüenzo de ti. Tan sólo necesito un poco de tiempo, un poco de espacio.

Espacio repitió él, torciendo la boca al sostenerle la mirada por un instante. Abrió la puerta y descendió del auto. Una vez afuera, se apoyó en la puerta abierta para mirar a la mujer.

Tómate todo el tiempo y todo el espacio que necesites, maes¬tra. Después, si decides que puedes manejar esto que hay entre nos¬otros, llámame, ¿de acuerdo?

La helada cólera que teñía sus palabras azotó a Rachel como una fusta.

Johnny... empezó con tono implorante, sin saber siquiera qué pensaba decir.

Pero él no le dio ocasión a terminar. Cerró con violencia la puer¬ta, abrió la de atrás, retiró su chaqueta y se la puso. Luego se subió a su motocicleta y se puso el casco; todo en menos tiempo del. que Ra¬chel habría creído posible.

Estaba todavía sentada en su auto, tratando de pensar cómo ex¬presar exactamente lo que quería decirle, cuando Johnny arrancó y partió sin mirar atrás.

25

El viernes fue uno de los días más desdichados en la vida de Rachel Carson. En primer lugar, tal como ella había previsto que sucedería, en toda la escuela se hablaba de su partida con Johnny Harris. Tan pronto como llegó a su gabinete, los ojos fascinados de los adolescentes se clavaron en ella. Su convicción de que era objeto de habladurías se tomó más

fuerte al ver que los alumnos e incluso algunos maestros se callaban cuando ella pasaba cerca de diversos grupos que charlaban en los pasillos y en la sala de los docentes, y durante el almuerzo, cuando ella se hizo cargo de varias mesas. Pero no lo supo con certeza hasta poco después de sonar la campanilla que anunciaba el final de las clases, cuando el señor James se presentó a su puerta al mismo tiempo que sus alumnos salían en tropel.

Rachel estaba juntando los artículos que necesitaba llevarse a casa durante el fin de semana festivo, pero se detuvo para mirar inqui¬sitivamente al director con su traje gris.

. ¿Tienes grandes planes para el fin de semana, Rachel? pre¬guntó el señor James al entrar en el aula.

Se acercaba a la edad de jubilarse, pero su porte severo lo hacía parecer mucho mayor. Con su espeso cabello gris alisado hacia atrás, su físico robusto y su tendencia a mascullar, siempre le había recorda¬do a Rachel la interpretación del Padrino por Marlon Brando.

En realidad, no repuso ella con una sonrisa, mientras él se acercaba y observaba cómo guardaba en una carpeta las composicio¬nes que eran necesarias descifrar tanto como calificar . ¿Y usted?

El director se encogió de hombros.

Pues no. Bess y yo agregó refiriéndose a su esposa nos que¬daremos simplemente en casa a descansar. No vendrá ninguno de nuestros hijos.

Será agradable, sin duda comentó Rachel.

Juntó los últimos papeles, la carpeta y algunos libros que debía preparar para las lecciones de la semana siguiente; luego se quedó es¬perando. El señor James nunca entablaba charlas insustanciales. Había ido a buscarla con algún propósito y Rachel estaba muy segura de qué se trataba.

Sí, sin duda repuso James. Luego se aclaró la garganta y Rachel supo que estaba por decirle el motivo de su visita . Hoy al¬gunas de las chicas contaron una versión algo inquietante al señor Wylie.

Wylie era el consejero de las alumnas. Rachel alzó las rejas. El director continuó:

Dijeron que ese jovencito Harris vino a verla ayer a la escuela. Que usted partió en su auto con él.

Johnny Harris ha sido alumno mío respondió con calma Ra¬chel.

Aunque había previsto sostener tal conversación, su resenti¬miento fue instintivo. Le disgustaba que sus acciones fuesen puestas en tela de juicio, y oír que Johnny era mencionado mordazmente como “ese jovencito Harris" dondequiera que ella iba empezaba a irritarla en gran medida.

¿Es verdad entonces? La mirada inquisitiva de James que re¬lucía atrás de sus gafas de armazón negro.

¿Que él vino a la escuela a verme y que salimos de paseo en mi auto? Sí.

Espero que haya sido algo excepcional. Sin duda sabe que no podemos permitir que alguien como él merodee en los alrededores de la escuela.

¿Qué quiere decir con "alguien como él"? Un dejo de ira tornó brusca la voz de Rachel. El director se mostró sorprendido.

Un hombre de quien se sabe que persigue a las adolescentes, por supuesto. Tenemos una obligación hacia los padres...

. ¡Johnny Harris jamás perseguiría a una adolescente! Lo conoz¬co desde que él mismo era adolescente y estoy tan convencida de su inocencia en la muerte de Marybeth Edwards como de... de la de us¬ted, a falta de una mejor comparación. Es...

Una corte de justicia lo condenó por ese asesinato y lo senten¬ció. El que haya pagado su deuda a la sociedad no revoca de ningún modo nuestro deber hacia nuestros alumnos o sus padres. Debemos proteger a los niños que han sido confiados a nuestro cuidado. Aunque esto se contraponga a lo que sentimos en cuanto a la posible falta de justicia que se le aplicó diez años atrás.

El tono amable de James amortiguó la aspereza de su reprimen¬da. No obstante, Rachel se puso furiosa.

¿Corre peligro mi puesto si Johnny viene de nuevo a la escue¬la, señor James?

Usted sabe tan bien como yo que tiene el puesto seguro, Ra¬chel. Apelo a su conciencia, antes que a su temor de quedar sin tra¬bajo.

Mi conciencia está limpia, se lo aseguro. Y ahora, si me lo per¬mite.

Por supuesto. Si le he causado algún trastorno, lo lamento.

Que tenga buenas fiestas, señor James repuso Rachel con voz tensa, antes de salir por la puerta, adelantándose al director.

Su cólera se había calmado un poco cuando llegó a casa. Des¬pués de todo, la actitud del señor James no era inesperada, y era una de las razones por las cuales había decidido que no podía dejar que su relación con Johnny Harris continuara sin pensarlo muy en serio. Tan pronto como vio el automóvil Lexus negro estacionado frente a la ca¬sa, recuperó su habitual talante plácido.

Había llegado Michael, probablemente para llevarse de vuelta a Becky y las niñas.

Tan pronto como entró Rachel, su madre le recibió con un susu¬rro de advertencia:

Michael está aquí.

En el patio lateral se oían las risas agudas de las sobrinas de Ra¬chel. Rachel miró por la ventana de la despensa mientras depositaba sus libros sobre la mesa, vio que Tilda se había unido a las niñas para una animada partida de badminton.

¿Lo saben las niñas?

Elisabeth asintió con la cabeza.

Tilda las mantiene entretenidas. Creo que quiere que Becky vuelva con él.

¿Y Becky?

Rachel sacó de la nevera un envase de jugo de naranja. Esas be¬bidas, compradas para las niñas, habían pasado a ser de inmediato las favoritas de toda la familia. Rachel introdujo la pajita; luego bebió con deleite. Elisabeth sacudió la cabeza.

No lo sé. Hace casi una hora que están en la biblioteca y no he oído nada. Quise quedarme cerca por si Becky me necesitaba. Se alte¬ra tan fácilmente, ya sabes. Sólo espero que Michael haya recobrado la sensatez. Estoy segura de que, si es así. Becky, lo perdonará.

Con una mueca dubitativa, Rachel sorbió otro trago de jugo.

Subo a cambiarme y a saludar a papá. Si me necesitas, llama.

Elisabeth Carson asintió con la cabeza.

-Oh, de paso, Rob telefoneó anoche, después de que te acostas¬te. Le dije que lo llamarías hoy. Y llamó Ben desde la tienda.

Rachel, ya a punto de salir, vaciló mirando atrás por encima de¡ hombro.

¿Ha llamado alguien más?

Su madre sacudió la cabeza.

No.

Recordando la perfidia anterior de Elisabeth con respecto a las llamadas de Johnny, Rachel le dirigió una mirada severa.

¿Estás segura?

Por supuesto que lo estoy.

Johnny Harris fue a verme a la escuela ayer. Me dijo que esta semana intentó llamarme varias veces, pero que tú le dijiste que yo no estaba en casa.

Si he dicho eso, estoy segura de que era cierto se defendió Eli¬sabeth.

Nunca te molestaste en decirme que él llamó, madre.

Es probable que lo haya olvidado. Sabes que suelo olvidar co¬sas. Especialmente con todo lo que viene pasando por aquí en los últi¬mos tiempos. Vaya, me asombra que recuerde algo siquiera. Elisa¬beth agitaba las manos con aire desvalido, pero Rachel, que conocía bien a su madre, sabía que era tan desvalida como un toro de lidia.

Nunca has olvidado nada en tu vida, lo sabes bien. Soy una mu¬jer adulta, madre. Quién me telefonea o con quién salgo es asunto mío, no tuyo. Creía haberlo puesto en claro ya.

¿Acaso esperas que te llame ese jovencito Harris? -inquirió Elisabeth con brusquedad.

No se trata de eso, madre.

En cuanto a mí se refiere, sí. ¿Qué clase de mujer sería yo si no me preocupara por ti? Eres mi hija, Rachel, no importa cuántos años tengas. Detesto ver que te metas en una situación difícil.

Rachel suspiró.

-No me estoy metiendo en una situación difícil.

Yo llamaría una situación difícil a acostarte con ese jovencito Harris.

¡Madre!

Rachel estaba genuinamente escandalizada, tanto por la fran¬queza de su madre como por lo que esta sabía.

¿Creías acaso que yo no lo sabía, Rachel? Soy lo bastante inte¬ligente como para sumar dos más dos.

Aunque se sintió enrojecer, Rachel se rehusó a bajar la vista.

¿Lo niegas acaso? insistió Elisabeth.

No niego nada replicó Rachel, recuperando en parte el aplomo perdido . Ni tampoco admito nada. No es de tu incumben¬cia, madre.

¡Que no es de mi incumbencia cuando mi hija tiene relaciones con un asesino! ¿Debo ignorarlo también cuando te ataque con un cu¬chillo?

Johnny jamás...

¡Bah! la interrumpió su madre con indignación , de eso pue¬des estar tan poco segura, como yo de que tu papá mejorará algún día. Tal vez yo lo crea así, pero es posible que sean sólo mis deseos. Y pro¬bablemente a ti te pasa lo mismo.

Madre e hija se callaron unos instantes, en los que flotó en el ai¬re la innegable verdad de esa afirmación. Luego Rachel apretó los la¬bios.

Voy a cambiarme, madre dijo y se volvió para subir las escale¬ras. De pronto se abrió la puerta de la biblioteca.

Al volverse, Rachel vio a Michael; tras él se hallaba Becky, páli¬da, pero sin llorar. Elisabeth también se había vuelto hacia su yerno.

Por un momento, Michael y las dos mujeres se miraron con fije¬za, sin hablar. A Michael se lo veía mucho mayor que cuando Rachel lo había visto en Navidad. El no había podido ir para Pascua ni para el Cuatro de Julio, cuando Becky llevó a las niñas para que pasaran una semana con su tía y sus abuelos. En torno de sus ojos, círculos oscuros hablaban de noches sin dormir, y detrás de sus orejas, el tono de su pe¬lo gris recordó a Rachel que había cumplido cuarenta años, pocos me¬ses atrás. La piel de Michael era pálida, como correspondía a un hom¬bre que muy pocas veces buscaba el sol. Estaba sin afeitar y la barba incipiente tornaba áspera su cuadrada mandíbula. Alto y delgado, mo¬reno y bien parecido, con traje azul, era la imagen misma de un próspero abogado blanco, anglosajón y protestante. A Rachel le resultó difícil creer que alguna vez hubiera estado enamorada de él.

A juzgar por la expresión de Michael, era claro que no le agra¬daba encontrarse ante las miradas escrutadoras de su madre y u cuñada.

Hola, Michael dijo al fin, ya que presumiblemente había saludado a Elisabeth al llegar. 1

Rachel lo saludó apenas con un gesto y miró a Becky que parecía estar acongojada. Estaba claro que no se habían arreglado las diferencias entre ambos. Pese al afecto que había guardado por Michael du¬rante mucho tiempo, en ese momento de crisis estaba vehementemen¬te del lado de Becky.

¿Quieres que te traiga café o un emparedado, Michael? inqui¬rió Elisabeth, con cierto nerviosismo.

A diferencia de Rachel, el cuerpo de su yerno le impedía ver a su hija menor.

No, gracias, Elisabeth. Tengo una cita para cenar. Me despe¬diré de las niñas y partiré.

¡Que te despedirás de las niñas! rió Becky con un sonido agudo y casi histérico, uniendo las manos sobre el pecho. Michael se volvió hacia ella. Desde su punto de mira en la escalera, Rachel pudo ver la mirada de odio que le lanzó su hermana. Diez años an¬tes, Becky había amado tan desesperadamente a Michael, que res¬plandecía cada vez que pronunciaba siquiera su nombre. El con¬traste entre cómo habían estado juntos entonces y la situación actual, puso furiosa y triste a Rachel al mismo tiempo. ¿Acaso na¬da era permanente en la vida? . ¡Con qué calma lo dices! ¿No has pensado en las consecuencias de un divorcio? agregó Becky con voz chillona.

Los niños se adaptan repuso Michael con aspereza.

Su misma postura irradiaba tensión. Rachel observó con sorpre¬sa que tenía los puños cerrados. El Michael a quien ella conociera había estado siempre tan controlado... ella no recordaba haberlo visto jamás perder los estribos. Pero, por otro lado, ella lo había conocido realmente durante un sólo verano, en una situación de noviazgo. Tal vez el joven de quien ella se había enamorado había sido un producto de su propia imaginación.

¡Eres su padre!

Fue un grito desde el corazón de Becky. Michael se puso rígido; luego se apartó bruscamente de su esposa, pasó sin una sola palabra, más frente a Elisabeth y, Rachel, y salió por la puerta de atrás con un portazo.

Por un momento, las tres mujeres se quedaron paralizadas. Lue¬go Rachel se recuperó lo suficiente como para correr hacia su herma¬na. Elisabeth se adelantó y tomó en sus brazos a Becky.

¡Vino a ver qué pensaba yo de vender la ca... casa! se lamentó Becky . Pasará la noche en un hotel, y vendrá mañana para hablar de ello. Dijo... dijo que una noche de buen sueño me ayudaría a situarlo todo en su perspectiva correcta.

Ese hijo de mala madre dijo con vehemencia Elisabeth.

Rachel, que nunca había oído a su madre decir palabrotas, asin¬tió expresando su sincero acuerdo. Luego apoyó su cabeza contra la de Becky con callada compasión al tiempo que su hermana prorrumpía en llanto.

26

La merienda campestre anual del Día del Trabajo en Tylerville tuvo lugar la noche del sábado, y como de costumbre, acudieron casi todos los habitantes. Era un acontecimiento festivo, que empezaba a las seis en punto con un desfile y terminaba a la medianoche con una deslumbrante explosión de fuegos artificiales. La banda local tocaba, tanto country como clásicos del rock, en la tarima situada en medio de la plaza del pueblo. Al pie de la tarima, había adolescentes sentados so¬bre mantas, o tendidos boca abajo en el césped, pidiendo a gritos can¬ciones, gritando a la banda. Las calles cercanas estaban cerradas al tránsito; los niños corrían desenfrenados, se perseguían y eludían con diestra soltura a sus exasperados progenitores. Los adultos ingerían una cena improvisada en el garaje de la nueva estación de bomberos, adyacente a la plaza. Los momentos más destacados de la velada in¬cluían la caza de un cerdo engrasado, que auspiciaba el Club Cívico de Tylerville, y un viaje en globo al módico precio de un dólar. Cuando llegó Rachel Carson, a las siete menos cuarto, la fila para el viaje en globo contaba más o menos ciento cincuenta, personas. Evidentemen¬te, nadie se desanimaba ante el globo amarrado que subía tan sólo sie¬te metros antes de que lo halara de nuevo a tierra para el siguiente gru¬po de pasajeros.

El grupo de Rachel incluía a Rob, Becky, las niñas y Elisabeth. Había vacilado en aceptar la invitación de Rob, pero al ver que este in¬cluía al resto de la familia, ofreciéndoles

Librodot

compañía, no vio razón alguna para rechazarla. Becky necesitaba salir para distraerse, y sus hijas, más turbulentas que de costumbre en la crisis que afectaba sus jóvenes vidas, tenían que canalizar su exceso de energía. Si bien Rachel estaba acongojada por Johnny, se negaba a explayarse en ese dolor. Se disi¬paría... tenía que disiparse. Las palabras de su madre sobre ilusiones sin base real estranguladas de modo que incluían no sólo el tema de la culpabilidad o inocencia de Johnny Harris, sino las perspectivas a largo plazo de cualquier relación que ellos pudieran intentar habían caído en terreno fértil.

Loren, de cinco años, tiraba con entusiasmo de la mano de Ra¬chel:

Tía Rachel, ¿podemos ir de paseo en globo?

Después de que comamos intervino Becky antes de que su hermana pudiera responder afirmativamente.

Rachel había llevado a las mayores al cine a primera hora de la tarde, mientras Becky y Michael seguían hablando. Elisabeth, que se había quedado con la pequeña Katie, dio a entender a Ra¬chel que la visita no había sido un éxito. A los quince minutos de es¬tar juntos, Becky había corrido a su cuarto llorando, y Michael había prometido muy fríamente volver al día siguiente. Pero cuan¬do Rob fue a buscarlas para la merienda al aire libre, Becky ya se había calmado y, salvo el leve tono rojo en torno de sus ojos, no se hubiera podido descubrir ningún indicio que revelara sus angustias. Cuando Rachel explicó la situación a su prometido, Rob, que sin duda valoraba el coraje de Becky, dedicó gran parte del viaje al pueblo y la posterior caminata hasta la plaza a contar bromas ton¬tas y anticuadas en un intento de levantar el ánimo. Cuando se su¬maron al gentío que rodeaba las mesas repletas de comida, Rachel pensó que si escuchaba una más de esas idioteces le volcaría en la cabeza su vaso lleno de té helado.

Pero Becky se estaba tranquilizando y hasta sonreía un poco gra¬cias a las bromas de Rob. A Rachel se le ocurrió que tal vez corría pe¬ligro de perder otro hombre más por culpa de su hermana. Sin embar¬go, en este caso no le importaba en realidad.

¡Katie, no! ¡Eso está caliente!

Rachel se abalanzó para sujetar a su sobrina menor, que arre¬metía hacia la cafetera de plata colocada en el extremo de una larga mesa. Agarró a tiempo a la pequeña, la alzó, y la tranquilizó con un pastelillo hurtado de la mesa de los postres. Costaban veinticinco cen¬tavos cada uno, pero la fila para pagar era larga. Por eso Rachel decidió dejar que Katie se comiera enseguida la golosina, más tarde, cuan¬do pagara por su propio plato.

Dámela, Rachel murmuró Becky cuando su hermana se acercó de nuevo al grupo.

Katie sacudió con fuerza la cabeza, con la cara sonriente y man¬chada de chocolate.

Katie quere con tía Dachel -dijo con firmeza.

Rachel abrazó a su sobrina riendo, sin molestarse siquiera cuan¬do Katie le palmeó la mejilla con una mano pegajosa. Chasqueando la lengua, exasperada, Becky usó una servilleta de papel para limpiar la boca de su hijita. La servilleta quedó tan sucia, que tratar de limpiar con ella la mejilla de Rachel no habría hecho más que empeorar el pro¬blema.

Te ha llenado la cara de chocolate -susurró Rob a Rachel.

No te preocupes, ya me lo quitaré.

Con su propia servilleta, Rob frotó la cara de Rachel, quien le sonrió para agradecerle sus atenciones.

Las hijas de tu hermana son de lo más monas le dijo él.

¿Verdad que sí?

Rachel besó la mejilla regordeta de Katie. Luego tomó un plato para servirse del aparador. Amigos y vecinos saludaban en voz alta a las tres mujeres Grant; hubo mucho alboroto en torno de Becky y sus hijas, que no regresaban con mucha frecuencia a Tyler¬ville. Becky estaba muy bonita con su vestido verde hasta los tobi¬llos, que te dejaba desnudos los hombros y la espalda. Rachel, que había optado por ponerse pantalones cortos y una camisa de man¬gas cortas amarilla, no pudo dejar de advertir la atención masculi¬na que Becky suscitaba. Si a Michael ya no le interesaba su esposa, esta no se quedaría sola. Rachel

se alegró al descubrir que la atrac¬ción que ejercía Becky sobre los hombres le complacía, en vez de irritarla como tal vez habría ocurrido antes.

Rachel charlaba con todos, y cuando se lo pedían, se daba la vuelta amablemente para que Katie pudiera ser contemplada y ad¬mirada. Por alguna razón desconocida, la bendita Katie había deci¬dido ser buena. Reía, palmoteaba y decía "¡hola!" a todo aquel que le hablaba. "Angelito", ¡qué muñequita! y ¡miren qué niña dul¬ce!", eran algunos de los comentarios que llovían sobre Katie. En medio de la lluvia de elogios, Rachel descubrió que no era fácil sos¬tener a una niña de dos años tratando al mismo tiempo de llenar un plato y desviar los deditos ansiosos de Katie. Por suerte, Rob acudió en su ayuda, tomó el plato de Rachel y lo llenó según sus de¬seos. Lisa y Loren ya eran lo bastante mayores como para arreglárselas solas, con una pequeña ayuda de su madre y su abue¬la. Finalmente, el grupo entero pudo trasladarse a una de las mesas instaladas bajo los árboles.

Rachel depositó a Katie y se sentó con un suspiro de alivio. Pese a ser tan pequeña, la niña parecía pesar una tonelada. Aún había luz diurna, y duraría hasta casi las nueve, pero el ardiente ca¬lor del día se había suavizado, y la tarde era cálida y acogedora. Era placentero descansar con familiares y amigos, escuchar la música que estaba a la distancia justa, oír a los niños que reían y jugaban al escondite por toda la plaza, inclusive cortar comida para deleite de su sobrina más pequeña.

Quero otro patelito dijo Katie, mirando con desaprobación la abundancia que tenía delante.

Después de que comas respondió Rachel mientras reducía a trocitos el jamón de la niña.

¡No, ahoda!

Pórtate bien, Katie: intervino Becky desde el lado opuesto de la mesa.

Mamá, no irá a tener una pataleta, ¿verdad? inquirió Lisa en voz baja y tono de disgusto.

Igual que el resto de la familia, Lisa conocía bien la propen¬sión de su hermana menor por las rabietas cuando la vida no le complacía.

¡Patelito!

Mamá...

Apartándose de la mesa, Loren se acercó a Rachel.

Tía, yo he terminado. ¿Podemos ir ahora de paseo en globo?

Antes deja que tía Rachel coma, cariño dijo Becky.

Tía Rachel...

Iremos, cariño, lo prometo. Pero estoy famélica, y si no como, es probable que me seque el viento y me lleve.

-¡No es cierto!

Loren, vete a jugar dijo Becky en un tono de leve irrita¬ción.

-¡Patelito!

Katie, preciosa, ¿no quieres comerte ese trozo de jamón para tu abuela? ¿O qué tal un bocado de macarrones con queso? intervino Elisabeth, ofreciendo a la niña su tenedor cargado.

¡Patelitol repitió Katie mirando con disgusto a su abuela.

¡Katie, cállate y come! exclamó Becky con voz tensa, mirando a su hija menor.

Sentada entre Rachel y Rob, Katie se veía adorable con sus trencitas rubias y su delantal azul, hasta con el labio inferior salido y sus bracitos cruzados sobre el pecho en gesto desafiante. Lisa,. sentada entre su madre y su abuela frente a Katie, y Loren, que, seguía bailando en torno de la mesa, fijaron en su hermanita unas miradas idénticas de disgusto.

¡Patelíto! ¡Patelito, patelito, patelito!

Fue un chillido penetrante. Varias cabezas se volvieron en las mesas circundantes.

Mamá, ¿no puedes hacer algo? inquirió Lisa en voz baja, acu¬rrucándose en su asiento. Loren se detuvo para observar la diversión.

Librodot

¡Basta, Katie Lyrin Hennessey! Una señorita no se comporta así Elisabeth trató de apaciguar a su obstinada nieta con tono severo y una sacudida de cabeza.

¿Por favor, mamá? ¿Antes de que le dé un ataque? la súplica de Lisa fue urgente.

¿Qué quieres que haga? dijo Becky a Lisa entre dientes . ¡Ra¬chel, cuidado!

Pero la advertencia de Becky llegó demasiado tarde. Gritando ¡Patelito, patelito!", a pleno pulmón, Katie derribó a un costado su plato lleno, que resbaló por el costado de la mesa y se volcó sobre las rodillas de Rob.

¡Oh, no! exclamó Rachel.

¡Ay, Dios! gimió Elisabeth.

¡Katie Hennessey! siscó Becky.

¡Maldita sea! -vociferó Rob.

Las exclamaciones de zozobra fueron simultáneas. Levantándo¬se de un salto, Rob limpió el revoltijo lo más que pudo de sus pantalo¬nes perfectamente planchados. Rachel, que aferraba a Katie mientras chillaba y pataleaba, miró los daños ocasionados a los pantalones de Rob y quedó espantada. Había de todo pegado a la costosa prenda: jamón, puré de patatas, salsa, macarrones y queso, jalea de cereza y trocitos de ensalada de frutas. ,

¡Qué vergüenza! dijo Becky, llegando del otro lado de la me¬sa para llevarse a su hijita que bramaba.

Por un momento, apenas un instante, Rob miró a Katie con ver¬dadera furia en los ojos. Viendo su expresión, Rachel quedó pasmada.

Después de todo, Katie era tan sólo una bebita, y su acción no tenía na¬da de sorprendente a su edad. Sin duda, no había sido deliberado. ¿Era ese el hombre de quien ella había pensado que sería un padre bueno y paciente?

Lo lamento tanto se disculpó Becky con Rob, mientras al mis¬mo tiempo hacía lo posible para sujetar a su hija que era presa de una rabieta con todas las de la ley.

¡Mala, mala! susurró Elisabeth, tratando de acudir en ayuda de Becky y sacudiendo el dedo en dirección a Katie.

Las hermanas mayores de Katie, avergonzadas por lo que había hecho su hermanita, se escabulleron sin ser vistas.

No se preocupe. No ha sido culpa suya.

Rob había recuperado sus buenos modales y, cabizbajo, se pasa¬ba una servilleta por los pantalones sucios. Mojando su servilleta en un vaso de agua, Rachel se agachó para ayudarlo.

El estruendo de un motor desvió su mirada hacia las barreras que cerraban la calle, en el linde del parque de estacionamiento de los bomberos. Le sorprendió haber oído siquiera ese ruido pese al llanto de Katie, los agudos sones de la banda, el siseo del globo y la cháchara de sus vecinos de las mesas circundantes.

De algún modo debía estar sintonizada con el sonido de la mo¬tocicleta de Johnny Harris. Porque era eso, por supuesto. Ante la ba¬rrera, Johnny desvió su moto en amplio arco y regresó por la calle abierta, alejándose de los amigos cordialmente reunidos. Tras él iba montada una mujer. Su casco le ocultaba el rostro, pero a juzgar por su cuerpo y los mechones de rubio cabello rizado que el viento agitaba, Rachel infirió que la acompañante de Johnny era Glenda Watkins.

Rachel sintió desconsuelo al pensar que podría haber estado en el lugar de Glenda.

27

¿Te queda algo de cerveza?

Johnny estaba inquieto. Repantigado en el desvencijado diván de la sala de estar de la casa rodante de Glenda. El televisor encendido transmitía un programa especial. sobre mariposas venenosas del Amazonas o algo parecido. Con la cabeza apoyada en las manos,

Jeremy observaba embelesado. Jake, de cuatro años, sentado muy contento en las rodillas de Johnny, miraba fijamente el televisor, aunque Johnny estaba seguro de que el chico no tenía idea de lo que pasaba en la pantalla, como tampoco él.

En el refrigerador contestó Glenda.

Se hallaba en el cuarto de baño, bañando a sus dos hijas. En la sala de estar se oían chapoteos y risitas ... tan pequeña era la casa rodante. Johnny no, lograba explicarse cómo podía vivir Glenda en un espacio consistente en dos dormitorios minúsculos, una sala de estar donde apenas cabían un diván, un sillón y un televisor; una cocina diminuta y un cuarto de baño igualmente pe¬queño, con cuatro chicos y no enloquecer.

Jeremy, ¿me harías el favor de traerme una cerveza?

Hubo silencio por toda contestación. Jeremy estaba tan absorto en el programa, que no le oyó. Johnny pensó volver a intentarlo en voz más alta, pero luego decidió no hacerlo. Que el chico viese televisión en paz.

Vamos, compañero, tengo que irme –le dijo a Jake quien, obe¬diente, se dejó depositar encima del diván.

Johnny se incorporó, se estiró y entró en la cocina, descalzo, pa¬ra buscar una cerveza. Su calzado había quedado extraviado bajo el diván.

Johnny abrió la puerta de la nevera, y, con sorpresa, vio una so¬la caja de seis cervezas intacta. Habría podido jurar que había dos. ¿Cuántas cervezas se había bebido él?

¿Qué importaba, de todos modos?, caviló Johnny mientras ex¬traía una lata y la abría.

¡Oye, Johnny, arrójame una gaseosa! pidió Jeremy por sobre el hombro.

¡Nada de gaseosa! gritó Glenda desde el cuarto de baño.

Jeremy se encogió de hombros; Johnny llenó un vaso de leche y se lo llevó. Era realmente conmovedor el esfuerzo de Glenda por ser una buena madre para sus hijos. Haciéndoles beber leche en vez de ga¬seosa, por ejemplo. Bañándolos a cada uno todas las noches. Leyendo libros a los más pequeños, aunque Glenda nunca había leído nada más complicado que un libro de cocina. Asegurándose de que Jeremy y Ashley, que con seis años era la niña mayor, hicieran sus tareas esco¬lares de noche. Glenda no había sido criada con tanto esmero. Johnny sabía que su infancia había sido casi tan dura como la suya y la estima¬ba mucho por tratar de dar a sus hijos una vida mejor.

Al menos, desde que habían empezado a salir juntos, él se ocu¬paba de que siempre hubiese comida en la nevera. El mismo había que¬dado con hambre muchas veces y no soportaba pensar que hubiera niños sin comida suficiente.

Ajjj dijo Jeremy, sin alzar la vista, cuando Johnny depositó el vaso a su lado, en el suelo.

De nada repuso secamente Johnny y se acomodó de nuevo en el diván para beber su cerveza.

Jake trepó de nuevo a sus rodillas y apoyó su cabeza rizada en el pecho de Johnny. Pobre chico, no veía casi nunca a su papá y eviden¬temente anhelaba que un hombre le hiciera caso.

¡Cuéntanos un cuento, cuéntanos un cuento!

Ashley y su hermana irrumpieron fuera del cuarto de baño, corrieron a la sala de estar y saltaron encima de Johnny. Recién bañadas, con el cabello rubio recogido y cubiertas con unos cami¬soncitos fruncidos, estaban tan monas que él las perdonó por derra¬marle la cerveza.

Que no sea de miedo dijo solamente Lindsay, de tres años, al ocupar la rodilla que no estaba usando Jake.

Celoso de sus prerrogativas, Jake empujó a su hermana. Lindsay le devolvió el empujón.

Uno sobre monstruos dijo Ashley con picardía, acurrucándo¬se lo más cerca posible de Johnny.

¡De miedo no! gritó Lindsay empujando a su hermana.

¿Por qué no se callan las dos? pidió Jeremy en voz muy alta.

¡Bueno, es hora de irse a la cama!

Glenda entró en el cuarto palmoteando. Tenía empapada la camisa y la parte delantera de sus pantalones tejanos. No llevaba puesto el sujetador. Johnny advirtió este hecho sin el interés que habría debi¬do suscitarle, ya que Glenda era una mujer voluptuosa. Al infierno de todos modos, ¿qué le pasaba a él? Pero sabía la respuesta y no lo hacía feliz: no era Glenda a quien él deseaba.

La mujer que él deseaba había estado en esa maldita merienda al aire libre... de donde probablemente lo habrían echado a golpes si él se hubiese atrevido a mostrarse con otro hombre. El prototipo del, ciudadano respetable y sólido. Ese cretino.

Johnny bebió otro trago de cerveza.

¡Ay, mamá! dijeron a coro cuatro voces.

¡Es en serio! ¡A la cama! Contaré hasta tres .. y el último tendrá que sentarse en medio del asiento de atrás mañana, cuando vayamos a la iglesia.,,-

Eso produjo resultados inmediatos. Los tres ocupantes del diván se precipitaron hacia sus lechos; hasta Jeremy se levantó y apagó el televisor.

Es una treta, nada más, mamá. Tú sabes que siempre tengo,- que sentarme yo en el medio para evitar que se peleen los más pequeños dijo malhumorado.

Siempre eres el último en acostarte replicó Glenda, revolviéndole el cabello al pasar junto a él rumbo al dormitorio que comu¬nicaba directamente con la sala de estar, el más grande, que ella com¬partía con las dos niñas.

Desde otra habitación, Jake llamó quejumbrosamente:

¡Tengo miedo, mamita!

Ve con él, Jeremy dijo Glenda por encima del hombro.

¿Tengo que hacerlo?

¡Sí!

¡Mierda! dijo en voz baja Jeremy. Afortunadamente para él, su madre no oyó.

Johnny terminó su cerveza y empezó con otra mientras oía la voz de Glenda leyendo a sus hijas un cuento para dormirse. Desde el lado opuesto de la casa rodante pudo oír que Jeremy leía para Jake. Desde que él los visitaba, así era como lo hacían: Glenda leía para las niñas y Jeremy leía para Jake.

Cuando Glenda salió del dormitorio, le sonrió y se llevó un dedo a los labios mientras cerraba la puerta. Luego, pasó junto al televisor silencioso y fue a darle las buenas noches a sus hijos varones.

Johnny vació su lata de cerveza y fue a la cocina en busca de otra. Al tirar descubrió que se estaba haciendo cada vez más difícil despren¬der del envase esos malditos anillitos de plástico. Los tres que aún que¬daban, enganchados todavía, se cayeron del estante de la nevera enci¬ma del dedo pulgar de su pie.

-¡Ayyy! ¡Mal rayo me parta!

La lata que sostenía en la mano cayó al suelo junto a las demás y se alejó rodando. Johnny brincaba en un pie, maldiciendo, cuando Glenda salió del dormitorio de atrás y lo miró enojada.

¡Calla!

¡Me he lastimado el condenado pie!

¡Ssssh!

Johnny levantó el envoltorio semivacío. Sosteniéndolo con un dedo, trató de apoyar el pie en el suelo.

¿Quieres ver un vídeo? preguntó Glenda.

Sin compadecerse del dolor de Johnny, Glenda, frente al televi¬sor,-mostraba una cinta de vídeo.

Con un gruñido, Johnny volvió a meter las cervezas en el es¬tante y rescató la que se la había caído, rodando abajo de un arma¬rio. Cerró la puerta de la nevera y fue cojeando a

desplomarse en el diván. Se masajeó el pulgar del pie a través del grueso calcetín deportivo. Probablemente el maldito dedo estuviera quebrado. Mientras tanto Glenda introdujo la cinta en el aparato de vídeo y se acurrucó junto a él.,

Johnny ya había visto la película. Glenda, que le frotaba con ter¬nura el muslo sin dejar de mirar la pantalla, estaba buscando algo que él no tenía particularmente ganas de hacer. Con un solo pie, buscó sus calzado bajo el diván. ¡Allí estaban!

Tengo que irme, nena dijo, agachándose para recuperar su calzado deportivo. Ató los cordones; luego bebió un último trago de su cerveza antes de colocarla otra vez en el suelo.

¿Ahora? preguntó Glenda malhumorada.

Lobo está solo en casa. Si no lo dejo salir, hará un desastre.

Deberías domesticar a ese perro.

Johnny lanzó un gruñido y se puso de pie. El movimiento lo hizo sentirse algo mareado; se tambaleó.

-¿Cuántas cervezas te has bebido? -Glenda se incorporó también y lo sostuvo poniéndole una mano en el brazo.

Johnny se encogió de hombros; luego, apartándose de ella, buscó las llaves en el bolsillo.

Glenda fue a la nevera y miró adentro; luego, regresó junto, Johnny y sacudió la cabeza.

No irás a ninguna parte, amigo dijo apoderándose hábilmente de las llaves que él acababa de extraer de su bolsillo.

¡Devuélveme mis llaves!

¡No! Glenda retrocedió ocultando las llaves a su espalda. Oye, bebes demasiado.

Claro que no. Dame esas llaves Johnny se acercó a ella, la rodeó con sus brazos e intentó arrancarle las llaves de los dedos.

Si te detienen por conducir borracho, te enviarán a la cárcel.

Eso le hizo pensar.

No estoy borracho.

Sí lo estás.

Johnny la soltó y se desplomó de nuevo en el diván.

Pues me quedaré a dormir dijo, sabiendo qué pensaría ella de esa idea.

¡No puedes! Tom podría enterarse y usarlo contra mí en el di¬vorcio adujo Glenda. Tom era su casi ex marido.

Entonces dame las llaves.

Glenda se quedó un momento inmóvil, indecisa, se mordía una uña, con las llaves colgando de la otra mano. Johnny podía abalanzar¬se y recuperarlas, pero no tenía ganas de luchar y tampoco quería hacer daño a Glenda. Tal como se sentía, era posible que calculase mal su propia fuerza.

Pediré un taxi para ti -dijo ella al cabo de un minuto. Johnny reflexionó acerca de esta sugerencia tan sensata. Pensó que sería bue¬na idea; estaba realmente muy achispado.

Glenda fue a su dormitorio para usar el teléfono.

Johnny se reclinó de nuevo en los cojines. El diván tenía una pata ro¬ta remplazada por un diccionario y una novela y había un cubrecama de felpa verde que lo cubría como una funda improvisada, pero era sorprenden¬temente cómodo. Si no tenía cuidado, podía quedarse dormido.

-No te duermas dijo Glenda sentándose de golpe a su lado y mirando de nuevo el televisor . Para moverte haría falta una rasadora.

No me dormiré.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Glenda miraba la televisión y Johnny tenía la vista fija en el vacío. Entonces Glenda lo miró de reojo.

-¿Cómo es que no quieres hacerlo?

¿Hacer qué?

Tú ya sabes.

Johnny lo sabía. Se encogió de hombros y deslizó un brazo en torno de la mujer.

¿Qué te hace. pensar que no quiero?

Me doy cuenta repuso ella. Deslizó una mano por la entre¬pierna del hombre del hombre de un modo más casual que sugerente.

Johnny le tomó la mano, se la depositó sobre la falda y bajó el brazo con que le rodeaba los hombros.

Puede que haya bebido demasiado, como tú has dicho.

Eso nunca te ha disuadido antes.

Glenda, yo tenía once años menos entonces. Nada me disuadía. Pasaron unos minutos más. Ambos callaban. Johnny pensó que tal vez ella estaría absorta en la película. Tuvo la esperanza de que no se hablara más del tema.

Johnny...

¿Qué?

¿Puedo preguntarte algo?

Salvo que te tape la cara con una almohada, no creo poder im¬pedírtelo replicó él.

Su respuesta fue agria porque barruntaba que la pregunta tenía que ver con su falta de excitación, que era algo de lo cual él no quería hablar. Era embarazoso no poder tener una erección instantáneamen¬te. La semana anterior, antes de enredarse tanto con esa maestra arro¬gante que no sabía ya dónde estaba, no le había costado nada hacer el amor con Glenda. Las ganas le habían venido en forma natural, como debía ser.

-¿Tienes algo que ver con la señorita Grant?

¿Qué? casi gritó él, volviendo los ojos hacia la cara de Glenda. Once años atrás ella no sabía leer los pensamientos.

Ya me oíste.

Johnny tardó un minuto en recobrar el aplomo.

¿De dónde has sacado una idea semejante?

Del tono de su voz.

¿El tono de su voz? repitió Johnny.

Debía haber bebido demasiado, porque la conversación lo ponía confuso.

Sí. Me di cuenta de que no le gustaba mucho la idea de que tú estuvieras conmigo. Parecía muy tensa. No amistosa, como lo es habi¬tualmente.

¿Cuándo estaba tensa?

Cuando hablé con ella.

Johnny casi chirrió los dientes. Tenía una sospecha tan horren¬da que casi temía expresarla en voz alta.

¿Cuándo hablaste con ella?

Hace un ratito. Cuando le pedí que viniera por ti.

¡Maldita sea! Casi saltando del diván, Johnny miró a Glenda con furia. Aunque la habitación volvió a oscilar, él se mantuvo de pie.¬¿Para que rayos la llamaste? ¡Pensé que pedías un taxi!

No hay más que dos taxis en Tylerville, y lo más probable es que ambos conductores estén todavía en la merienda campestre. Tú lo sabes.

Johnny lo había olvidado.

¡Maldita sea! repitió con arnargura.

Volviéndose, fue hasta el televisor, recogió las llaves, que Glen¬da había dejado encima del aparato y se encaminó hacia la puerta prin¬cipal.

-¡ Deténte, Johnny! ¡No puedes irte!

¡Claro que puedo, qué demonios!

Glenda salió tras él. Tan alterada estaba, que casi se retorcía las, manos.

¡Es que ella ya viene! ¡Estará aquí en cualquier instante! ¿Qué va a pensar si tú te has ido? Y de cualquier modo, aún estás ebrio. No puedes ir en motocicleta borracho.

Me importa un bledo lo que piense esa engreída. Y no estoy bo¬rracho.

Bajó de la motocicleta. Por un minuto tuvo que apoyarse para sostenerla.

Sí que lo estás. ¡Dame esas llaves!

Glenda lo había seguido hasta el sendero que pasaba junto a la casa rodante. El camino estaba iluminado por la luz tenue, colocada en la entrada de la casa, y lanzaba sobre la escena una negra iluminación. Johnny pudo ver que Glenda estaba realmente inquieta.

Oye no me pasará nada dijo con voz más suave mientras la tomaba por los hombros.

Glenda lo miró fijamente por un minuto. Sin luz del día que mar¬cara sus defectos, se le veía casi tan joven como tantos años atrás, cuan¬do habían sido más amigos que amantes. Algo parecido a ahora, pensó Johnny sintiendo una oleada de afecto hacia ella.

Ella te gusta en realidad, ¿no? La señorita Grant.

Johnny pensó mentir, pero estaba demasiado nervioso, achispado y harto de aquel juego estúpido.

Sí, me gusta en realidad.

Tiene mucha clase, lo sé. Pero, ¿no es... bueno, quiero decir... vieja?

Johnny se encogió de hombros.

Somos adultos los dos.

¿Te acuestas con ella?

Soltando los hombros de Glenda, Johnny se apartó.

No creerás que voy a contestar eso, ¿o sí?

Sujetó los manubrios de la moto, alzó el soporte con el pie y montó en el asiento.

¡Johnny, aguarda!

Glenda se apretó contra él y le echó los brazos al cuello. Johnny la miró con cierta irritación.

Suéltame, Glenda.

Si te enredas con ella, sólo saldrás lastimado. Ella no es de tu especie. No es de nuestra especie.

Es mi problema, ¿verdad? ¿Me sueltas el cuello, por favor?

Pero... Glenda desvió brevemente los ojos, cuando volvieron a los de él, había resignación en su rostro. Sí, creo que es tu proble¬ma. Ten cuidado, ¿me oyes? No quisiera enterarme por la mañana de que te han arrestado... o has tenido un accidente grave.

Tendré cuidado repuso Johnny.

Sorprendido por la fácil capitulación de la mujer, depositó un rápido beso en su mejilla e introdujo la llave en el encendido y puso el motor en marcha.

Quizás estuviera achispado... bueno, sí estaba borracho... pero montado en esa máquina, podía atravesar el infierno con los ojos ven¬dados. Llegaría a casa sin tropiezos.

Con un además de saludo para Glenda, partió en la noche con estruendo.

28

Glenda lo observó alejarse con una expresión de tristeza en la cara. El no había visto el automóvil azul que doblaba la curva, pasando frente a la luz instalada en el otro extremo del parque de casas rodan¬tes. Era Rachel Grant. Ese tipo de coche extranjero era poco común en Tylerville y por lo tanto fácilmente reconocible.

Johnny se había enojado muchísimo con ella por llamar a la señorita Grant para que fuese a buscarlo, pero, ¿a quién acudir? En ese pueblo, ella no conocía muchas personas que quisieran dejar subir a Johnny Harris en un coche con ellos. Muchos pensaban que él había matado a esa jovencita. Glenda no. Conocía a Johnny de toda la vida y nunca lo había visto

tratar con violencia a una mujer. Estaba convencida de que un hombre que no golpea¬ba, no mataba. Tal vez a otro hombre en una riña de ebrios, pero no a una mujer y no del modo en que mataron a esa chica. Esa clase de violencia requería alguien muy malvado, perverso o loco.

Johnny se iba a enfurecer cuando comprobara que, después de todo, no había logrado eludir a la señorita Grant. El sendero que con¬ducía de vuelta al parque de casas rodantes era apenas lo bastante an¬cho para que pasara un vehículo. Glenda no se imaginaba a la maestra apartándose cortésmente para dejar paso a Johnny. Glenda había di¬cho a Rachel que él estaba más borracho que una cuba y que era capaz de matarse antes de recorrer un kilómetro.

Johnny y la señorita Grant acostándose juntos... Ahora que lo pensaba, Glenda se preguntó por qué no lo había sospechado antes. El siempre había tenido debilidad por la maestra; leía libros y escribía co¬sas para impresionarla, y era muy cortés cuando ella estaba cerca. Y desde que él había regresado, ambos estaban juntos con frecuencia. Vaya, si ella hasta había dado trabajo a Johnny en la ferretería de su padre.

Y Rachel Grant era bastante linda, a su manera esmerada. Sus ropas eran de lo peor realmente pasadas de moda, sin nada del estilo del cual se enorgullecía Glenda y no tenía senos. Pero su tez era bue¬na para una mujer de su edad, y tenía un aire altanero que tal vez un hombre con los antecedentes de Johnny hallara atractivo. Una especie de desafío para él.

Las incipientes esperanzas de Glenda con respecto a él se venían abajo. Claro que no estaba locamente enamorada de Johnny, pero era bueno con los chicos.

¡Glenda!

El susurro sobresaltó a la mujer, arrancándola de sus pensamien¬tos. Rígida, con los ojos bien abiertos, se volvió y miró alrededor. No había más que tinieblas, excepto el mortecino resplandor de luz que brillaba sus espaldas.

¿Quién es?

Por alguna razón desconocida tuvo miedo. Lo cual era una ton¬tería. No había nada que temer en Tyllerville. No existía la criminali¬dad, salvo uno que otro adolescente estúpido que apedreaba las faro¬las o derribaba un buzón con un bate. Nada violento, ni siquiera un asalto en once años.

¿Podría echarme una mano con esto?

La persona que susurraba debía ser el señor Janusky, el endeble octogenario que vivía en una casa rodante atrás de la de Glenda.

Janusky había estado resfriado, y por eso su voz sonaba rara. Pero, ¿qué rayos estaba haciendo el anciano afuera, a esa hora de la noche? Debían ser casi las doce y él se acostaba habitualmente a las nueve.

¿Es usted, señor Janusky?

Sí. Dése prisa, Glenda.

La voz surgía de la oscuridad a la izquierda de la casa rodante, hacia donde se encontraba el enorme recipiente para la basura. Tal vez el viejo había salido para echar los desperdicios y había descubierto que no podía alzarlos para meterlos en el recipiente.

¿Dónde está usted?

Habiendo disipado su temor, Glenda fue en dirección a la voz.

Por aquí.

Glenda salió del charco de luz y dio unos pasos en la oscuridad que la envolvía... y se detuvo de golpe. Una sensación de espanto cayó sobre ella como una lluvia helada. Pero antes de que pudiera actuar en consecuencia, antes de que pudiera correr, gritar o siquiera moverse, algo duro le golpeó el costado de la cabeza con tal fuerza que la mu¬chacha cayó al suelo, perdió un minuto el sentido y vio estrellas. ,

Reaccionó con dolor, miedo y por fin sintió que alguien la apuñalaba; una y otra vez con furia. Lloriqueando, alzó a medias un brazo en un fútil intento de contener a su atacante y tuvo apenas un instante para registrar el hecho increíble de que la estaban ase¬sinando.

En ese instante, su único pensamiento coherente fue una enlo¬quecida plegaria: "Dios mío, te lo suplico... ¡no quiero abandonar a mis hijos! ¡Por favor, no! ¡Te lo ruego!

Luego la oscuridad volvió a caer como un pesado telón de ter¬ciopelo.

29

Mejor. Quien vigilaba se sentía mejor, casi purificado, ahora que se había hecho justicia. Había sangre por todas partes y él absorbió el aroma con creciente placer, frotándose las manos teñidas de rojo, dis¬frutando de la cálida y húmeda viscosidad del líquido de la vida. Igual que la otra mujer, once años atrás, esta había merecido morir. Quien vigilaba clavó una mirada de deleite en la mujer que estaba inerte en el suelo. Yacía inmóvil, desgarrada y sangrante su carne, callada aho¬ra, sin tratar ya de escapar. No sentía piedad alguna por ella.

Quien vigilaba se inclinó lentamente pare recoger las rosas rojas que serían su tributo al alma que partía. Con movimientos rápidos, las manos aún cubiertas de sangre, esparció pétalos aterciopelados sobre el cuerpo aún tibio.

Alhucemas para la primera, que había sido joven, aunque no inocente. Rosas levemente marchitas para esta otra.

Qué adecuado, pensó quien vigilaba, y puso fin a la tarea antes de esfumarse en la noche.

3O

Rachel Carson pisó los frenos con violencia. Allí, en el vivo res¬plandor de los faros de su coche, precipitándose hacia ella como un al¬ma en pena salida del infierno, rugía la motocicleta de Johnny. Sin du¬da Johnny la vio en ese mismo momento, porque la moto se detuvo á medias, luego se desvió a la izquierda bruscamente y pareció casi volar fuera del camino.

Cuando Rachel bajó de su auto, la moto yacía de costado sobre la hierba, sus ruedas girando todavía. Johnny maldecía en voz baja.

Santo Dios, ¿estás bien?

Rachel corrió a su lado, se inclinó sobre él, apoyó una mano en su hombro y escudriñó su rostro bajo el casco plateado.

No es gracias a ti refunfuñó el muchacho, mientras se incorpo¬raba un poco tambaleante.

Por un momento se quedó allí, vacilante. Buscó con los dedos el cierre que tenía bajo el mentón. Por fin se abrió con un chasquido y el casco se cayó.

Sí que estás ebrio dijo Rachel, dando un paso atrás al recibir en la cara el aliento de cerveza . Cuando me llamó tu amiga, me costó mucho creer que realmente harías algo tan idiota como conducir des¬pués de beberte nueve cervezas. Pero es obvio que eres más estúpido de lo que yo pensaba.

No puedo haber bebido más de seis... o siete repuso Johnny con malhumor . No estoy ebrio. Un poco achispado, nada más.

¿Ah, sí? preguntó con furia Rachel . ¿Cómo es entonces que has destruido tu motocicleta?

¡Porque tú casi me echaste fuera del camino!

¡Yo tenía los faros encendidos y conducía dentro del límite de velocidad! ¡Si no me viste hasta que fue demasiado tarde, es porque estás ebrio!

¡No lo estoy!

¡Sí, lo estás!

Por un momento permanecieron casi nariz contra nariz. Rachel, con la cabeza echada hacia atrás y las manos sobre las caderas, lo mira¬ba furiosa. La mirada con que le respondía Johnny era igualmente hos¬til. Luego desvió los ojos hacia su motocicleta derribada.

Mira lo que has hecho dijo en tono un tanto quejumbroso, apartándose para inclinarse sobre la máquina.

¡Tú lo has hecho, no yo! Tienes suerte de estar vivo todavía.

Quizá no lo estuviera si no la hubiese tirado de costado. ¿Ves aquel roble grande? Iba derecho hacia él.

Rachel miró y se estremeció. Johnny enderezó la moto y la apoyó en su soporte central para examinarla con evidente ansie¬dad. El olor de la gasolina derramada era más intenso aún que el olor a cerveza.

Reventé un neumático. Evidentemente disgustado, Johnny, que se había agachado atrás de la moto, se irguió.

-Qué lástima.

Tendrás que llevarme a casa dijo Johnny en tono vacilante.

Para eso he venido.

Regresaré mañana por mi moto.

Perfecto.

Rachel iba ya hacia su auto, que estaba detenido en medio del camino, con las luces encendidas, el motor aún en marcha, la puerta del lado del conductor abierta de par en par. Ni siquiera miró atrás pa¬ra ver si Johnny la seguía cuando subió.

Segundos más tarde Johnny se deslizaba junto a ella, arrojando su casco en el asiento de atrás.

Rachel dio marcha atrás, arrancó y partió hacia el pueblo sin de¬cir palabra. La carcomía saber que Johnny acababa de abandonar los brazos de Glenda Watkins. Celosa... así es, celosa. Pero, ¿qué otra co¬sa había esperado de Johnny Harris? Era un mujeriego empedernido.

Rachel se contuvo. Era tan culpable de aplicar estereotipos co¬mo los demás habitantes del lugar. Pensó con resquemor que Johnny no habría ido en busca de Glenda o al menos ella no lo creía así, por lo menos no tan pronto si la misma Rachel no lo hubiese alejado.

Johnny encendió la radio. En un programa recordatorio de anti¬guos éxitos, los Rolling Stones se lamentaban de no obtener ninguna satisfacción. Johnny hizo girar el dial hasta elegir una estación de músi¬ca country que en ese momento presentaba a los Judds.

¿Lo pasaste bien en la merienda al aire libre? preguntó Johnny.

Su comentario repentino le valió una mirada de reojo hostil.

Sí.

Silencio.

Te pido disculpas si he interrumpido tu velada.

Ya puedes disculparte... y sí, la interrumpiste.

Espero no haber causado molestias a tu novio.

No.

¿Sigues acostándote con él?

Entonces Rachel le lanzó una mirada llena de furia.

Para empezar, nunca he dicho que lo hiciera. ¿Y sabes por qué? Porque no es asunto tuyo.

¿Que no?

¡No?

Silencio.

¿Has tenido problemas en la escuela por mi visita?

¿Te importa acaso?

Sí.

Rachel le lanzó una rápida mirada de sorpresa. Había previsto alguna réplica burlona, no esa tranquila afirmación.

Un poco.

Lo siento.

Lo peor de la ira de Rachel se calmó.

No es culpa tuya.

Habían llegado a las afueras del pueblo y Rachel giró a la dere¬cha. La ferretería se hallaba a tres calles de distancia.

¿Tienes tu llave? inquirió ella al detener su auto.

Sí repuso él, mostrando un tintineante llavero colgado de un dedo.

Buenas noches, entonces.

Johnny la estaba mirando, pero la oscuridad impidió que Rachel viese su expresión. Era obvio que ella sólo esperaba que él bajara an¬tes de partir.

Rachel, ¿vas a subir? inquirió él con voz queda.

No.

¿Todavía necesitas espacio?

Rachel apretó los labios y, con los ojos llameantes, se volvió ha¬cia él.

Sí, así es. ¡Como cualquier mujer sensata! ¡Hay que verte! ¡Estás ebrio y no es la primera vez! ¡Andas a toda velocidad en esa mo¬tocicleta como una adolescente resuelto a suicidarse! Te acuestas con cualquiera, llevas el cabello demasiado largo, tus modales son espanto¬sos y tu resentimiento es enorme! Dices tener un diploma universita¬rio. ¿Lo estás utilizando? ¡No! ¿Tienes planes para utilizarlo? Hasta donde sé, no. Acabas de pasar la tarde con tu amiga, que al menos se preocupa tanto por ti y no permite que conduzcas borracho. ¿Y luego tienes el descaro de pedirme que suba contigo? En nombre del cielo, ¿qué crees tener para ofrecerme? ¿Puedes contestarme?

Hubo una pausa larga y tensa. Rachel sintió que Johnny se ponía rígido poco a poco.

¿Muy buen sexo? Preguntó luego él con pausado acento.

La pregunta flotó en el aire entre los dos. Rachel sintió crecer la ira en su interior, convirtiéndose en pocos segundos en una furia ar¬diente y feroz de la cual nunca se habría sospechado capaz.

¡Baja! dijo con suavidad, tan encolerizada que le tembló la voz. Luego la alzó hasta gritarle : ¡Baja! ¡Sal de mi auto! ¡Sal de mi vi¬da! ¡Vete, vete, vete!

Lo empujó por el hombro, haciendo cuanto podía por obligarlo a salir, sin lograr el menor resultado. Tan furiosa estaba, que solloza¬ba; tan furiosa que quería dar puntapiés y chillar como Katie en una ra¬bieta. No podía decir qué habría podido hacer si él no hubiese abierto la portezuela y bajado en ese momento.

Cualquier cosa con tal de hacerte feliz, nena dijo él con una mueca insolente.

Cerró la puerta de golpe y cruzó la calle con aire jactancioso. Subía la escalera cuando Rachel, que aún temblaba por la reacción, puso en reversa la transmisión y salió dando bandazos.

31

Estaban preparándose para ir a la iglesia cuando sonó el teléfono. Rachel, que ya estaba vestida con un traje de lino rosado, ataba una a a ta azul en el cabello de Loren, mientras Becky ponía dificultosamente los zapatos a Katie. Lisa monopolizaba el cuarto de baño de arriba. Elisa estaba todavía en el dormitorio de Stan, ayudándolo a vestirse y hablando con J. D., que había venido con Tilda a vigilarlo mientras el resto de la ha concurría a la ceremonia religiosa del domingo a la mañana.

Teléfono, Rachel llamó Tilda desde abajo.

¿Rob? inquirió Becky alzando las cejas.

Rachel se encogió de hombros y bajó corriendo la escalera p atender la llamada. Cuando colgó el auricular parecía preocupada.

¿Quién era, cariño? preguntó Tilda, que estaba preparan los platos del desayuno, al ver la expresión de la joven.

Tengo que ir a la comisaría.

¿Qué? Becky, que bajaba llevando a Katie en brazos, Oyó el comentario de su hermana.

Necesitan que vaya enseguida. No quisieron decirme qué contestó Rachel.

Pero lo sabía, no le cabía duda, que tenía algo que ver con Johnny. Apretó los labios. Johnny debía estar en aprietos por al ¿Acaso había vuelto a salir la noche anterior?

¿Un domingo por la mañana? objetó Becky, incrédula . ¿Y la iglesia entonces?

Creo que podré llegar Rachel miró el reloj. Aún faltaba una hora para el inicio de la ceremonia religiosa.

Si quieres, puedes ir conmigo y con J. D. esta tarde intervi¬no Tilda, echando detergente en el lavaplatos y cerrando la puerta. Tilda no iba a la misma iglesia que los Grant, pero Rachel y Becky la habían acompañado con anterioridad en muchas ocasiones. Aun¬que la congregación era negra en su mayoría, todos eran bienveni¬dos, y cualquiera sabía que las hermanas Grant eran casi tan fami¬liares de Tilda como sus propios hijos . Sabrás que ahora Tanya canta como solista en el coro.

¿De veras? dijo Rachel. Tanya era la hija menor de Tilda . Quisiera oírla... Pero espero poder encontrarme con mamá y Becky en la iglesia.

¿Crees que se trata de la tienda... o de ese tal Harris? Becky la miraba con inquietud. Por un momento, Rachel clavó la vista en su hermana; luego suspiró.

¿Mamá ha estado hablando contigo?

Por supuesto.

Por supuesto -repitió Rachel. Habría debido saber que Elisa¬beth confiaría todo a Becky . Es probable que se trate de la tienda. Tal vez un chiquillo haya arrojado una piedra a un escaparate o algo pare¬cido.

Tal vez.

En el tono de Becky, Rachel advirtió escepticismo. ¿Qué le habría dicho su madre acerca de Johnny y de la relación de Rachel con él? Rachel no quería saberlo.

Será mejor que vaya a ver qué quieren.

Cuando Rachel huyó de la habitación, Becky y Tilda cambiaban miradas significativas.

Minutos más tarde, con las llaves de su auto en la mano, Rachel asomó la cabeza en la cocina antes de salir. Para alivio de Rachel, Elisabeth aún estaba arriba, Becky y Tilda, que conversaban en voz baja cerca del lavaplatos, cesaron inmediatamente de hablar cuando vieron a Rachel.

Becky, dile a mamá adónde he ido, ¿quieres? Dile que procu¬raré llegar a la iglesia, pero que si no es posible volveré a casa lo antes que pueda. Y si esto me lleva un rato, procura impedir que vaya a la co¬misaría, por favor.

Becky miró a su hermana y asintió con la cabeza.

Haré lo posible... Pero ya sabes cómo es ella.

Lo sé.

Ambas intercambiaron sonrisas irónicas y cariñosas; luego Ra¬chel partió.

La comisaría era un pequeño edificio de ladrillo situado en la calle Madison, a menos de un kilómetro al sur de la ferretería. Rachel había acudido. sólo algunas veces, habitualmente para vender a comprar entradas para alguna actividad escolar o cívica. El estacionamiento estaba inusitadamente lleno para ser domingo, y cuando Rachel entró en el área de recepción, con sus pisos de linóleo y sus duras sillas de plástico, notó que parecían

haber muchos agentes de turno. En realidad, no analizó tales detalles; los advirtió solamente y los guardó en alguna parte de su mente para rememorarlos más tarde.

Hola, ¿querían verme ustedes? decía poco después al joven agente que atendía el escritorio. Presumió que era un recién llegado pueblo, ya que su rostro no le era familiar.

¿La señorita Grant?

Sí..

Un minuto, por favor respondió el policía. Alzó el auricular del teléfono que tenía sobre el escritorio de metal, oprimió un botón y dijo : Está aquí la señorita Grant.

¿Puede decirme de qué se trata? inquirió ella mientras agente colocaba de nuevo el auricular en su soporte.

El joven policía sacudió la cabeza.

Tendrá que preguntárselo al jefe.

Sorprendida, Rachel estaba por preguntar qué hacía el jefe Wheatley trabajando un domingo era miembro de su misma iglesia, y junto con su esposa, nunca se perdía una ceremonia cuando entró, el, jefe en persona por la puerta que comunicaba con las oficinas de atrás, y el área de detención de prisioneros.

Rachel sonrió Wheatley al saludarla.

Pero Rachel, con su percepción agudizada por una creciente alarma, advirtió que estaba cansado y un poco torvo. Estaba ojeroso, y su piel, normalmente rubicunda, había cobrado un tinte grisáceo.

¿Qué ha ocurrido? inquirió bruscamente ella.

Venga atrás, Rachel. Allí podremos hablar.

Y le sostuvo la puerta. Cada vez más nerviosa, mientras consideraba y desechaba diversas posibilidades terribles, Rachel traspaso la puerta y cruzó un corto corredor; luego se sentó, frente al, escritorio.

El jefe de policía cerró la puerta; luego fue a sentarse tras el escritorio. La única ventana, que era muy pequeña, permitía el pa¬so de muy poca luz natural. El vivo resplandor del aparato fluores¬cente del techo revelaba el más mínimo detalle: el sucio suelo de linóleo, el metal pardusco del escritorio, el rostro cansado del jefe. Rachel sólo pudo imaginarse el aspecto que debía tener bajo el im¬placable resplandor.

¿Qué ha pasado? volvió a preguntar uniendo las manos sobre regazo.

. Antes debo hacerle unas preguntas repuso él . ¿Le molesta si grabo esto?

Pues no...

Se lo agradezco. Así se evitan confusiones más tarde.

Wheatley abrió un cajón de su escritorio y sacó un pequeño gra¬bador portátil. Luego se reclinó en el sillón y miró a Rachel con los ojos entrecerrados. Tenía las manos juntas sobre el vientre. Debía te¬ner sesenta años aproximadamente, como lo atestiguaba su cabello en¬canecido y ralo y los músculos flojos de su mandíbula.

Ayer fue a la merienda al aire libre del Día del Trabajo, ¿no es así? inquirió él.

Rachel asintió con un gesto; luego, recordando el grabador, dijo:

Sí.

¿Qué hizo después?

Me fui a casa. ¿Por qué?

¿Nada más?

No, más tarde volví a salir. En busca de... de un amigo que había bebido demasiado y no debía conducir.

¿Qué?

Rachel no podría dejar de mencionar a Johnny.

Johnny Harris.

Usted fue en busca de Johnny Harris porque él había bebido demasiado y no debía conducir. ¿Es cierto eso?

Es lo que he dicho.

¿Adónde lo fue a buscar?

A ese parque de casas rodantes situado junto al río... no recuer¬do su nombre.

¿Las Fincas Appleby?

-sí.

¿La llamó Harris para que fuese a buscarlo?

No, lo hizo Gienda Watkins.

Ah... Wheatley unió las puntas de los dedos que antes reposa¬ban sobre su estómago. ¿A qué hora?

Alrededor de las once, creo. Acaso un poco más tarde. ¿Por qué?

- Enseguida llegaremos a eso. Primero necesito saber algunos detalles más. ¿Glenda Watkins, parecía alterada en algún sentido cuan¬do llamó?

No.

-¿Fue realmente en busca de Harris?

Sí.

¿A que hora diría que fue eso?

Rachel pensó un minuto.

Es probable que haya tardado media hora en llegar allá, porque tuve que vestirme. A eso de las once y media, creo.

Dígame exactamente qué pasó, Rachel. Esto es importante, así que sea lo más precisa posible. Empiece desde la llamada de la señora Watkins. ¿Qué dijo ella?

Rachel se lo dijo; luego pasó a relatar cómo se había vestido, cómo había conducido hasta las casas rodantes y luego, un poco a regañadientes, su encuentro con Johnny. Si aquello tenía que ver con manejar ebrio, como ella sospechaba a medias, no quería causarle más aprietos de los que ya tenía, aun cuando el desdichado se lo merecía de sobra.

Así que él destrozó su motocicleta...

Sí.,

¿Estaba ebrio?

Rachel frunció los labios.

Había estado bebiendo, sí.

Pero, ¿estaba ebrio hasta perder el juicio? ¿Sabía lo que estaba haciendo? ¿Parecía... normal?

Rachel alzó las cejas.

Enteramente normal. Sólo un poco achispado.

¿Qué llevaba puesto?

Rachel evidenció sorpresa.

Pantalones tejanos azules, una camisa de mangas cortas, calza¬do deportivo.

¿Estaban... advirtió usted alguna mancha o decoloración en ellas, o algo parecido?

No. Supongo que. probablemente había manchas de hierba en sus pantalones por el accidente, pero no las noté.

¿Entonces no advirtió usted nada inusitado en su actitud o en sus ropas?

En efecto.

Está bien. Después de que fue a buscarlo, ¿qué ocurrió?

Pues... lo llevé a su apartamento.

-¿A qué hora cree que llegaron?

-A eso de la medianoche.

¿Y qué pasó entonces?

El entró. Y yo me fui a casa.

¿Harris entró en su apartamento a eso de la medianoche? ¿Us¬ted lo vio entrar?

Lo vi subir la escalera.

Muy bien. Déjeme repasar esto, a ver si lo entiendo bien. La señora Watkins la llamó a las once para que fuese en busca de Harris porque pensaba que él estaba demasiado ebrio para

volver a casa en su moto. Usted fue allá en auto, llegó a eso de las once y media y desvió a Harris del camino frente al parque de casas rodantes. Harris dejó allí su moto, subió al auto con usted y usted lo llevó a su apartamento, don¬de llegó alrededor de la medianoche. ¿Es así?

Sí.

Entonces tengo una sola pregunta más. Cuando pasó en busca de Harris, ¿vio a Glenda Watkins?

Pues sí, la vi. No hablé con ella, pero la vi desde cierta dis¬tancia, inmóvil frente a lo que, supongo, era su casa rodante, cuan¬do me aproximaba al parque. Cuando giré por el recodo de Mans¬lick.

¿La vio? ¿Está segura?

Wheatley se irguió bruscamente en el sillón, fijó la vista en la ca¬ra de Rachel, apoyando las manos en el escritorio.

Pues sí...

¿Está segura de que era ella?

Sorprendida por la repentina intensidad de Wheatley, Rachel asintió con un gesto; luego dijo:

Sí, estoy segura.

¿Qué estaba haciendo ella? ¿Estaba... parecía encontrarse bien?

. Por lo que pude ver, parecía estar muy bien. Estaba de pie fren¬te a la casa rodante, mirando cómo se aproximaba mi auto.

¿Cuánto tiempo después de eso estuvo a punto de chocar con la motocicleta de Harris?

Pues, enseguida. Menos de un minuto, diría yo.

Piense, Rachel. Esto es importante. ¿En algún momento, después de que la motocicleta de Harris se salió del camino, lo perdió usted de vista?

La joven pensó; luego sacudió la cabeza.

No, ¿por qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Es que... le ha pasado algo a Johnny?

Rachel comprendió que una acusación directa, como la de con¬ducir en estado de ebriedad, no justificaría el juego de las veinte pre¬guntas que estaban jugando ella y el jefe, ni su actitud severa. Temía que fuese otra cosa. Algo muy grave.

El jefe Wheatley suspiró y perdió parte de su rigidez. Tendió una mano y apagó la grabadora.

La señora Watkins fue asesinada anoche.

Rachel lanzó una exclamación ahogada.

¿Qué?

Wheatley asintió.

Y eso no es lo peor. Este crimen es casi un duplicado exacto del caso Edwards, incluyendo las flores esparcidas sobre el cuerpo. Sólo que en este caso fueron rosas, no capullos de alhucema. Tomados de un jardín cercano.

¿Glenda Watkins ha sido asesinada? La incredulidad y el es¬panto, combinados, hicieron que la voz de Rachel se quebrara en la, última palabra.

Apuñalada trece veces. En algún momento, entre las doce me¬nos cuarto y las doce y diez, que es cuando su hijo salió a buscarla. Di¬ce que, como vio moverse algo en la oscuridad, se asustó, volvió a en¬trar corriendo, cerró la puerta con llave y llamó a un vecino. El vecino fue a ver y encontró el cuerpo.

¡Oh, Dios mío! exclamó Rachel, sintiéndose enferma de ho¬rror.

-Igual que la vez anterior. Johnny Harris salía con ambas muje¬res y fue la última persona que vio a la víctima con vida.

Aún conmovida, Rachel escuchó las palabras del policía y luego sacudió la cabeza.

No, él no fue... La vi allí de pie y él acababa de partir. En su mo¬tocicleta. La vi cuando Johnny ya había partido, ¿entiende usted? No pudo haberla matado.

El jefe de policía asintió con lentitud.

Es cierto. Si está usted absolutamente segura de que fue Glen¬da Watkins a quien vio.

Estoy segura.

¿Tan segura como para atestiguarlo bajo juramento, en un tri¬bunal?

Sí, estoy absolutamente segura. Estaba inmóvil bajo la luz de una lámpara y la vi con claridad.

Wheatley frunció los labios, unió las puntas de los dedos y se las miró; luego de nuevo a ella, con ojos penetrantes.

Rachel... ¿Harris no se puso en contacto con usted, no le pidió que diga esto, ¿verdad? Si es así, dígamelo ahora y quedará entre nos¬otros dos.

Rachel lo miró fijamente con los ojos desorbitados.

¡No! dijo luego, ofendida. ¡No!

Si eso le ha parecido insultante, discúlpeme repuso el po¬licía . Pero tenemos aquí un caso realmente sórdido, un incidente que parece idéntico al que causó la condena de Harris once años atrás. Sólo que esta vez él tiene una coartada perfecta: usted. ¿Dónde nos deja eso entonces?

¡Johnny no asesinó a Marybeth Edwards! ¡Lo sabía! ¡Lo supe siempre! exclamó Rachel, súbitamente alborozada.

Wheatley alzó una mano.

Bueno, esa es sólo una de las posibilidades que debemos consi¬derar. Otra es que se trata de un asesinato imitativo, planeado para echar las culpas a Harris. Esa teoría tiene tres explicaciones posibles. Una, que alguien... por ejemplo el marido de ella, tal vez... tenía mu¬chas ganas de librarse de la señora Watkins, y que estando Harris en li¬bertad, decidió que lo más fácil sería matarla y hacer que pareciese que lo hizo Harris. La segunda posibilidad es que alguien odia tanto a Ha¬rris, que mató a la mujer con quien él salía para que lo enviaran de vuelta a la cárcel a algo peor. Eso, al parecer, indicaría como culpable a un pariente o amigo de Marybeth Edwards. La tercera posibilidad... bueno, es muy dura.

¿Lo cual quiere decir ... ?

Lo cual quiere decir que hay aquí un factor desconocido. Al¬guien que está totalmente loco o tiene un motivo que no hemos ad¬vertido aún. Pero lo haremos. Indudablemente lo haremos agregó el policía en tono resuelto. Bruscamente se puso de pie, miró a Ra¬chel, vaciló, luego se inclinó hacia ella con ambas manos apoyadas en el escritorio . Rachel, no me propongo acusarla de mentir... La conozco desde que era pequeña y siempre he pensado que es cien por cien honesta y moralmente proba. Pero, como sabe, tengo dos hijas. Y he visto qué les pasa a las jóvenes cuando un hombre las hechiza...

Barruntando adónde iba aquello, Rachel abrió la boca para re¬futarlo con indignación. El jefe alzó una mano para interrumpirla.

No debería decir siquiera esto, salvo para avisarle. Sin duda comprenderá que, si... digo si acaso está mintiendo, se ha puesto en peligro grave. Es usted lo único que impide que Harris se pase e resto de su vida en prisión, o acaso esta vez, sin la extrema juven¬tud como factor atenuante, vaya a la silla eléctrica. Yo no querría estar en esa situación. No con un hombre que pueda cometer crímenes como estos.

No estoy mintiendo repuso con firmeza la mujer.

El jefe de policía se irguió.

Muy bien. Creo ciertamente en su palabra, y empezaremos a buscar al culpable en otro lado. Hemos hecho aplicar algunas pruebas a Glenda Watkins, y compararemos sus resultados con los de Marybeth Edwards. Ya han sido enviados al laboratorio. En una semana a diez días sabremos si se trata del mismo asesino en ambos casos, o un imita¬dor. La tendré informada.

Gracias.

El jefe se encaminó hacia la puerta. Rachel se puso de pie, comprendiendo que la entrevista tocaba a su fin. Entonces pre¬guntó:

¿Dónde están los niños... los hijos de Glenda Watkins?

Sintió un nudo en la garganta al pensar en los cuatro pequeños sin madre. Jeremy y su madre parecían tan íntimos.

Lo primero que hicimos fue llamar al padre. El mayor de los chicos estaba muy alterado... Repetía sin cesar que vio algo en la oscu¬ridad. Pero no ha podido decirnos quién o qué. El jefe de policia sa¬cudió la cabeza. Esto es mal asunto, de lo peor... Vamos a descubrir quién hizo esto. De eso le di mi palabra a ese chico, y se la doy a usted. ¿Querrá llevarse a Harris ya que está aquí, o debo decirle que se vaya a pie?

Rachel, que iba a salir en ese momento, no podía dar crédito a sus oídos. Se volvió hacia él.

¿Me está diciendo que Johnny está aquí?

Wheatley asintió con la cabeza.

Así es. Lo detuvimos esta mañana a eso de las dos. Contó lo mismo que usted, pero yo no pensaba dejarlo libre hasta verificar su versión de los hechos.

¡Pues ya puede dejarlo ir! ¡El no ha matado a Glenda Watkins!

Eso parece repuso pesadamente el policía . Espere fuera, Ra¬chel. Veré que lo lleven allí.

32

Unos quince minutos más tarde, Johnny Harris salía por la puer¬ta que comunicaba la parte de atrás de la comisaría con el área de es¬pera. Rachel, que hojeaba una revista sin verla, se puso de pie. Johnny estaba sin afeitar, despeinado y ojeroso. Sus movimientos espasmódi¬cos y sus ojos relucientes indicaban que estaba furioso. Tenía una ma¬gulladura en el pómulo izquierdo, y un hilillo de sangre seca se curva¬ba como una coma en la comisura de su boca.

Lo han lastimado exclamó Rachel con sorpresa, mientras Kerry Yates observaba a Johnny con cautela.

Ah, sí, se resistió al arresto. Tiene suerte de que no lo acusemos de agresión. Le dio un buen golpe a Skaggs.

-Vamos, Rachel dijo Harris. Se contrajo un músculo de la mandíbula cuando lanzó a Kerry Yates una mirada mortífera.

¡Pero ellos te han golpeado! Deberías presentar una querella re¬plicó ella, indignada, mientras él la arrastraba hacia la puerta.

Johnny lanzó un resoplido.

Sí, claro. Sigues viviendo en el país de Oz, maestra. Aquí, en el mundo real, tengo suerte de que no me dieran un balazo y dejaran las preguntas para más tarde.

Abrió la puerta, esperó impaciente a que ella la traspusiera; lue¬go salió a su vez.

¡Pero tú no hiciste nada! ¡Ahora lo saben! ¡Por lo menos te de¬ben una disculpa!

Johnny se detuvo y miró a Rachel a la cara, que estaba roja de ira en defensa de él. Estaban en el estacionamiento, al pie M breve tra¬mo de escalones de hormigón que conducían hasta la puerta. El sol de septiembre era brillante y caliente, el cielo de un azul infinito, y una bri¬sa indolente movía apenas el aire.

A veces eres tan ingenua, que no, puedo creerlo dijo él con as¬pereza. Luego, soltándole el brazo, echó a andar sin ella. Por un mo¬mento Rachel se preguntó si pensaba irse a pie a su apartamento. Pe¬ro Johnny se detuvo junto al coche y subió.

Cuando ella ocupó su asiento, lo vio recostado, con los ojos ce¬rrados.

¿Te dijeron lo de Glenda? -inquirió él mientras Rachel ponía en marcha el vehículo.

Sí. Es terrible. Esa pobre mujer. Esos pobres niños.

Sí repuso él, y guardó silencio.

Al salir a la calle, Rachel lo miró, pero no dijo nada. Se lo veía totalmente agotado.

Era una buena chica. Una buena amiga. Detesto pensar en que haya muerto de ese modo.

-Estoy muy apenada.

También yo. Apenadísimo. Pero eso no le sirve de mucho a Glenda. Crispó los puños, y de pronto se irguió en el asiento, los ojos brillantes de cólera y dolor.- Dios, ¡debe haber ocurrido tan pronto co¬mo me marché! ¡Si hubiera vuelto en vez de irme contigo, habría podi¬do impedirlo! Por lo menos, tal vez habría sorprendido al miserable en el acto.

Y quizás habrías muerto tú también dijo Rachel con calma.

Johnny sacudió la cabeza.

Sea quien sea, ataca a las mujeres. Dudo de que tenga coraje para enfrentar a alguien lo bastante fuerte como para defenderse.

¿Entonces piensas que es la misma persona que mató a Mary¬beth?

Sí.. No creo mucho en imitadores. En un pueblo del tamaño de Tylerville, no creo que haya dos personas tan enfermas.

No te falta razón.

Habían llegado a la ferretería; Rachel detuvo el auto. Johnny buscó la manecilla de la puerta, miró a Rachel y vaciló. Cuando habló, su voz reflejaba una dulzura que antes no había tenido.

Se te ve muy linda. ¿Irás a la iglesia?

Iba a ir.

Aún hay tiempo. Si te das prisa.

Rachel buscó la mirada de él, y leyó en los ojos azules, soledad, dolor y anhelo, y se encogió de hombros por delicadeza.

No he faltado a la iglesia en casi diez años. Supongo que podría dejar de ir por una vez.

¿Quieres pasar el día conmigo?

Eso me gustaría.

Johnny sonrió, con una sonrisa lenta y dulce que traspasó a Ra¬chel hasta el corazón. Entonces comprendió algo, algo que había esta¬do revoloteando en los lindes de su conciencia, pero que en ese precí¬so momento cobró forma concreta. Aunque lo había definido, y había estado segura en su fuero interno de que Johnny no había matado a Marybeth Edwards, siempre había abrigado una duda muy leve. Aho¬ra esa duda se. había disipado, se había esfumado completamente. Johnny Harris era inocente, tan inocente como ella.

Rachel tuvo la sensación de que su corazón había quedado de pronto en libertad.

Pasaron el día juntos y, por tácito acuerdo, se rehusaron a hablar o a pensar siquiera en el horrendo acontecimiento que había ocurrido tan cerca de ellos la noche anterior. Rachel entró con él y, de mala ga¬na, fue presentada de nuevo a Lobo, que seguía mostrándose poco dispuestoo a simpatizar con ella. Rachel aguardó mientras Johnny se daba, una ducha, mientras Lobo la observaba con desconfianza. Cuando él, salió del cuarto de baño con la cintura envuelta en una toalla, ella cayó en sus brazos. Fue la primera vez que hacían el amor estando ambos desnudos, en una cama.

Te he echado de menos dijo él tiempo después, cuando ella yacía con la cabeza apoyada en su pecho, entrelazando los dedos con los crespos rizos negros que allí crecían.

Yo también te he echado de menos repuso ella.

Alzó la cabeza y apoyó la barbilla en el pecho de Johnny pa¬ra sonreírle. Estaban estirados el uno contra el otro, ella con una

pierna echada sobre la de Johnny, él con un brazo alrededor de sus hombros, acariciándole la piel. Las mantas se habían caído, al pie de la cama.

He pensado en lo que dijiste anoche. Acerca de estar yo ebrio, y estar resentido, y todo eso.

Yo estaba enojada.

Lo sé -repuso él, sonriendo un poco . Te favorece mucho el enojo, estabas muy mona.

Rachel le retorció un pelo del pecho, tanto que él lanzó un chi¬llido. Apartándole los dedos, Johnny se frotó la parte lastimada y le lanzó una mirada de reproche.

Me ha dolido.

Es lo que yo quería. Detesto que m e digan mona.

Pero si eres mona. Lo más mono que he visto en mi vida. Espe¬cialmente tu cu...

Iba a decir "culito" pero Rachel le tapó la boca con la mano ape¬nas a tiempo.

No digas palabrotas lo amonestó.

Johnny le apartó la mano, colocándola de nuevo sobre su propio pecho.

¿Acaso intentas reformarme?

Sí.

Está bien. Probablemente lo necesito. Lo cual me lleva de nue¬vo a lo que quise decir al principio...

¿Qué es?

Tenías razón. Anoche estaba ebrio. No volverá a suceder.

¿Que no?

Rachel casi no se atrevía a creer lo que estaba oyendo. Johnny sacudió la cabeza.

No... Contempla a un abstemio recién converso. Miró a Lobo, tendido en el pasillo, jadeando, que observaba celosamente a su amo, luego a Rachel. Empezaba a parecerme a mi padre. Bebía de la mañana a la noche desde que puedo recordarlo. No voy a terminar así.

Me alegra saberlo.

La vida es demasiado corta.

Sí..

Por un momento callaron, mientras ambos, sin quererlo, recor¬daban a Glenda. Johnny miró a Rachel.

¿Realmente quieres que me haga cortar el cabello?

Rachel rió, contenta de disipar el humor sombrío que los amena¬zaba.

Si tú no quieres, no. Tu cabello es hermoso.

Vaya, gracias, señora Johnny vaciló y sonrió. Lo uso de este modo porque fastidia mucho a la gente.

Lo sé.

Pues me lo haré cortar si tú quieres.

Gracias, pero no quiero que hagas demasiados sacrificios. Con permanecer sobrio basta.

¿Entonces no me obligarás a que renuncie a mi motocicleta? Rachel alzó la vista con repentino interés.

¿Lo harías si te lo pidiera?

Harris le tomó la mano y se la llevó a los labios.

No hay nada que no hiciera si me lo pidieras, Rachel.

Junto a la cama, sonó el teléfono. Su estridente sonido fue tan inesperado, que Rachel dio un salto.

Estirando una mano, Johnny se llevó el auricular al oído.

Hola... Escuchó con el entrecejo fruncido y miró a Rachel. , Pues sí, señora, aquí está. Tu madre agregó en voz muy baja.

Aunque con una mueca, Rachel aceptó el auricular.

Hola, mamá dijo con resignación.

Rachel Elisabeth Grant, ¿qué haces con ese joven Harris en su apartamento?

Rachel casi se lo dijo, pero antes de que pudiera hacerlo, Elisa¬beth continuó en un casi susurro urgente, destinado, según supuso Ra¬chel, a impedir que Johnny la oyera.

¿Supiste lo de Glenda Watkins?

Sí, lo supe.

¿Que ha sido asesinada? ¿Igual que Marybeth Edwards? ¿Ano¬che?

Sí, mamá. Es una terrible tragedia.

¿Y tú estás en el apartamento de él? insistió Elisabeth, cuyo tono decía claramente que no podía creer que su hija fuese tan estúpida.

Johnny no la mató, mamá.

Por amor de Dios, Rachel, ¿puede oírte él?

Sí, claro que puede.

¡Oh, Dios mío! ¿Te tiene de rehén? ¿Debo llamar a la policía?

No, él no me tiene de rehén, y no debes llamar a la policía con¬testó Rachel, exasperada, pero Johnny la miraba con una amplia son¬risa . El no mató a Glenda Watkins, mamá. Sé que no fue él porque estaba anoche conmigo cuando eso ocurrió.

¡Contigo! ¡Si tú estabas en casa, acostada!

No, no estaba suspiró Rachel . Escucha, te lo contaré todo cuando llegue a casa, ¿de acuerdo? Por favor, no te inquietes por mí. Estoy muy bien. Es probable que no llegue a casa hasta esta noche. Va¬mos a salir y comeremos algo. Salvo que... Miró a Johnny, alzó las ce¬jas inquisitivamente y tapó el auricular del teléfono para que su madre no pudiera oírla.- ¿Quieres ir a mi casa para la cena del domingo? Mi madre es una excelente cocinera.

¡Rachel, tú no harías esol exclamó Elisabeth, evidentemente horrorizada.

Sí, lo haría, mamá. No te preocupes, él tiene tan pocas ganas como tú, al parecer... Pero quiero que los dos se conozcan.

Oh, Rachel, ¿por qué? gimió Elisabeth.

Porque estoy locamente enamorada de él, madre repuso Rachel, mirando a Johnny. En el otro extremo de la línea, Elisabeth lanzó un gritito ahogado.

Para sorpresa de Rachel, Johnny tendió la mano y le quitó el au¬ricular.

Rachel la volverá a llamar, señora Grant dijo en forma apre¬surada y volvió a colgar.

Después se volvió lentamente hacia Rachel, que se quedó inmóvil. Se enderezó un poco, unió las manos bajo la cabeza y se re¬costó apoyándola en la almohada para poder ver mejor la cara a Ra¬chel.

¿Fuiste sincera, o dijiste eso tan sólo para enfurecerla?

Rachel le sostuvo la mirada.

He sido sincera.

¿Ah, sí? sonrió él un poco.

Sí.

¿Sí?

Sí.

La sonrisa se ensanchó de puro deleite. Johnny se estiró hacia ella, la atrajo sobre su pecho y la puso de espaldas sobre el colchón. Apoyándose en un codo, se inclinó sobre ella.

¿Quisieras repetirlo? Esta vez, sólo para mí.

Rachel alzó la vista hasta él, el rostro bello, los ojos azules, la bo¬ca larga y sensual con un tajito en la comisura. Alió con ternura un de¬do para tocar la magulladura del pómulo.

Estoy enamorada de ti dijo con suavidad.

Has omitido el “locarnente" la reprendió él . Quiero oírlo to¬do, que me lo digas en la cara.

Estoy locamente enamorada de ti repuso ella. La dicha brotó y floreció en su interior. Por fin lo había dicho. Su secreto estaba revela¬do, ya no era un secreto, y se alegraba de ello.

Rachel...

En los ojos de Johnny había asombro, y también pasión, cuando le tomó la cara entre las manos y se inclinó buscando su boca. Su beso fue exquisitamente dulce e íntimo, diciendo cosas que no había puesto en palabras todavía. Rachel, arrobada, le rodeó el cuello con los bra¬zos y se entregó a la gloria de que él le hiciera el amor.

Más tarde, cuando yacía envuelta en los brazos de él, semidormi¬da, satisfecha, oyó un ruido que le hizo arrugar la frente. Por un mo¬mento no pudo imaginarse qué diablos podía ser.

. ¡Te hace ruido el estómago! dijo mirándolo a los ojos bien abiertos. Johnny le hizo una mueca.

Me muero de hambre confesó . No he comido desde alrededor de las seis de ayer.

-¡Debiste decir algo!

Tuve que elegir entre alimento para el cuerpo o alimento para el alma, y ganó el alma.

La sonrisa de Johnny la deslumbró con su hechizo. Tendió una mano, la puso tras la cabeza de él y le acercó la boca para darle un beso cálido, prolongado.

Jesús murmuró él. La ciñó con sus brazos y la hizo girar con él hasta que ella quedó de nuevo debajo suyo. Sus intenciones eran muy, claras.

Nada de eso ahora dijo ella hurgándole las costillas Nos va¬mos a levantar y vamos a ir a comer algo. No podemos quedarnos en, cama todo el día.

Me gustaría repuso él.

Entonces, de mala gana, la soltó y se puso de pie. Por un mo¬mento, mientras él se erguía desnudo junto a la cama, Rachel se permitió el lujo de mirarlo, nada más. Pensó que era realmente un: hombre muy apuesto. Alto y enjuto, con los hombros y los brazos';; musculosos, era una verdadera ilustración de P1ayboy. Una V de es¬pesos rizos negros cubría su pecho, afinándose en una línea que corría sobre su ombligo y bajaba para ensancharse de nuevo en sus genitales. Por un momento Rachel enfocó allí sus ojos con puro placer. Johnny la observaba. Rachel encontró su mirada y recordó que estaba recostada sobre la revuelta sábana de abajo, totalmente desnuda, se estiró lenta, deliberadamente, como una gata indolen¬te. Cuando los ojos del hombre, ardientes, recorrieron todo su cuerpo arqueado, Rachel se sintió deliciosamente pecaminosa. Y deseable, tan deseable.

Bueno, basta ya. A la ducha contigo, antes de que me desmaye por falta de alimento.

Se agachó, la alzó en sus brazos y pasó por encima de Lobo, que observaba esas actividades con desdén; la llevó al cuarto de baño, donde la depositó de pie en la bañera. Abrió ambos grifos, probó la tem¬peratura del agua, retiró la pequeña clavija que activaba la ducha y entró junto con ella, cerrando luego la cortina.

33

Rachel Carson tenía treinta y cuatro años y nunca se había duchado con un hombre. Mientras Johnny le enjabonaba la espalda y lue¬go le pasaba unas manos sensuales bajo los brazos para cubrirle y en¬juagarle los senos, Rachel comprendió lo que se había estado perdiendo. Había todo un mundo allí afuera, un maravilloso mundo de los sentidos entre un hombre y una mujer, que ella apenas si había vislumbrado. Mientras las manos enjabonadas se deslizaban por su vien¬tre, sus caderas, sus muslos y luego su trasero, ella comprendió que es¬taba tan enamorada de él que le aturdía.

Ella, Rachel Grant, estaba enamorada de Johnny Harris. Ese pensamiento era tan absurdo, que emitió una risita.

¿Dónde está la gracia? gruñó él... la reacción de Rachel a sus dedos inquisitivos no era la que él esperaba.

La hizo girar en sus brazos y la miró a la cara con fingida severi¬dad mientras el agua caliente los empapaba.

Tú. Yo. Nosotros. ¿Quién lo habría pensado?

Johnny le pasó los dedos por el cabello empapado, separando los mechones de modo que el agua, al caer, le enjuagara bien el cabello. Luego bajó las manos para posarlas sobre el delgado talle de la mujer.

Yo lo he pensado durante años. Casi la mitad de mi vida, en realidad.

Repentinamente seria, Rachel lo miró con fijeza y detuvo la agradable tarea de enjabonarle el pecho. Con el cabello tan mojado como el de ella y alisado, dejando libre su cara, se lo veía muy diferen¬te del Johnny a quien ella estaba habituada. Estaba igual de guapo, igual de atractivo, pero mayor, más maduro. En ese momento no que¬daba el menor

atisbo del adolescente demasiado crecido. Era un adul¬to, igual que ella. Al parecer, la diferencia en sus edades no era un obstáculo.

Ahora que has conseguido lo que querías de mí, ¿cuánto tar¬dará en terminar la luna de miel? inquirió Rachel en tono jocoso, pa¬ra que él no sospechara la seriedad que experimentaba ante su res¬puesta. Johnny no había hablado de amor, sólo de deseo y de lujuria. Si todo lo que él quería era cumplir una fantasía sexual de adolescen¬te, lo había logrado con creces. Rachel empezó a mover de nuevo los dedos, pero percibió algo en la mirada del hombre que le aceleró el co¬razón. Johnny tomó las manos de ella, para detener sus vacilantes mo¬vimientos y atrapar el jabón contra su propio pecho.

Años me llevará conseguir lo que quiero de ti. Puede que me lleve el resto de la vida. Tal vez hasta más que eso.

¿Ah, sí? dijo ella, sonriendo a través de la implacable cortina de agua.

Sí -repuso él. Se inclinó para besarla y el jabón cayó, resbalan¬do, sin que ellos lo notaran.

Permanecieron en la ducha hasta que el agua se enfrió y el estómago de Johnny empezó a manifestarse otra vez.

¿Qué tal si cocino yo en lugar de que salgamos? preguntó Johnny después de que ambos salieron de la bañera a tropezones. Su voz quedó un poco apagada porque se estaba frotando vigorosamente el cabello con la toalla.

¿Tú? Rachel, que se había envuelto el cuerpo con otra toalla, dejó de pasarse el peine de púas anchas por el cabello para mirarlo con fijeza, algo incrédula, por el espejo.

Sí, yo. ¿Por qué no? Sé cocinar replicó él. Terminó con su ca¬bello y se rodeó la cintura con la toalla.

¿Sabes cocinar?

Era tan evidente la incredulidad de Rachel, que él sonrió.

Rachel, preciosa, detesto decirte esto, pero se te notan los es¬tereotipos. Dios santo, ¿qué hay en mí para que la gente presuponga lo peor? Claro que sé cocinar. En una familia como la mía, si no sabías cocinar, te morías de hambre.

Aún levemente incrédula, porque no podía evitarlo, ella con¬templó aquel cuerpo largo, fuerte, tan masculino. En la familia de Rachel, su madre había cocinado, y las niñas habían aprendido de Elisabeth. Rachel no había visto nunca a Stan revolver tan siquiera una olla de sopa. Pero Johnny tenía razón. El solo hecho que él fuese tan viril no era motivo para que no pudiese preparar una comida. Ella lo estaba estereotipando, tal como lo hacían todos los demás.

¿Y bien? insistió él, mirándola a los ojos con el espejo.

Cocina tú, por supuesto. Estoy impaciente por verlo.

Johnny sonrió y salió del cuarto de baño. Rachel lo oía dar vueltas por el dormitorio, y presumió que se estaba vistiendo. Fue a la sale, de estar en busca de su bolso, pasando cautelosamente por encima de Lobo que, estirado en el pasillo, miraba con abyecta devoción a Johnny, mientras se vestía en el dormitorio. Cuando ella casi saltó por encima suyo, el enorme animal la siguió con la mirada, pero ni siquie¬ra emitió un gruñido.

Se aplicó los pocos cosméticos que llevaba habitualmente en el bolso lápiz de labios, polvo, crema humectante para las manos se es¬ponjó el cabello ya casi seco y fue al dormitorio para vestirse. En la co¬cina, Johnny hacía ruido con ollas y sartenes. Le resultaba enternecedor que él cocinara para ella.

Poco después, estaba vestida con el atavío con el que había llegado la falda estrecha del traje rosado, su blusa de seda blanca con mangas cortas, un simple collar de perlas y zapatos beige , se enca¬minó hacia la cocina, a ver si podía ayudar al maestro.

Tendido junto a la puerta que conducía a la ferretería, Lobo la obser¬vaba con una mirada cavilosa que puso un poco nerviosa a Rachel.

En la cocina hervían cacerolas, y del horno emanaba un delicio¬so olor a ajo, pero de Johnny no había señales.

¿Johnny? llamó ella, volviéndose para buscarlo. Debía haber ido al cuarto de baño sin que ella lo notara. En el pequeño apartamen¬to no tenía ningún otro sitio donde él pudiera estar.

Inmóvil en la puerta, Lobo la observaba fijamente.

Rachel lo miró a su vez sin saber qué hacer. El perro bloqueaba la única salida.

-Johnny repitió ella con un atisbo de pánico en la voz.

El animal era enorme, alto y robusto, y evidentemente experto en batallas. Si era de alguna raza en particular, Rachel no pudo identi¬ficaría. Pero, por otro lado, había tenido muy poca experiencia con pe¬rros. Se limitaba al perro de agua de su tía Lorraine. La madre de Ra¬chel no toleraba perros en su casa tan inmaculada.

Dondequiera que estuviese, Johnny no respondió. Los ojos de Lobo parecieron agudizarse, y la mirada que fijaba en Rachel parecía casi codiciosa. Dios santo, ¿acaso esa bestia pretendía comérsela? ¿Atacaría?

Rachel retrocedió un paso. Observó horrorizada como Lobo avanzaba.

¡Johnny!

Fue un grito a plena garganta. Al oírla, Lobo irguió las orejas y dio otro paso adelante.

Rachel retrocedió con cautela y se encontró con la espalda con¬tra el mostrador. Se movía tan despacio como podía, para no provocar al animal. Apoyó ambos brazos en el mostrador, que se encontraba a sus espaldas, y se hizo encima de él. Lobo avanzó otro paso. Ya estaba en el interior de la cocina, a apenas un metro de los pies de Rachel.

¡Johnny! Esta vez fue un lamento desesperado.

Lobo alzó la cabeza, sus ojos relucieron. Rachel se apresuró a acomodar los pies bajo su cuerpo; luego se incorporó. Acurrucada so¬bre el mostrador, echó mano de una cuchara de madera con mango lar¬go que estaba apoyada junto al fregadero y la sostuvo por delante co¬mo un escudo.

Pero qué...

Al oír la voz de Johnny en la entrada, Rachel casi se desplomó de alivio, tan contenta de verlo que ni siquiera le molestó su evidente expresión de burla.

Socorro dijo débilmente. Johnny sonrió . ¿Dónde estabas?

Todavía sonriendo, Johnny entró en la cocina, pasó al lado de Lobo, que acható las orejas y agitó la cola para su amo, y abrió la puer¬ta de la nevera.

Abajo, en la tienda. Necesitaba un poco de sal para la salsa de los macarrones y recordé que Ziegler guarda paquetitos del Rey de la Hamburguesa en su escritorio.

Sacó algo de las profundidades de la nevera y se lo arrojó a Lo¬bo, que lo devoró ávidamente y agitó la cola pidiendo más.

Anda, échate dijo Johnny, alejando al animal con un ademán. Para alivio y asombro de Rachel, Lobo se volvió y salió . Quería una salchicha agregó Johnny antes de bajar a Rachel del mostrador y qui¬tarle la cuchara de las manos.

-¿Una salchicha? ¿Estás segura? Todavía asustada, Rachel apoyó la frente en el pecho de Johnny.

Estoy seguro. ¿Qué creíste que quería?

Comerme respondió convencida Rachel.

Johnny se echó a reír. Rió hasta que Rachel, disgustada, pasó ro¬zando al perro, decidida a volver al dormitorio.

Lobo, tendido junto a la puerta de la cocina, al salir, la detuvo de golpe. Rachel lo miró con desagrado. Lobo la miró a su vez; Rachel, habría jurado que con aire de burla.

Toma, dale una.

Acercándosele, Johnny, que había dejado de burlarse, trató de

ponerle en la mano una salchicha de aspecto viscoso.

¡No! ¡Antes trataría de alimentar a una barracuda! Racho1,11 cruzó ¡os brazos sobre el pecho sin ánimo de celo.

-Quiero que ustedes dos sean amigos. Anda, por favor.

Johnny lograba engatusarla, con su tono conciliador... pero persistía su temor. Rachel sacudió la cabeza.

Johnny suspiró.

Haré un trato contigo. Intenta hacerte amiga de Lobo y yo intentaré hacerme amigo de tu madre.

Rachel lo miró con incredulidad.

¿Estás realmente comparando a mi madre con un perro monstruoso, mal entrenado y feroz?

Johnny se encogió de hombros.

Ella me asusta muchísimo.

Rachel lo miró un momento, pensativa.

Está bien dijo luego de mala gana y tendió la mano para tomar, la salchicha.

Cuando la cena preparada por Johnny estuvo lista, Rachel tenía la sensación de que, si bien no eran todavía amigos, al menos Lobo y ella habían establecido una tregua. El costo de la paz había sido un paquete y medio de salchichas.

Durante el resto del día comieron, sacaron a Lobo a pasear al terreno vacío situado frente a la tienda, fueron en auto a ninguna parte, luego volvieron para repantigarse en el diván, Johnny con la cabeza en el regazo de Rachel, miraba la televisión y hablaba de na¬da. Ambos aludieron deliberadamente el tema de Glenda. Por for¬tuna, la dicha del amor resultó ser una potente anestesia contra su pesar.

A las seis, Rachel, a regañadientes, empezó a pensar en irse a ca¬sa. Cuando le dijo a Johnny que tenía que partir, a él se le velaron los ojos, pero asintió con un gesto.

Sí, se está haciendo tarde.

Me quedaré a pasar la noche, si no quieres estar solo.

Estaban en la cocina, vaciando el lavaplatos. La soltura con que efectuaban tareas domésticas sencillas, tales como cocinar y hacer jun¬tos la limpieza, sorprendía a Rachel. Era como si ella lo hubiese conocido toda la vida... y en realidad, si lo pensaba bien, era cierto. Al com¬prenderlo, Rachel sonrió un poco.

No hace falta que lo hagas.

Rachel guardó una cacerola, y se volvió para mirarlo. Estaba apoyado en el mostrador, mientras la observaba. Aunque su rostro es¬taba totalmente inexpresivo, Rachel supo cuánto detestaba él la idea de su marcha.

Sé que no hace falta que me quede. La pregunta es, ¿quieres tú que me quede9

Sus palabras fueron directas, atravesando la cortina de humo de la autosuficiente virilidad de Johnny. Luego Rachel esperó. Johnny había estado tanto tiempo sin nadie en quien apoyarse, que admitir que la necesitaba a ella, o a cualquier otra persona, era difícil para él.

Johnny hizo una mueca.

Si te quedas, es probable que tu madre venga por mí con una escopeta. Si alguien más se entera, el pueblo entero te marcará como una ramera. La junta escolar podría invocar esa... ¿cómo era?... esa cláusula de depravación moral y te despedirían. ¿Acaso quiero hacer¬te pasar por eso? No.

Nada de eso importa, si me necesitas.

Quiero que te quedes, pero no necesito que lo hagas, no tanto como para ponerte en una situación como esa. No, vete a casa esta no¬che, duerme en tu cama, y ven mañana a pasar la velada conmigo.

¿Cocinarás tú? sonrió Rachel.

Ya te he malcriado, ¿verdad? sonrió él, y le tendió los brazos.

Rachel fue hacia ellos, que se cerraron a su alrededor como si Johnny no quisiera soltarla jamás, pese a sus palabras.

Cuando Rachel salió del apartamento de Johnny, eran casi las ocho. El la acompañó hasta el auto; luego se quedó inmóvil en la ace¬ra, viendo cómo se alejaba.

Dejarlo solo con sus fantasmas fue lo más difícil que había hecho Rachel en su vida.

34

Los días siguientes fueron al mismo tiempo los mejores y les peores que había pasado Rachel Carson en su vida. Por una parte, pa¬saba las tardes con Johnny, se deslizaba por atrás al apartamento des¬pués de que la tienda cerrara para que no la vieran, y se quedaba cada noche hasta las once, más o menos. Paseaban al perro, bailaban lenta¬mente en la sala de estar, al ritmo de una colección de viejas canciones que Johnny había reunido en su adolescencia y que acababa de recu¬perar de la casa de su padre; limpiaban el apartamento, cocinaban, hacían el amor. Mientras tanto hablaban, de cualquier cosa y de todo y Rachel redescubría esa mente perspicaz, inteligente, ávida de saber que tanto la atrajera antes. El que esa mente residiese ahora en el cuerpo de un hombre, no un muchacho, un hombre de quien, además, ella estaba honda, apasionadamente enamorada, parecía un don de los dioses. Poder discutir temas tan divergentes como la vida después de la muerte y los vericuetos de la salsa para macarrones con un hombre que citaba a Henry Wadsworth Longfellow y al mismo tiempo la enlo¬quecía de lujuria, era más de lo que a ella se le había ocurrido pedir e a la vida.

Pero Tylerville estaba conmocionado por el asesinato de Glen¬da Watkins... y casi todos los lugareños estaban convencidos de que el asesino era Johnny Harris. La propensión de los ciudadanos por las ha¬bladurías se había vuelto siniestra, y los rumores proliferaban. Las ver¬siones iban desde un culto de adoradores del diablo (con Johnny como demonio principal), hasta Johnny como maníaco sexual homicida. Habría sido fácil reírse de las versiones más absurdas, salvo que se re¬ferían al hombre a quien ella amaba.

Hasta su propia madre, aunque Rachel le aseguraba que Johnny no podía haberlo hecho, lo consideraba francamente un psicópata. Co¬mo dijo a su hija, tenía la esperanza de que él no sobrellevara un cam¬bio de personalidad al estilo doctor Jekyll Mr. Hyde mientras Rachel estaba con él.

Sólo Becky comprendía un poco el enamoramiento de Ra¬chel, debido a que. estaba experimentando su propio tumulto. Mi¬chael había regresado a Louisville sin conseguir la firma de Becky en los papeles que le permitirían vender la casa, pero había amena¬zado volver la semana siguiente. Becky, acongojada, dejó de lado su pena para defender a su hermana ante la madre de ambas. A su vez, Rachel escuchaba las efusiones de Becky cada vez que su hermana sentía necesidad de hablar. Mutuamente devotas cuando niñas, sólo que distanciadas por los cataclismos de la adolescencia y por el posterior casamiento de Becky, las dos volvían ahora a ser íntimas. Rachel descubrió que tener a su hermana como amiga y aliada era una fuente enorme de consuelo, y Becky, al parecer, sentía lo mis¬mo.

El funeral de Glenda estaba previsto para la mañana del domin¬go, una semana justa después de su muerte. El retraso se debía a que las autoridades habían tenido que efectuar más pruebas con el cadáver. El jueves, habían llegado del laboratorio estadual noticias de que el asesino de Glenda y el asesino de Marybeth Edwards parecían ser la misma persona. A ojos de la ley, Johnny Harris empezaba a pa¬recer inocente. Pero las habladurías lo señalaban como culpable, y la población siseaba de descontento porque un sospechoso tan obvio permanecía libre.

El jefe Wheatley le había prevenido que no acudiera al funeral, y él había prometido a Rachel que escucharía esa advertencia, pero Johnny se presentó en el funeral de Glenda. Rachel casi se cayó de su asiento cuando lo vio entrar en el mismo saloncito de la funeraria de Long donde había tenido lugar la ceremonia para Willie Harris. Bue¬na parte de la población había acudido en esta ocasión, aunque en su mayoría eran curiosos, atraídos por la índole sensacional del deceso de Glenda. Incluso estaba presente un cronista del Tylerville Times, junto con un fotógrafo. Cuando el fotógrafo empezó a tomar fotos, Sam Munson se le acercó

enseguida y le pidió que no lo hiciera. Sobrevino entonces una discusión en voz alta y tanto el cronista como el fotógrafo fueron desalojados.

Después de eso, las cosas se tranquilizaron por unos minutos. Llegaron más flores. De improviso, el altavoz comenzó a emitir músi¬ca fúnebre y sobresaltó a los más nerviosos, antes de que ajustaran el volumen a un nivel adecuado. Las miradas se fijaron en el ataúd cerrado cuando alguien se preguntó, en voz demasiado alta, cuán desfigura. do estaría el cadáver. La sala bullía de morbosas hipótesis sobre los de¬talles exactos de¡ crimen. Todos, al parecer, concordaban en una sola cosa: el sospechoso más probable. El nombre de Johnny Harris era vapuleado entre los presentes entre susurros.

Trajeron más flores y las colocaron junto a los montones de cri¬santemos, lirios y claveles que rodeaban el ataúd. No había rosas Sam Munson había escondido directamente las que llegaron a recibir.

Cuando llegó el clérigo para iniciar la ceremonia, el funeral había tomado más la atmósfera de un circo macabro que de un ritual religioso.

Rachel estaba sentada entre Kay Nelson a su izquierda y Becky a la derecha, y observaba al clérigo que venía por el pasillo. Rachel advirtió de pronto que el cuchicheo había arreciado y cambiado carácter, tomando resonancias siniestras. Miró alrededor para ver la causa ¿acaso había entrado la familia? , entonces divisó en el fondo a Johnny, ataviado con pantalones tejanos y camisa de manga corta, con un hombro apoyado en la pared, Rachel no sabía exactamente, cuándo había entrado, aunque era probable que sólo hacía unos se¬gundos.

La joven palideció, pero antes de que pudiera levantarse para ir a buscarlo, hubo otra oleada de cuchicheos. Los cuatro hermanitos Watkins, acompañados por un hombre cuarentón y sombrío, que debía ser su padre, una mujer joven (¿la "ramera" a quien había mencionado Johnny?) y una pareja de más edad, llegaron por el pasillo y se senta¬ron en la primera fila. Luego el pastor, con sus ropajes negros, avanzó al altar y empezó:

Queridos amigos, estamos hoy reunidos para llorar el deceso de nuestra amada Glenda Denice Wright Watkins...

Ya no había modo de que Rachel pudiera llegar hasta Johnny, sentada como estaba en medio de una fila, sin atraer la atención sobre ellos. Alertadas por su obvia agitación, Becky y Kay miraron en derredor y lo vieron también. Lo mismo el jefe Wheat¬ley, quien se hallaba presente con varios de sus hombres. Aunque no se mostró muy contento por lo que debía hacer, el jefe de policía abandonó discretamente su asiento y fue a situarse de pie junto a Johnny. Los dos cambiaron medidas miradas, pero Rachel no pudo ver nada más. Se vio obligada a volver la cara adelante cuando el clérigo los exhortó a todos a orar.

La ceremonia fue breve, y al menos para Rachel, sumamente conmovedora. Le corrían lágrimas por las mejillas mientras escuchaba los himnos y las plegarias, pensando en Jeremy y en sus hermanos. La pérdida de una madre era tal vez lo peor que podía pasarle a un niño; Rachel estaba tan apenada por los pequeños como por Glenda.

Después, cuando todos estaban de pie y se disponían a salir, Ra¬chel, atrapada entre un mar de gente, vio que Johnny esquivaba al gentío, y se encaminaba hacia el ataúd que yacía entre montañas de flores. El jefe Wheatley no dudó en seguirlo, al igual que Kerry Yates y Greg Skaggs. Las expresiones de los dos agentes más jóvenes perma¬necían impávidas, como si estuvieran cumpliendo su tarea, aunque no les agradara particularmente hacerlo.

Cuando vio a Johnny y a su contingente policía, Becky susurró a su hermana:

Creí oírte decir que él no vendría.

En la escuela, Becky había estado tan sólo dos grados por delante de Johnny, y por eso lo conocía. Rachel vio cómo Becky estudiaba al hombre a quien ella amaba, pero no pudo descifrar su expresión.

Miren, allí está Johnny Harris dijo Kay, atrás de Rachel, en un susurro bastante audible . ¡No puedo creer que haya tenido el desca¬ro de venir! ¡Oh, miren, va a hablar con la familia!

Rachel pretendía replicar con firmeza que Johnny había ve¬nido porque era inocente, porque había tenido cariño a Glenda y estaba apenado por ella, pero entonces vio que Johnny se acercaba a Jeremy, que estaba de espaldas a él, y ponía suavemente una ma¬no sobre el hombro del niño. Jeremy miró atrás, lanzó una exclama¬ción de alegría y de pronto los cuatro niños acudieron en trote, apiñándose en torno de Johnny. Con los brazos le rodearon los muslos, las caderas y dondequiera que podían alcanzar. Visible¬mente conmovido, Johnny se apoyó en una rodilla para envolverlos en un abrazo.

¿Pueden creer eso? preguntó Kay, mientras en torno de ellas se expresaban sentimientos similares.

Finalmente Rachel llegó al final del pasillo y fue de prisa hacia Johnny, que estaba absorto con los niños, rodeado por la guardia cautelosa del jefe Wheatley y sus hombres, pero no había nadie que pudie¬ra protegerlo de los murmullos malignos y las miradas llenas de odio que de pronto electrificaron la atmósfera.

El olor de las flores era tan intenso que daba náuseas, pensó Ra¬chel cuando llegó hasta el grupito, al lado del ataúd. Entonces notó que algo, tal vez un desperfecto del aire acondicionado, hacía que esa parte del salón fuera muy fría. Con un gesto de saludo a Wheatley, Ra¬chel se arrodilló junto a Johnny. No le dijo nada, aunque la mirada que le lanzó expresaba su reproche. Sin embargo, al ver su rostro severo y el obvio afecto que sentían por él los niños que le abrazaban Jeremy le susurraba al oído, mientras el varoncito más pequeño le apretaba la rodilla doblada y las dos niñas apoyaban la cabeza en el pecho de él , lo perdonó por arriesgarse a un desaire o algo peor. Era evidente que su presencia consolaba a los niños, y ella comprendió que por eso había, venido él.

Solamente la hija mayor de Glenda, una bonita sílfide rubia de vestido blanco, que evidentemente había sido comprado para el fune¬ral de su madre, estaba llorando. Los demás niños estaban pálidos, pe¬ro con los ojos secos.

En un tono mucho más cercano a lo normal de lo que podía ha¬ber logrado Rachel en ese momento, Johnny dijo:

Chicos, esta es la señorita Grant. Ella y vuestra madre eran buenas amigas. Rachel, este es Jake... esta es Lindsay, esta es Ashley, y ya conoces a Jeremy.

Mi mamá está muerta declaró Lindsay, de tres años, metiéndose el pulgar en la boca y contemplando a Rachel con enormes ojos azules.

Rachel sintió un nudo en la garganta que le impedía pronun¬ciar palabra. Lo único que pudo hacer fue palmear la mejilla de la pequeña.

Ella ya lo sabe, tonta. Por eso ha venido Jake, el robusto va¬roncito que tenía un brazo aferrado en torno a la pierna de Johnny,, miró a su hermana con reproche.

¿Quieren dejar de hablar de eso? exclamó Ashley.

Rápidamente se apartó de Johnny, con un sollozo, y cruzó el salón a la carrera. Se arrojó contra la mujer mayor que había entrado con ella y que en ese momento charlaba con un grupo de allega¬dos. La mujer, que según supuso Rachel era la abuela de los niños, puso los brazos en torno de la llorosa niña y miró por sobre su ca¬beza en busca de los demás, que aún rodeaban a Johnny Harris.

Luego volvió la cabeza y le dijo algo al padre de los niños que esta¬ba junto a ella.

Al mirar en derredor, la cara de Watkins se puso roja como un tomate.

35

Jake Watkins tironeaba de la mano de Rachel. Ella le sonrió tomando sus deditos regordetes y frotándolos suavemente entre los de ella, y le devolvió la sonrisa.

¿Cómo estás, Jeremy? preguntó Rachel, mientras sujetaba la mano de Jake y miraba compasiva al hermano mayor.

Jeremy, que había dejado de susurrar al oído de Johnny para ob¬servar a su hermana, miró a Rachel. En su cara demacrada se notaba la tensión y la tristeza de esos últimos días. La expresión de sus ojos era, lo más triste que había visto Rachel en su vida.

Yo estoy bien, y Jake también repuso Jeremy. Luego hizo una pausa y le tembló el labio inferior antes de que apretara con firmeza los dos . Pero no estando mi mamá, no hay nadie que lea para la niñas, ni que les peine el cabello. Mi papá no sabe hacer trenzas.

Oh, Jeremy, cuánto me apena lo de tu mamá -dijo Rachel. El hecho mismo de que él ni llorara le hizo sentir ganas de hacerlo.

Señorita Grant, yo... empezó Jeremy en voz baja y rápida, pero se interrumpió bruscamente cuando Becky, que estaba detrás de ¬Rachel, le tocó el hombro.

Cuidado, Rachel -murmuró, pero antes de que pudiera agregar algo, el padre de Jeremy cruzó furioso la habitación.

Sin advertir o sin importarle que todos los presentes lo miraban, con una mano apartó a Jake de la rodilla de Johnny, y con la otra le dio- un empujón a Johnny.

Condenado, ¡no te acerques a mis hijos! bramó Watkins.

Tomó por un brazo a Lindsay y, con un movimiento de cabe¬za, le indicó a Jeremy. En instintiva defensa de Johnny, Rachel se irguió y contuvo el aliento a la espera de la riña que preveía. Par¬tiendo evidentemente de la misma presunción, el jefe de policía su¬jetó a Johnny por un brazo, mientras Greg Skaggs aferraba al otro. Johnny, para mérito suyo, no forcejeó al verse así retenido, sino que permaneció inmóvil, mirando al belicoso Watkins con una ira contenida.

¡Basta ya, Watkins! ordenó Wheatley con brusquedad.

¿Por qué no lo arresta, en vez de protegerlo? ¡Mis hijos han perdido a su mamá y usted se pone de parte del hombre que la mató!

Según las apariencias, por ahora, Harris no es más culpable que usted, señor Watkins. Ya se lo he dicho.

¡La mató él! ¡Tiene que haber sido él! ¡Primero aquella otra y ahora Glenda!

¡Papá, Johnny nunca le habría hecho daño a mamá! Ellos... ¡ellos se besaban y todo eso! Además, yo vi... vi...

Jeremy se precipitó en defensa de Johnny, pero bruscamente se interrumpió, cerrando la boca. Con ojos dilatados, miró a las personas que lo rodeaban en círculo.

¿Qué viste, hijo? inquirió el jefe de policía con suavidad.

Vi algo en la oscuridad. Algo... no sé murmuró Jeremy, miran¬do al suelo. Luego alzó los ojos, que relucían, y recobrando los bríos agregó-: ¡Pero no era Johnny! ¡Sé que no era Johnny!

Vete con tu abuela, Jeremy, y llévate a Jake ordenó Wat¬kins.

Jeremy lanzó a su padre una mirada, en parte de miedo, en par¬te de rencor; luego tomó por la mano a Jake, quien lloriqueaba suave¬mente, y se alejó con el pequeño.

Cuando Jeremy ya no podía oírlos, Watkins, sosteniendo en bra¬zos a Lindsay, que se chupaba el dedo, le dijo a Johnny:

Si lo vuelvo a ver cerca de mis hijos, lo mataré. Juro por Dios que lo haré.

Luego escupió a los pies de Johnny y se alejó. El brillante glóbu¬lo de saliva temblaba sobre la alfombra. Rachel lo miró, luego apartó la vista con el estómago revuelto.

¿Va a dejar que se salga con la suya? ¡Amenazó a Johnny... esa ha sido una amenaza, si en mi vida he oído una! Rachel se volvió hacia Wheatley, temblorosa y escandalizada, antes de que otra persona pudiera decir palabra.

Déjalo tranquilo. Es el padre de los chicos, válgame Dios. Ellos no necesitan más motivos de preocupación en este momento intervi¬no Johnny.

Parecía estar cansado. Se zafó de los agentes que lo sujeta¬ban. Primero el jefe, y luego, más lentamente, Greg Skaggs, se apartaron.

Ofreciéndole su callado apoyo sin pensar cómo se vería eso, Ra¬chel tomó la mano de Johnny, entrelazando los dedos con los de él. Unida a la mano de ella, la de él era cálida y fuerte.

Becky, Kay Nelson, que había seguido a las hermanas cuando se dirigieron al frente de¡ salón, y Susan Henley, que acababa de su¬marse al grupo, presumiblemente para hablar con Rachel, perma¬necían mudas, después de haber presenciado con asombro cómo se desarrollaba el drama. Atrás de Susan, Rachel vio a Rob que se acercaba con Dave Henley, y se sobresaltó. Pero no soltó la mano de Johnny.

Rob no decía nada, pero con ojos furiosos y asombrados miró primero las manos unidas, luego la cara de Rachel. Susan dijo:

Rachel, iremos a merendar y pensamos que a ti, Becky... ya Kay, si quiere... acaso les guste sumarse a nosotros. Y... y... Susan calló al notar también dónde estaba la mano de Rachel.

La expresión de Johnny era sardónica. Rachel sacudió la cabeza y le apretó la mano cuando él quiso retirarla.

Gracias, Susan, pero Johnny y yo tenemos otros planes. ¿Cono¬ces a Johnny Harris, no?

Sí. Oh, sí repuso Susan, cabizbaja.

Rachel, ¿puedo verte un minuto? inquirió Rob con voz tan fría como su expresión.

Rachel miró a Johnny, sin saber bien cómo reaccionaría él, pero él apartó la mano de la de ella. Al oír a Rob, se había puesto rígido, y sus ojos lo miraban relucientes, de un modo nada amistoso. Pero no hi¬zo nada para disuadir a Rachel.

Sintiendo que otra escena desagradable bien podía ser inminen¬te si permitía que los dos hombres permanecieran cerca muchos segun¬dos más, Rachel lanzó a Becky una mirada implorante. Luego permitió que Rob le tomara el brazo y la condujese a un rincón donde una hi¬guera grande proporcionaba cierta privacidad. Antes de que el follaje le bloqueara la visión, le alivió ver que su hermana se acercaba más a Johnny. Becky, leal en una crisis, cubriría a Johnny con el manto pro¬tector de su buen nombre y su impecable reputación mientras Rachel estuviera ocupada en otra cosa.

No podía dar crédito a mis ojos empezó Rob en voz baja y fu¬riosa, volviéndose hacia ella . ¡Verdaderamente estabas tomada de la mano con ese asesino frente a toda esa gente! ¡En el funeral de la mu¬jer a quien él probablemente haya matado a puñaladas! ¿Acaso estás loca? Cuando Rachel quiso contestar, él tomó aliento y alzó la mano para impedírselo. Luego continuó en un tono más conciliatorio. Ra¬chel, he desatendido las habladurías y he atribuido tu interés por Ha¬rris a un corazón bondadoso y a tus instintos de maestra. ¡Pero esto es llevar las cosas demasiado lejos! O aceptas ahora mismo dejar de rela¬cionarte con él, o seremos historia.

-Entonces creo que somos historia repuso Rachel. Para su pro¬pia sorpresa, casi disfrutó al decirlo.

¿Qué? exclamó Rob, atónito. Evidentemente no era esa, ni mucho menos, la respuesta que él había previsto . ¡Rachel, debes es¬tar chiflada! Me dijiste que era imposible que él hubiera matado a Glenda Watkins; porque tú estabas con él, ¡pero yo pienso que son pa¬trañas! ¡No sé cómo, él halló un modo! ¡De lo contrario, es demasiada coincidencia! Aunque no te quisiera, te haría notar algo evidente: ¡po¬nes tu vida en peligro cada vez que estás con él! ¿Quién sabe qué hace falta para hacerlo estallar?

-Johnny no estalla, y jamás me haría daño.

Johnny repitió Rob con amargura . ¡Qué estúpida eres, Ra¬chel! ¡Iba a casarme contigo!

Rachel lo miró, desde lo alto de su bien peinada cabeza hasta los zapatos lustrados. Su mirada no se perdió ningún detalle. Sin pesar al¬guno, revisó la cara madura y atractiva, el traje discreto, la corbata co¬rrecta, la imagen de prosperidad que de él emanaba. Rob era la

encar¬nación misma del marido que, según ella había decidido, quería tener. Sólo que ahora, al parecer, sus sueños habían cambiado.,

No creo que nos hubiera ido bien, Rob dijo Rachel, con más dulzura de la que quizá merecía él, después de sus nada bonda¬dosos comentarios acerca de Johnny. Pero no era culpa de Rob que, gracias a Johnny, ella hubiera descubierto un lado de sí misma bravío, hedonista, desinhibido, cuya existencia jamás había sospe¬chado. No era culpa de Rob si hablaba de golf, de la bolsa de valo¬res y de su jornada en la botica, cuando de lo que ella quería hablar era del sentido de la vida y de William Blake. No era culpa de Rob que su idea de una velada entretenida en casa fuese una mujercita dulce que cocinara para él y limpiara después la cocina mientras él, sentado, miraba fútbol por televisión. No era culpa de Rob que ellos fuesen fundamentalmente incompatibles. A decir verdad, él no había tenido razones para sospechar siquiera tal cosa, cuando ella no había dejado nunca emerger a la romántica llena de sueños que había en ella.

Es evidente que no replicó Rob. Ahora en su voz había cólera; cólera en su actitud controlada y en sus ojos . Me he equi¬vocado con respecto a ti, Rachel, y sólo puedo decir que me alegro de haber descubierto tu verdadera naturaleza antes de que fuese demasiado tarde.

También yo admitió ella, tal vez con demasiada cordialidad para el gusto de él.

La respuesta de Rachel pareció enfurecerlo. Enrojeció y Ra¬chel casi pudo oírle rechinar los dientes. (Era algo habitual en él cuando estaba irritado y Rachel ahora descubría cuánto aborrecía esa costumbre.)

Has cambiado dijo él . Es Harris quien te ha cambiado. Tie¬nes una relación con él, ¿verdad?

Somos almas gemelas dijo Rachel, queriendo ser frívola.

Sólo cuando esas palabras llegaron a sus propios oídos, com¬prendió que eran ciertas. Rob lanzó un resoplido.

¿Lista para partir, Rachel?

Al oír la voz calmada de Johnny a sus espaldas, Rachel casi dio un salto. Cuando se volvió, descubrió que él observaba a Rob con mi¬rada dura y firme. La mano de Johnny, al tomar el brazo de Rachel, fue posesiva. Al sentir que le presionaba el brazo, Rachel fue consciente de una repentina oleada de dicha, tan fuerte que casi sonrió. Le encan¬taba pensar que él estaba anunciando en público que ella era suya. Ya estaba harta de escabullirse por las escaleras de atrás.

. Estás loca, Rachel dijo Rob con aspereza. Por un instante, su mirada se apartó de Johnny Harris para fijarse en ella. Luego apretó los labios y pasó junto a ellos.

Rachel vio que Dave y Susan Henley iban tras él. Becky, Kay, el jefe Wheatley y los dos jóvenes agentes, que habían observado esta es¬cena impasibles, estaban a poca distancia de ellos.

Por suerte, el salón se había vaciado. Sam Munson y sus hombres eran los únicos que quedaban, merodeando discretamente en torno del ataúd, que sería trasladado al coche fúnebre después de que todos se hubieran ido. La familia debía sobrellevar aún el sepelio, pero para todos los demás, el funeral había concluido.

Avergonzada de su propia dicha repentina en ese lugar de dolor, Rachel Carson inclinó la cabeza y dejó que Johnny la condujese fuera del edificio.

36

En el funeral de Glenda Watkins, aquel que vigila se movió con aparente normalidad, pero en su interior, un tumulto de emociones disputaba la supremacía. Por primera vez, esa personalidad dominante afloraba a la superficie, emergiendo de su propio cuerpo la presencia del alma monstruosa de aquel que vigila. La personalidad superficial y cotidiana que conocía

a todos y era conocida por todos, era muy dife¬rente de la verdadera de aquel que vigila. La personalidad cotidiana era agradable y simpática, ocupada en las mil y una pequeñas tareas que constituían la vida diaria. Aquel que vigila no tenía edad ni sexo; era pura maldad. Hervía de furia y de odio, y esas emociones lo empu¬jaban a matar.

Hasta entonces, la personalidad cotidiana no había tenido conoci¬miento de haber participado en los asesinatos de Marybeth Edwards y Glen¬da Watkins. Pero la imagen de esos cuatro niños desconsolados en particu¬lar el mayor, a quien el que vigila había entrevisto la noche del asesinato de Glenda Watkins había desencadenado el recuerdo de esa noche en la per¬sonalidad superficial Ese recuerdo parecía muy real: sangre por todas par¬tes, su aspecto, su sensación al tacto ... y el olor. La personalidad superficial tuvo vahídos de horror y de miedo ... Pero la personalidad superficial no quería recordar Se resistía a los recuerdos. Rechazaba por completo las imágenes, los sonidos y los olores de esa noche.

El que vigila y la personalidad superficial se aliaron en una dul¬ce amnesia. El que vigila, desconfiando de lo que pudiera suceder cuando la personalidad superficial advirtiera su existencia, se cerró. Por un breve período, fue como si los pensamientos, sentimientos y re¬cuerdos independientes del que vigila cesaran de existir.

La personalidad superficial se concentró en la realidad: el borde del asiento contra las piernas tensas, la reconfortante cadencia de la voz del predicador, la tibieza de los cuerpos de los amigos que estaban sentados a cada lado. Las imágenes horrendas, que debían provenir de alguna película de horror olvidada mucho tiempo atrás, cesaron. Afor¬tunadamente, la realidad ganó.

Momentos más tarde, con la personalidad superficial adormeci¬da, el que vigila cobró vida de nuevo. Atisbando por los ojos del cuer¬po, presenció con satisfacción la ceremonia fúnebre de la mujer a quien él había asesinado. Pero antes de que salieran los deudos, el que vigila volvió a sentir furia. Porque, el asesinato de la Watkins, como el anterior, había sido en vano.

Johnny Harris había encontrado una nueva querida. Y al que vi¬gila se le presentaba ahora una nueva presa a quien dar caza y destruir.

Pero antes, la personalidad superficial tenía que encerrar ese re¬cuerdo errático del asesinato de Glenda Watkins. Luego había que eli¬minar esa pequeña amenaza que asomaba en forma tan inesperada.

¿Así que entonces el niño había visto algo en la oscuridad? De pronto un humor negro invadió al que vigila.

Que esperara a ver más de cerca.

37

Pese a la obvia renuencia de Rachel a dejarlo solo, Johnny la en¬vió con su hermana y su amiga a pasar el resto de la tarde. Luego par¬tió en su motocicleta, que ahora tenía neumáticos nuevos. Había cosas que debía hacer y en las que debía pensar. Le obsesionaban el rostro de Glenda y las caras de sus hijos. Pensaba sin cesar en lo que él habría podido hacer, habría debido hacer, para evitar lo que había pasado. No había matado a Glenda, como no había matado a Marybeth, pero de algún modo se sentía culpable, como si esas muertes fuesen de alguna manera culpa suya.

No había inferido aún la razón de esas muertes, como tampoco quién era el autor. Pero un instinto profundo y oscuro que no podía ex¬plicar le indicaba que los asesinatos se vinculaban con él de alguna ma¬nera inexplicable.

Pensó en Marybeth remontándose en el pasado, años atrás. Era linda, delgada, rubia y menuda, como siempre le habían gustado las mujeres. Sus familiares eran miembros del club campestre y pilares de la comunidad. Habían malcriado a Marybeth, que era su hija menor. Marybeth tenía todo lo que deseaba... hasta que quiso tener a Johnny Harris.

Por primera vez en su vida, supuso Johnny, sus padres le habían dicho que no. Marybeth se había rehusado a aceptar una negativa. Había sido una muchacha dulce, joven y necia, con la cabeza llena de sueños de convertirse en actriz o modelo, o inclusive en azafata de aviación (lo cual, a su modo de pensar era casi tan encantador como las otras dos alternativas). En ese entonces, Johnny había quedado impre¬sionado por su belleza, su disposición a escabullirse a espaldas de su padre para verlo, y su sexualidad inocente, ardiente, de la cual él se había aprovechado plenamente con el egocentrismo absoluto de la ju¬ventud.

El había sido la primera rebelión de Marybeth contra e 1 indul¬gente control de sus padres. Un rito adolescente tan típico no habría debido costarle la vida... pero por alguna razón, así fue.

Glenda, en cambio, era diferente. Johnny jamás había imaginado estar enamorado de Glenda, ni tampoco ella lo había estado de él. Habían sido amigos, compañeros de juegos siendo niños, compinches en toda la escuela primaria y en los inicios de la secun¬daria, amantes casuales en su primer y segundo año de estudios, cuando los dos tenían ganas y no había nadie más disponible. Cuan¬do él salió de prisión, habían vuelto a ser amigos y amantes casua¬les. Ella había gozado tanto como él, pero nunca había habido en¬tre ellos ilusiones de amor. Sin embargo, él le tenía cariño a su manera, y ella a él.

Igual que Marybeth, Glenda no había merecido morir. Esos niños no habían merecido que se los dejara sin madre.

¿Cuáles eran entonces los hechos? Había dos mujeres muertas, asesinadas por el mismo criminal. Un criminal que había atacado dos veces en once años. Los años entre uno y otro crimen eran los años en que él había disfrutado de la hospitalidad del estado. Hasta donde él sabía, ¿qué tenían ambas mujeres en común? El se había estado acos¬tando con ambas. Johnny se quedó helado.

Y ahora estaba Rachel. Rachel, por quien él habría bajado la lu¬na del cielo, habría metido las estrellas en una bolsa y habría enjaeza¬do el sol. Rachel, que era más de lo que él había soñado. Su fantasía se¬xual adolescente de hacer el amor con su maestra había sido una fantasía; pero Rachel era real, una mujer buena, dulce, valerosa, inta¬chablemente leal, que lo hechizaba mientras su amor abría la fría prisión del corazón de Johnny.

Rachel lo amaba. Estas tres palabras eran la poesía más bella que él había oído en su vida.

¿Acaso ella estaba ahora en peligro? ¿Había un demente suelto que mataba a las mujeres a quienes él quería? ¿O había entre las vícti¬mas otro vínculo, que él desconocía? Todo aquello era imposible, una loca pesadilla, que él no lograba explicarse.

Pero pensando en Rachel en Peligro, estuvo a punto de dar vuel¬ta su motocicleta y correr a su lado.

Únicamente la lógica lo detuvo. Once años habían pasado en¬tre un asesinato y otro. Era probable que no ocurriese otro menos de una semana después del segundo. Acaso ya no habría otro. Tal vez Marybeth había sido muerta por un psicópata errabundo (la teoría favorita de Rachel) y el de Glenda fuese tan sólo una buena copia del primero. Tal vez Tom Watkins fuese más listo de lo que¬ aparentaba. O tal vez... Dios, ¿quién lo sabía? Las posibilidades eran infinitas.

No, él no creía realmente que Rachel estuviese en peligro. Pero ya se había equivocado antes. Y la vida le había enseñado a ser caute¬loso.

Si el vínculo era él, ¿quién, aparte de la familia de Rachel, sabía .de la relación entre ambos? Estaba la madre de Rachel, a quien él co¬nocía básicamente como una voz incorpórea, desaprobatoria en la otra punta de la línea telefónica, y su hermana Becky, que en la escuela había sido la muchacha más popular de su clase. Becky era menuda, co¬mo Rachel, pero más vivaz, más segura de su propio atractivo, más el tipo de mujer que llamaría la atención del común de los hombres. Johnny siempre había admirado a Becky desde lejos sus

atributos físi¬cos, que ella compartía con su hermana, eran del tipo que siempre lo había atraído , pero había sido a Rachel a quien él había deseado, ya entonces. Entre él y Rachel siempre había habido una percepción, una chispa indestructible.

Almas gemelas. Eso eran ellos. Al pensarlo, Johnny alzó irónica¬mente los labios. Qué romántico... y qué estúpido sonaba eso. Siempre había oído decir que el amor ponía de rodillas a los hombres fuertes y aniquilaba sus cerebros. Tal vez le convendría pensarlo dos veces en cuanto a cortarse el cabello.

Absolvió a la madre y a la hermana de Rachel. Era mil veces más probable que lo asesinaran a él, y no a ella.

Además, Glenda era alta y fuerte para ser mujer. Asesi¬narla tan rápida y violentamente habría requerido una fuerza enor¬me.

La fuerza de un hombre.

¿Andaba suelto un hombre que lo odiaba tanto como para ma¬tar a las mujeres que amaba, para que lo culparan a él?

Johnny sonrió. Rayos, esa era la mayoría de la población.

Era un rompecabezas. Había dado vueltas para todos lados, y no se presentaba ninguna solución. Sólo podía ver que dos mujeres a quienes él había querido habían sido horriblemente asesinadas.

Si esa teoría en particular era cierta, entonces Rachel corría peligro. Podía dejar de verla para protegerla estaba dispuesto a cualquier cosa , pero se le ocurrió que el daño ya estaba hecho. En el funeral, un tercio de la población había visto cómo se tomaban la mano.

Los otros dos tercios se enterarían por la noche, a la hora de cenar. La red de chismes de Tylerville era de una eficiencia inexo¬rable.

Aunque fuese para calmar sus propios temores, Johnny decidió ir a ver a Wheatley, señalarle el posible peligro para Rachel y ver qué pensaba el jefe de policía. Pese a que ejercía una profesión que Johnny aborrecía, era buena persona. Se podía confiar en él, y tenía acceso a mucha información que Johnny desconocía. Acaso supiera de otro vínculo entre las mujeres muertas que dejara totalmente fuera del cua¬dro a Rachel.

Quizá sí andaba suelto alguien que quería matar a las mujeres en la vida de Johnny Harris

Esa tarde, Rachel estaba con su hermana y la amiga de ambas. Estaría perfectamente a salvo. Johnny decidió apresurar sus asun¬tos para poder estar de vuelta al caer la noche. La oscuridad traía peligro consigo, y hasta que amaneciera, él no perdería de vista a Rachel. Si era necesario, nunca en su vida volvería a perderla de vista.

El día siguiente sería domingo, con ese almuerzo infernal que tanto significaba para ella. Johnny hizo una mueca. Tendría que ha¬cer frente a la madre de Rachel en una mesa llena de platería, por¬celana y cristal. Sospechaba que Elisabeth Grant se complacería en hacer la comida más complicada posible, tan sólo para desconcer¬tarlo.

En fin, que pusiera en juego sus peores artes. Aunque él no se lo habría admitido a nadie más, ni siquiera a Rachel, se había preparado para esta eventualidad. Desde que Rachel volviera a entrar en su vida, su lectura de cabecera era un manual de etiqueta.

Pensaba hacer lo posible para no avergonzarla.

También pensaba hacer lo posible para mantenerla con vida.

Cuando todo aquello terminara, si alguna vez terminaba, él tendría una segunda oportunidad. Ahora la policía lo consideraba ino¬cente, no sólo del asesinato de Glenda, sino de Marybeth. Necesitaba hablar con su abogado, que era la razón por la cual iba en ese momen¬to rumbo a Louisville. Quería borrar de su vida la mancha de la conde¬na anterior.

Era como si su destino empezase a retribuirle por errores pasados.

38

Librodot

Rachel seguía estando levemente ofendida con Johnny cuando ella y Becky dejaron a Kay en su apartamento. Había supuesto que, acongojado como estaba después del funeral de Glenda, él habría ne¬cesitado su consuelo. En cambio, la había enviado con Becky, con un distraído apretón de la mano y la excusa de que tenía asuntos que aten¬der esa tarde. Rachel no lograba imaginarse qué clase de asuntos, ya que trabajaba para ella y la ferretería estaba cerrada ese día debido al funeral. Ni siquiera la había besado al despedirse.

Rachel se sorprendió y se avergonzó al comprobar que eso la molestaba.

Sabía que él la amaba, lo sabía con el corazón, con la mente y con el alma, aun cuando él nunca lo había dicho de manera explíci¬ta. Pero el amor entre ambos era tan nuevo, tan increíble y excitan¬temente maravilloso, que ella lamentaba cada minuto que pasaban separados.

Estaba claro que él no sentía ese mismo pesar.

Kay bajó del auto y, volviéndose, sonrió a Rachel y Becky.

¿Seguro que no quieren entrar unos minutos? Tengo un té de hierbas sensacional.

Mirándola por primera vez en años, Rachel advirtió con sorpre¬sa que Kay, que había sido desdeñada como mujer durante su adoles¬cencia y casi toda su juventud, estaba ahora floreciendo. Había color en su rostro, habitualmente pálido, como si hubiera estado haciendo ejercicios o pasando tiempo al aire libre, o algo parecido. Usaba ma¬quillaje, cosa que no solía hacer, y un perfume floral tórrido. Había teñido su cabello pardo, naturalmente opaco, en una especie de castaño rojizo bruñido, y su traje verde manzana era favorecedor. Su figu¬ra, siempre propensa a engordar, seguía siendo redonda, pero más atractiva, y Rachel pensó si habría adelgazado. Últimamente había estado tan absorta en sus propios problemas, que tales cambios hab' acaecido sin que ella los advirtiera.

No, gracias corearon las dos hermanas, asqueadas por la idea del té de hierbas.

Luego se miraron y sonrieron. Kay sacudió la cabeza mirándolas, saludó con un ademán y desapareció dentro del vestíbulo del edifi donde vivía.

Kay se ve bien, ¿verdad? ¿Acaso estará enamorada? inquirió Becky mientras salían del estacionamiento y tomaban rumbo hacia Nogalera. Conducía el auto de Rachel, pues había tenido más experiencia con la manera de conducir de su hermana.

Me estaba preguntando eso mismo.

¿Quién podría ser? se rió Becky . Los dos únicos solteros la ciudad que se me ocurren están disputando por ti.

¿Te refieres a Johnny y Rob? -Rachel miró a su hermana. Tiene que haber más solteros en Tylerville que esos dos solos.

Becky sacudió la cabeza.

He estado observando y no he visto ninguno. Probablemente tú no lo hayas advertido, pero yo estuve ausente tanto tiempo, que veo las cosas que son diferentes cuando regreso. Los hombres jóvenes que tienen un poco de ambición tienden a irse pronto de Tylerville, y si vuelven es casados y con hijos.

Becky sonrió con cierta tristeza, y Rachel recordó por qué su hermana andaba fijándose en los solteros.

¿Cree que te vas a quedar en Tylerville, Becky? ¿Después... después de que haya terminado?

¿El divorcio, quieres decir? Pues anda y dilo... tengo que aprender a aceptarlo. Pronto seré una divorciada, ¿puedes creerlo? lanzó una risita carente de alegría.

Rachel sacudió la cabeza.

La vida da vueltas extrañas, ¿verdad?

¿Como que tú te hayas quedado aquí, cuando siempre pensa¬bas viajar por todas partes, ver el mundo y tener aventuras maravillosas? Mientras que yo... yo pensaba que me enamoraría, tendría hijos, los criaría aquí en Tylerville y no me marcharía jamás. Ninguna de no¬sotras obtuvo lo que esperaba, ¿o sí?

Has tenido el casamiento y las hijas.

Pero eso no resultó como yo pensaba. Aun cuando las cosas en¬tre Michael y yo estaban bien, no... ¡oh, no era suficiente! Todo era siempre acerca de él. Su carrera, sus ropas, su vida social. Yo pensaba siempre, ¿y yo, qué?

No sabía que sentías de esa manera. Siempre pensé que eras feliz.

Lo sé. Quería que todos ustedes pensaran eso, tú, mamá y papá. Quise que todos creyeran que mi matrimonio era un gran éxi¬to. Me sentía tan mal por habértelo quitado, Rachel. ¿Lo amabas mucho?

No tanto como creía amarlo entonces, ni mucho menos.

Ambas callaron unos minutos, recordando. Luego Becky lanzó a Rachel una mirada burlona.

Una cosa te diré... tú sabes elegirlos. Johnny Harris es un ti¬pazo.

-¿Un tipazo? Rachel tuvo que reírse. Becky hablaba como una de sus alumnas adolescentes.

Lo es insistió Becky . Hacía tanto que no lo veía, que me había olvidado. Estaba dos años atrás de nosotras, pe¬ro mis amigas y yo siempre pensamos que era el muchacho más guapo de toda la escuela. ¡Si no hubiera sido tan alocado! De cual¬quier modo, ahora es un hombre ¡y es absolutamente divino! Tan sexy, y te mira de un modo que... ¡uau! Tampoco me importaría te¬ner amoríos con él.

Rachel miró a su hermana y unió las manos sobre el regazo.

Puede que esto sea algo más que un amorío, Becky. A decir ver¬dad, creo que lo es.

¿Cuánto más? inquirió Becky, súbitamente seria.

Mucho más. Tan enamorada estoy de él, que me doy asco.

No estarás pensando en casarte, ¿o sí, Rachel?

Rachel se encogió de hombros.

Como no lo ha pedido, no sé qué decir.

Vamos, Rachel Elisabeth. Te conozco demasiado bien. Estás pensando en el matrimonio, ¿verdad?

Tal vez.

Conoces todos los obstáculos tan bien como yo.

Sí.

Entonces no diré nada más. Salvo que el matrimonio ya es bas¬tante difícil cuando las personas tienen todo a favor... como pensé que teníamos Michael y yo. No me gustaría tener puntos en contra desde el principio.

Lo sé.

Hubo una pausa.

Rachel...

¿Sí?

Contestando a tu pregunta anterior, creo que me quedaré tiempo aquí en Tylerville. Para mamá es bueno tener aquí a las niñas y para ellas es bueno tener a mamá. Y es bueno para mí también. Pues eso... si estás pensando que acaso quieras marcharte, puedes considerarte libre para hacerlo. Yo me ocuparé de todo hasta que decidas volver.

Sorprendida, Rachel miró a su hermana.

Me conoces demasiado bien, Beck.

De otro modo, ¿cómo podrías casarte con Johnny Harris? No es del tipo para quedarse aquí, y no veo cómo podría hacerlo aunque lo fuese. A la mayoría de estas personas no les importará jamás si culpable o no. Lo creen culpable y nada ni nadie les hará cambiar idea jamás.

Lo sé. Estuve pensando en eso.

Así que, si estás resuelta y decidida a hacerlo, no dejes que te lo impida ninguna preocupación acerca de mamá y papá. Tú has hecho parte. Es mi turno.

Tal vez nunca surja la cuestión... Pero gracias.

Librodot

De nada repuso Becky sonriendo a Rachel; luego volvió de nuevo su atención al camino. Segundos más tarde miró de reojo a su hermana . Rachel...

¿Sí?

¿Estás segura de que él no es un psicópata asesino de mujeres- a quien le agrada hacerlas picadillo, verdad?

Pese al intento humorístico de Becky, Rachel percibió seriedad en la pregunta.

Estoy segura repuso con calma.

Becky no dijo nada más.

Cuando llegaron de vuelta a la Nogalera, Rachel se alegró de no haberse ido con Johnny, después de todo. Michael estaba junto a su Lexus negro en la calzada de acceso. La niñas, con Tilda detrás, rodea¬ban a su padre.

Con los ojos fijos en Michael, Becky detuvo el Máxima con una sacudida digna de Rachel en sus peores momentos. Por un momento, tan sólo un momento, Becky permaneció sentada, mirando a su fami¬lia a través del parabrisas, sin decir palabra.

El mero hecho de mirarlo me enferma dijo. Rachel la miró, compasiva. Becky apretó los labios y bajó del auto.

De inmediato Loren y Lisa se apartaron de Michael y corrieron hacia ella. Katie, sujeta contra el pecho de Michael, se quedó quieta.

¡Mamá, dice papá que se van a divorciar! Deteniéndose fren¬te a su madre, Loren la miró con ojos acusadores.

¡Dice que debemos inscribirnos en la escuela aquí, porque va¬mos a quedarnos un tiempo con la abuela y con tía Rachel! intervino Lisa, evidentemente tan alterada como Loren.

Rachel, que llegaba junto a Becky, la vio palidecer y se sintió im¬potente. Nada podía hacer para que su hermana y sus sobrinas no su¬frieran tanto.

Queridas, papá y yo estamos hablando de divorciarnos. Pero no lo hemos decidido aún en un cien por ciento Becky puso una mano sobre el hombro de cada una de sus hijas. Luego lanzó una mirada fu¬riosa a Michael, que iba hacia ella con Katie en brazos.

Es mejor decirles la verdad, Becky dijo Michael.

Becky apretó los labios y lanzó llamas por los ojos, pero tras una mirada de enojo a su marido, atendió de nuevo a sus hijas.

En este momento parece muy probable que papá y yo nos di¬vorciemos, así que tal vez sea mejor inscribirlas en la escuela aquí. Será divertido, ¿verdad? ¿Quedarse aquí con la abuela y tía Rachel, e ir a la escuela al lado de donde enseña tía Rachel?

¿Quieres decir que nunca volveremos a casa? preguntó Loren con los ojos dilatados.

¿Y nuestros amigos? Lisa parecía a punto de llorar. ¡Y nues¬tros ju guetes!

¡Y Rumsley!

Rumsley era el gato de las niñas, que presumiblemente se había quedado con Michael en la casa.

Traeremos a Rumsley, por supuesto. Y todas las cosas de uste¬des. Y podrán seguir teniendo amigos allá y hacerse de nuevos amigos aquí al mismo tiempo repuso Becky, tratando desesperadamente de presentar el lado positivo de la situación.

¡Yo quiero irme a casa!

¡No quiero que tú y papá se divorcien!

-¿No les importa nada de nosotras?

¡Los odio!

Y estallando en lágrimas, Lisa corrió hacia el bosque, atrás de casa. También Loren se puso a llorar y corrió en pos de su hermana.

Has manejado bien la situación dijo sarcásticamente Michael acercándose a Becky y entregándole a Katie.

Becky se puso rígida. Rachel se irritó en defensa de su hermana pero se mordió la lengua en vez de decir algo. Era la vida de su hermana, asuntos de su hermana, y lo mejor que ella podía hacer por Becky era tener la boca cerrada y estar allí para dar apoyo cuando lo necesitara.

¿Qué yo lo he manejado bien? ¿Cómo has podido decírselo sin más? Yo iba a esperar hasta que estuviéramos seguros...

Estamos seguros fue la brusca respuesta de Michael.

Becky palideció. Sin hablar, Rachel tomó a Katie de los bra de su hermana y se la llevó a pocos pasos de allí para que mirara d ardillas juguetonas que correteaban en torno de un tronco de árbol. distancia le permitía oír y ver qué pasaba. Su intención era vigilar discreción a su hermana, por si hacía falta rescatarla. En ese estado ánimo, Michael era un extraño y Rachel no sabía de qué era capaz.

¿Cómo puedes abandonarnos a las cuatro? La voz de Becky se quebró al hablar. Rachel sintió que se le crispaba el estómago de pena.

Michael se mostró impaciente.

Eres melodramática, como de costumbre. No estoy abandonan¬do a nadie. Mis hijas serán siempre mis hijas, y estoy seguro de que podremos acordar un horario de visita. Sabes tan bien como yo que nuestro matrimonio fue un error. Dejó de funcionar hace años. Ahora he hallado a otra persona con quien quiero casarme. ¿Por qué diablos no lo aceptas antes de lastimar más a las niñas?

¡Que yo ... ! Becky quedó muda.

Esto podría ser totalmente diferente si tu dejaras de conducirte en forma tan histérica. Ya tengo un comprador para la casa, a un precio excelente, difícil de conseguir en este mercado tan cerrado podría agregar. Añade eso a lo que estoy dispuesto a darte para poner fin pronto a este desatino, y si eres sensata vas a recibir una suma cuan¬tiosa. Y seguiré manteniendo a las niñas, por supuesto.

Me he estado preguntando si alguna vez te he conocido en rea¬lidad -susurró Becky, la cara tan blanca como la blusa de Rachel. No creo que te haya conocido. Por favor, no vengas más aquí. Si tienes al¬go que decirme, hazlo a través de mi abogado. El lunes llamaré a tu ofi¬cina y te daré su nombre.

Creía que habíamos acordado usar el mío.

Tú lo acordaste, yo no. No me parece buena idea.

Becky... se impacientó Michael.

Vete, por favor dijo Becky en un tono ahogado que anuncia¬ba el llanto. Al hablar, se apartó de su marido. Luego, con el rostro blanco y desesperación en la mirada, fue ciegamente hacia la casa. Ra¬chel, al verla, sintió que se enfurecía.

Michael se le acercó y se detuvo a su lado, mirando a Becky que se alejaba.

Mira si puedes convencerla de que sea sensata, ¿quieres Ra¬chel? dijo en tono fatigado. .

Rachel, que sostenía a Katie, que se chupaba el pulgar muy sa¬tisfecha, lo miró con incredulidad.

Eres un hijo de puta dijo la mujer que casi nunca decía pala¬brotas. Michael fijó en ella súbitamente la mirada . Y me alegro de que mi hermana se haya liberado de ti. Ahora, vete de nuestra propie¬dad, por favor, o llamaré a la policía.

Rachel le dio la espalda a Michael y se alejó.

Pocos minutos después, aún furiosa, vio por la ventana del fren¬te que el Nexus negro partía por la calzada de acceso y se perdía de vis¬ta a toda velocidad.

Rachel había pensado reunirse con Johnny esa tarde en su apar¬tamento, como acostumbraban, pero a las siete era evidente que no podría marcharse. Becky y sus hijas estaban todavía tan alteradas, que no podía dejarlas con su pena. Como era previsible, Loren y Lisa cul¬paban a su madre por todo el enredo y no podían hablarle sin que la discusión degenerara en gritos acusadores y estallidos de lágrimas histéricas. Rachel se quedó para

tratar de explicar la situación, conso¬lar a sus sobrinas mayores y entretener a Katie, mientras Elisabeth pro¬porcionaba el hombro para que llorara Becky.

En medio de ese tumulto, sonó el teléfono.

Rachel atendió lá llamada. En el pasillo, junto a la cocina, Katie tomó uno de los lápices de colores que le había dado Rachel y se puso a trazar grandes círculos rojos sobre el empapelado de muaré. Rachel le quitó el lápiz y Katie se puso a llorar a gritos antes de echar a correr.

¿Cómo estás? dijo sin preámbulos una voz, al otro lado de línea, tan pronto como ella dijo "hola".

Al reconocer ese gruñido perentorio, Rachel se sintió mejor de inmediato. Tan solo oír la voz de Johnny la sosegaba.

No puedo ir esta noche repuso ella con voz queda, pues quería que la oyeran sus sobrinas mayores, ni su madre, que estaba Becky en la biblioteca . Ha habido una crisis.

¿Qué clase de crisis? inquirió Johnny en tono más brusco.

Michael dijo a las niñas que él y Becky se van a divorciar. Y están muy alterados. Realmente debo quedarme aquí esta noche.

Oh. Hubo una pausa. Luego, en un tono levemente esperanzado, Johnny continuó:- ¿Quiere decir que puedo olvidarme de ir dominio para el almuerzo?

Rachel tuvo que reírse.

No, no puedes.

Ya me lo temía dijo él lúgubremente . A las dos, ¿no?

Alrededor de las dos menos cuarto. Y, Johnny...

¿Qué?

No te preocupes, mamá no va a comerte.

Para ti es fácil decirlo replicó él. Pero había humor en su voz, y Rachel sonrió.

Te amo dijo.

Jummm, Eso era lo más cerca que había llegado a responder, con la misma moneda. Luego, en un tono diferente, añadió: Rachel

¿Qué?

Me harías un favor?

Cualquier cosa, excepto cancelar el almuerzo.

Eso no replicó él. Estaba sonriendo; Rachel se dio cuenta, aun por teléfono . No salgas esta noche, ¿oyes?

¿Por qué no?

La joven le oyó titubear.

He pensado mucho esta noche... Y se me ocurrió que Marybeth y Glenda tenían por lo menos una cosa en común: yo

¿Y?

Y... que tú también. No sé si las mataron por algo relacionado conmigo. Odio pensarlo siquiera. Pero en lo que a ti se refiere, no quiero correr ningún riesgo. Por eso, quédate en casa esta noche, ¿me harás el favor?

Está bien contestó Rachel con lentitud, pensando en lo que él sugería. Era tan obvio, y sin embargo a ella no se le había ocurrido pensarlo. Si los asesinatos habían apuntado contra Johnny de algún modo, ahora ella era un blanco probable. Al comprenderlo sintió terror.

¿Lo prometes?

Seguro.

Y lo decía en serio. No iba a salir de la casa por ningún motivo.

Así me gusta repuso él, satisfecho . Entonces, te veré mañana para el almuerzo. Cuida bien de Becky y de las niñas... y de ti.

Eso haré. Adiós.

Adiós.

Johnny fue el primero en colgar. Rachel se aferró un poco más al teléfono. Lo amaba tanto, que le dolía, y más que ninguna otra cosa en el mundo deseaba estar en su apartamento, comiendo macarrones o bailando o charlando o...

¿Quién era, Rachel?

Era Johnny, mamá. Dijo que espera con ansias el almuerzo de mañana.

¿Ah, sí? Elisabeth parecía haber probado algo agrio, pero tras una mirada al rostro de Rachel, no dijo nada más a ese respecto.¬¿Piensas que ahora las niñas podrán hablar con su madre como seres sensatos en vez de tener berrinches?

Rachel se encogió de hombros.

¿Quién sabe? dijo, y esperó que su madre advirtiera los ador¬nos hechos por Katie en el empapelado. Pero Elisabeth se limitó a mi¬rar con fastidio las gruesas líneas rojas y se retiró. Rachel se dirigió a la cocina para convencer a las niñas de que fueran a la biblioteca.

39

De vuelta en su apartamento, Johnny Harris comprobó q echaba de menos a Rachel. Comió en soledad la cena un emparedado de salchichón, pues no tenía ganas de cocinar y procuró distraerse con un programa de comentarios en la televisión. Pero después de mirarlo veinte minutos sin darse cuenta siquiera de qué trataba, apagó televisor con disgusto. Luego intentó leer, pero eso también fue un esfuerzo en vano. No pudo concentrarse en la página impresa.

Habría debido estar cansado. Había tenido una jornada de tres horás en motocicleta a Louisville de ida y vuelta, y otras tres ocupado en el asunto por el cual había ido allá. Su visita al abogado lo dejo con la sensación de que un peso que había arrastrado durante años se había aligerado de pronto. El abogado estaba preparando el papel requerido para presentar una petición ante la corte para que revocará su condena. Si la petición tenía éxito, y el abogado así lo esperaba, podía prever que el registro de su condena quedaría anulado. El paso siguiente para obtener la reparación total era demandar al Estado..., pero a Johnny no le interesaba tanto siquiera el dinero. Lo que sí le importaba era que no sería un hombre marcado. Estaría libre para reiniciar su vida.

Ante esta perspectiva tendría que haber podido conciliar el. sueño. Pero cada vez que Johnny cerraba los ojos, imaginaba a, Glenda tal como la viera por última vez, y lo que le había pasado luego.

Y pensaba cn Rachel.

No podia eludir la convicción de que alguien andaba en la noche acechando a Rachel. Ya lo llamara morbosidad, paranoia o como qui¬siera, la sensación persistía.

Por fin, alrededor de las once, Johnny renunció a tratar de dis¬traerse. Se calzó las botas, palmeó a Lobo para darle las buenas no¬ches, levantó la manta y la almohada y salió.

Aunque se iba a sentir estúpido si era descubierto, acamparía en el patio de atrás de Rachel. Si había alguien merodeando, esta vez no se las vería con una mujer sola en la oscuridad.

Esta vez Johnny Harris se proponía estar también allí. Dormiría fuera de la casa de Rachel hasta que ella estuviera libre para pasar las noches a salvo en sus brazos. Durante todo el tiempo necesario, hasta que él tuviera la certeza de que ella estaba segura.

No sería la primera vez que él dormía al aire libre, bajo las es¬trellas.

40

-Jeremy...

Aquella voz atravesó la angustia que envolvía al muchacho. Sentado en la escalinata de atrás de la casita de madera de su padre, Jeremy le oyó y alzó la vista. En la oscuridad

iluminada por la luna, no pudo ver nada más que el cobertizo y los pocos arbustos que crecían en el campo, detrás de la casa.

En alguna parte, Sam gimoteaba lastimeramente. Sam era su perrito. Su papá le había comprado el animalito para compensar lo sucedido a su mamá. Claro que su papá no lo había dicho de ese modo directamente, pero Jeremy lo sabía. No era estúpido. Antes, nunca se había permitido tener un perro. Luego mamá fue asesinada y dos dias más tarde él, Jake y las niñas tenían un cachorrito. No hacía falta ser un genio para deducirlo.

Nunca volvería a ver a su mamá. La muerte quería decir eso. Jeremy lo sabía, aunque los más pequeños no lo supieran.

Las lágrimas le corrían por las mejillas; las enjugó con un furioso movimiento de brazo.

Jeremy, ¿podrías ayudarme, por favor? Tu perro se ha enredado en este alambre.

Sam, lloriqueó. Jeremy había visto al perro poco antes, cuando retozaba frente al cobertizo. Se puso de pie y bajó los escalones. Detrás del cobertizo había toda clase de alambres que podían realmente lastimar a un cachorrito como Sam, si llegaba a enredarse. Heather era amable al preocuparse tanto. Su mamá siempre había llamado a Heather "la ramera", pero desde la muerte de mamá, ella era muy bue¬na con Jeremy.

Sólo al cruzar el patio rumbo al cobertizo, Jeremy recordó que Heather estaba bañando a las niñas en la casa.

Pero entonces ya era demasiado tarde para correr.

41

Elisabeth, con un gran delantal blanco que envolvía su vestido de los domingos, estaba en la cocina, sacando los panecillos del horno, y preparando la salsa. Rachel estaba afuera, dando un paseo a Stanley en su silla de ruedas antes del almuerzo, mientras las niñas retozaban torno a su tía y su abuelo. Como habitualmente Tilda y J. D. tenían la tarde y la noche del domingo libres, Becky se ocupaba de atender la puerta.

Puso hielo en el último vaso de cristal; después se dirigió a la puerta. Ya sabía quién era antes de abrir siquiera. Cada domingo, Elisabeth recibía entre cuatro y seis invitados para el almuerzo. Ese día iban a, tener solamente uno.

Johnny Harris.

Con una sonrisa de bienvenida en el rostro, Becky abrió de par en par la puerta. Luego se quedó boquiabierta, y se esfumó la sonrisa.

¡Válgame el cielo! exclamó mirándolo de nuevo, incrédula.

Harris traía puesto un traje que parecía caro, un traje de color azul marino que le sentaba como un guante, una camisa blanca inmaculada y una corbata parda de seda. Se había hecho cortar el cabello, que ondeaba encuadrándole el rostro en un corte sexy que le cubría las puntas de las orejas y rozaba apenas el cuello de su ca¬misa, atrás.

¿Llego temprano? preguntó.

Becky subio los ojos hasta los de él. Era Johnny Harris, claro. Esos ojos azules y cara enjuta, morena, pecaminosamente bella, no había cambiado tanto desde la época de la escuela secundaria. Ella lo consideraba el hombre más guapo de Tylerville desde que lo viera el día anterior en el funeral de Glenda Watkins, pero con sus pantalones tejanos y su cabello largo no había sido del todo el tipo que le atraía. Ahora sí lo era, y Becky percibió una punzada de envidia porque su hermana se había quedado con un hombre que tenía ese aspecto. Co¬mo regla general, los tipazos eran más del estilo de ella que de Rachel. Aunque este, por supuesto, tenía algunos inconvenientes graves.

¿Becky? preguntó él, mirándola inquisitivamente porque ella seguía observándolo sin hablar.

Se te ve estupendo dijo ella en una explosión de sinceridad. Su instintiva punzada de envidia fraterna fue remplazado por un cosqui¬lleo de anticipación por lo complacida que iba

a quedar Rachel ante la transformación de Johnny. Le dirigió una sonrisa y agregó : Rachel se asombrará.

Gracias... creo En respuesta al ademán de Becky, Johnny tras¬puso el enorme zaguán de entrada, con sus bustos de bronce, sus cua¬dros con paisajes y la antigua alfombra oriental sobre el suelo de ma¬dera lustrada, mirando alrededor con incomodidad. ¿Dónde está Rachel?

Afuera, con papá y mis hijas. Entra en el salón... Te traeré un trago mientras esperas a que ella venga. Becky cerró la puerta; después condujo al visitante por las puertas de caoba que separa¬ban el salón del pasillo delantero. ¿No quieres sentarte? ¿Qué de¬seas beber?

Quisiera té helado, por favor contestó Johnny. Desatendió la invitación de Becky a sentarse y se dirigió al enorme mirador situado al otro lado de la habitación. A través de él pudo ver claramente a Ra¬chel que empujaba a su padre, en el sillón de ruedas, por una vereda de piedra que conectaba el patio con un área empedrada frente a lo que antes fuera un granero, pero que ahora era un garaje.

Gracias dijo él, aceptando el vaso que le ofreció Becky al vol¬ver a su lado . ¿Esas son tus hijas? agregó al señalar a las tres niñas que jugaban en la hierba.

Sí. La de cabello negro es Lisa; la menor que es rubia, es Loren; y la bebita es Kate. Espero que no te moleste comer con niños. Ellas siempre toman parte en nuestro almuerzo dominical.

-Me gustan los niños.

-¿De veras? -A Becky le pareció que le había conferido demasiado sentido a la pregunta, ya que de inmediato se lo imaginó con un hijo de Rachel en las rodillas y no supo bien cómo interpretar esa posibilidad.- Me dice Rachel que también te agradan los perros.

-¿Eso dijo? -Una lenta sonrisa pasó por el rostro de Johnn que bebió un sorbo de té.- Rachel me dijo que a ti y a tu madre no les gustan.

-Pues no, no nos agradan. Por lo menos nunca hemos tenido uno. Mis hijas tienen un gato.

-Qué bonito.

La conversación languidecía. Becky, que jamás en su vida se había sentido incómoda hablando con un hombre, buscó a los tumbos algo que decir; finalmente se rindió. Johnny no la miraba, sino que, mientras bebía su té, observaba a Rachel por la ventana con una expresión indescifrable en la cara. Pensando en el mozalbete violento y rebelde que él había sido en la escuela, en su tiempo en prisión, en los asesinatos que Rachel estaba tan segura que él no había cometido, Becky se estremeció por dentro. Era un hombre muy bello, de eso no había duda, pero lo rodeaba un aura de peligro que le hacia casi imposible imaginárselo con Rachel. Dulce, soñadora Rachel, que siempre había sido tan perfecta, sin comportarse mal jamás, sin dar nunca un paso equivocado. Rachel, que siempre sabía qué era lo justo y lo hacía con donaire innato. Imaginársela,con un rebelde como Johnny Harris, aun en su actual transformación tan intachable, era muy desconcertante.

-Rachel te tiene... mucho afecto -dijo bruscamente Becky, ansiosa por descubrir cómo iba a responder él.

Rachel nunca había sido tan popular entre los hombres como Becky; era posible que la hubiese cautivado la cruda sexualidad que ese hombre, sin duda, poseía con creces. Si hablaba de Rachel con afectuoso desdén, o si la desechaba con ligereza...

-¿Ella te ha dicho eso? -preguntó Johnny a su vez.

Desvió los ojos hacia el rostro de Becky, quien se sintió incómoda bajo esa mirada fija. ¿Qué tenía él para ponerla tan excepcionalmente nerviosa? ¿Su reputación? ¿Su apariencia? ¿El traje, que le hacía pensar en él como un lobo con piel de oveja?

-Sí. Sí, me lo ha dicho.

Entonces Johnny sonrió, y Becky advirtió con asombro que, además de su apariencia devastadora, él poseía también mucho encanto. Con razón Rachel se, había prendado de él. Si

Librodot

no fuera por Rachel, pensó Becky, ella misma podría verse ten tada a coquetear un poco con él. Nada serio, por supuesto, y en ningún caso ella pensaría nunca en casarse con un hombre como Johnny Harris. Pero para una relación a corto plazo, un amorío, él sería muy excitante. A menos que resultara ser un psicópata, como temía Elisabeth.

-Tu hermana es una persona notable.

Becky se sacudió el repentino ataque de temblores nervioso que la amenazaba.

-Lo sé. Me alegro de que te des cuenta.

Johnny Harris miró de nuevo por la ventana, casi meditativamente; bebió un sorbo de té y volvió a mirar a Becky.

-Me ha dicho Rachel que te vas a divorciar. Lo lamento.

-Gracias -Becky se decidió. Si quería enterarse de algo acerca del verdadero Johnny Harris, tendría que ser franca. La charla cortés con él no llegaría a ninguna parte.- Espero que no me consideres terriblemente grosera por entrometerme, pero es que quiero mucho a mi hermana. Tú... ella -titubeó de nuevo Becky pese a sus esfuerzos- son una pareja muy improbable.

-Supongo que lo somos en apariencia. Pero tu hermana tiene una capacidad poco común para ver debajo de la superficie.

-Hay varios años de diferencia entre ustedes.

-No dejo que eso me preocupe. Ella es mayor de edad.

La sonrisa fluctuante que acompañó esas palabras acalló a Becky por el momento. Igual que él, bebió té y miró por la ventana a Rachel, que en ese momento empujaba a su padre de vuelta a la casa. Con el viento apartándole de la cara el cabello castaño, que le llegaba a la barbilla, y azotando en torno a sus delgadas piernas la falda de su vestido amarillo limón, Rachel parecía mucho más joven que sus treinta y cuatro años. El amor suavizaba su rostro cuando se inclinó para decir algo a su padre, aunque Becky sabia que probablemente él no entendiera nada de lo que le decía Rachel, o se diera cuenta siquiera de que alguien le hablaba. El corazón de Becky se llenó de cariño por su hermana. Sintió además un impulso protector vehemente.

-Sólo quiero que ella sea feliz. Merece ser feliz ~Becky dijo de súbito.

-Queremos lo mismo entonces.

-Rob... el hombre con quien ella salía... es muy simpático. Es farmacéutico, y dueño de una casa muy linda, y tiene cuarenta años. Habría sido buen marido para ella.

Esta brusca arenga estaba imbuida de mucho más significado que el que indicaban las palabras mismas.

En eso discrepo contigo. Creo que en menos de un año ella habría sido silenciosamente desdichada si hubiera sido tan tonta como para casarse con él.

Sobresaltada al oír eso, Becky lo miró.

¿Por qué lo piensas?

Porque Rachel es una soñadora. Sólo lo advierten algunas per¬sonas debido a ese exterior práctico suyo. Ella experimenta la vida de modo diferente a la mayoría. Sus amores son más profundos, sus leal¬tades son más profundas y su capacidad para sufrir es más profunda. Merece algo más que ser el ama de casa de algún Neanderthal, y no sería feliz en ese papel.

Becky escuchó sorprendida esa evaluación de Rachel, tan elo¬cuente, reflexiva y exacta. Nunca habría creído que Johnny Harris Po¬seyera tanta percepción. En realidad, antes de ese día habría dudado de que él poseyera percepción alguna.

Tal vez el aprecio que le tenía Rachel estaba basado en más de lo que había supuesto Becky.

Ya que sabes todo eso, supongo que sabrás también que podrías hacerle mucho daño.

Antes me cortaría una mano que hacer daño a Rachel.

Librodot

En esa declaración llana y tranquila resonaba tanta verdad que Becky sintió disolverse lentamente sus temores. Aún había muchos obstáculos para que Rachel hallara la felicidad con Johnny Harris, pe¬ro entre ellos no estaban los sentimientos de ese hombre hacia ella.

Becky, ¿dónde estás? Necesito que... La voz de Elisabeth llegó unos segundos antes que ella, y se interrumpió al ver ella que su hija no estaba sola. Oh dijo entonces, y miró de pies a cabeza a su in¬vitado.

El leve asombro que expresaron las facciones de su madre in¬dicó a Becky que el aspecto de Johnny la sorprendía tanto como an¬tes a ella. Pero Elisabeth se recuperó enseguida. Nadie que no la conociera íntimamente habría advertido su leve vacilación antes de continuar: No sabía que había llegado usted. ¿Cómo está? Es muy amable al venir a almorzar con nosotros.

Es usted muy amable al invitarme.

La nerviosidad de Becky por ser árbitro en este encuentro inicial empezó a disiparse. La actitud de su madre era muy formal, pero bas¬tante amable. Sin duda, era consciente de los sentimientos de Rachel por ese hombre, suficiente para evitar decir algo abiertamente des¬cortés, aunque había en su porte cierta rigidez que, como sabía Becky, expresaba desaprobación. Sin embargo, Johnny Harris no podía saber eso, y lo que no supiera no podía ofenderle.

No obstante, Elisabeth Carson sorprendió y avergonzó a Becky al ser muy directa.

Me dice Rachel que está enamorada de usted. Ese mero hecho impone que debamos conocernos, ¿no le parece?

Absolutamente, señora le sonrió Johnny.

Elisabeth era más severa que Becky.. o tal vez ya no estaba en edad para que la impresionara el atractivo de un hombre. No se mostró conmovida por el encanto de Harris.

Me alegro de que concuerde conmigo. Eso hará mucho más fácil lo que debo decir. Elisabeth se adelantó, pero se detuvo frente a la chimenea y cruzó los brazos sobre el pecho. Habiendo escuchado consternada la salva inicial de su madre, Becky deseaba que acudiera su hermana. Su deseo fue en vano. Debe saber que tengo fuertes re¬celos en cuanto a su relación con Rachel. Está convencida de que no es usted un asesino, y a esta altura no creo tener otra alternativa que aceptar su opinión sobre usted, mejor informada, lo admito. Elisa¬beth alzó la barbilla, sus ojos destellaron y, avanzando unos pasos con decisión, apuntó a la nariz de Johnny con un índice amenazador. Pe¬ro déjeme advertirle, señor mío, que si mi hija sufre algún daño mien¬tras se ve con usted, lo consideraré responsable, digan lo que digan la policía, los tribunales o cualquier otro. Tomaré el arma de mi esposo, lo buscaré a usted y lo mataré con mis propias manos. Soy anciana, mi vida casi ha terminado y tengo muy poco que perder. Puede estar se¬guro que lo haría. ¿Está bien claro?

Sí, señora repuso Johnny.

Beeky sintió alivio al ver que Johnny, al parecer, estaba levemen¬te divertido. Al escuchar a su madre, había temido que él las ofendie¬ra y se marchara, y ella tuviera que explicar todo a Rachel. Pero, ¿cuánto había podido alguien detener a la madre de ambas cuando es¬taba resuelta a decir o hacer algo?

Bien. Entonces tal vez tenga la bondad de ir afuera y traer a Ra¬chel y las niñas. Por lo común no se lo pediría a un invitado, pero ella ha estado toda la mañana sobre ascuas esperando su llegada. Quería estar adentro cuando usted viniera para que yo no tuviera oportunidad de expresar mi opinión. Pero me parece que ha llegado usted un poco temprano.

-Un poco repuso Johnny mirando con firmeza a la mujer . Aunque me alegro de ello... Porque ahora tengo ocasión de darle tam¬bién mi opinión. No tenga miedo de que yo mate a Rachel, porque no lo haré, por supuesto. Pero el resto de nuestra relación nos incumbe estrictamente. A nadie más.

Elisabeth Grant fijó en Johnny una mirada evaluativa que hizo pensar a Becky en dos oponentes que sopesan cada uno la valía del otro y encuentran formidable al contrincante.

Librodot

Luego Johnny sonrió a Elisabeth, y Becky tuvo la impresión de que los floretes, tras el saludo, quedaban ahora enfundados.

Creo que iré en busca de Rachel. Discúlpeme.

Y saludando con un gesto a las dos mujeres, Johnny salió de la habitación. Segundos más tarde ambas oyeron que la puerta principal se abría y se cerraba. Elisabeth miró a su hija.

No es lo que yo esperaba.

No repuso Becky y tomó aliento . Madre, ¿cómo has podido decirle eso? Fue tan grosero.

Mejor ser grosera que dejar que tu hermana termine como las otras mujeres con quienes él salía. No es que perciba en él ese tipo de maldad, pero, ¿cómo puede una saberlo en realidad? Es un muchacho bien parecido y que no teme decir lo que piensa. Me agrada eso en un, hombre. Pero aún es pronto para formarse una opinión sobre él. Veremos cómo va todo entre él y Rachel.

Madre...

Oh, Becky, cállate y ven a la cocina. Te necesito para llenar los vasos mientras yo sirvo la sopa.

42

Cuando Jeremy abrió los ojos, no conseguía ver nada. Por un momento sintió temor, pensando que, de algún modo, se había queda¬do ciego. Luego se dio cuenta de que, dondequiera que estuviese, es¬taba muy oscuro. Tan oscuro que no podía ver nada. Absolutamente nada, ni siquiera sus rodillas, que tenía recogidas ante la nariz, tendido como estaba de lado sobre algo muy duro y frío.

Todo a su alrededor era frío y olía a moho, igual que un viejo sótano. En la casa de su padre, ningún lugar era tan oscuro y frío y mal¬oliente como ese sitio. Ni siquiera tenían un sótano. Ni una bodega, que era lo que aquello parecía ser.

No estaba en casa de su padre. Jeremy se estremeció al com¬prenderlo. ¿Estaba muerto entonces? ¿Era eso el infierno, o el purga¬torio? ¿Su madre se encontraba cerca? Pero no, ella debía estar en el cielo. Si alguien merecía ir al cielo, era su mamá.

Alzó la cabeza, para mirar en derredor. El dolor agudo que atra¬vesó su cabeza lo dejó mareado y con náuseas. Le dolía la cabeza. ¿Cómo se había lastimado la cabeza? ¿Se había caído acaso?

Entonces, lentamente, recuperó la memoria. Había estado sentado en los escalones, y alguien no fue Beather lo había lla¬mado para que ayudara a librar a Sam. En un horrendo destello de percepción, se le ocurrió a Jeremy que ese alguien debía ser el ase¬sino de su mamá. Lo que había visto en la oscuridad... había vuelto por él.

Jeremy lloriqueó. El sonido lo asustó y guardó silencio. ¿Y si es¬taba en la guarida de ese ser ... ? ¿Y si estaba cerca, escuchando por si él despertaba? ¿Acaso lo mataría como había matado a su mamá?

Apoyó la cabeza con cuidado en la dura y fría superficie, arrimó más las rodillas al cuerpo y las rodeó con los brazos. Así, hecho una pe¬lotita, cerró de nuevo los ojos.

Lágrimas silenciosas le resbalaban por las mejillas.

43

¡Mira, tía Rachel!

Loren, que estaba dando volteretas, se irguió y señaló hacia la casa. Rachel miró y frunció el entrecejo. ¿Quién era ese hombre que iba hacia ella por el empedrado?

¡Era Johnny! Le miró boquiabierta desde la esquilada cabeza hasta las lustradas puntas de sus zapatos caros. Seguía siendo el hombre más guapo que ella había visto en su vida, pero esas ropas elegantes le daban un aura de finura y de tranquilo poder que ella nunca había

asociado antes con él. Parecía un alto funcionario, un empresario joven, guapo y muy atractivo. Lo que no parecía, era Johnny Harris.

¿Y bien? le sonrió él al acercarse, probablemente debido a la expresión de Rachel. La joven cerró la boca y sacudió la cabeza.

¡Te has cortado el cabello!

Me dijiste que lo necesitaba.

Pero no tenías por qué hacerlo... espero que no lo hayas hecho por mí.

-No, lo hice por Lobo. ¡Claro que lo hice por ti! Y por mí tam¬bién. Estoy demasiado viejo para hacerme el James Dean.

Rachel alzó la vista, lo miró a los ojos y en ese coloquio silen¬cioso leyó el mensaje que él le transmitía. Estaba dispuesto a cre¬cer, a renunciar a su papel de muchacho malo, a tomar distancia con el pasado. Rachel se emocionó y la idea la excitó al mismo tiempo. Tal vez su futuro juntos fuese menos imposible de lo que ella había pensado.

Se te ve fantástico.

Gracias. También a ti se te ve muy bien repuso Johnny.

Luego miró a Stillwatertan, que miraba al espacio inexpresiva¬mente. Se acercó, tomó la barbilla de Rachel y le alzó la cara para be¬sarla. Fue un beso breve, duro y posesivo. Deslumbrada por su efecto Rachel se volvió de puntillas para rodearle el cuello con los brazos y devolverle la caricia. Un coro de risitas contenidas la detuvo de golpe. Conel rostro carmesí, miró atrás.

Loren y Lisa, con Katie entre las dos, los observaban y reían.

¿Es tu nuevo novio, tía Rachel? inquirió Loren.

Rachel había pensado que no era posible que se ruborizara to¬davía más, pero descubrió que se equivocaba.

Sí, lo soy repuso en su lugar Johnny, sonriendo a las niñas . Y tú debes ser Lisa continuó señalando , y Loren y Katie.

¿Cómo sabes nuestros nombres? Tía Rachel, ¿tú se lo has di¬cho?

Rachel sacudió la cabeza.

Les presento al señor Harris, niñas.

En la mirada de reojo de Johnny hubo un grado de sorpresa bur¬lona.

No estoy habituado a que me llamen señor. Pueden llamarme Johnny, si quieren.

Rachel sacudió la cabeza.

Señor Harris dijo con firmeza a sus sobrinas. Luego, a Johnny : Es una señal de respeto. Llaman señor o señora a todos los adultos, salvo a los parientes.

Entiendo le sonrió Johnny . Trataré de acostumbrarme... Pe¬ro no te sorprendas si no respondo las primeras veces que me hablen.

Está bien. Mientras respondas cuando te hable yo.

Depende de cómo me llames.

Rachel le hizo una mueca. Luego, tomándolo de la mano, lo con¬dujo frente al sillón de ruedas. Johnny la miró inquisitivamente, pero ella no lo advirtió, ya que estaba mirando a su padre.

Papá, este es Johnny Harris dijo Rachel con voz suave que era, sin embargo, insistente.

Stan Grant siguió mirando fijamente la nada. Su cara era pálida e inexpresiva, y tenía las manos posadas, inmóviles, sobre la manta que cubría sus rodillas.

Hola, señor Grant.

Pero las palabras de Johnny no tuvieron más efecto que las de ella. Rachel contempló a su padre, convertida su esperanza en resigna¬ción. No la había oído. Nunca conocería a Johnny, y al comprenderlo tuvo una sensación de pérdida.

Antes era tan... divertido dijo por sobre el hombro a Johnny, quien le apretó la mano en callada conmiseración . Tan grande, siem¬pre en acción, haciendo bromas e imitaciones, y...

Librodot

No pudo seguir hablando.

En realidad lo recuerdo de cuando yo era pequeño declaró Johnny, para sorpre sa de Rachel , siempre le tuve miedo. Era un hom¬bre tan corpulento, con esa voz profunda, retumbante. Recuerdo una vez que yo estaba en la ferretería de ustedes, llenándome los bolsillos de goma de mascar, cuando él dijo algo detrás de mí, con su voz sono¬ra. Sólo oír su voz, me atontó de miedo. Miré en derredor, listo para correr, seguro de haber sido sorprendido con las manos en la masa, y descubrí que ni siquiera estaba hablándome. Vaya, ¡qué alivio sentí! ¡Y qué rápido me fui! Además, nunca volví a robar nada en la tienda del señor Grant.

Boquiabierta, Rachel lo miró con fijeza.

¿Tú robabas en nuestra tienda?

Johnny le sonrió.

Yo robaba en todas las tiendas del pueblo. Cuando tu papá se me acercó, fue lo más cerca que estuve de que me atraparan.

¡Te burlas! exclamó Rachel, apartando su mano de la de él.

Johnny rió; sus ojos azules expresaban regocijo.

No, Rachel, no me burlo. ¿Acaso pensabas que yo era un mo¬naguillo? Hasta donde sé, la única cosa que se me atribuye de la cual soy inocente es de asesinato. Jamás he matado a nadie. Pero lo demás... sí, es muy cierto.

¡Johnny Harris! ¡Con razón te compadeciste tanto de Jeremy!

¿Por qué pensaste que lo hice?

¿Porque eres un ser humano cariñoso y bueno, que no soporta¬ba ver que un niño fuese entregado a la policía?

Eso también. Pero no cesaba de pensar que habría podido ser yo el que estaba allí sentado, mucho tiempo atrás.

Rachel farfulló sin pronunciar palabra. Johnny continuó:

Por supuesto estoy totalmente reformado. Se esfumó su son¬risa, y agregó en un tono más serio: Ayer hablé con mi abogado. Me dijo que, con las pruebas que tiene la policía, él puede conseguir que se elimine de mi prontuario la condena por asesínato, Si está en lo cier¬to, ya no seré un delincuente.

¿De veras? empezó a sonreír Rachel.

Sí, de veras le sonrió él a su vez . Buena noticia, ¿eh? Pero to¬davía no sabes lo mejor.

¿Qué es lo mejor?

Johnny sacudió la cabeza.,

-Te lo diré después de que comamos. Tu madre me ha enviado en busca de ti y de tus sobrinas.

¿Has hablado con mi madre?

Ah, sí. Y también con Becky. Y he bebido té.

Rachel consultó su reloj.

Son las dos apenas. ¿A qué hora llegaste?

Algo temprano repuso él con una mueca irónica.

¿Mamá estaba... acaso tú y ella ... ?

Tu madre es una mujer notable repuso Johnny . Y no diré más.

Ay, Dios. ¿Ha sido descortés?

Ni mucho menos. Tan sólo... enérgica. Creo que podría llegar a estimar a tu madre.

Empujando el sillón de ruedas, Rachel lo miró con descon¬fianza.

¿Qué quiere decir eso?

Quiere decir que ahora sé de dónde sacas tu brío, Rachel cortazón de león. Creo que ni tú ni tu madre se dan cuenta de que son muy menudas, y que una fuerte ráfaga de viento... sin hablar de un hombre crecido... podría arrastrarlas lejos sin esfuerzo alguno.

Rachel iba a responder, pero en ese momento apareció en el pa¬tio Becky, haciéndoles señas con impaciencia.

Mamá tiene preparado el almuerzo! ¡Vengan!

Las niñas echaron a correr hacia su madre. Johnny insistió en empujar la silla de ruedas para subir por el intrincado sistema de ram¬pas que conducía hasta la casa; él y Rachel no se demoraron.

El almuerzo se sirvió en la mesa, de modo que Rachel tuvo

ocasión de sobra para observar a Johnny interactuando con su fa¬milia durante la comida. Gracias a Becky, sólo había sobre la mesa vasos para el vino y para el agua, y la cubertería de dos tipos de te¬nedbres, cucharas para sopa y postre y dos tipos de cuchillos. Como había descartado la idea de tratar de educar a Johnny en el arte su¬til de los sociales en la mesa, preparándolo para el almuerzo de ese día, Rachel quedó sorprendida y aliviada cuando lo vio desplegar su servilleta y colocarla sobre las rodillas cuando se sentó y pasó la co¬mida a los demás sin el menor tropiezo. Cuando él usó el plato co¬rrecto para su panecillo, lo partió en dos con los dedos y hasta tras¬ladó un poco de mantequilla de la bandeja común a su plato del pan antes de untarlo, ella quedó impresionada. Cuando él usó impecablemente el utensilio correcto para cada plato, quedó asombrada. Plato tras plato, él se conducía como si hubiera participado en co¬midas como esa cada día de su vida. La madre de Rachel, que al principio lo vigilaba como un halcón, quedó tan tranquilizada por su desempeño que realmente dejó de observarlo durante largos períodos mientras alentaba cariñosamente a Stan, que estaba junto a ella en su sillón de ruedas.

¿Le agrada trabajar en la ferretería? preguntó Elisabeth Grant a Johnny mientras, con destreza, introducía una cucharada de sopa en la boca de Stan.

En realidad, no repuso él . Aunque no creo que vaya a estar allí mucho tiempo más.

¿Ah, no? -Fue Elisabeth quien lo preguntó, aunque también Rachel y Becky lo miraron con sorpresa.

He estado pensando en volver a la escuela.

¿De veras? inquirió Rachel, mientras Elisabeth decía al mis¬mo tiempo:

¿Volver a la escuela? Oh, querrá decir asistir a la facultad.

A decir verdad, quise decir la escuela de leyes repuso Johnny, consumiendo un bocado de filete con tanta naturalidad como si no hu¬biera hecho un anuncio que Rachel, por lo menos, consideraba tras¬cendental.

¿La escuela de leyes?

Las tres mujeres hablaron al mismo tiempo, con la misma ento¬nación. Se miraron, luego, simultáneamente, se fijaron en Johnny, que seguía comiendo su filete, despreocupado.

Las niñas, acostumbradas al silencio cuando comían con adultos en el comedor, alzaron la vista, atraída su atención por el asombro de sus mayores.

Sí bebiendo un sorbo de vino, Johnny sonrió directamente a Rachel . ¿No crees que yo sería un buen abogado?

Pero, Johnny... empezó ella; luego se interrumpió al darse cuenta de que era mejor discutir eso los dos en privado. Pero él, al pa¬recer, no tenía tales reservas.

Elisabeth dejó de alimentar a Stan para mirar a Johnny Harris.

¿No faltan muchos años para eso? Primero deberá estudiar en el colegio superior... y que yo sepa, no permiten ex convictos en ningu¬na escuela de leyes.

Ya tengo un título de colegio superior repuso Johnny, cortan¬do, otro pedacito de filete con expresión serena . Estando en prisión obtuve una licenciatura en literatura comparada. Además de trabajar en una cuadrilla caminera del estado, me entretenía siguiendo cursos superiores por correspondencia. Y si mi abogado está en lo cierto, no seré delincuente convicto por mucho tiempo más.

¿Qué? Elisabeth se mostró aturdida.

La policía está convencida de que el asesino de Glenda Wat¬kins también mató a Marybeth Edwards. Estos asesinatos, desde la profundidad y gravedad de las heridas, que indican una misma arma asesina, hasta las flores esparcidas sobre los cadáveres, son virtualmen¬te idénticos. Yo estaba con Rachel cuando mataron a Glenda. Eso me exculpa entonces también con respecto al otro caso. Dice mi abogado que, con esa clase de pruebas,

sumado al hecho de que nunca tuvieron pruebas concretas contra mí desde un principio, será bastante fácil lo¬grar que limpien mi prontuario.

Elisabeth miró primero a Rachel, luego a Johnny.

Entiendo dijo con lentitud.

Rachel pudo ver que su madre examinaba mentalmente la no¬ticia.

¿Puedo retirarme, mamá? inquirió con voz aguda Loren, apartando su silla sin esperar respuesta.

También yo, mamá dijo Lisa imitándola.

¿No quieren postres ustedes dos? Arrancada a sus pensamien¬tos, Elisabeth sonrió a sus nietas con aprobación.

Tenía buenos motivos, pensó Rachel. Se habían comportado re¬almente muy bien, y con Katie durmiendo arriba, el almuerzo habla si¬do el más tranquilo del que habían disfrutado en cierto tiempo. Para ser exactos, desde la llegada de Becky y sus niñas.

Estoy demasiado llena se quejó Loren.

Más tarde comeremos algo de postre Lisa miró a su madre.¬¿Por favor, mamá?

Para mí está bien repuso Becloy, mientras Elisabeth asentía.

Las niñas salieron de la habitación. Rachel oyó cómo subían co¬rriendo la escalera. El Nintendo había llegado junto con cajas llenas de otras posesiones, y Becky había hecho que un hombre lo conectara el día anterior. Indudablemente, las niñas pensaban ponerse a jugar con el vídeo.

Ha estado delicioso, señora Grant declaró Johnny, mientras se reclinaba en su silla y colocaba su servilleta junto al plato. Rachel le sonrió, sin poder disimular que estaba impresionada por sus modales en la mesa.

Gracias le sonrió también Elisabeth.

Rachel notó que su madre se mostraba más cordial con Johnny que al inicio del almuerzo, y se regocijó. A su madre le encantaban dos cosas: la ambición y la educación. Johnny había ganado prestigio ante los ojos de Elisabeth Grant, al hacer gala de ambas condiciones.

¿Postre? inquirió Rachel . Mamá ha preparado pastel de ce¬rezas.

-Igual que tus sobrinas, creo que deberé esperar hasta más tarde.

¿Café? insistió Rachel. Johnny sacudió la cabeza.

Rachel, si has terminado, ¿por qué no te llevas afuera a Johnny y le muestras los alrededores? Yo ayudaré a mamá a limpiar.

Gracias, Beck dijo Rachel con gratitud y se puso de pie.

Se moría por estar a solas con Johnny. Estaba conteniendo una pregunta tan candente, que le quemaba la lengua.

Johnny se incorporó también, volvió a felicitar a Elisabeth por la comida y salió de la habitación atrás de Rachel.

44

¿Lo has dicho en serio, o lo dijiste tan sólo para asombrar a mi madre? -inquirió Rachel sin preámbulo, tan pronto como tuvo la cer¬teza de estar sola con Johnny.

Estaban afuera, caminando por el mismo camino por el cual había empujado antes la silla de su padre. Apretaba con fuerza la ma¬no de Johnny, sin poder decir cuándo la había tomado.

¿En serio qué cosa?

Lo de la escue!a de derecho.

Ah... hubo una pausa . Sí, lo he dicho en serio.

¿De veras? inquirió ella con voz teñida de placer.

¿Acaso no me ves como abogado? No contestes eso rió él . Pero te diré que no es una idea tan disparatada. Llegué a saber mucho de leyes y abogados mientras estaba en chirona. Creo que yo sería un defensor público muy bueno.

Rachel quedó deslumbrada.

¡Oh, yo también!

¿Así que te gusta la idea? insistió él, mirándola con ojos.bri¬llantes.

Rachel titubeó. No tenía ningún motivo concreto, para pensar que los planes futuros de Johnny tuvieran alguna incidencia en ella. Pero su corazón latió más rápido al pensar en vivir como esposa de Johnny... no, como esposa del abogado John Harris.

¿Cuál es tu segundo nombre? inquirió.

Johnny le lanzó una mirada rápida.

W. ¿Por qué?

-La letra W no es un nombre.

Si te digo qué representa la W, te vas a reír.

No me reiré. De cualquier manera, es probable que ya lo sepa. Sin duda estaba en tus registros escolares, sólo que no logro recordar¬lo bien.

Wayne.

Rachel arrugó la frente.

-¿Wayne? Vaya, si es un nombre muy lindo. ¿Qué tiene de ma¬lo llamarse John Wayne...? Se interrumpió y empezó a sonreír. Re¬cordando de pronto la advertencia de Johnny, desvió la cabeza.

Te dije que te reirías.

No me río... vaquero.

¿Ves? Siempre pasa lo mismo. Por eso me lo callo.

A mí me parece encantador. John Wayne Harris repuso ella riendo por lo bajo; luego se tapó la boca con una mano cuando Johnny le lanzó una mirada de fingida advertencia. Después la condujo hacia el bosque que bordeaba el patio.

Me alegro de que te agrade.

Iba delante de ella, arrastrándola consigo al entrar en el bos¬que por una senda que ella y Becky, y ahora sus sobrinas, habían utilizado en sus juegos. Conducía directamente al otro lado del bos¬que, a una distancia de tres kilómetros tal vez. Pero Johnny reco¬rrió tan sólo unos doscientos metros, hasta llegar al gran árbol don¬de, mucho tiempo atrás, Stan Grant había construido una casita en lo alto para sus hijas. Era apenas algo más que una plataforma con laterales, accesible mediante tablas clavadas, como escalones, en el tronco del enorme roble. Siendo niñas, Rachel y Becky habían ju¬gado allí con frecuencia, y cuando adolescente, Rachel había pasa¬do muchas tardes de verano tendida en el suelo de madera, absorta en un libro. Ahora, el frondoso follaje empezaba apenas a tomar un tono amarillento. Cuando Rachel alzó la vista, una hoja amarilla bajó flotando lentamente a tierra, mecida según los caprichos del viento.

-¿Cómo supiste de nuestro árbol? inquirió Rachel cuando es¬tuvo claro que era allí donde él se dirigía desde el principio.

¿Crees acaso que nunca exploré estos bosques? Rayos, si Grady y yo hasta las observamos a ti y a Becky jugando aquí una o dos veces. En ocasiones, cuándo no había nadie cerca, jugábamos a los piratas conquistando un buque enemigo, y tu casita en el árbol era el buque.

-Yo no lo sabía.

Ustedes eran entonces demasiado mayores para jugar con nosotros, por eso las dejábamos tranquilas.

Probablemente yo siga siendo demasiado mayor para que jue¬gues conmigo comentó Rachel en tono irónico.

Johnny la miró, se apoyó en el árbol y la atrajo sobre el pecho.

Tú eres perfecta para mí. Si fuese al revés, si yo tuviera cinco años más, la gente pensaría que nuestra diferencia de edad es la justa.. ¿Cuántos años tiene tu amigo el farmacéutico? Cuarenta, ¿verdad?

más diferencia que entre tú y yo, pero ¿alguna vez pensaste que él era demasiado mayor para ti? No, no lo has pensado. Eres culpable de dís¬criminación sexual, señorita Grant.

La ceñía entre sus brazos. Rachel tenía el cuerpo apretado con¬tra el suyo, y la voz de] hombre se derramaba sobre ella con la seduc¬tora dulzura de la miel tibia. Rachel escuchaba el timbre de esa voz con los ojos semicerrados y una leve sonrisa en los labios.

. Has estado sensacional con mi madre murmuró Rachel mien¬tras él le besaba la garganta hasta el cuello abierto de su vestido.

Ella todavía me asusta muchísimo, pero creo que me sobre¬pondré.

Johnny le alzó la barbilla y le besó el hueco de la garganta. Ra¬chel se aferró a los hombros de él bajo la refinada chaqueta de] traje, cerró los ojos y se entregó al placer de que le hicieran el amor. La tex¬tura de la costosa camisa de vestir que cubría los músculos M hombre le causaba un efecto levemente afrodisíaco. Cuando Rachel se apretó más contra él, se le doblaron los dedos de los pies dentro de sus zapa¬tos de domingo.

Rachel...

¿Eeeeh?

¿Crees poder trepar a este árbol con ese vestido y esos zapatos?

¿Trepar al árbol?

Perpleja ante el requerimiento de Johnny, muy diferente de lo que ella había esperado, Rachel abrió los ojos para mirarlo con severi¬dad. Para calmarla, él depositó un beso en sus labios.

Ya me has oído. ¿Lo crees?

Rachel miró la improvisada escalera que conducía a lo alto del árbol. Con los ojos, siguió la senda hasta el agujero en el suelo de la plataforma por donde tendria que pasar. Luego miró su vestido amarillo con su talle diminuto y su falda ancha, y más abajo, los zapatos co¬lor champaña.

Si subes tú primero dijo.

Dejándola de pie, Johnny se llevó las manos a las mejillas con fingido pesar.

¿Acaso crees que sería tan grosero como para mirar por deba¬jo de tu vestido?

Sí, eso creo.

Qué bien me conoces sonrió él.

Luego, mientras Rachel lo observaba, se volvió, estiró un brazo, aférró una tabla y subió con la agilidad de un adolescente. Rachel lo si¬guió. Realmente no quería estropear su vestido.

Cuernos, me olvidé de las medias.

Rachel puso mal gesto al subir por la abertura y quedar sen¬tada con las piernas colgando en el agujero. El nailon estaba desga¬rrado.

Podrías quitártelas dijo Johnny con un brillo sugestivo en la mirada.

Rachel se volvió para mirarlo. Estaba sentado, con la espalda apoyada en la pared opuesta, observándola con una expresión traviesa que le decía, más claramente que con palabras, lo que se proponía. La plataforma entera no podía tener más de dos metros por tres, y las pa¬redes que la rodeaban tenían acaso un metro de altura. No había te¬cho, salvo las ramas que se entrelazaban en lo alto y el denso manto de hojas bajo el cielo azul. Allí, tan alto estaban acaso a seis metros del suelo , la brisa era más fuerte. Aunque las paredes de la casita propor¬cionaban protección contra el viento, las ramas oscilaban y crujían, y las hojas se mecían, se desprendían y caían a tierra. Aunque la tempe¬ratura era cálida, el aroma indefinible del próximo otoño estaba en el aire.

Rachel posó su mirada sobre Johnny. La estaba observando con ojos de un azul más intenso que el cielo apenas entrevisto; una sonrisa curvaba su boca. Las paredes de la casita le llegaban sólo hasta los hombros; tras él, las frondosas ramas formaban un telón de fondo tan

bello, que era casi irreal. El viento agitaba su cabello negro y ondula¬do. Rachel pensó que ese corte le sentaba mucho mejor. Ahora su ca¬ra angulosa, la barbilla firme, los pómulos altos y la frente inteligente, quedaban enmarcados y lo hacían más guapo que nunca. Parecía un ser muy diferente del hombre rencoroso que había bajado del autobús tan sólo unas semanas atrás.

Si ella hubiese sabido entonces cómo cambiaría él su mundo, habría corrido directamente a sus brazos... Sin duda lo habría asustado tanto, que él habría vuelto a la prisión.

Rachel sonrió al pensar cómo habría reaccionado él ante tal re¬cibimiento.

Ocurre algo gracioso? preguntó él alzando una ceja.

Rachel sacudió la cabeza.

Soy feliz, nada más.

¿Lo eres? También yo. Pero sería más feliz si hubieses venido a sentarte a mi lado. Creo que debemos hablar.

¿Hablar?

Vaya, ¿acaso creíste que yo tenía otros propósitos?

Eso esperaba.

Riendo, Johnny le tendió la mano.

Ven aquí, Rachel, y busca en mi bolsillo. Te he traído un re¬galo.

-¿De veras? le sonrió, encantada.

Pensar que Johnny le había llevado algo la complacía enor¬memente. Su primer regalo para ella... aparte de él mismo. Lo ate¬soraría.

Busca en mis bolsillos -volvió a decir Johnny cuando ella estu¬vo sentada a su lado.

Me siento estúpida protestó ella, riendo al obedecer.

El primer bolsillo estaba vacío, pero el segundo contenía una ca , jita diminuta, envuelta. Rachel la contempló largo rato en la palma de su mano; era exquisita; Envuelta en papel plateado y adornada con cin¬tas blancas. Miró a Johnny.

Es muy bonita.

Abrela.

Al parecer, Johnny estaba un poco tenso. Con los labios del co¬razón acelerados, Rachel empezó a desenvolver la caja. Estaba casi se¬gura de saber lo que contenía, pero podía estar equivocada. No quería esperanzarse en vano.

La caja era de cartón rojo, brillante y liso. Retiró la tapa y descu¬brió en el interior un estuche de joyero.

Le temblaban las manos al extraer el estuche de plástico duro y al retirar la tapa. Adentro había un anillo de diamantes, un solitario precioso que pesaba por lo menos medio kilate, engarzado en oro blanco.

¡Johnny! ¿De dónde has sacado el dinero?

¿No puedes decir otra cosa? No lo robé, si eso es lo que te preo¬cupa. La compañía ferroviaria nos ofreció a Sue Ann, a Buck y a mí se¬tenta y cinco mil dólares como indemnización por la muerte de mi pa¬dre. Ellos quisieron aceptarla, por eso accedí. Representa aproximadamente la quinta parte agregó señalando el anillo con un gesto.

¡No habrías debido hacerlo! ¡Es hermoso!

Por favor, ¿quieres mirar esa maldita piedra?

Le sorprendió el nerviosismo de su tono, pero luego miró con más atención el anillo. Había una minúscula tarjeta atada con una delgada tira de cinta blanca. La tarjeta estaba escrita con la letra negra y fluida de Johnny. Ladeó la caja para poder ver lo que decía, Rachel leyó la inscripción: "¿Te casarás conmigo?". Alzó la vista ha¬cia Johnny, quien la miraba con una peculiar mezcla de ternura y ansiedad.

¿Y bien? dijo él cuando Rachel quedó muda.

La joven sacó el anillo de la caja, se lo puso en el dedo anular de la mano izquierda; luego rodeó con los brazos el cuello de Johnny.

Tal vez dijo besándolo en la boca.

¿Tal vez? repitió él. Parecía ofendido, pero como le besaba también al mismo tiempo, ella no lo supo con certeza.

No creerás poder librarte con esa propuesta, ¿o sí? Si quieres casarte conmigo, tendrás que pedírmelo adecuadamente.

Johnny lanzó un gemido.

Debí haberlo dicho con flores. Lo sabía.

Rachel le dio un golpe en el brazo.

Déjate de bromas, lo digo en serio.

Johnny la tomó por los hombros y la apartó un poco para po¬derle ver la cara. Ella estaba arrodillada junto a las piernas estira¬das de Johnny, con la falda desplegada en torno como los pétalos de un narciso. Johnny le apretó los hombros mirándola con cierta exasperación.

Yo también dijo.

¿Entonces ... ?

Johnny suspiró.

Está bien dijo . Rachel, ¿quieres casarte conmigo?

No.

¡Que no!

-Prueba otra vez. Eso ha sido insatisfactorio.

¡Santo Dios! ¿Esperas acaso que me arrodille?

No estaría mal.

Estás bromeando, ¿no?

Rachel sacudió la cabeza. El la miró un momento fijamente; lue¬go le brindó una sonrisa de rendición, se movió para apoyarse en una rodilla y le tomó la mano.

Rachel, ¿quieres casarte conmigo?

Mejor, pero no hay premio. Ni novia, en este caso.

¡Maldición, Rachel! exclamó él mirándola de un modo impro¬pio para un amante. Le apretó con fuerza los dedos, que antes sostenía con suavidad.

La mirada que ella fijó en él fue luminosa y directa.

Johnny, ¿tú me amas?

El le sostuvo la mirada; la suya se hizo más suave y más cálida,', aunque no dejó de observar cómo sus pómulos enrojecían. Evidentemente, admitir tal cosa lo avergonzaba.

Por supuesto que sí. Puedes dar eso casi por sentado cuando hombre te pide que te cases con él.

Rachel sacudió la cabeza.

No quiero dar nada por sentado. Supongo que esta será la últi , ma propuesta de matrimonio que reciba en mi vida, y quiero que sea bien hecha. Si me amas, dilo. Dímelo, válgame Dios.

Rachel... empezó él con no poca ira.

Al parecer, pensó mejor en lo que iba a decir, porque cerró la boca y sostuvo con ojos entrecerrados la mirada límpida de Rachel. Luego, para sorpresa y regocijo de ella, colocó la otra mano sobre el corazón.

Johnny...

Calla, ¿no ves que estoy por desnudar mi alma? La silenció y aspiró profundamente: Mi amor es cual rosa roja, que ha brotado en junio. Mi amor es como una dulce melodía. Tan bella eres linda moza, tan enamorado estoy yo, y seguiré amándote, querida, hasta que se sequen los mares.

La voz profunda y grave de Johnny Harris daba a la poesía una resonancia obsesionada que emocionó a Rachel. Ya no se lo veía hos¬co, ya no parecía un escolar recitando contra su voluntad, sino un hom¬bre conmovido y fortalecido por el amor que confesaba. Rachel lo miró a los ojos. Se emocionó. Le apretó la mano mientras él continua¬ba suavemente:

Hasta que se sequen los mares, querida, y el sol derrita las ro¬cas. Y te seguiré amando, querida, mientras corran las arenas de la vida. Y ve con Dios, mi único amor, ve con Dios entre tanto. Y yo regre¬saré, mi amor, aunque me encuentre a quince mil kilómetros.

Por un momento, después de cesar las últimas palabras, ambos callaron. Rachel miró a lo hondo de los ojos de Johnny y creyó ver eso tan verdadero, bueno y reluciente que era su alma. Ella tenía los ojos tan llenos de lágrimas, que amenazaban rebosar... y entonces, de pron¬to, él sonrió.

Robert Burris debe haber tenido hembras para elegir. Ese poe¬ma suyo es sensacional.

¡Johnny Harris!

Sobresaltada hasta perder su lloroso sentimentalismo, Rachel le dio un fuerte empujón. Johnny no cayó sentado, como había querido ella, pero su sonrisa burlona se esfumó y trató de asirla.

¡Suéltame!

¡Jesús, Rachel, estaba bromeando! ¡No ha sido en serio!

¡Ese hermoso poema... casi he llorado... y tú estabas bromean¬do! ¡Sería capaz de matarte! ¡Que me sueltes, he dicho!

Forcejeaba para zafarse. Johnny logró sujetarla al sentarse de nuevo, y sentarla encima suyo, pero ella lo miró furiosa.

¡Quita de mí esas manos!

¡Rachel, me has entendido mal! Yo...

Si no me sueltas, te... te...

Enfurecida, Rachel no pudo pensar en una amenaza lo bastante horrenda. Mientras ella farfullaba, tironeando su anillo para quitárse¬lo y arrojarlo al sonriente rostro de Johnny, él la apretó mejor contra su pecho, le sujetó las manos rodeándole la cintura con un brazo y le alzó la cabeza con la mano libre.

No bromeaba con respecto al poema.

Has dicho que...

Sé lo que he dicho. No fue en serio. Quiero decir, fue en serio el poema. Cada palabra. Lo juro.

Rachel dejó de moverse y lo miró con evidente desconfianza.

Sabías que ese poema es mi favorito, ¿verdad? Lo has usado de¬liberadamente para manipularme.

Johnny le besó la sien. Su expresión indicaba que no estaba arre¬pentido.

Lo sabía.. en la escuela secundaria tuve como maestra de iIdioma una fanática de la poesía, ¿recuerdas? Ella me fascinaba tanto que recuerdo prácticamente cada palabra que decía. Pero igual fui sincero.

Mientes.

No miento dijo él besándole la punta de la nariz, tú lo sabes. Sabes lo que siento por ti. Tal como yo sé lo que sientes por mí. Ra¬chel, a veces, cuando me siento horriblemente sentimental, pienso que estábamos predestinados.

Rachel lo miró; ese bello rostro moreno, los centelleantes ojos azules, la boca sensual, sonriente, y se rindió. Si quería tener a Johnny Harris, pues tendría que aceptar a Johnny Harris en sus propias condi¬ciones.

De cualquier manera, ¿qué valía una confesión de amor obteni¬da a la fuerza? Como Johnny decía, ella sabía lo que él sentía. Lo sabía con el poder combinado de la mente, el corazón y el alma.

45

Sí dijo Rachel.

¿Que sí?

Ya me has oído.

Bien sonrió él . No quisiera tener que devolver el anillo. No guardé el recibo.

Qué gracioso estás hoy.

Lo intento repuso él, pero al mirarla se puso serio de pronto . Ra¬chel, no puedo quedarme en Tylerville.

Lo sé.

He pensado que nos casemos lo antes posible, discretamente, y nos vayamos a otra parte, quizás al oeste, lejos.

¿Cuándo?

Cuanto antes, mejor. Esta semana, Rachel... vaciló . No creo que estés a salvo aquí. He pensado mucho en esto y lo único que se me ocurre es que anda suelto un demente que me odia tanto como para matar a las mujeres que hay en mi vida. Si es verdad, el próximo blan¬co lógico eres tú.

¿Eso crees? inquirió ella con un hilo de voz.

Espero que no, pero tenemos que actuar como si fuese así. ¿Adivina dónde estuve anoche?

¿Dónde?

En el patio de atrás de la casa, montando guardia.

Estás bromeando, ¿no?

No bromeo. Tengo hasta picaduras de mosquito que lo demuestran. -Johnny se alzó un brazo de la chaqueta y se desabotonó la manga de la camisa para exhibir su antebrazo, que además de ser robusto y agradablemente cubierto de pelo negro, mostraba también cinco o seis picaduras de insecto, rojas y algo hinchadas. Tengo más en el otro brazo y más aún en el cuello, atrás. Dondequiera que encontraban un palmo de piel desnuda, esos pequeños chupasangres atacaban. Y las picaduras me arden como el demonio.

Rachel quedó tan sorprendida como emocionada.

No hacía falta que lo hicieras.

¿Que no? la miró Johnny con franqueza . No pienso perderte, maestra. Si el costo de mantenerte con vida es pasar noches ofreciendo mi osamenta a un enjambre de minivampiros, pues lo pagaré. Las otras mujeres con quienes tuve relaciones han terminado muertas, Rachel.

La joven se estremeció.

Eso me asusta mucho.

A mí también me asusta. Pero nada te ocurrirá, porque nos aseguraremos de ello. De noche te quedarás en tu casa y yo acamparé en el patio, nos casaremos enseguida y nos iremos pronto. ¿De acuerdo?

De acuerdo... vaquero dijo Rachel. Una sonrisa temblaba sus labios.

Johnny gimió.

Ya sabía que nunca debí decirte mi segundo nombre.

Pese a la seriedad del tema en discusión, Rachel se rió. John la miró con ojos relucientes; luego la hizo callar con un simple beso Rachel se entregó a ese beso, a las manos que le acariciaban la espalda y alisaban su vestido sobre la curva de su trasero, a la posesividad de los brazos que le ceñían. Ahora ella era suya, como él era de ella. A pesar de la disparidad de sus procedencias, debían estar juntos, como dos mitades de un todo.

¿Rachel? Depositaba besos en la línea de su mandíbula mientras desabrochaba los diminutos botones de su vestido y luego le desa¬brochaba el cinturón.

¿Qué? repuso ella, tironeando sin mucho éxito el nudo de su' corbata de seda. ¿Cómo rayos la había anudado él? Aquello parecía destinado a quedarse así durante los próximos cien años.

¿Quieres tener hijos?

Al oírle, la mente de Rachel, que estaba presa de pasión, se des¬pejó por un instante.

Sí, lo deseo mucho. ¿Por qué?

Me alegro le sonrió él irguiéndose, mientras le quitaba el ves¬tido . Detesto los profilácticos.

Le quitó por fin el vestido, lo arrojó a un lado con descuido, y Rachel experimentó una punzada de inquietud por la suerte de la prenda desechada; pero él ya le estaba quitando con suma eficien¬cia los zapatos y las medias desgarradas. Johnny la observaba con suma, lentitud, sentada en sus rodillas, solamente con su sostén y sus bragas.

Bonita ropa interior.

Gracias.

Encaje, seda y perlas... Mejor de lo que alguna vez he imagi¬nado.

Creía que me imaginabas sin ropa interior alguna.

En fin... no es mejor que eso. Pero casi sonrió él.

Con la mano tomó un seno cubierto de encaje, seda y perlas, mientras se inclinaba para besarla. Rachel sintió que la excitación le atravesaba todo el cuerpo, cuando él empezó a explorarle la bo¬ca pausadamente con su lengua. Los pezones de Rachel se irguie¬ron temblorosos. La excitación que sentía hizo que apartara su bo¬ca de la de él.

Aguarda un minuto pidió cuando Johnny quiso volver a cap¬turar su presa.

Mmmm.

Johnny miraba las piernas desnudas de Rachel, se destacaban sobre la tela oscura del traje de él. El contraste entre las esbeltas curvas femeninas y la sedosa piel tostada de las piernas de Rachel con el decoro masculino de los pantalones de Johnny, bastó para oscurecer los ojos del hombre, que pasó una mano por el interior del muslo de Rachel hasta su rodilla. Instintivamente abrió las pier¬nas, pero enseguida las cerró y se retorció hasta apartarse fuera del alcance de él.

-Portate bien le dijo cuando intentó asirla. Luego, rechazándo¬lo, se arrodillo delante suyo y le bajó el cierre automático.

Rachel...

Johnny se interrumpió cuando los dedos inquisitivos de la mujer hallaron su miembro viril y lo sacaron. Dio un leve respingo cuando ella le apartó la ropa interior y los pantalones.

Sssh...

Rachel le tocó con la lengua la punta del pene. Fue un gesto leve, casi insinuante, pero hizo que Johnny lanzara una exclamación ahogada.

Ah, sí murmuró él cuando el cabello de Rachel se amontonó en sus rodillas y ella lo tomó en su boca.

Todo el cuerpo de Johnny se irguió. Echó atrás la cabeza para apoyarla en la pared e introdujo las manos entre el cabello de la mujer acariciándole la cabeza y guiando sus movimientos.

¡Tía Rachel!

El grito se repitió antes de que ellos lo captaran.

-Jesús gimió Johnny, apretándole el cráneo con los dedos como protesta . ¡Ahora no!

¿Qué ... ? Rachel alzó la vista. Se sentía un poco aturdida, sus sentidos estaban desorientados y tenía el sabor de Johnny en la boca.

-¡Tía Rachel!

-¡Loren! exclamó ella, soltándolo como si de pronto él le quemara.

Por un instante, no hicieron más que mirarse fijamente, consternados. Luego Rachel se abalanzó sobre la plataforma, en una frenética búsqueda de sus ropas.

Cuando alzó la vista, comprobó que Johnny, que había tenido mucho menos que hacer para recobrar la respetabilidad, la miraba lascivamente.

Bonito trasero -dijo.

Ma Rachel!

El grito sonó muy cerca, tal vez debajo mismo del árbol. Rach trataba de ponerse las medias retorcidas y rotas, y fijó en Johnny un mirada desesperada.

Baja y entreténla susurró.

Bueno.

Totalmente vestido y sonriente, él la dejó en su tarea y desapareció por el agujero. Rachel, se abotonó el vestido y le oyó saludar a Loren con elogiable naturalidad. Se ajustó el cinturón escuchando el sonido grave de sus voces al hablar. 1 - 1

Se estaba poniendo los zapatos cuando asomó la cabeza de Johnny.

¿Estás vestida? inquirió, pero algo en su expresión dio que pensar a Rachel.

¿Sucede algo?

Ponte el otro zapato y baja.

Johnny...

Pero él ya se había marchado. Rachel supo que algo malo había pasado. Se calzó el zapato y salió en pos de él. Cerca del suelo, sintió que él le tomaba la cintura con ambas manos para ayudarla a bajar. Cuando estuvo de pie, Rachel se volvió hacia él y le asustó la expresión de su cara.

¿Qué ocurre? preguntó ella con calma.

Se trata de tu padre. Aparentemente ha tenido un ataque cardíaco. Ya viene una ambulancia.

Johnny la rodeaba con un brazo y la sostenía, mientras avanzaba a trompicones, medio corriendo hacia la casa.

46

Jeremy.

Allí estaba de nuevo... la voz. Esa voz suave, aterradora, que lo llamaba. Acurrucado en la fría y oscura prisión, Jeremy se estremeció. Había estado allí horas, días, no podía decirlo. Creía haber estado dor¬mido la mayor parte del, tiempo. Pero siempre, siempre, había oído esa voz, susurrando en su mente.

Jeremy.

Allí estaba otra vez. Jeremy quiso gritar, quiso llorar, pero esta¬ba demasiado asustado. Tenía hambre y sed, y necesitaba orinar, pero todo eso era secundario en relación con el miedo que lo dominaba.

Algo maligno acechaba en la oscuridad.

Muévete, Jeremy. Tienes que moverte.

¿Mamá?

Fue un graznido, y aun cuando se olvidó de sí mismo lo suficien¬te para decirlo en voz alta, Jeremy se encogió, pensando que iba a ser atacado. Su mamá estaba muerta. La voz que él oía no podía pertene¬cer a ella. Esa cosa maligna lo estaba embaucando de nuevo, tal como había hecho la primera vez.

Muévete, Jeremy.

Pero sonaba como la voz de su madre. Los labios de Jeremy tem¬blaron. Ansiaba tanto que fuese su mamá. Tal vez había venido para estar con él, para hacerle compañía mientras él moría.

No quería morir. Tenía demasiado miedo.

Levántate, Jeremy.

La voz era insistente, y por primera vez el niño empezó a pre¬guntarse si acaso estaba dentro de su propia cabeza. La cabeza le dolía, le palpitaba y parecía haberse hinchado hasta el tamaño de una calaba¬za. ¿Acaso su mamá le estaba hablando dentro de su cabeza?.

Abrió los ojos e intentó sentarse. Pero estaba mareado y con náuseas. Le dolía la cabeza, le dolía el estómago y tenía la sensación de que los brazos y las piernas pesaban cincuenta kilos cada una. A su al¬rededor no había más que oscuridad, una oscuridad fría y húmeda que olía mal.

¿Acaso estaba en una tumba?

Al pensarlo empezó a respirar muy rápido. Por un minuto casi sintió pánico. Luego logró dominarse pensando que, dondequiera que estuviese, era demasiado grande para ser una tumba. No lo habían se¬pultado vivo.

Por lo menos no lo creía así. Pero cuando trataba de usar su ce¬rebro, le dolía la cabeza.

,

¡Escóndete, Jeremy! La voz, cualquiera fuese su origen, gritó dentro de su cabeza.

El niño quiso gritar a su vez en aterrada respuesta, pero un soni¬do raspante lo hizo callar. Ese sonido lo asustó más que cualquier otra cosa hasta ese momento.

Se levantó sobre manos y rodillas y, tanteando por delante, en¬contró una pared de algo que parecía piedra muy lisa, al lado mismo de donde se encontraba. No era la pared exterior, sino una interna, y él había estado tendido tal vez a cinco centímetros de ella. Estaba areno¬sa de polvo y fría al tacto; sin embargo mantuvo la mano en ella para orientarse al alejarse del sonido, arrastrándose lo más rápido posible.

Un rayo de luz no, luz no, sino oscuridad diminuta le permitió ver que la pared de piedra tenía un metro y medio de alto y quizás un metro de ancho... y que podía ocultarse de esa penumbra reveladora, colocándose tras ella.

Así lo hizo, se acurrucó y apenas se atrevió a atisbar para ver qué lo amenazaba.

De inmediato lo reconoció como la cosa que había visto ace¬chando en las sombras, la noche en que su mamá fue asesinada. Una presencia sólida y tenebrosa se alzaba en un portal que conducía des¬de el lugar donde él.estaba aprisionado, a la noche, más allá de la puer¬ta. Una ráfaga de aire puro, más cálido que el que él respiraba, agitó el borde de la capa que ocultaba de su vista los contornos de aquel ser.

Aunque no podía verlo con precisión, Jeremy percibió la presen¬cia del mal. Era tan tangible como un olor. Jeremy se hizo muy pe¬queño, combatiendo su deseo de lloriquear, resistiendo al impulso de correr.

No había adónde ir... salvo hacia la cosa en línea recta.

Jeremy.

Era la voz que había oído en su casa. Era diferente del. susurro que lo había despertado diciéndole que se moviera, y que, sin duda, era un ente benéfico. Este susurro le erizó el cabello en la nuca.

Ven aquí, muchacho.

La cosa se movió y Jeremy vio brillar algo plateado que sostenía por delante como un escudo. El niño comprendió de qué se trataba: un cuchillo largo, reluciente y afilado.

Probablemente fuera el cuchillo que había matado a su mamá. El cuchillo que esa cosa pensaba usar contra él.

Sintió un chorro tibio entre las piernas. Jeremy se dio cuenta de que acababa de orinarse en los pantalones como un bebé. La humilla¬ción se mezcló con su terror. Apenas pudo contener un sollozo.

En el portal, la cosa olfateó una, dos veces, como si pudiera oler¬lo. Entonces, afuera, en alguna parte, hubo un destello de luz. Luces gemelas. Faros de un vehículo. Jeremy abrió la boca para gritar.

Calla le advirtió la voz buena. Jeremy cerró la boca.

La cosa pareció vacilar; luego, se esfumó con la rapidez de un ave que levanta el vuelo. Se cerró la puerta. Jeremy volvió a encontrar¬se solo en la oscuridad.

Sólo que esa vez recibió la oscuridad como a una amiga.

47

Los días siguientes trascurrieron como en un sueño para Rachel. Pasaba casi todos sus momentos de vigilia en el hospital, junto al lecho de su padre, tomándole la mano, hablándole y orando por su recupe¬ración, aunque sabía que ahora lo más deseable para él era la muerte. Pero no podía evitarlo. No podía convencerse de dejarlo ir. Todavía no, no de esa manera.

Elisabeth Grant, que hasta dormía en el suelo junto a la cama de Stan, también se sentía mal. Pálida y acongojada, vigilaba a su esposo, y apenas si podía hablar coherentemente, ni siquiera a los médicos. A Rachel le tocaba hablar con ellos y tratar de interpretar lo que le decían. Luego debía comunicar la situación, según ella la entendia, a Elisabeth y a Becky.

Becky, desgarrada entre sus hijas en casa y su padre en el hos¬pital, mantenía guardia con su madre cada vez que Rachel se rendía al agotamiento y dejaba que Johnny se la llevara para dormir unas horas. Quedó olvidada la intención de Johnny de mantener una custodia nocturna en el patio de Rachel, porque esta ya no pasaba sus noches en casa. Ahora Rachel iba al apartamento de Johnny con tanta naturalidad como habría ido a la Nogalera, porque esta¬ba cerca del hospital y porque Johnny estaba allí. La sostenía entre sus brazos para dormir, le secaba las lágrimas cuando ella lloraba y la obligaba a comer cuando ella no tenía ganas. Era Johnny quien se hacía cargo de las pequeñas cosas que hacían soportable una vigilia tan exhaustiva. El llevaba a las mujeres de un lado a otro cuan¬do estaban demasiado cansadas para pensar siquiera coherente¬mente, y mucho menos manejar un vehículo. Les llevaba comida y bocadillos cuando no lograba persuadirlas de ir a comer a la cafe¬tería. Les compró artículos de primera necesidad, tales como jabón, cepillos de dientes y pasta dentífrica en la farmacia del hospital cuando ellas despertaron sintiéndose sucias y desorientadas después de aquella primera noche aterradora con Stan. Lo más impor¬tante de todo, proporcionaba un fuerte hombro masculino en que apoyarse para cualquiera de ellas en un momento de debilidad. Hasta Elisabeth llegó a confiar en él durante esos días terribles. Más de una vez dijo que no sabía cómo se las arreglarían sin él. En la angustia posterior a la hospitalización de Stan, hasta había acep¬tado sin rechistar la noticia de los esponsales de Rachel. Claro que Rachel no habría elegido ese momento para decírselo, pero con el reluciente anillo en su dedo cuando llegó al hospital, hasta para Elisabeth, acongojada como estaba, fue difícil no advertir el hecho.

Afuera del hospital, la vida continuaba mientras Stan yacía conectado con decenas de máquinas que lo mantenían vivo. Llega¬ban muchos amigos a la sala de espera, pero sólo los miembros de la familia eran autorizados a visitar a Stan. Kay era una frecuente visita, al igual que Susan Henley y todas las amigas de la iglesia de Elisabeth. Hasta Rob envió flores, un gesto que Rachel apreció. Comprendió que, en un momento de prueba como ese, ella, Elisa¬beth y Becky necesitaban a sus amigos. Los visitantes se esforzaban incluso por ser corteses con Johnny, de cuya situación como casi miembro de la familia se hablaba en todo el pueblo. Por una vez, Rachel agradeció la eficiencia de la red de habladurías que había hecho pública la noticia de sus esponsales. En ese momento, la cri¬sis de Stan era lo único que ella podía encarar. No creía poder reu¬nir energías para explicar también la presencia casi constante de Johnny a sus amigos y vecinos.

Una remplazante había sustituido a Rachel en la escuela mien¬tras hiciera falta en el hospital. Michael vino una vez de Louisville pa¬ra visitar a Stan, pero tuvo una recepción tan fría de Elisabeth y Ra¬chel, que no se quedó más de diez minutos. Becky, que llegó un poco más tarde con los ojos hinchados, informó que Michael había pasado por la Nogalera para ver a sus hijas, y que después de marcharse, Lo¬ren le había preguntado cuánto duraba un divorcio, porque ya se esta¬ba cansando de él. La pregunta había hecho llorar a Becky.

La ferretería era de nuevo hábilmente administrada por Ben, quien había accedido a quedarse gracias a un arreglo que le daba par¬ticipación en las ganancias, además de un buen aumento de sueldo, e incluía la condición de que Johnny ya no trabajaría en el negocio. A Johnny no le importaba quedarse sin trabajo, ya que aguardaba tan sólo una resolución de la crisis de salud de Stan para irse de Tylerville con Rachel.

El jefe Wheatley fue uno de los tantos amigos de Stan Grant que fueron a verlo al hospital. A diferencia de los demás, se le per¬mitió visitar al paciente, debido a su jerarquía oficial. Dijo que no tenía ningún progreso real que informar en cuanto a la investiga¬ción del asesinato, pero traía consigo noticias poco tranquilizado¬ras. Aparentemente, Jeremy Watkins

había huido de su hogar. De cualquier manera, había desaparecido; su padre y sus abuelos esta¬ban consternados. No, el jefe de policía no sospechaba realmente nada turbio en los últimos tiempos, los niños no eran las víctimas favoritas de asesinatos en Tylerville , pero de todos modos era preocupante. Cuando Rachel y Johnny le aseguraron que ninguno de ellos había visto a Jeremy desde el funeral de su madre, Wheat¬ley asintió frunciendo los labios. El chico había estado adaptándo¬se a su nueva situación hogareña, que no era ideal y, en opinión del jefe, le proporcionaba un buen motivo para fugarse; sin embargo, estaban verificando todas las posibilidades.

Lo único que lo molestaba, declaró Wheatley, era el modo en que Jeremy había venido repitiendo que la noche del asesinato de su madre había visto algo en la oscuridad. Si el asesino se había enterado, tal vez hubiera creído necesario quitar de en medio a Jeremy. Por eso entrevistaba a Johnny, a Rachel y a todo aquel que hubiese oído el co¬mentario de Jeremy Watkins. Por supuesto que, tal como funcionaba Tylerville, era difícil encontrar a alguien que no supiese lo que había dicho el chico, y por lo tanto la lista de sospechosos potenciales no se limitaba de ningún modo a los que habían escuchado en persona a Jeremy.

Al oír la sugerencia, Rachel se horrorizó, pero el jefe de policía le dijo que era tan sólo una entre muchas posibilidades, y ni siquiera muy verosímil, ya que, si hubiesen matado al niño, el cuerpo segura¬mente ya habría sido hallado. El asesino de Marybeth Edwards y Glen¬da Watkins no había dudado en dejar sus víctimas a la vista.

No, lo más probable era que el muchacho, acongojado por la muerte de su madre, desdichado en su nueva casa con la presencia de la novia de su padre, hubiera huido. Se había informado su desapari¬ción a todo el país, y el jefe esperaba que en cualquier momento lo fla¬maran anunciando que el muchacho había sido hallado.

Así lo esperaba Rachel, pero la noticia de que Jeremy había desaparecido la inquietaba mucho. Advirtió que Johnny sentía lo mismo.

Pero nada podían hacer para localizar al muchacho, y Rachel es¬taba tan angustiada por la situación de su padre, que relegó el misterio del paradero de Jeremy al fondo de sus pensamientos. Como había di¬cho Wheatley, era muy probable que el pobre niño hubiese huido sim¬plemente.

Pocos minutos después de la marcha del policía, Johnny dio una excusa para salir de la habitación. Rachel lo despidió distraída¬mente ya que no se percató cuando Wheatley le hizo una señal al muchacho.

Cuando Johnny salió del cuarto de Stan, Wheatley ya no estaba en el corredor. Johnny tuvo la esperanza de que no se hubiera deteni¬do en la sala de espera, donde habitualmente podía encontrarse a uno o más amigos de los Grant... evitaba esa situación cuando era posible. Una enfermera uniformada, que empujaba un carrito rodante con la merienda para aquellos pacientes que podían comer, dijo a Harris, res¬pondiendo a su concisa pregunta, que el jefe acababa de entrar en el ascensor. Bajó la escalera apresuradamente, y alcanzó a Wheatley en el vestíbulo.

Jefe Su voz detuvo al otro hombre antes de que traspusiera las puertas giratorias de salida.

Wheatley miró atrás, vio a Johnny y le hizo señas de que lo si¬guiese afuera. Así lo hizo Johnny, impaciente. Fuera del hospital, en el aire todavía tibio de setiembre, los dos hombres se detuvieron en la acera, frente al edificio de ladrillos. El jefe, una figura rechon¬cha con su uniforme y su gorra azules, tenía los brazos cruzados so¬bre el pecho. Johnny, más enjuto en sus pantalones tejanos y su ca¬misa blanca de mangas cortas, su nuevo corte de cabello que llamaba mucho menos la atención de la gente conservadora de Tylerville, se quedó inmóvil con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

¿Quería verme?

Wheatley asintió bruscamente con la cabeza.

No sabía si había entendido usted el mensaje.

¿Qué pasa? inquirió Johnny, lacónico.

No son buenas noticias.

Nunca lo son.

Está bien. Hay mucha inquina contra usted en el pueblo.

Johnny se tranquilizó un poco. Había temido que Wheatley le dijera que algo le había pasado a Jeremy que no había querido mencio¬nar ante las damas. Oír más de las mismas estupideces que había oído toda su vida era un alivio.

Vaya novedad.

El jefe de policía sacudió la cabeza.

Esto es diferente. Las habladurías son realmente perversas. La gente piensa que usted es culpable, pese a lo que yo les digo en contra, y está enfurecida porque usted está todavía libre.

¿Quiere decirme que esté sobre aviso por si tratan de linchar¬me?

El jefe frunció los labios.

Oiga, nunca he dicho eso. Aquí en Tylerville son buena gente en general. Pero el asesinato de Glenda Watkins y la desaparición de su hijo los tiene a todos muy alterados. La gente se pregunta si el chi¬co ha sido asesinado para impedir que hable, y Toni Watkins dice que, en su opinión, usted fue quien lo hizo. Otras personas han sumado dos más dos para identificar a Rachel como el próximo blanco del criminal. La mayoría tienen hijos, así que están preocupados. Y todos respetan mucho a Rachel, y no les agrada mucho la idea de que termine como las otras dos.

Johnny miró con dureza al policía.

Todavía cree que yo lo hice, ¿verdad?

Otra vez me atribuye palabras. No digo que crea que fue usted.

Si Rachel dice la verdad, y nunca he sabido que mintiera, no pu¬do haber sido usted. Sólo digo que si algo le pasa a Rachel, o si el mu¬chacho aparece muerto, su vida no valdrá nada aquí.

Ya no vale mucho, tal como están las cosas.

Déjeme terminar... Yo he estado examinando la situación por dos lados. Uno, Rachel dice la verdad y usted no pudo haber matado a la señora Watkins. Aun así, salía con ella, tal como sAlía con Marybeth. Edwards. Están muertas las dos. Me parece que Ra¬chel es principal candidata para ser la tercera, porque lo único que tiene algo de sentido en esa teoría es que alguien está matando a sus parejas sentimentales. O bien, número dos, usted es un demen¬te que mató a Marybeth. Edwards y Glenda Watkins con sus propias manos, por razones desconocidas, y Rachel está mintiendo para protegerlo. Es lo que se dice en el pueblo. De un modo u otro, Ra¬chel está en un grave peligro... debido a usted.

Johnny Harris apretó los labios.

Tiene que darle protección policial. Pensaba hablar con usted a ese respecto.

El jefe de policía asintió.

Lo he pensado. Pero tengo un contingente de seis hombres, y los demás delitos no van a cesar en Tylerville porque estemos investi¬gando un asesinato. Los dos últimos asesinatos fueron con once años de diferencia. No puedo asignar un agente a Rachel en jornada com¬pleta durante los próximos once años.

Entonces me ha hecho venir para decirme que sigo siendo sos¬pechoso, y que de cualquier manera Rachel está en peligro. ¿De eso se trata?

El jefe sacudió la cabeza lentamente.

Ha entendido mal. Lo llamé para decirle que se vaya del pue¬blo pronto. Todos vamos a dormir más tranquilos cuando no esté más.

¿Y Rachel, qué? La cólera aguzó la voz de Johnny.

Wheatley se encogió de hombros.

Ella no podrá estar peor con usted ausente, y es posible que esté mucho más segura. Y no me agrada mucho la perspectiva de ba¬jarlo a usted de un árbol un día de estos.

Johnny torció la boca al responder:

Bueno, ya ha dicho su opinión. Ahora déjeme que diga la mía. Aunque mucho lo deseo, no saldré de este pueblo de mala muerte salvo que venga Rachel conmigo, y Rachel no puede irse en este momento debido a su padre. De modo que Tylerville tendrá que soportarme.

No puedo obligarlo a irse repuso el jefe de policía sin pes¬tañear.

No, no puede replicó Johnny mirándolo a los ojos.

Está bien. Tan sólo pensé comunicarle mis ideas Wheatley es¬taba a punto de alejarse cuando volvió a mirar a Johnny. Para que conste, personalmente no creo que sea usted culpable. Pero ya me he equivocado con anterioridad.

Johnny Harris no dijo nada. Wheatley se encogió de hombros y se encaminó hacia donde se hallaba estacionado su Taunus gris. Johnny lo miró abrir la puerta.

De paso, ¿le quedan amiguitas por aquí? prenguntó Wheat¬ley, antes de entrar en el vehículo.

Ninguna viva replicó Johnny, tenso.

El jefe pareció considerar eso; asintió con la cabeza y subió al coche.

Johnny permaneció largo rato inmóvil antes de volver a entrar.

48

Se tardaba mucho en morir. Jeremy descubrió eso mientras las horas se fundían unas con otras en un horror interminable. Sin comi¬da, sin agua, sin luz, sin final para ese terrible dolor punzante que le atravesaba la cabeza cada vez que él se movía, pero seguía viviendo. Cuántas horas, días o semanas habían pasado. El no lo sabía, pero le parecía haber estado encerrado más de un año en la fría oscuridad mal¬oliente, salvo por la voz de su mamá.

Ahora sabía que la voz era de ella, y eso lo consolaba. Tenía las puntas de los dedos despellejadas y ensangrentadas por haber tratado de abrirse paso con las manos a través de los muros de pie¬dra o a través de la puerta de hierro donde se había detenido la co¬sa. Ahora sabía que no había por dónde salir, y la desesperanza acrecentaba su angustia. Yacía acurrucado en el piso de piedra mientras le palpitaba la cabeza y unos puntos de color relampa¬gueaban tras la pantalla de sus párpados cerrados, y su cuerpo se estremecía de frío. Perdía y recuperaba la conciencia, y cuando el dolor o el miedo se hacían intensos, su mamá le hablaba. Jeremy hacía de cuenta que estaba a salvo en su cama, con Jake acurruca¬do junto a él y su mamá en la mecedora, en el rincón del cuarto don¬de se sentaba siempre.

Jeremy, ¿recuerdas cuando te dejé faltar a la escuela y fuimos a pescar en la cañada?

Sí, mamá.

¿Recuerdas dos Navidades atrás, cuando Santa Claus trajo esa bicicleta nueva?

Sí, mamá.

¿Recuerdas la víspera de Todos los Santos... el Día de Acción de Gracias... tu cumpleaños?

Sí, mamá.

A veces ella recitaba los versos infantiles que él recordaba de su primera niñez, a veces le cantaba, canciones disparatadas que a él le gustaban y canciones de cuna para Jake. Cuando la sed le secaba la gar¬ganta, era su mamá quien lo hacía levantarse pese a su dolor de cabe¬za y buscar a tientas, en las paredes de su prisión, gotas de humedad que lo mantendrían con vida. Cuando encontraba una, lamía ávida¬mente la viscosa pared y mientras el agua aliviaba su lengua seca y su garganta que le ardía, sentía el regocijo de su mamá. Aunque Jeremy ansiaba ir hacia ella, sentía que ella no quería que él cruzara adonde se encontraba. Quería que él viviera.

Al principio el hambre era un dolor que lo carcomía por dentro, pero gradualmente se redujo a un vacío sordo que ya no le dolía. Se quedó tendido al lado del lugar donde el agua

Librodot

goteaba por el muro, la¬miéndola cuando lo necesitaba, y escuchando a su mamá. Esa era la mejor manera de tener a raya el terror.

Porque sabía que tarde o temprano, aquella cosa vendría por él. Y temía que esta vez no se fuera.

Al pensar en ese brillante cuchillo plateado, sollozó con ruido. Y continuó sollozando, aun cuando su mamá le hablaba entre las tinie¬blas y trataba de disipar su miedo.

Sé valiente, hijo. Sé valiente.

49

El viernes Stan Grant mejoró levemente, y Elisabeth y Ra¬chel pensaron que podían dejarlo con Becky, ya que ninguna de ellas quería pensar siquiera en dejar solo a Stan mientras Johnny las llevaba a la Nogalera en el auto de Rachel. Elisabeth, sentada en el asiento delantero junto a Johnny, era poco más que una páli¬da sombra de la mujer que había sido el domingo anterior. Recos¬taba la cabeza en el asiento, con los ojos cerrados, las manos posa¬das en el regazo.

Ninguno de los tres ocupantes del vehículo hablaba. Rachel y Elisabeth estaban agotadas, y Johnny intuía que ellas necesitaban quietud. Pero el silencio era acogedor. Por primera vez Rachel pudo rememorar todo lo sucedido desde que Stan sufriera ese ataque. Se dio cuenta de que de la pesadilla había resultado algo nuevo: esos últimos días en el hospital, tan desorientadores, habían hecho mucho por re¬conciliar a Elisabeth con Johnny. La crisis había obligado a su madre a confiar en él, y Johnny había respondido mejor aún de lo que Rachel pudo haber esperado. Había estado allí cuando se lo necesitaba, y en¬tre tanto se había hecho querer por la familia de Rachel. Mediante esa peculiar alquimia que a veces ocurre en momentos de tensión, Johnny había pasado a ser uno de ellos.

. Cuando llegaban a los portales de la Nogalera, Rachel se sin¬tió reanimada por primera vez desde que su padre sufriera el ata¬que. Brillaba el sol, el aire era cálido, y el follaje estaba tiñéndose

con sus colorcs otoñales. Hasta la casa parecía especialmente aco¬gedora cuando entraron. Katie estaba cantando una cancioncilla tonta con Tilda en la cocina, y la alegría de la niña tocó una cuerda en el corazón de Rachel. Una olla grande que olía a sopa de verdu¬ras hervía en la cocina.

Llegan a tiempo para el almuerzo dijo Tilda, con amplia son¬risa.

Katie, con un chillido, corrió derecho hacia Rachel. Rachel alzó a la pequeña, y la besó sin fijarse en que sus manecitas estaban pegajo¬sas del palito de caramelo que, en su entusiasmo, había abandonado en el suelo.

¿Dónde están todos, Tilda? preguntó Elisabeth.

Era obvio que le costaba esfuerzo hablar siquiera. Tan cansada estaba, que sus palabras fueron un tanto confusas.

J.D. se ha ido a buscar a Loren, Lisa está en la escuela has¬ta las tres, y Katie y yo estamos aquí en la cocina, ¿verdad, Katie bo¬nita?

En la cocina corroboró Katie asintiendo.

¿Por qué no subes y te recuestas un rato, mamá? inquirió Ra¬chel con cierta preocupación.

Creo que lo haré. Estoy agotada repuso Elisabeth.

Besó a Katie, que rió entre dientes; luego salió de la cocina, mo¬viéndose como una mujer anciana. Hasta entonces, Rachel nunca había pensado en su madre como anciana, y la idea la asustó.

Iré a ayudar a mamá a que se ponga cómoda dijo, al pasar a Katie a los brazos de Tilda.

La niña protestó, pero Tilda la distrajo con una cacerola y una cuchara para golpearla. El ruido siguió a Rachel escaleras arriba.

Quince minutos más tarde, cuando volvió a la cocina después de. llenar la bañera para su madre y prepararle la bata y el camisón, descu¬brió a Katie de pie sobre una silla, jugando muy contenta en el frega¬dero, Johnny apoyado en el mostrador hablaba con Tilda, que lo trata¬ba como a uno de sus hijos, y Tilda cortaba jamón para hacer unos emparedados. Tilda sirvió dos tazones de sopa, y los colocó junto con los platos del almuerzo, que incluían ensalada de patatas y fiambre; además grandes vasos de leche junto con los emparedados. Luego se llevó a Katie, que protestaba, para que Rachel y Johnny pudieran co¬mer tranquilos.

Johnny acometió su comida con placer. En cambio Rachel dejó la suya después de tomar dos o tres sorbos de sopa.

¿No te gusta? inquirió Johnny. En los últimos días se había vuelto muy quisquilloso respecto de cómo comía, diciéndole que con razón era tan diminuta, porque un ratón de buen tamaño consumía más que ella. Rachel, que no estaba de humor para comer a la fuerza, le hizo una mueca. Pero, en respuesta a su severa mirada, comió el res¬to de la sopa.

No le servirá de nada a tu padre que te enfermes por no comer declaró Johnny mientras engullía el último bocado que tenía en el plato.

Rachel lo observó beber toda la leche con repugnancia. Mientras que la tensión le revolvía el estómago al tratar de comer, Johnny nunca dejaba de disfrutar de la comida, y su apetito era enorme.

Me duele la cabeza repuso ella con dignidad.

¿De veras? Johnny la miró especulativarnente. Luego sonrió.¬Vete arriba como una buena chica y ponte unos pantalones vaqueros y unas zapatillas. Lo que necesitas es aire puro.

Es probable que tengas razón.

Una caminata parecía buena idea y Rachel se fue a cambiar de ropa. Cuando volvió a la cocina, él estaba dando cuenta de un pastelillo.

Sí continúas comiendo así, vas a ser un viejo gordo dijo ella sonriéndole burlona.

Imposible. Soy demasiado alto repuso él, mientras se limpiaba los dedos en los pantalones tejanos e iba hacia ella.

Eso dicen todos.

¿Ah, sí?

Sí.

Ven, afuera el día está precioso.

Johnny le tomó la mano y Rachel, de buena gana, salió con él, atravesó el patio y fue hacia el garaje por el sendero. Allí Johnny tenía guardada su motocicleta, junto con el auto de Elisabeth y el que usaba Tilda para diligencias. Rachel respiró hondo absorbió los aromas puros de los inicios de otoño. Alguien, en alguna parte, es¬taba quemando hojas. El acre olor de¡ humo era tenue, pero detec¬table.

Aún hacía calor suficiente para que no hiciera falta chaqueta ni suéter, pero estaba más fresco que en agosto. Un viento crecien¬te agitaba el cabello de Rachel y hacía que las oscuras ramas, vesti¬das con sus otoñales galas, se movieran en lo alto como brazos alzados y oscilantes. Rachel aspiró las imágenes, sonidos y olores con una sensación de renovación. El inicio del otoño era su época favo¬rita del año.

Toma dijo Johnny ofreciéndole un casco.

Tan absorta había estado Rachel en sus propios pensamientos, que no había notado que su caminata había terminado junto a la mo¬tocicleta de Johnny, ni que él le había soltado la mano.

Oh, me parece que no...

Al comprender lo que él se proponía, Rachel sacudió la cabeza y retrocedió al mismo tiempo. Johnny chasqueó la lengua en señal de reprimenda y la siguió. Le tomó el casco de las manos y lo sostuvo so¬bre su cabeza, mirándola con una sonrisa acechante.

¿No confías en mí?

Sí, pero...

Bueno Le puso el casco en la cabeza y ajustó la correa en la barbilla. Luego acalló las protestas de la mujer con un beso rápido y duro. Te encantará, lo prometo. ¿Harás la prueba?

Y la atrajo contra sí. Rachel echó hacia atrás la cabeza, y él la besó de nuevo.

¿Qué debo hacer? capituló Rachel con un suspiro.

Era imposible resistirse cuando él decidía ejercer ese encanto zalamero, pensó Rachel. Además, en realidad confiaba en él. Tal vez no le gustara mucho ir con él en su motocicleta, pero podía dar por sentado que no le iba a pasar nada malo.

Súbete Johnny, también se puso el casco, echó una pierna por encima del asiento, y puso en marcha el motor, todo en menos tiempo del que tardó Rachel en ajustarse el casco hasta sentirlo razonable¬mente cómodo y seguro.

¿Cómo? tuvo que gritar Rachel para ser oída pese al estruen¬do. El asiento quedaba muy alto, y quién sabe por qué, no parecía de¬coroso montarse en él. Para Johnny estaba muy bien, pero medía más de un metro noventa.

¡Haz de cuenta que la moto es un caballo! gritó él a su vez.

Rachel pisó torpemente un estribo mientras él sostenía la moto con ambas piernas en el suelo; luego, siguiendo sus instrucciones, pasó una pierna por encima. De inmediato se encontró sentada tras él, apretujada entre su espalda alta y ancha y el respaldo de cuero; sus muslos aferraban los de él, su entrepierna apretada contra las nalgas de Johnny.

¡Agárrate bien! gritó él por sobre el hombro.

Rachel apretó los dientes y ciñó los brazos en torno de la du¬ra cintura del hombre. Johnny soltó el embrague, alzó los pies y partieron. Mientras volaban por el camino, levantando guijarros di¬minutos, Rachel pensó que subirse a un cohete sería aburrido en comparación.

Pero a Johnny era evidente que le encantaba. Al apretarse contra su espalda, Rachel pudo sentir alborozo en su cuerpo. Podía ver su rostro de refilón. Podía oír su voz cuando le gritaba comen¬tarios. Por eso se aferró a él sin protestar mientras volaban y daban bandazos en las curvas, aunque tenía la sensación de estar en una montaña rusa. Por Johnny, ella aprendería a disfrutar de esa forma de transporte aunque le costara la vida. El había hecho tal esfuer¬zo para encajar en el mundo de Rachel que ella estaba dispuesta a hacer lo mismo por él.

Hora y media más tarde, cuando él volvió a detener la moto en el garaje, ella ya había abierto los ojos que antes mantuviera ce¬rrados.

¿No ha sido magnífico? preguntó él.

Sonreía ampliamente cuando detuvo la moto. Rachel, agradeci¬da de estar con vida, sonrió y asintió con la cabeza mientras se quitaba el casco, se lo devolvía y se deslizaba al suelo. Entonces pasó algo ex¬traño. En rebelde colaboración con sus muslos, las rodillas le tembla¬ban. El trasero le dolía. Se lo frotó con una mueca mientras Johnny de¬tenía el motor, apoyaba su amada moto en el soporte y colgaba los cascos de los espejos retrovisores.

¿Qué ocurre? Al volverse la descubrió mientras se frotaba el trasero. La miró de pies a cabeza. Rachel se las arregló para son¬reírle.

Es que me duele el trasero dijo, decidida a tomar a la ligera su dolencia.

-Te tuve sentada demasiado tiempo para ser la primera vez re¬puso él, arrepentido.

“¿Primera vez?", pensó ella con un estremecimiento interior, pe¬ro volvió a sonreír al volver la cabeza hacia la casa. Pero cuando dio un paso adelante, no pudo contener un respingo instintivo.

Linda, lo siento.

Johnny la siguió y la alzó en sus brazos antes de que ella tuviera ningún indicio de lo que él pensaba hacer. Por un instante se puso rígi¬da, sorprendida, pero luego se tranquilizó mientras él se alejaba soste¬niéndola contra su pecho. Aquel era el hombre a quien amaba y podía llevársela si quería. Sonrió de puro placer y le rodeó el cuello Con los brazos.

¿Me perdonas? Parecía de veras contrito. Rachel le retorció un rizo de la nuca.

Sí, tonto.

Con el tiempo te acostumbrarás.

-Sin duda que si.

No tienes que ir en moto si no quieres.

Lo sé.

Johnny se detuvo el tiempo suficiente para besarla. Cuando fi¬nalmente alzó la cabeza y reanudó la marcha, Rachel se sorprendió al comprobar que iba hacia el bosque.

¿Adónde vamos?

-A un lugar donde yo pueda hacerte pasar el dolor.

Suena excitante le sonrió ella.

¿De veras que sí?

Se hallaban en el linde del bosque. Johnny la llevó por el sen¬dero hasta el pie del árbol con la casita de madera, entonces puso de pie a Rachel. Aunque aún le dolía el trasero y le temblaban los muslos, ella logró trepar sin demasiado problema. Cuando Johnny apareció por la abertura, ella estaba tendida de espaldas en el piso de madera, los brazos estirados sobre la cabeza. Vestida con unos pantalones tejanos desteñidos y una camisa de mangas cortas rosa¬das, el cabello enmarañado, los ojos brillantes y las mejillas enroje¬cidas, aparentaba dieciocho años y como tal se sentía. Cuando Johnny se inclinó sobre ella, Rachel le sonrió con alegre desenfre¬no. Johnny la miró por un momento se apartó de la frente un rizo de negro cabello, luego se arrodilló a su lado.

Date la vuelta.

¿Por qué?

Te he dicho que te haría pasar el dolor. La cura para lo que te aqueja es un buen masaje.

¿De veras?

Ajá...

Rachel se dio vuelta, con las manos unidas bajo la mejilla para apoyar la cabeza. Sintió la fuerza de las manos de Johnny cuando este empezó a frotarle las maltratadas nalgas a través de la tela gastada de su vaquero y se entregó a la sensación. Johnny tenía. razón... el masaje le calmaba indudableme nte el dolor de los músculos. O al menos lo trasladaba a otro lugar.

Era extraño con cuánta celeridad y acaloramiento podía Johnny despertarle su deseo por él. Ningún otro hombre había te¬nido jamás ese efecto en ella. Pero cuando Johnny la tocaba, ella quería sexo.

Estaba reuniendo la energía para darse la vuelta y decírselo, cuando las manos de Johnny se deslizaron debajo de ella para buscar y encontrar el cierre de sus pantalones tejanos.

¿Qué estás haciendo? inquirió ella perezosamente mientras él le abría la bragueta y empezaba a deslizarle los pantalones por las ca¬deras.

-Pienso que el masaje sería más eficaz si no hubiese tantas ba¬rreras entre mis manos y tu piel.

¿Ah, de veras?

Sí.

Le quitó el calzado de los pies y luego los pantalones tejanos. Rachel permanecía inmóvil, boca abajo, la cabeza sobre las manos, vestida con su camisa rosada de mangas cortas, sus bragas de color me¬locotón y sus calcetines rosados con su delicado ribete de encaje. Sentía el aire fresco sobre las piernas desnudas. El frío cosquilleante fue prestamente disipado por el calor de las manos del hombre cuan¬do las pasó por sus muslos para reanudar la tarea.

Rachel tuvo que admitir que las atenciones de Johnny eran mu¬cho más eficaces privada de los pantalones tejanos. Cuando las manos de Johnny se deslizaron bajo las bragas de Rachel, ella arqueó la espal¬da como una gata a la que acarician, y por un momento

disfrutó del ro¬ce áspero de las puntas de los dedos de Johnny contra la suave piel de su trasero. Luego, reunió toda la decisión que le quedaba, se dio la vuelta y se sentó.

¿Te sientes mejor? -inquirió él, apoyándose en los talones, des¬lizando las manos hasta posarlas en la parte delantera de los muslos desnudos de la joven.

-Infinitamente le sonrió Rachel, le rodeó el cuello con.los bra¬zos y apretó la boca contra la de Johnny en un beso sensual, seductor, que él devolvió con entusiasmo . Estoy en deuda dijo por fin. Sacu¬dió la cabeza cuando él pretendió ponerla otra vez de espaldas en el suelo.

-¿Ah, sí? preguntó él.

Se mostró interesado al ver que ella buscaba el cierre automáti¬co de él y lo bajaba. Apoyado en la pared, observó sus intentos con una sonrisa peculiar.

Sí repuso ella, introduciendo los dedos en la abertura.

Se esfumó la sonrisa de Johnny y se aceleró su respiración cuan¬do la mano de Rachel hurgó bajo sus calzoncillos para encontrar su presa. Ya tenía duro el miembro cuando los dedos de Rachel lo apre¬saron y lo sacaron al aire libre. La erección de Johnny era enorme, pal¬pitante, ardiente y temblorosa en la mano de la mujer, aunque ella no había hecho más que tomarle el pene. Cuando Rachel lo oprimió, ob¬servó el repentino destello de los ojos de Johnny y el brusco enrojeci¬miento de sus mejillas. Ella bajó la cabeza, mientras él cerraba los ojos y crispaba los puños. Luego la boca de Rachel lo encontró y empezó a succionar. Johnny lanzó un gemido.

Tanto le gustó ese sonido a Rachel, que lo hizo de nuevo.

50

Esa tarde, sin que lo supieran los dos ocupantes de la casita del árbol, había alguien más en el bosque detrás de la Nogalera. También estaba allí el que vigila.

El automóvil pardo, con la personalidad cotidiana del que vi¬gila al volante, recorría la calle principal cuando la motocicleta de Johnny Harris pasó a su lado como una exhalación. Ver a la mujer apretada contra él, los brazos en torno de su cintura, había enfure¬cido tanto al que vigila que, en un solo instante, había arrebatado a la personalidad cotidiana el control del cuerpo. Siguió a la motoci¬cleta a una distancia prudencial y tuvo que combatir el violento de¬seo de acelerar y arrollar a los dos traidores. Johnny Harris no for¬maba parte del plan.

Pero el que vigila no pudo resistirse a seguirlos dentro del bos¬que. Inmóvil bajo el árbol, escuchó los sonidos de amor físico, en lo al¬to. Sus peores sospechas se confirmaban: ellos eran amantes. Aunque el que vigila no emitió sonido alguno, por dentro bramaba de furia, transformado por los celos en una bestia hambrienta, aullante, enlo¬quecida por la sed de sangre. Había matado ya dos veces, pero el ansia de sangrienta venganza nunca había sido tan fuerte como lo era enton¬ces. La mujer tenía que morir. Y pronto.

Pero no de inmediato. El que vigila era demasiado listo. Podia esperar hasta que la mujer estuviera sola.

Valdría la pena esperar.

Porque, esta vez, la mujer que iba a morir era la correcta. Los dos primeros asesinatos no habían cumplido la meta del que vigila, y ahora sabía por qué. Esa mujer, Rachel Grant, era La Elegida. Quien vigilaba, con pleno conocimiento de su propia identidad como espíritu reencarnado, estaba buscando otra alma reencarnada específica. Albo¬rozado, comprendió que finalmente había localizado a su, presa, su auténtica presa, la presa que había sido su némesis durante toda la eternidad. Quien vigila sabía que los recuerdos, emociones y patrones de pensamiento que constituían la personalidad cotidiana de Rachel Grant eran tan

superficiales como los que constituían la propia perso¬nalidad cotidiana del que vigila. Bajo la superficie vulgar acechaba al¬go más: almas sin sexo, ligadas una con otra por el destino, cuyo sino era renacer juntas una y otra vez para representar un ciclo intermina¬ble de traición y asesinato y redención. Junto con el que vigila y el al¬ma de Johnny Harris, el alma de la mujer formaba el tercer punto del eterno triángulo.

Quien vigila sabía que su destino era destruir ese triángulo. Sólo entonces podría alcanzar la paz.

.Rachel Grant, igual que Johnny Harris y, por cierto, la ma¬yoría de los individuos, no tenían idea de la existencia de ninguna parte de ellos mismos, además de sus personalidades superficiales. El concepto de la reencarnación, del destino y la redención, que el que vigila aceptaba y conocía como verdad universal esencial, esta¬ba fuera de la comprensión de ellos. Sólo a unas pocas almas ilumi¬nadas se les permitía el espectro pleno del conocimiento divino. La mayor parte no verían nada más lejos que sus personalidades super¬ficiales, que sólo eran facetas minúsculas de la vasta gama que constituía el alma completa.

El que vigila pensaba en la cuestión de este modo. Desde el aire, las islas que salpicaban el océano parecían completas en sí mismas. Sólo al bucear bajo la superficie del mar descubría que las islas eran las cimas de montañas gigantescas que el agua ocultaba a la vista.

Las personalidades cotidianas eran como islas. Pero sólo a los más perspicaces se les permitía ver lo que había debajo.

Arriba cesaron de pronto los sonidos del amor físico, distrayen¬do de sus cavilaciones al que vigila. Miró hacia arriba y anheló comple¬tar su misión predeterminada de asesinato en ese momento mismo. El odio furioso y punzante por el alma traidora que vivía en Rachel Grant, libró combate con una astucia instintiva.

La astucia venció. Momentos más tarde, el que vigila se volvía y se alejaba con rapidez.

Habría otro día, un día mejor para la venganza.

51

Eran alrededor de las cuatro cuando Johnny Harris llevó a Ra¬chel y su madre al hospital en el auto de Rachel, y estaba agotado. Ra¬chel lo había dejado exhausto. Sonrió para sí al pensar cuán improba¬ble le había parecido antes esa probabilidad. Esta vez ella había llevado la delantera, y él había disfrutado cada minuto. Pero ahora ella parecía revitalizada, mientras que él tenía la sensación de haber sido apaleado con un bate de béisbol. Le dolían músculos que él no se había dado cuenta que tenía. Necesitaba una ducha caliente, cambiarse de ropas y comer algo. Dejaría a Rachel a salvo en la habitación de su pa¬dre y luego haría un breve viaje a su apartamento. En menos de una hora estaría de vuelta, y no anochecía hasta casi las seis. Ella estaría se¬gura en la sala del hospital con su madre, su hermana y la cercanía de cinco o seis médicos y enfermeras. Después de todo, aún era de día. Había estado con ella casi cada minuto de vigilia y de sueño durante la última semana. Podía dejarla por una hora sin temor.

Rachel no puso inconvenientes a que él la dejara. Se asomó por la ventanilla para besarlo mientras su madre se adelantaba hacia la en¬trada del hospital.

No hables con desconocidos, ¿de acuerdo? Bromeaba sólo a medias, pero ella sonrió.

-No lo haré.

Le dio un papirotazo en la nariz y se volvió para entrar en el hos¬pital detrás de su madre. Johnny la vio alejarse. Llevaba puesta una simple falda y blusa de seda de brillante color turquesa, con un cin¬turón de cuero con motivos de plata en torno de la cintura y pendien¬tes de plata. Su trasero se balanceaba en forma atrevida al caminar con sus tacones altos. Johnny la observó con aprecio. Le bastaba con verla caminar alejándose de él, y volvía a excitarse.

En camino a su apartamento, grandes gotas de lluvia salpicaron el parabrisas. Johnny puso en marcha los limpiaparabrisas y observó el cielo. Hacía semanas que no llovía, pero a juzgar por las nubes que se acumulaban al este, estaba a punto de cambiar el tiempo. Mejor así, necesitaban la lluvia.

Estacionó el auto atrás de la ferretería, subió a su apartamento por la escalera del exterior para no tener que soportar estupideces de nadie en la tienda, sacó su correspondencia del buzón junto a la puer¬ta y entró. Lobo lo recibió tan efusivamente que casi derribó a Johnny de la escalera.

También yo te eché de menos le dijo al animal, frotándole atrás de las orejas con cariño.

Mirando con desconfianza el cielo, decidió que sería mejor lle¬var a Lobo a dar un corto paseo, antes de que empezara a diluviar de veras. Le puso una correa al perro y bajó con él la escalera.

Cuando Johnny regresó al apartamento con Lobo, grandes man¬chas húmedas cubrían su camisa y sus pantalones tejanos. Si el tamaño de las gotas era representativo, la tormenta inminente iba a ser tre¬menda.

De nuevo adentro, se desvistió y se metió en la ducha; luego sa¬lió para secarse con una toalla y ponerse ropa limpia. La temperatura había bajado considerablemente desde su encuentro amoroso de la tarde con Rachel, de modo que se puso una camisa vaquera de mangas largas. Mientras tanto miraba la correspondencia dispersa encima de la mesa. Casi toda propaganda, y algunas cuentas. De la prisión le habían remitido un sobre grande. Ver el nombre de esa institución impreso en el sobre bastó para ponerlo nervioso.

Pero eso ya había quedado atrás para él, y se proponía no mirar nunca el pasado. La mancha sería borrada de su prontuario, tal como él pensaba borrar de su mente el recuerdo. Esos años pertenecían a otro Johnny Harris. Rachel y su amor, y la promesa de una nueva vida juntos, habían hecho de él un hombre diferente.

Sólo pensar en Rachel lo sedaba. Hinchó las mejillas, soltó la tensión y se concentró en las cosas buenas que había ahora en su vida. Lo primero y principal era Rachel. Johnny le llevaría su propia chaqueta de cuero al hospital para que se la pusiera al salir. La blusa de turquesa era bonita, pero él dudaba de que fuese muy abrigada.

Johnny abrió la comunicación llegada de la cárcel, con los ner¬vios que le atenazaban el estómago... ¿acaso esperaba encontrar una convocatoria a volver?, se preguntó sarcásticamente... pero sólo se tra¬taba de su correspondencia, que le remitían. Sus admiradores no podían saber que él estaba libre. Se preguntó por cuánto tiempo seguirían escribiendo.

Al volcar las cinco o seis cartas sobre la mesa, Johnny vio ense¬guida que su más fiel corresponsal había vuelto a escribir. Ella siempre usaba tinta púrpura y papel de cartas rosado, y siempre perfumaba sus cartas. El aroma que usaba era floral, muy tórrido; su potencia hizo que Johnny frunciera la nariz cuando llegó a sus fosas nasales.

El olor seguía molestándolo mientras abría el sobre con el pul¬gar y leía rápidamente el contenido. Supuso que, por cortesía, debía enviarle una nota comunicándole que era una pérdida de tiempo que siguiera con esas epístolas de amor, pero supo que no lo haría. Tampo¬co volvería a mirar su correspondencia de la prisión. Le traía viejos re¬cuerdos, recuerdos malos que le causaban ira. La echaría a la basura sin abrirla, igual que la propaganda y proseguiría con su vida.

Mientras leía la carta, más por costumbre que por verdadero in¬terés, se preguntó qué clase de mujer se prendaba de un desconocido, y para colmo un asesino preso que nunca le contestó. Esta le había es¬crito sin falta todas las semanas durante los diez años de su encierro, y desde el primer momento había asumido una intimidad que él encon¬traba absurda. Demonios, ni siquiera sabía cómo se llamaba ella por¬que nunca firmaba sus efusiones románticas con otra cosa que "eterna¬mente tuya". Tampoco se dirigía a él por su

nombre. Sus cartas empezaban invariablemente "Mi queridísimo". A juzgar por su tono, era posible que ella los considerara casi marido y mujer.

Horripilante. Con una mueca, Johnny arrojó de nuevo la carta en el montón. Luego fue a la cocina para lavarse el empalagoso aroma de las manos, recogió su chaqueta y se dirigió a la puerta.

Estaba en mitad de la escalera, moviéndose con rapidez debido a la lluvia, cuando se dio cuenta de algo y quedó paralizado. Había oli¬do antes ese perfume, y no sólo en esas cartas. Tuvo la misma certeza como que le estaba cayendo lluvia sobre la cabeza, pero no le fue po¬síble asignar un rostro al recuerdo del olor.

Wheatley le había preguntado si alguna antigua novia suya vivía en Tylerville, y la respuesta había sido que, hasta donde él sabía, no.

Pero Johnny, cuya mente funcionaba a velocidad vertiginosa, quedó de pronto cara a cara con una espeluznante posibilidad.

Quienquiera que le había escrito esas cartas a la prisión, bien podía estar allí, en Tylerville. Acaso siempre había estado allí. Acaso ella... no él, sino ella... había matado a Glenda y Marybeth. Porque se creía enamorada de él.

. Quienquiera que fuese ella, él había estado en su compañía más de una vez, en las pocas semanas desde su salida de la prisión. El re¬cuerdo de ese olor lo atormentaba mientras trataba de rememorar. Pe¬ro lo terrible era... que no podía. Habría podido ser cualquier mujer del pueblo. Cualquier dependienta. Cualquier cliente de la ferretería a quien él había atendido. Cualquier amiga de los Grant.

Tal vez fuese posible rastrear las cartas. Johnny giró sobre sí mis¬mo y corrió escaleras arriba, tratando torpemente de introducir la ¡la¬ve en la cerradura hasta que finalmente logró abrir la puerta, que dejó entreabierta. Se precipitó a la mesa y recogió la carta con su sobre co¬rrespondiente.

La dirección del remitente era una caja postal en Louisville. Eso no debía ser muy difícil de verificar.

Carta en mano, Johnny fue al teléfono. Alzó el auricular, marcó un número de teléfono, y cuando le contestó una aburrida voz fémení¬na, dijo:

Con el jefe Wheatley, por favor.

52

¡Rachel!

Rachel Grant iba hacia los ascensores cuando oyó que alguien la llamaba. Miró alrededor y vio que Kay entraba por las puertas de vi¬drio, tras ella. Con una sonrisa de bienvenida y un leve ademán, se de¬tuvo, a la espera de que su amiga la alcanzara. Kay no le devolvió la sonrisa. Cuando se acercó y Rachel pudo distinguir su expresión, em¬pezó a sentirse alarmada.

¿Ocurre algo. inquirió bruscamente.

Oh, Rachel, detesto ser yo quien te lo cuente Kay parecía apesadumbrada. Ha habido problemas. Johnny... Johnny ha sido arrestado.

¿Arrestado? ¿Por qué motivo?

Cuánto lo lamento, Rachel. Parece ser que han hallado alguna nueva prueba de que él mató en realidad a esas mujeres.

Pero... acaba de dejarme aquí para ir a su apartamento.

Lo detuvieron a la vuelta de la esquina, lo esposaron y lo lleva¬ron a la cárcel. Yo pasaba por casualidad y lo vi todo.

¡Eso no es posible!

Lo lamento de veras, Rachel. Pero, ya sabes, puede que ellos se equivoquen. Sé que tú lo crees inocente. Acaso lo sea.

Debo ir con él. Ay, no tengo auto... Johnny conducía el mío. Kay no quisiera pedírtelo, pero...

Kay sonrió y tomó el brazo de Rachel.

Ven. ¡No seas tontal ¿Para qué son las amigas? Con gusto te llevaré.

Al salir de prisa con Kay, Rachel ni siquiera advirtió que la salpicaban las primeras gotas de lluvia que Tylerville había visto en un mes.

Mientras Kay maniobraba con su Ford Escort pardo para salir del estacionamiento, Rachel se ajustó el cinturón de seguridad. El viento arreciaba, y el cielo se había oscurecido en la última hora, pre¬sagiando una tormenta. El susurro de los limpiaparabrisas y el constan¬te * chapotear de enormes gotas de lluvia formaban un ruido de fondo tranquilizador para la conversación dentro del auto. Desde el asiento de atrás, el punzante aroma de un ramo de claveles rosados llenaba el aire. Rachel presumió que Kay debía hacer una entrega después de de¬jarla a ella.

Han cometido un error -dijo Rachel con impaciencia¬¡Johnny no mató a ninguna de esas mujeres! He dicho al jefe .Wheatley una y otra vez que él estaba conmigo cuando Glenda Watkins fue asesinada.

Te creo Kay lanzó a Rachel una mirada de reojo.

Yo creía que Wheatley también me creyó. No concibo que él piense que yo mentiría respecto a algo como esto... ¡para proteger a Johnny! No lo haría. No miento.

Yo nunca pensé que Johnny matara a la primera muchacha. Y no creo que haya matado a la segunda tampoco.

Pues eres una de los pocos... Rachel se interrumpió al notar por primera vez hacia dónde iban. Kay, ¿adónde vas? Te diriges fue¬ra del pueblo.

Lo sé.

¡Pero la comisaría está a pocas calles del hospital! Tendrás que dar la vuelta.

No puedo hacer eso repuso Kay en un tono de disculpa pe¬culiar, que hizo que Rachel la mirara en realidad, por primera vez desde que se la encontrara en el vestilulo del hospital. Kay estaba vestida de manera informal, pero atractiva, con unos pantalones color caqui y un suéter a juego sobre una blusa blanca. Tenía el ca¬bello recogido en un elegante rodete y no llevaba otro maquillaje que lápiz labial y rímel. Pero el efecto global hacía que pareciese distinta. Casi como otra persona. Leves temblores de inquietud agi¬taron a Rachel Grant.

¿Te sientes bien? inquirió en tono preocupado.

Depende de lo que quieras decir con “bien" repuso Kay en un tono casi de tristeza, mirando a Rachel . ¿Crees en la reencar¬nación?

¿Qué? La pregunta de Kay era tan inesperada, que por un mi¬nuto desconcertó a Rachel.

¿Crees en la reencarnación?

No, no creo. ¿Por qué?

Yo sí. Verás, me interesé en ese tema años atrás. Cuando aún estaba en la escuela secundaria.

Tienes derecho a creer lo que quieras, igual que los demás. Por eso llaman a Estados Unidos el país de los libres Rachel se impa¬cientó por el giro insustancial que había tomado la conversación. Kay, ¿podrías dar la vuelta al coche y llevarme a la comisaría? Si no, deténlo y volveré a pie.

Kay sonrió con pesar.

Todavía no entiendes, ¿verdad, Rachel?

-¿Entender qué?

Johnny no ha sido arrestado en realidad, tonta.

¿Entonces por qué dijiste que sí? Rachel miró de nuevo a Kay. ¿Acaso estaba ebria o usaba drogas? Rachel empezaba a sentirse muy inquieta.

Para lograr que vinieras conmigo.

¿Por qué quieres que vaya contigo?

¿Sabías que mi abuelo se desempeñó en el consejo municipal en los años treinta? ¿Cuando hallaron el cuerpo de esa mujer en la cripta? El diario también estaba allí.. el diario de su asesino. Mi abue¬lo se lo guardó... fue así como desapareció... y yo lo leí por primera vez cuando tenía alrededor de diez años. Quedé fascinada y seguí leyéndo¬lo una y otra vez. Luego empecé a soñar con lo que había leído... sueños vívidos, muy vívidos, como si yo fuese ella, viviendo su vida. Es¬taba realmente asustada... hasta que empecé a leer sobre la reencarná¬ción. Entonces comprendí que todos renacemos una y otra y otra vez. Mis sueños eran tan reales porque yo había sido antes esa mujer. Había experimentado todo lo que ella había sentido.

Kay, perdóname, pero ¿qué tiene que ver todo eso con Johnny?

En su impaciencia, Rachel apenas pudo contenerse de gritar esas palabras a su amiga.

Oh, Rachel, lo lamento de veras dijo Kay con voz tenue y apa¬gada.

Apretó las manos sobre el volante, se puso rígida y Rachel tuvo la súbita, horrenda impresión de que la mujer a quien miraba entonces no era la mujer que había estado allí un instante atrás.

¿Sabes quién eres? preguntó entonces Kay, mirando a Ra¬chel.

Su voz era más baja de lo normal, y más profunda. Sus pupilas se habían dilatado tanto, que ocupaban casi todos sus iris, dejando sola¬mente un reborde celeste en torno del negro.

Kay...

No repuso la otra mujer y sonrió . No soy Kay. Me llamo Sylvia. Sylvia Baurngardner.

Había tanta maldad, tanta amenaza en esa sonrisa y en esos ojos cuando miraron de nuevo a Rachel, que esta sintió un escalofrío. ¿Acaso Kay se había vuelto loca?

Deténte, por favor. Quiero bajar.

Le costó mucho lograr el tono de seca autoridad con que había dominado incontables aulas. Le pasara lo que le pasara a Kay, de pron¬to daba miedo de veras. Rachel no iba a quedarse allí sentada, hacien¬do de espectadora, mientras su amiga perdía violentamente su domi¬nio de la realidad. Iba a bajar de ese auto.

Kay rió.

No tienes la menor idea, ¿verdad, estúpida criatura? Tú eres Ann Smythe, la organista. La dulce, pequeña Ann. Qué tierna eres, ¿verdad, que¬rida? Siempre tan finda, tan modosa. Nadie habría barruntado que eras una prostituta, ¿o si? Nadie más que yo. Verás, yo lo sabía. Lo conocía tan bien a él. Lo supe tan pronto como tú empezaste a arrojarle el anzuelo, en el ins¬tante en que él respondió. Lo supe en el momento en que él rompió sus vo¬tos matrimoniales. El era mío, mío.

Escuchando esa arenga gutural, los ojos de Rachel se dilataron. Kay era casi fantasmal. Se la veía diferente y sonaba distinta. ¿Era po¬sible que fuese una personalidad dividida? Ante esa posibilidad, Ra¬chel sintió un cosquilleo de temor. Se soltó el cinturón de seguridad mientras lo sostenía con un brazo, y sus dedos buscaron discretamente el seguro de la puerta. Si era necesario, saltaría. cualquier cosa para sa¬lir de ese auto.

Ajá... Está trabada dijo Kay, agitando un dedo hacia Rachel cuando tiró del seguro en vano.

Kay tenía los ojos bien abiertos, pero Rachel tuvo la impresión de que no veían en realidad. Sintió que algo no Kay, sino algo- la mi¬raba a través de esos ojos como un ser que atisbaba desde un hoyo.

Kay, lo que dices no tiene lógica replicó Rachel, manteniendo un tono tranquilo.

El sentido común le decía que Kay no podría mantenerla prisio¬nera en el auto para siempre. Sólo tenía que guardar la calma y saldría bien. Cierto, lo que estaba presenciando era horripilante, pero segura¬mente era algún tipo de colapso nervioso. Tal vez Kay hubiese sufrido mucha presión en los últimos tiempos. Rachel se avergonzó al admitir que había estado tan absorta en sus propias preocupaciones, que no se había percatado.

¿Quieres lógica? Kay sonrió desagradablemente. ¿Quieres entender lo que pasa, Rachel? Podrías preguntarle a Ann... pero ni si- quiera conoces a Ann, ¿verdad? Al menos, no

en forma consciente. Por eso te lo diré. Tú... siendo Ann... me robaste a mi esposo. Lo alen¬taste a que cometiera adulterio. Fomicaste con él. Tú y él creyeron que yo no lo sabía. Pero sí, lo sabía y le puse fin. Pero él es débil en ese sen¬tido. Codicia a las mujeres. Le inculqué el temor de Dios cuando des¬cubrió lo que yo te había hecho, y nunca más se dejó tentar para des¬carriarse. En ese lapso de vida, no. Pero cuando lo volví a encontrar andaba con sus viejos ardides. Llevándose putillas a la cama mientras desatendía a la mujer cuyo amor le estaba destinado. Porque yo era fea, sabes. Y tú eras bonita. Todas sus mujeres fueron bonitas.

Tú eres muy atractiva, Kay repuso con inquietud Rachel.

Kay la miró con tanto odio, que Rachel se encogió.

Creí que ellas eran tú, sabes. Pero no. Te has estado ocultando, ¿verdad? Mientras planeabas cómo conseguirlo a él para ti. Pero te he descubierto al fin.

Mirando esos ojos casi negros, Rachel vio una real y terrible amenaza. Por el motivo que fuera, Kay creía con todo el corazón en lo que decía. Rachel resistió una súbita oleada de pánico. A toda costa debía mantener la calma.

Kay, tú no estás bien. ¿Por qué no das la vuelta, volvemos al hospital y conseguimos ayuda para ti? Por favor, Kay.

Pese a sus buenas intenciones, a Rachel le tembló la voz. Todos sus instintos gritaban que estaba en peligro, pero su mente seguía negándose a aceptar que esa mujer, que había sido su amiga de toda la vida, pudiera representar una amenaza. El pensamiento que pasaba sin cesar por su cabeza era: "Esto no puede estar sucediendo. No a mí".

Yo no soy Kay. Soy Sy1via Baurngardner, esposa del reverendo Thornas Baurngardner, pastor de esta iglesia. Tú conoces a Thomas co¬mo tu precioso Johnny.

En las tres últimas palabras, la voz de Kay se tornó terriblemen¬te burlona. Al desviarse del camino principal, el auto redujo la veloci¬dad y Kay hizo gestos por la ventanilla al hablar. Ya sin atreverse casi a mirar otra cosa que a Kay, Rachel vio que no estaban lejos de la No¬galera, internándose en el estrecho camino de tierra que llevaba a la Primera Iglesia Bautista. Al mirar el pequeño edificio de madera, Ra¬chel.comprendió de pronto con claridad a qué se refería Kay.

Como todos los demás en Tylerville, Kay había crecido oyendo el relato sobre el pastor que había engañado a su esposa con la orga¬nista, y la terrible venganza de la esposa. De algún modo Kay imagina¬ba ser la esposa agraviada, y había asignado a Rachel el papel de la or¬ganista.

Al pensar en lo que esto significaba, Rachel se quedó helada.

53

Eran más de las cinco y el crepúsculo caía sobre la pequeña cidensión de terreno que Johnny Harris podía ver desde la oficina de Wheatley, don¬de estaba sentado. observando el cielo su inquietud iba en aumento. No le gustaba perder de vista a Rachel cuando caía la noche.

Debo hacer una llamada telefónica le dijo al jefe de policía.

Wheatley, que ya había pedido comunicación con el jefe de correos de Louisville para averiguar a quien pertenecía esa casilla, lanzó un gruñido. Había estado sondeando despiadadamente a Johnny respecto a cualquier recuerdo que pudiera rescatar acerca de las anteriores misivas firmadas "eternamente tuya"... que eran unas quinientas. Hasta entonces no había obtenido las respuestas que buscaba.

¿Está seguro de haberse deshecho de todas? insistió Wheat¬ley, evidentemente disgustado, mientras miraba a Johnny por debajo de las cejas.

Johnny asintió con un gesto.

Estoy seguro. No tenía ningún objeto conservarlas. ¿Ha oído lo que dije? Debo hacer una llamada telefónica.

El policía frunció los labios y entrecerró los ojos.

¿A quién?

A Rachel. Está oscureciendo. Quiero decirle que no salga has¬ta que yo llegue. ¿Acaso tengo que pedir una autorización firmada an¬tes de poder usar el teléfono?

El jefe sonrió con acritud y empujó su teléfono por encima del escritorio.

Adelante.

Gracias repuso Johnny. Alzó el auricular y marcó el número del hospital. Atendió Elisabeth . Hola señora Grant, habla Johnny. ¿Puedo hablar con Rachel un minuto, por favor?

Escuchó un instante y sintió que se le helaba la sangre. Alzó los ojos para fijarlos en los de Wheatley; tapó el auricular con la palma re¬pentinamente sudorosa.

No está allí dijo con voz ronca . La dejé en el hospital hace más de una hora y no está allí. No llegó siquiera a la habitación.

54

¿Estás diciendo que crees que Johnny es la reencarnación del reverendo Baunigardner?

Tal idea habría sido absurda si la situación no hubiera sido tan seria.

No lo creo, lo sé. Su alma está alli, en los ojos de él. Igual que la tuya. No sé cómo no te he reconocido antes.

El auto se detuvo atrás de la iglesia, con un frenazo. Habían recorrid.o los últimos diez o doce metros por un campo, y ahora se hallaban detenidas junto a la cerca de hierro negro que circundaba el pequeño cementerio de la iglesia. Casi todas las lápidas se re¬montaban a mediados del siglo diecinueve, y las trece criptas conti¬guas, atrás de todo, eran todavía más antiguas. El cementerio esta¬ba bien mantenido.

Las otras dos fueron un error continué Kay.

Miraba con furia a Rachel, ahora que ya no tenía que prestar atención al camino. Rachel advirtió que Kay era mucho más alta que ella. Comprendió que, si la cuestión degeneraba en una pelea mano a mano, ella no tendría ninguna posibilidad. Entonces las palabras de Kay, y el significado que debían encerrar, penetró en su angustiado ce¬rebro. De inmediato, con una sensación similar a un golpe en el vien¬tre, comprendió a quién se enfrentaba.

Tú... tú mataste a Marybeth Edwards y Glenda Watkins, ¿verdad?

Rachel se encogió lo más cerca posible de la puerta mientras es¬peraba que Kay abriera los seguros. Cuando eso ocurriera, saldría por la puerta y cruzaría el campo como una liebre perseguida por sabue¬sos. La Nogalera, la residencia más próxima, sólo distaba alrededor de un kilómetro. Sólo tenía que llegar al otro lado del campo y atravesar el bosque y estaría a salvo.

Como dije, ellas fueron un error Kay se encogió de hombros.¬A veces es difícil ver con claridad... Pero ahora te he encontrado y lo sé. Eres tú. Cuando ya no estés, él será mío.

Rachel sintió que casi se desvanecía de horror.

Pero Kay, tú y Johnny... nunca has parecido interesarte en él, ni él en ti. ¿Qué te hace pensar que matarme hará que él se vuelva ha¬cia ti?

En realidad no esperaba lograr que Kay razonara. Era evidente que no estaba en condiciones. Pero estaba dispuesta a intentar cual¬quier cosa, con tal de aumentar sus posibilidades de seguir viva. Por¬que acababa de inferir que Kay la había llevado a ese cementerio de¬sierto para matarla.

Cuando no estés, él ya no tendrá motivo alguno para luchar contra su destino. Somos el triángulo eterno, él, yo y tú. A veces tú y yo somos hombres y él es la mujer. Pero siempre eres tú mi amiga y la que me traiciona. Siempre debes ser destruida antes de que nosotros podamos ser felices juntos. De no haber sido por ti, él ya me habría respondido. Lo sé. Ha intuido tu presencia durante años, igual que yo. Sólo que tú y él no sabían qué buscaban, y yo no sabía a quién.

Kay, esto es una locura. -Tan pronto como lo dijo, Rachel su¬po que había cometido un error.

La sonrisa de Kay fue aterradora.

Bájate del auto dijo mientras buscaba algo entre su asiento y la puerta.

Rachel, preparada para aprovechar el primer instante en que se liberaran los seguros, quedó espantada al ver que Kay empuñaba de pronto un arma. Era grande, negra y de aspecto contundente, y apun¬taba directamente al pecho de Rachel.

Kay...

Fue una súplica susurrada a su amiga de la infancia, cuando Ra¬cliel hizo frente al hecho de que iba a morir. Su súplica de nada sirvió. Los ojos de Kay relucieron de satisfacción ante la prueba de la debili¬dad de su rival.

Ten mucho cuidado le advirtió Kay en tono de amenaza . No quiero dispararte, pero lo haré si es necesario. Ahora, bájate del auto.

55

Ella viene.

Las palabras despertaron a Jeremy de su seminconsciencia.

¿Quién, mamá? Pero entonces supo. No "eso sino "ella". La cosa era mujer, entonces. Tembló de terror.

Levántate. Ponte junto a la puerta.

Jeremy lloriqueó. La cosa venía, venía para matarlo. Ojalá hu¬biera podido morir entonces, en ese preciso momento, y terminar de una vez. Estaba tan asustado. Quería morir. ¡Mamá, mamá! ¡Llévame donde tú estás!

¡Ve junto a la puerta! ¡De prisa!

Cuando su mamá usaba esa voz, quería ser obedecida. Jeremy logró incorporarse sobre manos y rodillas. Estaba aturdido, enfermo, y la cabeza le palpitaba tanto que parecía que iba a explotar. Pero su mamá fue inexorable. Tenía que ponerse de pie. Empujó con los pies contra la pared mientras su hombro resbalaba sobre la fría piedra. Cuando logró incorporarse estaba sudando. Pero apretó los dientes y se acercó a la puerta.

Ella abrirá la puerta. Cuando lo haga, ¡corre! ¡Corre lo más rápido que puedas! ¿Recuerdas que siempre ganabas los cien metros llanos en la escuela? Corre así. Puedes hacerlo, Jeremy.

Estoy enfermo, mamá. Y asustado.

Yo estaré contigo, hijo. Tú corre.

56

Rachel había salido de¡ auto por el lado de Kay siguiendo sus órdenes. Ahora llovía. Rachel casi no sintió las gotas que la azotaban. Tenía la mira¬da fija en Kay. La pistola nunca osciló cuando Kay dio la vuelta al baúl del auto... siguió apuntando de lleno al centro del pecho de Rachel.

Kay introdujo una llave en el baúl, lo abrió apenas un poco para que no le impidiera ver a Rachel, y buscó a tientas adentro. Luego saco un paquete de tela negra, de aspecto mohoso. Rachel, que miraba des¬valida mientras su corazón latía con violencia, se sintió físicamente en¬ferma al ver que Kay asía la tela con una mano, la sacudía y se la echa¬ba en torno a los hombros.

Era una capa negra con capucha que parecía remontarse al siglo diecinueve. Con ella puesta, Kay parecía haber llegado al presente desde otra época. Rachel la miró con incredulidad tratando frenética¬mente de pensar en algún modo posible de escapar pero no se le ocurría nada.

Sabes, las flores son para ti. Para... después. Claveles rosados. El rosa es tu color, ¿no te parece?

La pregunta serena, pero en tono espectral, sonó aterradora. Rachel estaba sin habla.

Kay buscó de nuevo a tientas en el baúl y extrajo un cuchillo. Era una cuchilla de carnicero, de las que se encuentran en muchas cocinas, incluyendo la de la Nogalera. Pero empuñada por Kay, era espantosa

y amenazadora. Rachel supo que se trataba del arma que había mata¬do a Glenda, y posiblemente a Marybeth también. Tuvo ganas de vo¬mitar.

¿Sería ella la tercera? La posibilidad parecía tan irreal que Ra¬chel se encogió de miedo. Seguramente no iba a morir de esa manera. ¡Su vida era tan dulce! No estaba lista todavía. No podía dejar a Johnny, ni a su madre, ni a Becky, ni...

Pero semejante reflexión llevaba al pánico, y era algo que ella no podía permitirse. Debía pensar como un ser racional, porque Kay ya no lo era.

Kay no podía acuchillarla y sostener la pistola al mismo tiempo. Era un punto a favor de Rachel, al cual ella se aferró como alguien que se ahoga y se agarra a una rama.

Entonces una voz insignificante agregó una advertencia. Acaso Kay pensaba usar la pistola y la cuchilla le serviría para apuñalarle el cuerpo cuando ella ya estuviese muerta.

Kay estaba loca. Soflozos histéricos nacían en la garganta de Ra¬chel al encarar ese hecho. Tragó saliva y contuvo el llanto. Para tener alguna posibilidad siquiera, debía mantener la calma. Kay cerró el baúl; después agitó la pistola hacia Rachel.

-Está bien. Camina.

¿Adónde?

Rachel jugó con la idea de huir, emprender la carrera en ese mis¬mo instante con la mayor rapidez posible, apostando a que Kay no hi¬ciera fuego o que errara si disparaba.

¡Hacia el fondo del cementerio! ¡Ya!

En el último instante, Rachel comprobó que no podía arries¬garse a correr. La idea de recibir un balazo en la espalda hizo que sus rodillas amenazaran con doblarse. Se volvió y echó a andar. Miró alrededor en busca desesperada de cualquier cosa que pudie¬ra ayudarla.

¡Si tan sólo viniera alguien, cualquiera! Pero la iglesia no era más que una reliquia, visitada solamente el Día de los Muertos, y cuando la Sociedad Protectora venía a plantar flores o a arrancar malezas. El edi¬ficio ocultaba el cementerio desde el camino. A más de medio kilóme¬tro a su derecha, al otro lado de una extensión de hierba, estaba el co¬mienzo del bosque a través del cual ella tendría que correr para llegar a su casa. A su izquierda había un bosquecillo que lindaba con una can¬tera de piedra abandonada. Allí no había esperanzas de socorro. De¬lante de ella estaba el camposanto, y más allá, más campos.

Si iba a hacer algo para salvarse, tenía que ser en los próximos minutos. Podía percibir la creciente agitación de Kay, que caminaba unos pasos atrás de ella, y temió que pudiera estallar en un arrebato asesino en cualquier instante. Cuando eso pasara, salvo que ocurriera un milagro, la vida de Rachel terminaría.

Hacia las bóvedas, por allá. Esa misma, la del extremo.

Mientras Rachel obedecía lentamente las órdenes de Kay, su mi¬rada se posó en una gruesa rama, caída en el suelo, junto a la cripta parcialmente enterrada a la que se dirigían. Era probable que, como arma, resultara patética contra una pistola y un cuchillo. Pero era lo único que se le ofrecía, y tal vez, si ella la asía en el último instante y se daba vuelta blandiéndola...

Sería baleada o hasta acuchillada. Pero era mejor morir pe¬leando.

Rachel crispó los puños y se esforzó por mantener la mente des¬.pejada. Para tener alguna posibilidad siquiera, debía poder pensar.

En ese momento empezó a orar.

57

¿Listo, Jeremy?

Estoy listo, mamá.

Pero estaba muy asustado. Al menos su miedo lo hacía sentirse más fuerte. Ante la idea de que la cosa pronto aparecería en la puerta con su cuchillo, le comenzó a latir con violencia el corazón, se le apre¬suró la respiración y el dolor terrible pareció dejar su cabeza.

Tan pronto como se abra la puerta, hijo. Corre.

Jeremy se aplastó contra la piedra fría y mohosa al oír por segun¬da vez aquel sonido raspante. Ahora sabía qué era... el ruido de una lla¬ve que raspaba en busca de una cerradura.

Se preparo para lanzarse adelante como perseguido por los de¬monios.

Su única posibilidad consistía en tomarla por sorpresa y pasar a su lado como una exhalación antes de que ella se recuperara. Si no lo¬graba hacerlo, moriría.

La cerradura chirrió al girar.

Estoy contigo, Jeremy. Listo...

58

Cuando Rachel se detuvo obedeciendo órdenes de Kay, la rama estaba a unos diez centímetros de sus pies. Ahora Kay sonreía conti¬nuamente, sólo que la sonrisa se había transformado en una mueca. Era lo más aterrador que había visto Rachel en su vida. La vetusta bóveda sepulcral donde la había conducido Kay estaba parcialmente enterrada y cubierta de hiedras y musgo. El nombre Chasen estaba es¬culpido en la enmohecida puerta de hierra.

Chasen. Rachel sintió una nueva oleada de horror al darse cuen¬ta de que esa era la cripta donde, según se decía, habían sido hallados los restos de la organista. Como parte de su demente fantasía, Kay iba a matarla en esa bóveda.

No te muevas ordenó Kay. Luego pasó al lado de Rachel pa¬ra abrir la cerradura con una llave de hierro labrada y larga, que extra¬jo de un bolsillo de la capa. Fue tarea lenta, ya que la cerradura era vie¬ja y Kay no podía apartar su mirada de Rachel. Esta, combatiendo al pánico, supo que cuando se abriera la puerta empezaría la lucha por su vida.

No trajiste aquí a las otras dijo Rachel, esforzándose por ha¬blar poco. Tenía la esperanza de distraer a Kay de su tarea el tiempo suficiente para acercarse más a la rama.

Hay demasiada alarma ahora. Si fueses hallada como las otras, yo podría correr peligro. Ciertamente pondría en peligro a Thomas. No quiero que él vuelva a la cárcel.

Me echarán de menos, Kay. Mi familia me buscará por todas partes.

Pero no te encontrarán. -La cerradura chasqueó audiblemen¬te y Kay sonrió satisfecha. La policía buscará, pero al final dirán que te fugaste. Lo mismo que hicieron cuando te maté antes. Lo mismo que hicieron con ese muchacho.

Ese muchacho... Rachel se puso rígida de horror. ¿Te refie¬res a Jeremy Watkins? ¿Le has hecho daño a él también?

Me vio repuso Kay sacando la llave de la cerradura y guardándosela en el bolsillo-. Está aquí, ya muerto. O casi, es lo mismo.

¿Le has matado?

Rachel sintió de nuevo que se desvanecía al pensar en el pobre¬cito Jeremy recibiendo cuchilladas igual que su madre. Las mismas que pronto iban a llover sobre ella.

Como a las otras, no. Por un momento Kay se mostró casi confundida. Yo no lo odiaba. Pero se entrometió. Por eso lo gol¬peé y lo traje aquí. Iba a matarlo, pero me interrumpieron. Un estúpido forastero vio mi coche estacionado junto a la iglesia y se detuvo

para pedir información. Rió entre dientes; el sonido fue horrible. Fue casi como si Dios no quisiera que yo lo matase esa noche. Entonces decidí dejar que Dios se lo llevara a su tiempo. Es probable que ya lo haya hecho.

¿Cómo puedes hablar de Dios con tanta calma?

Fue un clamor salido del corazón. Tan pronto como salió de sus labios, Rachel quiso retenerlo. En los ojos de Kay, la confusión se ex¬tinguió, remplazada con la misma helada decisión que en ellos moraba desde aquel momento en el auto.

Todo esto es parte de un plan divino dijo Kay con recato, mientras aferraba el picaporte.

Los goznes debían haber sido aceitados en un pasado no dema¬siado lejano, porque la puerta se abrió fácilmente y sin ruido.

59

¡Corre¡

Con un grito agudo, Jeremy irrumpió fuera de aquella caverna de pesadilla, con los brazos extendidos por delante para empujar a la cosa con todas sus fuerzas si hacía falta. Ella estaba allí, enorme y ho¬rrenda, con la cara en sombras y su negra capa ondulando al viento, pe¬ro la ruidosa aparición del muchacho la tomó tan por sorpresa, que re¬trocedió un paso. Mientras su mamá le gritaba al oído alentándolo, Jeremy pasó como una exhalación junto a ella, a la luz cegadora de un mundo que no veía desde hacía una eternidad. El olor fresco de la tie¬rra, la pujanza del viento y la lluvia vivificante que caía en su rostro, asaltaron sus sentidos al mismo tiempo que la luz. Apenas si podía ver, pero no necesitaba ver. Tan sólo necesitaba volar hacia la luz.

60

También Rachel gritó cuando Jeremy salió bruscamente de la caverna. Su corazón se llenó de júbilo al saber que aún vivía, que aún podía correr, pero luego no tuvo más tiempo para pensar. Cuando Je¬remy pasó veloz junto a ella, Kay trastabilló y casi soltó la pistola. Ra¬chel actuó entonces por instinto y se arrojó en busca de la rama y se ir¬guió blandiéndola. La rama dio a Kay de lleno en el pecho y la derribó dentro de la cripta.

Veloz como un relámpago, Rachel cerró la puerta con violencia. Kay tenía la llave. Kay aullaba, y Rachel supo que no podría tener la puerta cerrada mucho tiempo enfrentada a la corpulencia de la otra mujer. Siempre actuando por instinto, apoyó una punta de la rama en la puerta y la otra en la tierra blanda. No resistiría mucho tiempo, pe¬ro tal vez diese tiempo a Rachel y Jeremy para huir.

Kay ya estaba de pie. Rachel podía oír el sólido impacto de su cuerpo contra la puerta al tratar de abrirla por la fuerza. Rachel se quitó los zapatos y, con la sensación de que sus pies tenían alas, corrió hacia el auto. Si no estaba equivocada, Kay había dejado las llaves del coche en el baúl.

-¡Jeremy!

Trató de llamarlo, pero él ya estaba muy lejos, volaba por el ca¬mino de tierra hacia el asfaltado, los brazos extendidos hacia adelante, mientras brotaban gritos de su garganta, tan agudos que casi parecian extraterrenales.

Rachel apenas tuvo tiempo para mirar hacia Jeremy, antes de llegar al auto. Extrajo las llaves de la cerradura ¡gracias a Dios que es¬taban allí! , luego saltó al asiento del conductor y las metió sin vacilar en el encendido. Al mismo tiempo que el motor arrancaba, la puerta de la cripta se abrió con violencia y Kay salió a tropezones.

Rachel la vio con horror mientras metía el cambio. Apretando el acelerador a fondo, esparció lodo y pasto hacia todos lados al hacer un desatinado semicírculo ladeado y arremeter hacia la carretera por el camino de tierra.

En el espejo retrovisor pudo ver a Kay que corría tras ella, con la cara contraída, la negra capa aleteando detrás en el viento, de modo que parecía el Zorro o un cuervo enorme.

Jeremy Watkins casi había llegado a la carretera. Rachel desvió el auto delante de él, bloqueándole la fuga, y se retiró por encima del asiento para abrirle la puerta.

¡Sube! gritó con voz aguda.

Por un momento creyó que el niño se proponía esquivarla y se¬guir corriendo, pero luego se abalanzó hacia la puerta abierta del co¬che y con una voltereta, se arrojó de cabeza en el asiento.

Mirando atrás por el espejo retrovisor, Rachel no vio señales de Kay y pisó a fondo el acelerador. Del lado del pasajero, la puerta se agi¬taba al viento.

Jeremy, ¡Jeremy, cierra la puerta!

Al principio pensó que él estaba demasiado agobiado para en¬tender, pero al cabo de un instante se estiró para cerrar con fuerza la puerta. Rachel bajó el botón automático de seguridad y los seguros se cerraron con un chasquido.

Se hallaban en el empalme del camino de tierra con la carretera cuando Kay surgió de pronto de entre los matorrales a la izquierda, co¬mo un ejército a la carga. Rachel y Jeremy gritaron al unísono, y el au¬tomóvil patinó al pisar Rachel el acelerador. Para horror de Rachel, el auto patinó y describió un círculo en el barro y el pasto, debido a la llu¬via... y de pronto estuvo a tan sólo un metro y medio de distancia, plan¬tada de frente entre el vehículo y la carretera.

Sonreía con esa sonrisa maligna. Sus ojos resplandecían como pozos del infierno. Alzó los brazos y con la pistola apuntó directamen¬te a la cara de Rachel.

Jeremy chilló, aterrado. Rachel también gritó... y aceleró. Cuan¬do el Escort la embistió, Kay voló en el aire en línea recta como un enorme cuervo y cayó sobre el techo con la cara apretada contra el vidrio de¡ parabrisas. Aullando de horror, Rachel vislumbró los ojos vi¬driosos y la sangre que goteaba de la nariz y la boca de Kay, antes de que el instinto volviese a intervenir. Con un brusco golpe de volante, lanzó el auto dando bandazos a la izquierda y el cuerpo voló y cayó en el camino, boca abajo.

61

Nerviosa como estaba y a la velocidad que iba, Rachel tardó muy poco en patinar y salirse de la calzada. El Escort se cayó dentro de una zanja; Rachel y Jeremy fueron violentamente proyectados hacia ade¬lante. Jeremy aterrizó en el suelo del lado del pasajero, mientras Ra¬chel se estrelló contra el volante y se le cortaba la respiración. Por un momento permaneció inmóvil, colgada encima del volante como una muñeca de trapo. Después, lenta y penosamente, se apartó del volan¬te para observar a Jeremy. Pero primero miró con temor por el espejo retrovisor. Sabría que, atrás de ellos, el camino estaría despejado. Aún así, tenía que mirar, sólo para estar segura. Estaba despejado.

El auto estaba ladeado dentro de la zanja en un ángulo dispara¬tado. Indudablemente estaba atascado.

Jeremy, ¿estás bien?

¿Mamá?

No, querido. Soy Rachel, Rachel Grant.

Ah... Jeremy calló un momento; luego alzó la cabeza y la miró. ¿Ella está muerta?

Sí. Sí, eso creo.

El niño empezó a llorar sin ruido.

Me duele la cabeza. Y quiero a mi mamá.

Rachel quiso llorar con él, por él y por sí misma, pero antes quería estar en un sitio donde estuviera a salvo, rodeada por mucha gente.

Jeremy, estamos atascados y debemos irnos de aquí. Por si... por si acaso. Mi casa está cerca. ¿Crees poder caminar hasta allí?

Jeremy dejó de llorar y se secó los ojos con el antebrazo.

Sí... Si tengo que hacerlo.

Ven.

Con alguna dificultad, Raéliel abrió a la fuerza la puerta y sa¬lió; En ese momento llovía con tanta fuerza que el cabello se le pegó al cráneo en pocos segundos. Deslizándose tras ella, Jeremy tembló al sentir el azote de la lluvia. Tenía puestos unos pantalo¬nes cortos mugrientos y una camisa de mangas cortas; tenía sangre coagulada en una herida abierta encima de la sien izquierda. ¡Con razón le dolía la cabeza!

Vamos dijo Rachel, mirando temerosamente en la dirección por donde habían llegado.

El aguacero limitaba la visibilidad, pero no vio nada que temer. Sin embargo, aferró la mano de Jeremy cuando echaron a andar por el camino.

El camino de acceso de la Nogalera distaba a menos de medio kilómetro. Cuando llegaron, Jeremy y Rachel estaban empapados.

¿Esa es tu casa?

Sí.

Alcanzaron la puerta principal en el preciso instante en que res¬tallaba un trueno y el cielo se abría.

Estaba cerrada con llave. Rachel golpeó, tocó el timbre con un dedo y con insistencia, pero no acudió nadie.

No había nadie en casa.

Era raro, pero Rachel no pensaba quedarse en el porche tratan¬do de buscar una explicación. Entraría, cerraría las puertas y telefo¬nearía pidiendo ayuda.

Afortunadamente, guardaban una llave de reserva debajo de un tiesto con flores, junto a los escalones.

¿Ocurre algo? inquirió Jeremy, mirando en derredor nervio¬samente, mientras Rachel abría la puerta.

Antes era un niño menudo, pero ahora parecía un espectro, na¬da más que piel y huesos, y unos ojos enormes, hundidos. Su calvario había sido mucho peor que el de ella. Rachel le rodeó los hombros con un brazo.

No, nada mintió y lo hizo entrar en la casa.

Luego, con mucho cuidado cerró la puerta con llave y buscó el interruptor para iluminar la sala.

Funcionó. Rachel exhaló un suspiro de alivio. No se había dado cuenta de cuánto había temido la oscuridad, ni de cuán asustada esta¬ba todavía.

Ven, Jeremy. Vamos a la cocina y llamemos a la policía. Luego podemos calentarnos y secarnos, comer algo y...

¿Tiene hamburguesa? inquirió él con leve interés.

Rachel lo abrazó riendo y lo sentó en una silla de la cocina.

Estoy segura de que sí repuso . Puedes comprobarlo tú mis¬mo mientras yo hago esta llamada.

Aprovechando su invitación, Jeremy abrió la puerta de la neve¬ra y rebuscó adentro mientras ella tomaba el teléfono. Le temblaban los dedos al discar el número de la policía. Cuando atendió la mujer, Rachel dijo:

Habla Rachel Grant. Necesito hablar con el jefe Wheatley de inmediato y...

Ha salido por una emergencia y... ¿ha dicho que es la señorita Grant?

Sí.

-¡Válgame Dios, todo el departamento de policía está buscándola! ¡Creímos que la habían secuestrado! ¿Dónde está usted?

Ahora estoy en mi casa. Sí, fui secuestrada. Tengo conmigo a Jeremy Watkins, acabamos de arrollar a Kay Nelson y...

Rachel se interrumpió al ver que una sombra oscurecía el vidrio .de la ventana en la puerta de atrás. Con ojos dilatados de horror, reco¬noció la cara ensangrentada, con ojos desencajados y espantosa sonri¬sa que espiaba adentro. Con la luz del techo encendida, era imposible que Kay no los descubriera.

¡Envíen alguien aquí lo antes posible! ¡Ella está en la puer¬ta! susurró Rachel en el teléfono. Luego dejó caer el auricular sin molestarse en colgar.

Kay agitó el picaporte. ¡Gracias a Dios que la puerta estaba ce¬rrada con llave! Si tan sólo pudieran mantenerla afuera hasta que lle¬gara la policía...

Jeremy alzó la vista, vio a Kay en la puerta y lanzó un grito agu¬do. Kay se echó a reír, moviendo los dedos hacia el muchacho en un sa¬ludo burlón. Rachel se precipitó junto a él.

Ven le urgió, deteniéndose tan sólo para tomar un cuchillo de carnicero del mostrador antes de volar escaleras arriba con Jeremy . Ya viene la policía. Ella no podrá entrar. Estamos a salvo. Estamos a salvo.

¡Por favor, no dejes que me atrape otra vez! ¡Mamá!Mamá, ¿dónde estás? ¡Necesito a mi mamá!

¡Vamos, Jeremy!

Cuando llegaban al rellano del segundo piso, Rachel se horro¬rizó al oír estruendo de vidrio al romperse.

¡Ya viene! -Jeremy parecía cercano a la histeria.

Rachel se sentía igual, pero esta vez había ayuda en camino y ella sabía dónde había un arma de fuego.

Era de su padre, y hasta donde sabía Rachel, habla sido dispara¬da una sola vez en los diez últimos años, para comprobar que funcio¬naba. Estaba en lo alto del armario donde se guardaban las cintas gra¬badas, en la sala de baile del segundo piso. Las balas estaban en el mismo lugar.

Hubo otro estrépito de vidrio roto, y luego una risita aguda, triunfal, enfrió la sangre de Rachel.

Señorita Grant...

¡Calla! Rachel interrumpió con vehemencia al muchacho.

Por un instante, tan sólo un instante, pensó en correr a uno de los cuartos de baño de arriba y trabar la puerta. Pero las cerraduras eran endebles, y si Kay las hacía ceder, Jeremy y ella estarían atrapa¬dos. No, era mejor subir a las habitaciones de más arriba y tomar el ar¬ma. Kay tendría que buscarlos.

Ahora Kay Nelson estaba adentro de la casa. Rachel la oyó re¬funfuñar, oyó el crujido de pasos sobre vidrios rotos y sintió náuseas.

Jeremy lanzó un gemido de terror. Rachel le tapó la boca con una mano y lo apremió a subir por las estrechas escaleras hasta el se¬gundo piso.

Allá abajo pudo oír la voz de Kay que le llamaba:

¡Rachel!

Sólo que ya no era la voz de Kay. Era espectral, aguda y maligna.

Jeremy temblaba con violencia. Rachel lo apretó contra sí mien¬tras se precipitaban hacia la sala de baile, rogando que la policía llega¬ra a tiempo.

¡Rachel!

¡Kay estaba subiendo por la escalera! Ellos habían dejado hue¬llas húmedas y enfangadas, que ella podía seguir, Debía estar malheri¬da o ya los habría alcanzado.

Aférrate a ese pensamiento, se dijo Rachel con vehemencia al llegar corriendo a la sala de baile, con Jeremy a la rastra. La sala esta¬ba oscura, con una oscuridad densa y gris porque las ventanas se abrían sobre el crepúsculo lluvioso. Las sombras envolvían la sala de baile,

pero Rachel no tuvo tiempo para sentir temor. Empujando a Jeremy atrás del viejo sofá, se abalanzó en silencio al armario de las cin¬tas. Pasó la mano por encima del mueble, ya frenética porque espera¬ba oír en cualquier instante a Kay; descubrió con horror que el arma no estaba allí.

¡Rachel!

El grito burlón ya era cercano, y Rachel advirtió con desa¬liento que Kay estaba en el segundo piso y se acercaba hacia la sa¬la de baile.

¡Escóndete! le siseó a Jerenly, que se acurrucó tras el sofá, tapándose la cabeza con los brazos.

Oyó que, abajo, el reloj daba las seis.

Rachel tuvo apenas tiempo para agacharse detrás del armario de las cintas cuando apareció Kay en la entrada. Kay estaba encorvada y pareck ladearse. Arrastraba su capa por el suelo que dejaba una gran huella de barro. Con el cabello pegado al cráneo y la espantosa sonri¬sa de su rostro, no se parecía a nada humano. El corazón de Rachel se detuvo cuando la mirada de Kay la encontró en las sombras. Apretó el mango del cuchillo que todavía empuñaba. Si lograba contener a Kay, la policía llegaría...

Entonces Kay alzó la mano y Rachel vio con horror que aún tenía la pistola.

Atrás del sofá, Jeremy empezó a sollozar.

Los ojos de Kay se desviaron para buscarlo. Dio un paso hacia el escondite del muchacho.

Un ruido de pasos que subían corriendo la escalera y llegaban por el pasillo detuvo a Kay en pleno movimiento. Rachel sintió una oleada de alivio tan intenso, que se mareó. Tenía que ser la policía. ¡Gracias a Dios, gracias a Dios! Kay desvió su atención del aterrado muchacho hacia la puerta. Apuntaba con el arma a la entrada, y retro¬cedió unos pasos para poder amenazar a Rachel y Jerenly, al mismo tiempo.

Ahora silencioso como un ratón, Jeremy aprovechó la inte¬rrupción para deslizarse bien debajo del sofá. No había ningún otro re¬fugio en la sala.

Rachel rogó que Jeremy no lo necesitara.

Johnny irrumpió por la puerta abierta, aferrándose al marco cuando sus zapatos resbalaron en el pulido piso de madera. Estaba em¬papado hasta la piel, tan mojado que el agua corría sobre él formando charcos en torno de sus pies. Tenía la mirada perdida y respiraba con fuerza al mirar a su alrededor.

Johnny. Los labios de Rachel formaron la palabra, pero no brotó ningún sonido. El horror le cerró la garganta mientras los ojos de Johnny la encontraban y parte del miedo desaparecía de su rostro. Sal¬vo el jadeo de Johnny y el estruendo de la tormenta, afuera, la casona estaba en silencio. Era obvio que él había venido solo.

Eso significaba que estaban los tres a merced de Kay... y Kay tenía un arma.

Thomas. Kay pestañeó una sola vez y dio un paso hacia él. Bajó un poco la pistola. Una sonrisa curvó sus labios. Sus ojos resplan¬decían, El efecto era de pesadilla.

Dios mío murmuró Johnny, cuyos ojos se dilataron al fijarse por fin en Kay, y viendo el estado en que se encontraba... y el arma.

Quiero decir, Johnny. No sabes que eres Thomas, ¿verdad? Pe¬ro lo eres. Y eres mío. Tal como yo soy tuya. Eternamente tuya.

Johnny lanzó una mirada veloz a Rachel, que no se atrevió a lla¬mar la atención de Kay emitiendo siquiera una sílaba. Dado el enamo¬ramiento de Kay por Johnny, era posible que él pudiera hacerla hablar hasta que llegara la policía, como seguramente ocurriría pronto.

Recibía tus cartas estando en prisión repuso Johnny. Estaba bien atento a Kay y su tono era tranquilizador, aunque no pudo disi¬mular del todo el resplandor vigilante de sus ojos . Eran tuyas, ¿ver¬dad? Estaban muy bien escritas.

Eres muy perspicaz al suponerlo rió Kay con un sonido agudo y juvenil, que erizó la piel de Rachel . Siempre has sido tan perspicaz, Thomas.

Oye , me llamo Johnny sonrió él. Metió las manos en los bolsi¬llos y apoyó un hombro en el batiente de la puerta.

De las puntas de sus cabellos goteaba agua, y tenía la camisa pe¬gada contra los duros músculos de su pecho.

¡No te muevas! La pistola subió un poco y la advertencia de Kay fue brusca. Como Johnny no mostraba signos de desobedecer, Kay bajó de. nuevo la pistola y se encogió de hombros. No importa cómo te llames. Sé quién eres.

¿Cómo lo sabes? La actitud tranquila e indolente de Johnny no mostraba señales de la tensión que debía sentir. Por su parte Ra¬chel, aún agazapada tras el armario, espiaba por el costado y apretaba el mango de su cuchillo de carnicero con tal fuerza que tenía blancos los nudillos.

Te reconocí la primera vez que me besaste.

¿La primera vez que yo te besé? repitió Johnny en tono de evi¬dente perplejidad, y se apartó del batiente al erguirse.

¡Que no te muevas, he dicho! La mano que empuñaba la pis¬tola osciló de manera alarmante. Luego la voz de Kay cambió, se dul¬cificó. Fue mi primer beso de adulta. Tú recuerdas: fue en aquella fiesta de Navidad, cuando estábamos en la escuela secundaria. Yo era estudiante de último año, y tú del segundo. Estaba con una amiga... no tenía pareja... y tú estabas con un grupo de amigos tuyos. Eras tan gua¬po, que yo no podía dejar de miirarte, pero no creía que te fijaras en mí siquiera. Traspuse una puerta... había muérdago encima de mi cabe¬za... y tú estabas allí. Me sujetaste y me besaste. Después lo hiciste de nuevo. Supe que me habías observado toda la noche, tal como yo te había observado a ti... y yo supe quién eras desde el primer beso. Mi hombre. Mío.

Demonios, la única fiesta de Navidad a la que fui, estaba tan ebrio que apenas si podía estar de pie. No recuerdo nada de eso.

La afirmación descuidada y movida por la sorpresa fue un error.

¿No lo recuerdas? El tono de Kay evidenció dolor. Sus ojos se entrecerraron. No, debí suponerlo. Te he sido fiel, pero tú... tú has es¬tado con tantas mujeres desde entonces, que probablemente no re¬cuerdes ni a la mitad.

Sí recuerdo,pero...

El intento de Johnny para salvar la situación fue en vano. Kay se irguió más, con el rostro deformado por la ira al lanzar una mirada pon¬zonosa a Rachel antes de fijarse de nuevo en Johnny.

Siempre has sido mujeriego, ¿verdad? Espero que estés orgu¬lloso de ti mismo. ¿Ves adónde me has llevado? Ann Smithe, Marybeth Edwards, Glenda Watkins, todas muertas por tu culpa. Y más, tantas más durante los siglos en que hemos estado juntos. ¿Crees acaso que yo quería matarlas? ¿Crees que quiero matar a Rachel ahora? Es por ti, por ti, por ti.

El ulular de las sirenas policiales traspasó el ruido de la tor¬menta. Kay Nelson se interrumpió. También Rachel escuchaba, pa¬ralizada en su sitio. Ni ella ni Johnny se atrevían a desviar sus mira¬das de Kay.

Viene la policía. Me llevarán a la cárcel. Y ella te tendrá. Aho¬ra Kay balbuceaba, su voz se tornaba cada vez más chillona. Tengo que matarla... No, te mataré a ti y me mataré. ¡Estaremos juntos en la eternidad y ella nunca te tendrá! ¡No en esta vida!

Kay Nelson lanzó una risita demente que erizó los cabellos en la nu¬ca de Rachel. La mano que empuñaba la pistola se alzó espasmódicamente, apuntando de Reno a la cabeza de Johnny. Johnny dio un paso atrás en for¬ma instintiva y alzó una mano para protegerse de la bala inminente...

Fuera, mi amor dijo Kay, riendo entre dientes.

¡No! gritó Rachel incorporándose de un salto. Afuera re¬tumbó un trueno. La lluvia golpeaba en las ventanas. Las sirenas se oían más fuertes...

Kay miró a Rachel apenas por,un segundo. En esa minúscula fracción de tiempojohnny se abalanzó hacia la mujer arrojándose de cabeza como un buen jugador de rugby profesional.

Kay chilló, retrocedió de un salto... y el arma se disparó con es¬truendo.

Johnny gritó y cayó al suelo sin alcanzar su blanco, rodando hacia Rachel mientras se apretaba con una mano al costado del cuello. Rachel se horrorizó al ver que brotaba roja sangre entre sus dedos.

No temas, Thomas. La muerte no duele susurró Kay y apuntó de nuevo hacia el cuerpo postrado de Johnny, evidentemente decidida a terminar su obra.

¡No! volvió a gritar Rachel, abalanzándose contra Kay con la cuchilla en alto.

¡Perra!

Kay alzó de pronto la vista y disparó por segunda vez. El impac¬to se asémejaba a una patada de caballo en el hombro. Rachel cayó trastabillando, mientras el cuchillo volaba de sus manos para caer a unos dos metros de distancia.

Entonces Kay volvió a fijar su atención en Johnny, que yacía inmóvil mientras brotaba sangre de su herida, y apuntó la pistola a su cabeza.

De la nada llegó un relámpago enorme y un estallido ensordece¬dor. Una rama salió expelida contra las ventanas que bordeaban el ex¬tremo opuesto de la sala y las destrozó.

El vidrio, al estallar, encima de Kay, que era la que se encontra¬ba más cerca. Con un grito, se volvió hacia las ventanas. Olvidó a Johnny, que yacía tras ella, dio un paso hacia las ventanas, después otro, como atraída por algo que veía en la noche tormentosa, entre la lluvia.

En ese instante, el sillón de ruedas de Stan Grant, que se halla¬ba a muy poca distancia de Rachel, se movió debido a la corriente de aire que inundó de repente la habitación.

Con una certidumbre que desafiaba toda explicación, Rachel su¬po qué debía hacer.

Ignorando el dolor de su hombro, se abalanzó hacia el sillón de ruedas, aferró los brazos, y corrió hacia Kay con toda la fuerza. El sillón golpeó a Kay de lleno tras las rodillas y cayó pesadamente en el asiento de cuero. El peso de su cuerpo,sólo consiguió que el sillón se desplazara más rápido. Rachel apenas si tuvo tiempo para soltarlo an¬tes de que el sillón golpease lo que quedaba del marco de la ventana y se inclinase violentamente hacia adelante. Kay gritó una sola vez al ser lanzada por la ventana rota; luego desapareció en la noche.

Rachel retrocedió y se acercó al lado de Johnny y se desplomó. Aún estaba arrodillada, apretando desesperadamente su falda contra la sangrante herida del cuello de Johnny, cuando todo el contingente policial de Tylerville, seis hombres, irrumpió en la sala.

62

Al día siguiente, en un hospital de Louisville, un pequeño grupo de personas se apiñaban en un corredor, cerca de una puerta cerrada. Tom, Watkins y sus hijos, su novia Heather y el jefe de policía Wheat¬ley, estaba entre quienes hablaban en voz baja con un médico de bata blanca.

¿Listo? El médico interrumpió la conversación para mirar a Je¬remy, que movía los pies con impaciencia. Jeremy asintió. Entonces, ven...

El doctor fue hacia la puerta cerrada, la abrió y se apartó. Tom y Jeremy se acercaron a la puerta tomados de la mano. Luego Tom se apartó.

Entra tú le dijo a su hijo soltándole la mano.

¿Seguro, papá?

Claro. Entra.

Jeremy pasó junto al médico y vaciló. La habitación estaba muy oscura y silenciosa, comparada con el pasillo y él no pudo ver con cla¬ridad la figura que estaba en la cama. ¿Y si alguien había cometido un error horrible? No creía poder soportarlo si así era.

¿Tú eres Jeremy? Una enfermera, que estaba sentada junto a la cama, se incorporó y sonrió. Jeremy asintió con un gesto. Ella ha estado preguntando por ti agregó la enfermera, indicándole que se acercara.

Jeremy casi tenía miedo de moverse, pero se obligó a dar algu¬nos pasos. Entonces la enfermera miró a la figura que yacía inmóvil en la cama.

Su hijo está aquí, señora Watkins dijo con suavidad la enfer¬mera.

Al ver que la figura se movía, Jeremy sintió que su corazón latía apurado.

¿Jeremy?

Fue un débil susurro, tan débil que Jeremy apenas si pudo oírlo. Pero conocía esa voz.

¿Mamá?

Dio otro paso adelante, y entonces echó a correr. Se habría aba¬lanzado sobre la cama si la enfermera no lo hubiese sujetado por la cin¬tura con ambos brazos, diciéndole con dulzura:

Vamos, cálmate... No queremos hacerle daño, ¿verdad?

¡Mamá!

Era ella. Volvió la cabeza y la luz verde del monitor instalado junto al lecho iluminó sus rasgos.

Jeremy le sonrió ella cariñosamente, y su mano emergió entre las manos para buscar a tientas la de él.

Con un apretón de advertencia, la enfermera lo soltó. Jeremy tomó la mano de su madre entre las suyas y se inclinó sobre su debili¬tado cuerpo. Lágrimas de dicha, de alivio, de gratitud- llenaron sus ojos, luego rebosaron y gotearon por sus mejillas.

Pensaba que estabas muerta logró articular él con voz aho¬gada.

Todavía no GIenda consiguió sonreír de nuevo débilmente.¬Soy más difícil de matar que una mofeta. Dicen que me pondré bien. No te preocupes.

Jeremy se acercó más para apretar la mejilla de su madre contra la suya.

Fue la peor pesadilla. Se le quebró la voz y, sollozando, hun¬dió la cara en el hombro flaco de Glenda.

También yo he tenido pesadillas susurró ella . Pesadillas ho¬rribles, en las que tú estabas atrapado en una cueva oscura y me llama¬bas. Yo trataba de llegar a ti.

Estuve en una especie de cueva, y sí te llamaba Jeremy alzó la cabeza para mirar fijamente a su madre.

¿Sí? Yo soñaba constantemente que estabas en peligro.

Lo estaba. Tú me salvaste. Esa malvada me iba a matar...

Suficiente intervino la enfermera . No queremos alterar a tu madre, ¿verdad? Más tarde podrás hablarle de tus aventuras. Por el momento ella necesita estar tranquila y descansar.

El niño se mordió los labios. Glenda tendió una mano y lo acercó a sí. Madre e hijo se aferraron el uno al otro; la pesadilla se esfumó con lentitud.

Afuera en el corredor, Tom Watkins miraba con enojo al jefe Wheatley.

No tenía derecho a dejar que esos chicos pensaran que ella es¬taba muerta. Han pasado por un verdadero infierno.

Wheatley suspiró.

Ya le he dicho cómo fue, Tom. Mi objetivo primordial era man¬tener con vida a Glenda. No podíamos protegerla contra todos los ha¬bitantes de Tylerville, veinticuatro horas diarias, durante semanas tal vez. Estaba en coma cuando la hallamos y siguió estando en coma has¬ta ayer, cuando, según me han dicho, se puso a gritar el nombre de Je¬remy y despertó. Si hubiésemos dicho a cualquiera, especialmente a los chicos, que ella vivía, el pueblo entero lo habría averiguado. Ya sabe cómo es la gente. Y no había nadie, incluyéndolo a usted, de quien yo no sospechara. Teníamos vigilada la habitación, pero un solo desliz y ella habría podido estar muerta de veras. No olvide que ella vio a la asesina.

Sí, sí.

-Al parecer, lo mejor era dejar que la asesina creyera que Glen¬da estaba muerta hasta que despertara y nos dijera quién la había acu¬chillado.

¿Y lo hizo? Me refiero a decírselo.

Librodot

Ah, sí. Ayer más o menos a esta hora. Cuándo nos dio el nom¬bre de Kay Nelson, esa mujer ya estaba atacando a Rachel Grant, a Johnny Harrís y a su hijo Jeremy.

Gracias a Dios que están todos vivos.

Amén.

Se abrió la puerta del cuarto que ocupaba Glenda Watkins y sa¬lió Jeremy. La enfermera aguardaba en la entrada.

Quiere ver a las niñas y a Jake. Jeremy sonreía mientras se en¬jugaba las lágrimas.

¡Mamá! ¡Mamá! Los tres pequeños se precipitaron hacia la puerta abierta.

Uno por uno dijo de buen talante la enfermera.

Ashley se abrió paso a empujones y la puerta se cerró tras ella.

Mamá dijo lastimeramente Jake mientras él y su hermana se apartaron de la puerta. Le temblaba el labio inferior en amenazadora advertencia.

Tendrán los dos su oportunidad les dijo el médico, poniendo una mano sobre cada pequeño hombro.

Mamá vive, Jake dijo Jeremy a su hermano. Miró a Linsay . ¡Mamá vive, Lind

Sensacional, ¿verdad? sonrió Tom Watkins.

Sí, papá. Sensacional dijo Jereray y sonrió también.

Epilogo

Kay estaba loca, ¿verdad?

Por supuesto que lo estaba.

Johnny le tomó la mano y la apretó con gesto tranquilizador. Desde que viniera como un rayo a rescatarla en su motocicleta, volan¬do entre la tormenta a velocidades de más de ciento cincuenta kilóme¬tros por hora y dejando muy atrás a la policía, él no podía dejar de to¬carla. Hasta en el hospital, bajo el efecto de fuerte sedantes como estuvo la primera noche, se había movido intranquilo, llamándola, has¬ta que Rachel, cuya herida superficial había requerido tan sólo trata¬miento ambulatorio, había ido a sentarse junto a él.

Tan pronto como ella le tomó la mano, él se tranquilizó.

Habían pasado dos meses desde entonces. Rachel estaba junto a Johnny, de pie ante la tumba de su padre. Stan Grant había muerto esa noche horrible cuando Kay había intentado matarlos. La llamada ur¬gente a todos los miembros de la familia junto a su lecho había sido el motivo por el cual Rachel no había encontrado nadie en la casa. Su de¬ceso había ocurrido exactamente a las seis y cinco.

Rachel, al principio obsesionada por el hecho de no haber esta¬do con su padre al morir, tuvo gradualmente una idea que le daba con¬suelo y que no la abandonaba. El reloj había dado la hora sólo seis minutos antes de que esa ra¬ma atravesara las ventanas y de que la silla de ruedas se moviera. De no haber sucedido eso, lo más probable era que Kay hubiese matado a Johnny, y posiblemente a Rachel y a Jeremy también antes de que lle¬gara la policía. En su fuero interno, Rachel estaba segura de que los había salvado el espíritu de su padre, que había dejado este mundo ca¬si en el preciso momento de mayor necesidad de su hija. ¿Acaso se había detenido en el camino de su último viaje para salvar la vida de su hija?

Rachel tenía la certeza de que, al final, su espíritu había estado en esa habitación con ella.

Era un hermoso pensamiento, y Rachel lo atesoraba. Le ayuda¬ba a despedirse de su padre con amor, más que con pesar, y poner su atención en lo que aún le quedaba por vivir.

Podemos quedarnos un tiempo más en Tylerville, si quieres dijo Johnny con suavidad.

Era noviembre y el aire era frío. Johnny llevaba su chaqueta de cuero con el cierre subido hasta la barbilla; el abrigo de Rachel era de lana gruesa y le rozaba los tobillos. El único recordatorio de la herida de Johnny -una cicatriz dentada en el costado M cuello, donde la ba¬la de Kay le había penetrado en la carne estaba oculto bajo el cuello de su chaqueta. En cuanto a la herida de Rachel, no era más que una rozadura en lo alto M hombro, cerca del sitio

en que se apoyaba el ti¬rante de su sujetador. Le dolía un poco con el frío, y se preguntaba sí ese dolor la acompañaría el resto de su vida, como recordatorio de lo que casi había perdido.

No, estoy lista para partir. Sólo quise despedirme antes de papá.

Ojalá hubiera podido conocerlo mejor.

Ojalá que él hubiese podido conocerte y estar en nuestra boda.

Se habían casado discretamente, en el salón de la Nogalera, el día anterior. Jeremy fue padrino de boda, y el resto de la familia Wat¬kins, con Glenda en silla de ruedas, había concurrido. Cuando salieran del cementerio, irían derecho a Colorado, que Johnny siempre había querido conocer, para una combinación de excursión en auto y luna de miel. La única condición que puso Rachel fue que el viaje se empren¬diera en auto, no en motocicleta. La única condición que puso Johnny fue que él conduciría.

Johnny, ¿te parece posible que el espíritu de papá nos haya sal¬vado?.

Johnny lo alzó la mano a los labios. Ya habían hablado de eso, y él sabía que la idea le daba consuelo.

Es posible, ¿por qué no? Es indudable que algo de nosotros sobrevive a la muerte y tu padre te amaba entrañablemente dijo. Le sonrió y suavemente citó : "Las generaciones pasan de largo cuales ho¬jas de otoño: sólo el amor es eterno, sólo el amor no muere."

Qué hermoso exhaló Rachel, dándose la vuelta en sus brazos, que se apretaron en torno de ella. Recordó brevemente la obsesión de Kay Nelson y se estremeció.

Henry Kernp satisfecho, Johnny identificó al poeta . Igual que Robert Burns, su poesía es de órdago.

¡Qué cosa! Rachel se apartó de él, pero reía. Las palabras de Johnny habían disipado el repentino escalofrío.

Te amo dijo él con súbita vehemencia.

Yo también te amo -repuso ella.

Johnny Harris inclinó la cabeza para besarla. Luego, con los de¬dos entrelazados, salieron juntos de bajo los árboles que crecían en el cementerio, al sol luminoso de una nueva vida.